

P I L A R C A B E R O

*A sedio
al
Corazón*
de

Lectulandia

San Sebastián, 1719. Tras varias semanas de asedio, las tropas francesas entran en la ciudad.

Camila de Gamboa se ve en la obligación de hospedar en su casa al capitán galo, Armand Boudreaux, y a su hermano, malherido. Debe pagar de ese modo una deuda de honor contraída por su padre, un médico muy apreciado. Camila también se dedica al cuidado de enfermos, aunque no parece haber heredado el don especial de su padre para curarlos.

El antagonismo entre Camila y Armand es patente desde el primer momento y parece crecer día a día. Pero gracias a la convivencia, irán descubriendo que las primeras impresiones no son siempre las más acertadas.

¿Serán capaces de solventar sus diferencias, olvidar un pasado que los atormenta y admitir lo que sienten uno por el otro?

Lectulandia

Pilar Cabero

Asedio al corazón

Boudreaux - 1

ePub r1.0

Titivillus 05.09.2018

Título original: *Asedio al corazón*

Pilar Cabero, 2011

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para mi marido y mis hijos.
Sois lo mejor que me ha pasado.*

San Sebastián, 17 de agosto de 1719

El sonido de los cañones por fin había cesado y, pese a las horas transcurridas, aún quedaba el eco en los oídos de los soldados y oficiales que recorrían el campo de batalla para entrar en la ciudad por la brecha abierta en la muralla. El olor acre de la pólvora impregnaba el aire y lo cubría con una nube densa. El incendio fortuito en el polvorín del castillo de la Mota seguía ardiendo, aunque con menos intensidad. Las gaviotas, molestas por el ruido, volaban graznando hacia el mar.

El calor resultaba sofocante y las moscas zumbaban por encima de aquel caos de cuerpos. El ritmo cadencioso del mar se veía sofocado por el relincho de los caballos asustados, entre los gemidos de los soldados heridos.

Armand Boudreaux se quitó el sombrero para secarse el sudor de la frente y se agachó para comprobar el estado de un soldado, que yacía desmadejado sobre la arena de la playa. Tal y como imaginaba: muerto. Apretó los dientes y le unió las manos sobre el pecho, destrozado por la metralla. Después de santiguarse, se dirigió al siguiente soldado, horadando la arena con paso rápido. Se colocó el sombrero de tres picos antes de inclinarse para tocar el cuello de ese pobre hombre, que tenía media cabeza cubierta de sangre. Le costó encontrarle el pulso, pues era demasiado débil, pero ahí estaba.

—¡Aquí! —llamó a los soldados encargados de las camillas para que lo llevaran ante el galeno—. ¡Éste vive!

Sintió los dedos de la mano izquierda manchados de algo caliente y viscoso, que goteaba sobre la arena. Volvía a sangrar y el hombro le dolía con saña. Con cuidado se quitó la casaca y miró la herida que le había hecho la bala de un mosquete en el hombro izquierdo. Debería curarlo lo antes posible. De un tirón desanudó la corbata y la aplicó a la herida para taponarla y cortar la hemorragia.

—Señor, si me lo permitís... deberíais ir al galeno para que os cierre ese agujero —le dijo uno de los camilleros al llegar allí.

—Más tarde, soldado —contestó escueto y volvió a ponerse la casaca, reprimiendo una mueca.

El camillero se alzó de hombros y ayudó a su compañero a levantar al herido, que gimió lastimeramente por el movimiento.

Armand continuó buscando sobrevivientes entre los cuerpos esparcidos por la playa. Era necesario hacerlo a la mayor brevedad porque la marea no tardaría en subir y dificultaría el proceso. Además, los heridos corrían peligro de ahogarse con las olas, que se acercaban inexorablemente a lamer la orilla. Y hasta era posible que el agua los arrastrara mar adentro.

Bajo el sol implacable prosiguió controlando las bajas. No eran muchas, afortunadamente, pero eran personas; muchachos jóvenes que habían perdido la vida lejos de sus casas, de sus familias.

Mientras cerraba los ojos sin vida de un soldado vio que otro corría a través de la playa, levantando arena a cada zancada. Reconoció el uniforme de los hombres del capitán Dubois y se le erizó el pelo de la nuca con un mal presentimiento.

—¿Capitán Boudreaux...? —preguntó al llegar hasta Armand con la cara congestionada por el calor. Se cuadró e hizo el saludo militar.

—*Oui*. Descanse, soldado.

—Es... es vuestro hermano... —logró decir entre jadeos. La frente perlada de sudor y el pelo pegado al cráneo bajo el sombrero de tres picos—. Está malherido...

Por un instante fue como si todo quedase atrapado en hielo. Nada se movía. Poco a poco notó que, por debajo del retumbar de su corazón en los oídos, empezaba a escuchar el crujido de la arena bajo sus botas, el sonido del agua al penetrar en la arena, los gemidos de los soldados, el relincho ocasional de algún caballo o los gritos de las gaviotas. Todo sucedió en lo que duran dos parpadeos, pero para Armand fue como si hubiera pasado una eternidad.

—*Sacre Dieu!* —siseó Armand al volver en sí, asustado. Y corrió hacia su caballo, con la espada golpeando contra su pierna izquierda.

Debería haberlo imaginado. Pierre no tenía madera de soldado; era un erudito. Un maestro de escuela sin preparación para enfrentarse a un campo de batalla. Su mundo eran los libros, no las armas. Debería haberlo evitado; si le sucedía algo a Pierre...

—¿Dónde está? —preguntó al regresar sobre el caballo. *Ange Noir* echó las orejas para atrás, asustado por los modales de su jinete, demasiado bruscos, y cabrió con los ojos desorbitados—. So, *mon Ange*. —Le palmeó el cuello para tranquilizarlo y el animal se detuvo, moviendo las orejas hacia todos lados.

El soldado se lo señaló.

—*Merci!* —gritó, antes de espolpear al caballo y partir en la dirección señalada.

Los días de asedio habían llegado a su fin. La cesta permanecía en la mesa, repleta de hierbas medicinales, vendas y ungüentos, a la espera de que Camila de Gamboa se la llevara para atender a los soldados heridos. El mariscal duque de Berwick por fin había tomado la ciudad y su castillo, algo que hasta ese momento ni él mismo creía posible. Fue el incendio en el castillo de la Mota lo que inclinó la balanza en su favor.

Camila se miró en el espejo de la entrada para comprobar si llevaba el atuendo en orden. Como siempre, la imagen reflejada le desagradó profundamente. El vestido que antes se le ajustaba al cuerpo, realzando sus formas femeninas, ahora caía flojo y ponía de relieve la pérdida de peso. Así, toda vestida de negro, se veía como una cucaracha, pero a pesar de ello se negaba a prescindir de esas ropas tan lúgubres.

Se colocó el pañuelo almidonado sobre la cabeza, llevó los extremos hasta la nuca y los ató en la base de la trenza —aún demasiado corta—. Dejó las puntas graciosamente hacia fuera, al tiempo que dedicaba una mueca de desdén a su reflejo. Cada vez se veía más pálida y demacrada; las pecas oscuras destacaban sobre la piel blanca; los ojos ambarinos otrora brillantes estaban empañados por el cansancio; hasta el pelo castaño había perdido parte de su lustre. De un manotazo terminó de enderezarse el pañuelo; varios mechones se le escaparon por los lados, haciendo que suspirara con exasperación. Eso no había cambiado: era incapaz de mantener los rizos en su sitio. Sabía que le resultaría más fácil sujetárselo cuando el cabello adquiriera su antigua largura.

—¿Vais a salir otra vez, señora?

Se volvió para atender a la anciana sirvienta, no sin antes componer un remedo de sonrisa para que la mujer no sospechase su debilidad —como si tal cosa fuera posible—. Bajo la apariencia de una humilde sirvienta bajita y oronda como un barril, con los ojos pardos chispeantes de buen humor, en un rostro surcado de arrugas, se escondía una mente aguda y brillante, que engañaba a quienes pretendían ver en ella a una criada ignorante más. Pero nada escapaba al control de Juana de Iriarte.

—Sí, voy a ir a asistir a los heridos, Juana. Don Bernardo me ha pedido que vaya a ver a los soldados franceses... Todas las manos son pocas para tantos lesionados —anunció resuelta—. Vendré en cuanto pueda.

—Sí, señora... pero... —titubeó, visiblemente en desacuerdo con su ama—. ¿Creéis que es prudente hacer eso? Quiero decir que, después de todo, nos atacaron. Son enemigos. Durante días hemos sufrido su acoso...

—Es mi deber. Mi padre hubiera hecho lo mismo —atajó Camila, sabedora de que la vieja sirvienta jamás habría cuestionado cualquier decisión tomada por don Arturo de Gamboa, el médico de la ciudad—. Ya sabes lo que él pensaba de los pacientes...

—Sí, señora, lo recuerdo muy bien: todos son iguales a los ojos del Señor —terminó Juana, colocándole los mechones que se le habían escapado del pañuelo—. Pero vos, muchacha, necesitáis descansar. Lleváis todo el día atendiendo a los quemados del castillo. Miraos: estáis pálida y ojerosa. Desde que este estúpido asedio comenzó, sólo habéis venido a casa para cambiaros de ropa y reponer la cesta. Casi no habéis dormido... y no hablemos de comer. ¿Recordáis, señora, cuándo fue la última vez que os metisteis algo en ese cuerpo? ¡Válgame el Señor! Parecéis un palo vestido. Y ahora se os ha metido la idea de ir a ver al enemigo. ¡Ay, Señor! —Juntó las manos sobre el pecho como si rezara y alzó la vista al techo—. No creo que eso esté bien. —Los arrugados mofletes le temblaron al negar enérgicamente con la cabeza—. Deberíais quedaros en casa y reponer fuerzas. Eso es lo que deberíais hacer.

No había duda de que Juana no estaba de acuerdo con la idea de que ella fuese sola a visitar a las tropas del duque de Berwick, pero tendría que aguantarse. Ahora

que todo había terminado, habría un montón de soldados a la espera de que sus heridas fueran curadas y ella no podía quedarse cruzada de brazos. Su conciencia no le dejaría descansar tranquila. Si bien eran sus adversarios, no dejaban de ser muchachos y hombres de carne y hueso que merecían asistencia médica. Hasta ese día, las únicas tropas que había atendido eran las de la propia ciudad, la guarnición donostiarra. Primero los asistió en el hospital que se había habilitado en el convento de San Telmo desde el veintisiete de julio; desde el uno de agosto, tras la rendición del ayuntamiento y la retirada de la población junto con la guarnición, en el castillo de la Mota, en lo alto del monte Urgull. Pero hoy volvería al convento de los Dominicos, donde ahora estaban los franceses.

—Quédate tranquila, Juana, iré con cuidado. No soy una niña. —La sirvienta expresó su desdén con un sonoro bufido—. Volveré lo antes que pueda. No estaré sola; don Bernardo estará allí.

—Don Bernardo, don Bernardo. Más le valdría a ese hombre pensar un poco en vos y no llevaros de acá para allá, sin pensar ni por un momento en vuestra reputación —rezongó la anciana, meneando la cabeza con reproche—. Aunque nada más sea, dejad que Guido os acompañe...

—No hace falta. Deja que tu hijo se quede aquí. Estaba muy preocupado por las gallinas. —Camila sonrió con cariño, pensando en el hijo de Juana.

Guido de Arozena era un hombre de veintinueve años, tres mayor que ella, con la mentalidad de un niño de diez. Vivía en la casa con ellas y se encargaba de atender los animales y de las tareas más pesadas. Su estatura elevada y sus hombros anchos intimidaban a cualquiera que no lo conociera de antemano, pero en el fondo era totalmente inofensivo. Camila y él se habían criado juntos y se tenían un enorme cariño.

—Alégrate, Juana, ya estamos otra vez en casa... Mira —señaló a su alrededor—, hemos tenido suerte: no la han saqueado, está intacta. ¿No te sientes contenta?

—¿Contenta? Lo estaré cuando empecéis a pensar con esa cabeza que tenéis y permanezcáis en casa sin exponeros a nada. —Se tocó la sien con sus dedos gordezuelos, para dar más énfasis a sus palabras; luego alisó unas inexistentes arrugas de su delantal—. Vuestra actitud no gustará nada a doña Enriqueta.

—Juana, haga lo que haga, mi suegra jamás estará contenta conmigo. Las dos sabemos que nunca fui lo que esperaba para su adorado e idolatrado hijo. Me niego a que siga dirigiendo mi vida. Soy lo bastante mayor para saber lo que tengo que hacer. —Calló un momento para serenarse—. Si aparece Samuel, dile dónde estoy por si quiere ir...

—No irá, señora. Ya sabéis cómo es...

—Lo sé, Juana. Tengo la esperanza de que algún día cambie. Ahora quédate tranquila; volveré en cuanto pueda.

Camila tomó la cesta y salió de la casa antes de que tuviera que dar más explicaciones a la severa mujer.

—No sé por qué me molesto en preocuparme —se oyó desde el otro lado de la puerta—. ¡Válgame el Señor! Nadie hace caso de esta pobre vieja. Muchacha insensata. En mis tiempos... ¡Ay, en mis tiempos!

Camila sonrió para sí al pensar en Juana. Llevaba con la familia Gamboa más de treinta años y era como una madre para ella, pero en algunas ocasiones se tomaba muy en serio sus deberes y se tornaba demasiado sobreprotectora para su gusto; máxime ahora que no estaba don Arturo. Lo cierto es que Camila la quería mucho y por ello le perdonaba que, de vez en cuando, olvidase que ella no era una niña necesitada de protección.

Volvió la cabeza para mirar la casa donde había nacido. Era una sencilla vivienda de tres plantas, como casi todas las de la ciudad. La mayor parte de la planta baja estaba ocupada por la cuadra donde guardaban las gallinas, una vaca lechera y el caballo de su padre. Gracias al Cielo, los soldados franceses no habían requisado las gallinas que dejaron al alojarse en el castillo con el resto de los ciudadanos que no habían huido cuando todavía era posible; de ese modo podrían disponer de huevos y carne. La habitación donde su padre había tenido la consulta médica también estaba en ese nivel. A un lado de la cuadra, un pequeño patio cuadrado servía para que las aves correaten libremente y picoteasen la hierba que crecía en el suelo, entre cantos rodados. Sobre la cuadra se encontraba la cocina, el cuarto de Juana, uno más pequeño para Guido y una habitación donde recibían a las visitas, comedor adicional para celebraciones. En la segunda planta, cuatro dormitorios; arriba del todo, la buhardilla. Precisamente ése era el lugar preferido de Camila. Le encantaba aquella estancia de techos inclinados tachonados de clavos, donde colgaba a secar los atados de plantas medicinales que ella misma recolectaba; las baldas, que soportaban el peso de los distintos botes de barro, madera o vidrio llenos de unguentos y pomadas; la gran mesa, sobre la cual preparaba las mezclas que se convertirían más tarde en tisanas o emplastos, y por encima de todo, el olor: un aroma compuesto por una mezcla de todas las plantas y flores que allí guardaba. Aquél era su refugio, tal como antes lo había sido de su padre. Allí, juntos, habían pasado incontables horas mientras don Arturo le enseñaba las diferentes plantas medicinales y sus propiedades terapéuticas.

Un golpe en el hombro puso fin a sus pensamientos. Levantó la cabeza, aturdida, antes de oír una sarta de improperios en francés.

—¡*Mon Dieu, madame*, mirad por dónde camináis! —le gritó un ceñudo oficial desde su imponente montura. Luego continuó a galope tendido, sujetando a duras penas a un soldado que llevaba atravesado sobre la cruz del caballo.

Cuando el sonido de los cascos se perdió en la distancia, Camila pareció volver en sí; ensimismada como estaba en los recuerdos, no se había percatado de que estaba rebasando una esquina sin mirar si venía alguien por la otra calle. Al tocarse el hombro golpeado sintió humedad en la palma de la mano. Era sangre del herido que transportaba el oficial. Supuso que por eso llevaba tanta prisa. Era una suerte que

vistiera de negro; de ese modo la mancha era menos visible. Aceleró sus pasos para llegar cuanto antes al convento de San Telmo; don Bernardo necesitaba su ayuda. Probablemente no daría abasto entre tantos heridos.

Don Bernardo Robles, el médico que había llegado para practicar la medicina al lado de don Arturo, se había hecho cargo de los enfermos cuando, tres meses después de su llegada, don Arturo murió al caer del caballo. Camila, a pesar de la pena, decidió acompañar al nuevo galeno tal como lo había hecho con su padre. Al principio, con la intención de que los pacientes no se sintieran violentos al contar sus problemas a aquel médico más joven; más tarde, aunque don Bernardo demostró un gran carisma, siguió acompañándole por costumbre. En los once meses pasados habían llegado a conocerse y respetarse mutuamente. Conocía los rumores que circulaban por la ciudad sobre cuánto tiempo pasaría antes de que el médico se atreviera a proponer matrimonio a la hija del hombre más querido de la ciudad. Ella, por su parte, esperaba que eso no sucediera. No deseaba volver a casarse y habría detestado tener que rechazar a don Bernardo.

Cuando ya tenía a la vista un lateral del edificio, topó con dos mujeres que salían de una calle adyacente. Con un mudo gemido por su mala suerte, reconoció la silueta alta de su suegra y la más bajita de la criada. Doña Enriqueta era muy alta para ser mujer y sabía utilizar esa diferencia para imponer su voluntad. Era bien sabido que su marido, don Eugenio, no era más que un títere en sus manos. Nunca había sido lo que se dice bella y los años pasados no habían hecho nada por mejorar su aspecto. Por el contrario, su carácter avinagrado e intransigente le había dado el aspecto de quien está siempre oliendo algo desagradable.

—Buen día, doña Enriqueta —saludó Camila. Y alzó la vista para mirarla a los ojos.

—Buen día, Camila —respondió a su vez la mujer, con su habitual sequedad. Los ojos azules, tan fríos como el mar en invierno—. Veo que llevas tu cesta de hierbas. ¿Hay acaso algún enfermo?

—No, no lo creo, doña Enriqueta. Voy a visitar a los franceses heridos...

—¡Válgame el Cielo! Pero muchacha... —cortó la mujer y se llevó la mano al amplio pecho, que sobresalía del cuerpo como la proa de un buque.

Camila asió con fuerza el asa de la cesta, preparándose para lo que seguiría, sin lugar a dudas.

—¡Pero si esos soldados fueron los que nos atacaron con tanta saña! ¿Has perdido el juicio? —Se persignó la suegra y sacudió la cabeza, consternada—. Y además tú sola, sin una triste criada que te acompañe. ¿No tienes ningún respeto por tu reputación? Allí, con esa soldadesca grosera y... —Calló un momento al no encontrar más insultos que dedicar a los galos—. ¡Ah! Es una suerte que no tengas el don... Desgraciadamente tu padre se lo llevó a la tumba, Dios lo tenga en su gloria. —Volvió a persignarse. La joven rechinó los dientes ante la imagen de beata que aquella mujer se esmeraba en proyectar—. Y nos privó a todos de su poder curativo. ¿Qué

diría tu difunto padre si levantara la cabeza? Seguramente estaría tan escandalizado como yo.

La sirvienta se retiró unos pasos y pareció encogerse ante las palabras de su ama. Camila la compadeció: no era muy agradable convivir con semejante arpía y ella lo sabía muy bien; se sentía afortunada por tener que tratarla sólo de vez en cuando. Habría sido más feliz si no hubiera tenido que codearse con ella nunca más.

—Permitidme que os diga, doña Enriqueta, que si mi padre tuviera el poder de levantar la cabeza, como vos bien decís, llevaría un rato atendiendo a los soldados y beneficiándoles con su don —aseveró Camila entre dientes, dispuesta a no dejarse intimidar por ella.

—¡Ah, no! Tu padre jamás habría puesto una mano encima de esos desalmados gabachos después de habernos sitiado tantos días; su don estaba destinado a las buenas personas.

—Creo, señora, que estáis muy equivocada en ese punto. La capacidad de mi padre era para ayudar a todos. No honraríamos la palabra de Dios si no lo hiciéramos. El mismo Señor lo dejó escrito: «Amad a vuestros enemigos...»

—En el presente caso haría una excepción; después de todo esos franceses han tomado nuestra ciudad y la han hecho suya —barbotó doña Enriqueta, enfadada; nunca le había gustado que cuestionaran sus palabras y, por ser una de las personas más ricas de la ciudad, no estaba acostumbrada a tal contratiempo—. Bueno, pero ¿qué importa ya lo que hubiera hecho don Arturo? Después de todo, tú no tienes el don, ¿no? —señaló con malicia, al tiempo que se pasaba la mano por la cabeza para comprobar si su tocado seguía bien puesto.

—No. Se perdió con mi padre —explicó Camila, resuelta a no evidenciar el daño que le causaban las palabras de aquella mujer—. Por otro lado, nada indica que sea yo la siguiente portadora del don. Bien pudiera ser que fuera mi primo...

—¿Tu primo? Eso sí que es gracioso. ¡Tu primo! —Movió la mano como si espantase moscas, poniendo de relieve de ese modo lo estrafalario que consideraba semejante comentario—. Eso es del todo imposible: tu primo es bastardo.

—Pero es tan Gamboa como yo; por lo tanto, nada le impediría ser el designado para ese menester —remachó Camila, mordiendo cada palabra, indignada por la falta de humanidad de su suegra.

Doña Enriqueta juntó sus pobladas cejas entrecanas hasta formar una sola, como si sopesara la información que su nuera le había proporcionado. Negó varias veces con la cabeza y prosiguió, entrecerrando los ojos.

—No. Tú serías la siguiente... Pero dadas las circunstancias, no es tan raro que no lo tengas. Al fin y al cabo, ¿a quién se lo ibas a pasar tú? Está claro que después de tres años de matrimonio, eres estéril —apostilló, regodeándose en la desgracia ajena—. Si viviera mi hijo Cosme, que Dios lo tenga en su Gloria, sin duda se sentiría defraudado por no haberle dado un hijo. Casi debo darle gracias al Señor por evitar que sufriera este castigo... Aunque por otro lado yo lo perdiera... —Se enjugó unas

inexistentes lágrimas con su pañuelo de encaje, aparentemente contenta por haber dado a Camila una medicina tan amarga.

—Nada asegura que sea yo la estéril; bien pudo haber sido él —murmuró entre dientes, demasiado dolorida para tratar de ocultarlo y guardar silencio—. Supongo que Dios no querrá que todas las mujeres sean tan prolíficas como vos y vuestras hijas. De otro modo nos veríamos en serias dificultades para caber en este mundo...

Doña Enriqueta acusó el golpe. Había tenido siete hijas y un hijo. Sus nietos podían contarse por docenas. La cara de la mujer se tornó escarlata y sus ojos azules se abrieron desmesuradamente antes de vociferar:

—¡Sin lugar a dudas, tu padre debió de sentirse muy desgraciado al ver que, por primera vez, el don se iba a perder por la esterilidad de su hija y decidió llevárselo con él! ¡Ay, Señor! ¿Qué pudo haber visto mi querido hijo en ti?

Una vez dicho eso, alzó la barbilla y continuó su camino junto a la sirvienta, que miraba al suelo, presa de la vergüenza por el modo en que su ama había tratado a Camila. Doña Enriqueta tenía una lengua tan agresiva como un cincel y nadie estaba libre de sus mordaces palabras.

Camila cerró los ojos con fuerza, tratando infructuosamente de recobrar la calma que su suegra había destrozado en tan poco rato. Habría debido estar acostumbrada a su malicia, pero evidentemente no era así y las palabras de doña Enriqueta seguían haciendo tanto daño como siempre. Algún día reuniría el valor suficiente para plantarle cara. Quizá si le explicase la verdad sobre la muerte de su adorado hijo, si le contase el modo en que había muerto... Pero ¿qué importaba lo que dijera? ¡Su suegra jamás lo creería! Para ella, Cosme de Albistur era casi un santo.

Sacudió la cabeza, tratando de alejar los malos recuerdos, y retomó el camino. Ya se había demorado bastante.

A la sombra del convento varios soldados, tumbados en jergones improvisados, suplicaban ayuda, mientras los hermanos dominicos se esforzaban por atenderlos a todos. Era una suerte que no lloviera; de lo contrario, albergar a tantos heridos habría sido una locura. Algunos monjes acarreaban camillas de lona para trasladar a los soldados al interior del convento, según les tocase el turno, por orden de gravedad. Otros, en cambio, transportaban los cadáveres a una esquina de la plaza, donde formaban hileras a la espera de ser enterrados.

—Buen día, hermano Damián —saludó al monje que tenía más cerca. El hombre rondaba los setenta años y era tanta la falta de cabello que ya no necesitaba hacerse la tonsura. Ahora su brillante calva relucía al sol de la tarde como si fuera cobre bruñido. Sus ojos, de mirada benevolente, parecían dos botones de azabache pegados a la cara arrugada.

—Buen día, Camila. Menos mal que has llegado, don Bernardo ha preguntado por ti en varias ocasiones —le explicó el anciano, a la vez que con ternura cerraba los ojos al soldado—. Otro que no ha podido resistirlo. Pobre muchacho; era poco más que un niño y ya ha muerto. —Tras unirle las manos sobre el pecho, le cubrió con

una sábana raída.

—Han caído muchos, hermano Damián. Espero que no sean muchos más —deseó con esperanza.

El monje cabeceó, mostrándose completamente de acuerdo.

—Ve, muchacha. —Le señaló el edificio—. Don Bernardo necesita toda la ayuda disponible.

La joven asintió antes de entrar en el convento. Una vez allí, trató de ignorar el olor áspero del miedo que flotaba entre las gruesas paredes y buscó al médico entre la cantidad de soldados heridos que pululaban por el claustro, como espectros ensangrentados. Era algo a lo que no se acostumbraba, por mucho que hubiera ayudado a su padre y después al médico en aquellas circunstancias; no conseguía evitar el dolor que le producía ver reflejada la desesperación, la angustia y el temor en los ojos de los enfermos. Con un suspiro de resignación, se dirigió a la habitación donde supuso que estaría don Bernardo, atendiendo a los soldados más graves.

El galeno remendaba el brazo, o lo que quedaba de él, a un joven soldado que yacía desmayado sobre una larga mesa de refectorio. Trabajaba sin prisas y con gran esmero. Eso hablaba muy bien del cirujano, pero para el capitán Armand Boudreaux era una tortura esperar para que atendiera a su hermano. Pierre estaba recostado contra la pared y gemía de dolor. Su pelo rojizo estaba sucio y desordenado. Había perdido parte del pie izquierdo y los ojos vidriosos denotaban lo mucho que estaba padeciendo.

—*Cré nom de Dieu!* ¡Mi hermano se está desangrando! —bramó Armand mientras se sujetaba el brazo izquierdo contra el costado—. ¿No podéis daros más prisa?

—Os repito lo mismo que antes. Eh... —El galeno echó un vistazo a las insignias que ostentaba el oficial antes de continuar—: Capitán. Sólo tengo dos manos y hago lo que puedo. Enseguida atenderé a vuestro hermano. Tranquilizaos, mostrad más entereza delante de él —sugirió el médico, mientras cortaba el hilo de sutura—. ¡Hermano Federico! ¡Hermano Juan! —llamó; al momento dos monjes entraron presurosos en la habitación—. Este muchacho ya está listo, buscadle un sitio por ahí. ¿Queda espacio para más heridos?

Los dominicos negaron con pesar y sin mediar palabra trasladaron al soldado como se les había ordenado. El galeno se dirigió, entonces, a cortar la bota destrozada del asustadísimo Pierre. Armand habría querido meterle más prisa para que aliviara el dolor de su hermano. Sólo la conciencia de que era mejor dejar al galeno actuar a su ritmo le impidió zarandearle.

—Lo atenderé mejor sobre la mesa —aseguró el cirujano. Luego, con destreza, ayudó al capitán a trasladarlo—. ¿Cómo os llamáis? —preguntó.

Pierre no dio muestras de haber oído la pregunta. Se lo veía excesivamente

amedrentado con su tormento. Era demasiado joven para lo que le estaba sucediendo.

—Pierre —susurró el capitán, acariciando el rostro demudado de su hermano—, se llama Pierre Boudreaux.

El herido miraba a uno y a otro con los ojos azules agrandados de terror, incapaz de mirar aquella masa sanguinolenta que tenía en lugar de pie. Su pecho subía y bajaba con cada inspiración a un ritmo cada vez más acelerado. Estaba tratando infructuosamente de ser valiente aferrado a la mano de su hermano.

Armand observó al galeno; le habían dicho que se llamaba don Bernardo y que era un buen médico. Era más o menos de su edad: treinta y cuatro años; el pelo castaño un poco rizado y los ojos marrones. Lo vio retirar la bota y la media de Pierre con sumo cuidado y proceder a recortar las calzas del muchacho. ¡Santo Dios! Aquello no tenía buena pinta. Haría falta un milagro para que esa pierna no se gangrenase una vez operada. Apretó los dientes. Había visto otras veces heridas así y sabía que pocas de ellas conseguían sanar.

—¿Podéis hacerme el favor de retirarle la otra bota? —solicitó don Bernardo—. No quiero que nada me estorbe o ensucie la herida.

Esperaba ser obedecido, puesto que le dio la espalda y procedió a lavarse las manos en un aguamanil.

Armand, tras soltar la mano de Pierre, intentó hacer lo que le pedía con suma delicadeza, pero le habían herido en el brazo izquierdo, cerca del hombro, y apenas tenía suficiente fuerza para sujetar la bota. No se lo había dicho al galeno, por si éste decidiera atenderle al él antes que a su hermano, ya que los oficiales tenían preferencia sobre los soldados rasos. Apretando los dientes para resistir el latigazo de dolor, trató inútilmente de descalzar a Pierre. Era imposible, y con aquellos movimientos sólo estaba consiguiendo que sufriera aún más. Lo veía en sus ojos dilatados por el miedo.

El sudor perló la frente de Armand. A su cabeza llegaron multitud de maldiciones en francés, pero las reprimió con la misma fuerza de voluntad con la que daba el último tirón y conseguía que la bota se deslizara por el pie sano; al mismo tiempo, el herido se perdió en la inconsciencia.

Armand cerró los ojos y agradeció en silencio al Cielo por el alivio que Pierre disfrutaría durante un rato. Dios sabía su padecimiento desde que fue herido. Mientras se hacía a un lado para que el médico examinara a su hermano, se pasó la mano por la cara y volvió a sujetar el brazo izquierdo, en un intento de mitigar en parte el tormento de su propia herida. El apaño que se había hecho con la corbata ya no servía para nada; el esfuerzo de ayudar a colocar a Pierre sobre la mesa y quitarle la bota había abierto la herida de nuevo y ahora sangraba profusamente, empapándole la casaca por dentro. Podía notar la sangre tibia que se escurría hasta la mano. Flexionó con presteza el brazo para que no gotease y alarmara al médico o, peor aún, a Pierre, si se despertaba.

Su hermano gimió ante la exploración del galeno y Armand le susurró unas

palabras tranquilizadoras en francés.

La conciencia le aguijoneó por dentro. Él tenía toda la culpa; si no hubiera llegado a su casa ensalzando las experiencias de la guerra, Pierre no habría querido alistarse también para emularlo. Ahora estaría en casa sano y salvo, sin más peligro que el de recibir una coz de un caballo.

¿Cómo no se había dado cuenta de lo aventureros que sonaban esos detalles para un joven de diecinueve años?

En cuanto Pierre comentó sus intenciones de enrolarse, él trató de convencerle de que era una tontería abandonar la seguridad de la granja por las miserias de un campamento militar y discutieron mucho. Días después, Armand regresó a España para combatir, seguro de haberlo convencido. ¡Pobre iluso! Un mes más tarde descubrió que Pierre, tras escaparse de casa, se había alistado en la misma compañía que él, pero bajo las órdenes del capitán Claude Dubois.

Aquello era aún peor. El capitán Dubois y Armand habían sido amigos en el pasado; ahora, por el contrario, se odiaban a muerte. Había temido que Claude se vengara de lo sucedido entre ellos, utilizando a Pierre. Al saber que su hermano estaba herido, creyó que lo había logrado; pero lejos de toda duda, la explosión que hirió a Pierre, resultó ser fortuita y nada tenía que ver con venganzas de ningún tipo.

El galeno continuaba explorando el pie de Pierre y movía pesaroso la cabeza.

—Creo que no hay otra posibilidad. Si no la amputo morirá sin remedio... Aun así, no puedo asegurar que no se infecte y perezca de todos modos. —Señaló la extremidad sanguinolenta.

—¿No puede hacerse algo menos drástico? —sugirió Armand, con esperanza.

—No. Creed que lo siento. El pie ha desaparecido parcialmente y es imposible su reconstrucción. No veo otra forma que cortar bajo la articulación de la rodilla. Con suerte, volverá a caminar con ayuda de una muleta. —El galeno se interrumpió al ver a una mujer joven traspasar el umbral de la puerta—. ¡Ah, buenas tardes, doña Camila! —la saludó con una inclinación de cabeza—. Necesito vuestra ayuda. Me temo que tendremos que cortar la pierna a este pobre muchacho. Capitán Boudreaux... doña Camila —les presentó.

—Buen día, don Bernardo. Buen día, capitán —cabeceó la mujer y, sin esperar la réplica de Armand, se afanó en preparar todos los utensilios para la inmediata operación. El capitán agradeció en silencio la eficiencia de la joven.

—Tendréis que salir, capitán Boudreaux. No os apuréis por vuestro hermano; nosotros lo atenderemos bien. Doña Camila es muy competente. Os prometo que haré todo lo posible para mantenerlo con vida. —Don Bernardo le palmeó el hombro, como si quisiera tranquilizarle.

Boudreaux ahogó un gemido ante el dolor lacerante que le produjo el contacto.

—¡Por el amor de Dios, hombre! ¿Cómo no me habéis dicho que estabais herido? Creía que esa sangre no era vuestra. Vamos, dejadme ver ese brazo —ordenó, tratando de sujetarle.

—¡No! Atended a mi hermano —consiguió sisear entre dientes, aguantando el dolor—. Mi brazo puede esperar. Os ruego, señor, que remediéis a Pierre; él lo necesita más que yo.

Con una última mirada al herido, que yacía en la mesa, salió de la habitación, mientras don Bernardo murmuraba sobre lo tercas que eran algunas personas.

Camila dispuso todo el instrumental médico en una mesa adyacente, para tenerlo a mano según fuera haciendo falta. Ahora que el sol empezaba a descender, la luz que entraba por la única ventana comenzaba a ser escasa; juntó varios candiles para añadir más claridad a la estancia. Pese a que no era la primera vez que asistía a una amputación y conocía todos los pasos a seguir, el desagrado que le producía era tan palpable como la primera vez, si no más. Nunca se lo había confesado al galeno, pues le avergonzaba admitir esa debilidad. No quería mostrarse frágil ante nadie nunca más.

«No es momento para pensar en esas cosas, muchacha. Hay trabajo por hacer», se recriminó en silencio.

Sujetó al muchacho por las muñecas con la ayuda de varias correas, que pasó por debajo de la mesa, para evitar que se moviera e intentase apartar al galeno cuando estuviera en plena operación. También lo ató por el tobillo sano a la pata de la mesa.

Don Bernardo limpió el miembro herido con jabón. Escogió, de entre todos los instrumentos que ella había preparado, la sierra con la que iba a cercenar la pierna de aquel pobre muchacho.

Camila desvió la mirada —no quería ver cómo el galeno cortaba la piel y la carne para dejar un colgajo con que cerrar el muñón— y se concentró en sujetar la pierna por encima de la rodilla, para impedir que el soldado la moviese al recobrar el conocimiento. Con los dientes apretados para resistir el ruido y las vibraciones que producía la sierra al contacto con el hueso, comenzó a rezar en silencio, en un intento de alejar la mente de esa situación. De poco serviría si comenzaba a vomitar o salía huyendo de allí. No, aguantaría hasta el final.

El dolor despertó al soldado, que agitó la pierna, gritando como un loco. Camila trató de calmarlo para que el médico pudiera terminar de amputarla correctamente, pero el pobre muchacho, en su agonía, movía la mesa y dificultaba la operación. Sus ojos azules, desmesuradamente abiertos, la miraban suplicando ayuda. Ella tomó un trozo de cuero grueso, que reservaban con ese fin, y se lo dio para que mordiera. El joven clavó los dientes en él y apretó con saña. Tenía la cara congestionada y el pelo rojizo húmedo de sudor. La piel de los labios y alrededor de la boca se le estaba poniendo violácea por el esfuerzo; en las sienes, las venas le latían a ritmo creciente. Había cerrado los ojos y se le escapaban las lágrimas de entre los párpados. Era tal su martirio que no cesaba de moverse.

—¡Por el amor de Dios! ¡Sujetadle bien, muchacha! —ordenó don Bernardo—.

Ya no queda mucho.

Camila trató de calmar al herido hablándole en francés, pero estaba demasiado enloquecido y no escuchaba nada de lo que se le dijese. Era muy joven para pasar por una situación tan extrema.

En momentos como ése, ¡cuánto lamentaba no tener el don de los Gamboa! Con sólo poner sus manos sobre el soldado le habría calmado el dolor y el sufrimiento. Ella no tenía ese poder. Tal vez su suegra tenía razón: al no poder tener hijos a quien legárselo a su muerte, el don se había perdido con su padre. Por otro lado, la muerte de don Arturo había sido tan repentina que... Pero no, el don no funcionaba así. No era el portador quien se lo cedía al siguiente. Era el mismo poder el que se desarrollaba dentro de la persona indicada. Desde tiempos remotos hasta ese momento, siempre había estado en su familia.

—Ya podéis soltarlo, doña Camila. Ha vuelto a desmayarse... y yo ya he terminado.

El galeno envolvió el pie amputado en un lienzo antes de cedérselo a ella para que lo depositara en un rincón, a la espera de que los hermanos dominicos se lo llevaran para enterrarlo.

Con gesto de cansancio, Camila se pasó el antebrazo por la frente, en un intento de secarse el sudor que le goteaba por las sienes. La transpiración le había pegado el vestido a la espalda. Miró al joven. Ciertamente, en ese momento estaba más allá del dolor. El trozo de cuero se le había caído de la boca abierta y estaba en el suelo, brillante de saliva.

Don Bernardo, con destreza, procedió a cauterizar la herida antes de que el muchacho se desangrase. Camila le pasó la aguja enhebrada con hilo de seda y aguardó con otra preparada a que se la pidiera. Una vez satisfecho, el galeno se aplicó a la tarea de preparar el muñón; sin duda trataría de que fuera lo menos molesto posible, por si quisiera llevar, más adelante, una pierna de madera.

Entre las sombras alargadas del ocaso, Armand, sin poder ignorar el sufrimiento que le producía su brazo herido, caminaba por el patio exterior, incapaz de estarse quieto, mientras se maldecía con saña. ¿Por qué no había obligado a su hermano a regresar a casa en vez de consentir que le acompañase con el ejército? ¿Cómo no se había dado cuenta del peligro a que lo exponía?

Sólo era un muchacho, inexperto en el arte de la guerra y ávido de aventuras, que iba a quedar lisiado de por vida. Y él, el capitán Boudreaux, tenía toda la culpa. Podía recordar con total claridad el momento preciso en que Pierre le anunció su deseo de ser soldado, el brillo de sus ojos ante la perspectiva de vivir las mismas aventuras que su idolatrado hermano. ¡Qué necio había sido al no percatarse de la determinación con que hablaba Pierre! Se quitó el sombrero, desesperado, y se mesó el pelo castaño con rabia apenas contenida. ¿Qué iba a ser de Pierre ahora? Por un momento pensó que sería mejor que muriera, pero en cuanto esa idea le cruzó la mente se arrepintió de inmediato. No quería más muertes en su conciencia; ya tenía demasiadas. Haría lo que estuviera en su mano para salvar la vida de su hermano pequeño.

Estaba agotado después de tantos días de asedio y de tensión; empero, no podía permanecer parado. Continuó caminando entre los soldados que, con más o menos paciencia, esperaban a ser atendidos. De pronto, al recordar que no tenía noticias de los hombres de su compañía, se dispuso a buscarlos entre aquéllos.

—*Capitaine...* —oyó que lo llamaban, a la vez que alguien le tocaba la bota—. *Capitaine...*

Miró. A sus pies yacía un soldado con el vientre destrozado por la metralla. El tufo de sus intestinos abiertos impregnaba el aire a su alrededor. Se estaba muriendo; nadie sobrevivía a una herida tan grave. Armand sujetó la espada que colgaba de su cintura y puso una rodilla en tierra para consolar a aquel hombre en sus últimos momentos, tal y como había hecho con otros soldados a lo largo de sus muchos años de combatiente.

Al principio, la terrible visión le impidió reconocer al soldado que lo llamaba, pero su pelo rojo le aclaró de quién se trataba: sólo el cabo Rouen tenía un cabello tan llamativo. Era uno de sus hombres. Habían luchado juntos los últimos ocho años. Sintió la misma opresión en el pecho que le aquejaba cuando se enfrentaba a la muerte de cualquiera de los reclutas que formaban su regimiento. Se preguntó si algún día se acostumbraría a ello, pero desechó la idea; nunca sería capaz de pasar por eso sin sufrimiento. Cada una de esas muertes pesaba sobre su conciencia como una losa.

—*Capitaine...* ¿cómo está vuestro hermano? —preguntó Rouen en francés, cuando Armand le cogió de la mano.

—El galeno le está atendiendo. Tendrán que amputarle parte de la pierna.

—No tendría que haberse... alistado —consiguió decir entre jadeos.

—Lo sé. Tendría que haberle obligado a regresar...

—Dudo... dudo mucho de... de que no lo intentarais, capitán... —Trató de sonreír pero a sus labios sólo asomó una mueca—. Todos conocemos... lo mucho que os preocupáis... por él.

Armand asintió y le retiró de la frente un mechón rojo para que no se le metiera en los ojos. Allí tumbado, el cabo parecía no ser más que un niño, aunque él sabía que ese verano había cumplido los veintiséis. A través de los años en que compartieron campos de batalla, había conocido los sueños que tenía aquel soldado. Sabía que no estaba casado, pero planeaba hacerlo pronto. Quería dejar el ejército, tener hijos y dedicar su tiempo a las tierras de cultivo que iba a heredar. Sueños que jamás llevaría a cabo.

«¡Dios! ¿Por qué existen las guerras? ¿Qué sentido tiene todo esto?»

—Lo siento mucho, cabo —susurró apenado.

—Vos... vos no tenéis la culpa, capitán. —Los ojos verdes del moribundo reflejaban sinceridad—. Siempre os preocupasteis... por todos nosotros.

—No es del todo cierto, muchacho. Cuando entramos en la ciudad e hirieron a mi hermano, abandoné mi puesto...

—No... no —le cortó entre estertores—. Es comprensible... nadie os lo reprochará. Yo... yo no lo hago. —Un acceso de tos le silenció un momento—. Quiero pedir algo...

—Estoy a vuestras órdenes, cabo Rouen —aseguró con firmeza.

El cabo sacó con dificultad una carta del interior de su maltrecha casaca y se la tendió con dedos temblorosos, tratando de no mancharla con la sangre que le cubría las manos.

—Es... es para... mis padres. La escribí... al principio del asedio... por... si... acaso...

Muchos soldados escribían cartas a su familia, ante la posibilidad de morir durante la batalla. No era la primera vez que tenía que enviar misivas de ese tipo. Habría sido tonto desear que fuera la última.

—Se la enviaré enseguida. La recibirán, os lo prometo.

—Gra... gracias... capitán... —Sonrió.

El soldado tomó aire por última vez y expiró en medio de grandes estertores. Armand le cerró los ojos, con el alma desgarrada por la pena. Le colocó las manos sobre el pecho y le alisó lo que quedaba de la casaca, al tiempo que rogaba a Dios por el alma de aquel hombre valiente. Con mucho cuidado para no abrirse de nuevo la herida, se desprendió de su propia casaca para cubrir el rostro sereno del soldado.

Con la cabeza baja y la carta en las manos, recordó los momentos vividos junto a aquel hombre. Recordó, también, a otros soldados que habían muerto en esos días, en esos meses, en esos años. Eran tantos que cada vez se hacía más difícil acordarse de

todos. Pese a ello, los tenía presentes. Eso le hacía pensar mejor cada una de sus órdenes durante una contienda. No era sólo su vida la que estaba en juego.

Un rato después la voz de una mujer lo devolvió a la realidad:

—¿Capitán Boudreaux? *Capitaine?*

—*Oui, madame...* —graznó, con la voz un tanto áspera y se levantó presuroso para saludar a la recién llegada, pero esta vez el dolor le dejó paralizado y no pudo incorporarse del todo.

«*Par le Sang de Dieu*, después de todo estoy más flojo de lo que pensaba», caviló con pesar.

A la luz del ocaso, la manga izquierda de su camisa se veía oscura por la sangre que la empapaba. Miró de nuevo a la joven, era la que había llegado para ayudar al galeno.

«¡Pierre!», pensó, aturdido.

—Soy... soy Camila de Gamboa —titubeó la mujer—. Venía para deciros que ya ha finalizado la operación. ¿Entendéis lo que os digo? —Parecía insegura—. Don Bernardo quiere miraros ese brazo; a juzgar por vuestra camisa, habéis perdido mucha sangre —continuó en francés. Le tendió la mano para ayudarle a levantarse.

—*Merci, madame.* —No aceptó la ayuda. Ignorando el dolor, se enderezó él solo—. Ciertamente, estoy algo mareado. ¿Mi hermano está bien?

—Todo lo bien que se puede esperar, dadas las circunstancias. Está muy débil y precisará muchos cuidados para recuperarse.

Boudreaux asintió, tratando de ordenar sus pensamientos. Ella había dicho algo...

—Perdonad, *madame*, ¿cómo habéis dicho que es vuestro nombre?

—Camila de Gamboa.

Gamboa... Los recuerdos se agolparon en su mente. ¡Ah! Era posible que no estuviera todo perdido. Casi sonrió al pensarlo. Tenía la certeza de que todo se iba a solucionar. Pierre sobreviviría, de ello estaba seguro. Enderezó su espalda con la esperanza renovada. Conocía a la persona que podía conseguir ese milagro. Con presteza se dirigió a la joven:

—Vuestro apellido me ha hecho recordar a una persona que conocí hace varios años. Es posible que lo conozcáis, *madame*; se llama don Arturo de Gamboa; es médico y tiene un... ¿Os encontráis bien? —inquirió al ver la expresión anonadada de la mujer.

—Sí... sí. Simplemente me he sorprendido. Eso es todo —suspiró, con la mirada humedecida—. Era mi padre.

—¿Era? —susurró, desesperanzado por el terrible presagio que le invadía.

—Siento tener que deciros que mi padre falleció hace once meses.

A pesar de la oscuridad, la decepción era visible en el rostro de aquel hombre. Estaba claro que había conocido a don Arturo y sabía de su poder de sanación. Camila se preguntó dónde lo habría conocido, pero no se atrevió a preguntarle directamente. No después de ver cómo se cerraba bajo un manto de frialdad.

Sin decir nada más, él se dirigió al convento, con paso inseguro. Su camisa blanca y la empuñadura de su espada destacaban en la penumbra. Camila lo siguió con la mirada hasta que él traspasó el umbral del edificio y se perdió de vista. Se fijó entonces en el soldado que yacía a sus pies. Había llegado a tiempo para ver al capitán hablar con él e, instantes después, quitarse la casaca para cubrirle el rostro. Supuso que era un soldado de su regimiento y que el capitán estaba acompañándole en sus últimos momentos. Pocos guerreros eran capaces de mostrar esa sensibilidad hacia un moribundo, y eso hablaba muy bien del grado de compasión que poseía el capitán Boudreaux.

—¿Sabes cómo se llamaba? —preguntó el hermano Damián al llegar a su lado.

—Lo desconozco, pero el capitán Boudreaux sabrá daros el nombre —aseguró.

—Los hermanos, junto con varios soldados indemnes, se han encargado de enterrar a los muertos. Éste parece ser el último, por el momento —reconoció, señalando al soldado que yacía a los pies de ambos—. Ruego a Dios que no sean más.

—Ojalá os oiga, hermano Damián. ¡Ojalá!

Camila, sin esperar más, regresó a la habitación para seguir ayudando a don Bernardo.

Al entrar encontró al capitán Boudreaux sentado de perfil a la puerta y con el torso desnudo, dejando que el galeno le curara el brazo. Él le dedicó una leve mirada antes de volver a fijar la vista en el suelo. A sus pies descansaba la camisa maltrecha; la manga izquierda, empapada de sangre, tenía la apariencia de un trozo de cuero apergaminado. Otra pieza de lienzo —la corbata, probablemente— no era más que una masa sanguinolenta. Evidentemente, ese hombre había perdido mucha sangre, pese a no dar muestras de ello. En lo alto del brazo, muy cerca del hombro, presentaba dos orificios: uno de entrada y otro por donde había salido la bala.

Camila no pudo dejar de observar cómo se le contraían los músculos ante las manipulaciones a las que le sometía don Bernardo. Sólo había visto cuerpos tan bien formados en los estibadores del puerto y en los grabados de los libros de su padre. Siguió mirando subrepticamente, deseando secretamente poder admirarlos más de cerca. Se preguntó qué se sentiría al acariciarlos y percibir su dureza.

«¡Estás loca! ¿Qué haces pensando esas cosas?», se reprendió en silencio.

—Tendréis que buscar un alojamiento limpio para vos y para vuestro hermano —recomendó don Bernardo—. De lo contrario corréis serio riesgo de que las heridas se llenen de pus. Las de vos no son tan peligrosas como la pierna de vuestro hermano, pero no por ello hay que descuidarlas.

—¿Adónde creéis que podríamos ir? —indagó el capitán alzando la vista. Su mirada azul era una mezcla de agotamiento y desencanto.

—Realmente no lo sé. Muchas casas están ya atestadas. Por otro lado vuestro hermano necesita cuidados constantes. Es necesario que lo atienda alguien con conocimientos... —Su mirada se cruzó con la de Camila, que parpadeó, confusa.

El capitán observó el intercambio de miradas y giró la cabeza para clavar sus ojos en ella.

—¿Confiaríais en *madame* de Gamboa para esos cuidados? —sondeó sin apartar la vista de la joven.

—Sí, sin lugar a dudas —aseveró don Bernardo con convicción—. Sus conocimientos de plantas medicinales son extraordinarios. No confiaría en nadie más.

Ella se sintió halagada por esas palabras, sin sospechar que fueran a ser su perdición.

—¿No podríais, vos, instalarnos en vuestra casa? —le preguntó el oficial con su voz profunda y sin apenas acento.

—Soy viuda y vivo prácticamente sola. Debéis comprender que eso no estaría bien —contestó cuando se hubo recobrado de la sorpresa. No esperaba una petición tan directa.

Le habría gustado atender al pobre muchacho, pero no tenía ganas de ser la comidilla de la ciudad. Por otro lado, la presencia del capitán Boudreaux la intimidaba de manera alarmante. Era un hombre muy apuesto, de hombros anchos y porte orgulloso. El pelo castaño oscuro probablemente le habría cubierto el cuello de la camisa, de haberla llevado puesta; varios mechones le caían sobre la frente despejada, otorgando cierta vulnerabilidad a un semblante por lo demás formidable. El rostro, de rasgos armónicos, tenía un rictus severo, como si no sonriera con facilidad. Sus labios estaban muy bien delineados y una fina cicatriz, tan delgada que apenas era visible, cruzaba el labio superior bajo la nariz. Sin duda era un hombre muy atractivo. Y ella no se fiaba de los hombres atractivos.

—Lo entiendo, *madame*, pero comprended que debo velar por la recuperación de mi hermano —insistió el oficial, sin dejar de mirarla—. Sois la persona más indicada. Tenéis conocimientos médicos.

—Sí, lo sé. Y creedme si os digo que en otras circunstancias yo misma os ofrecería mi hogar. Pero entended... debo mirar por mi reputación. Como ya os he explicado, soy viuda y vivo sola. Vuestra presencia en mi casa suscitaría multitud de interrogantes. —Trató de defender su postura, pero sería hartamente difícil, a juzgar por la mirada severa y los labios apretados del capitán—. En todo caso, estaría dispuesta a cuidar del muchacho en cualquier sitio donde estuvierais y por el tiempo que fuera necesario.

—Si os ofrezco una generosa cantidad de monedas, ¿aceptaríais hospedarnos?

—No, señor —contestó con firmeza.

—¿Es vuestra última palabra?

—Sí. No obstante, reitero mi compromiso a cuidar de él, pero en otro lugar.

El hombre, con el entrecejo fruncido, pareció sopesar la idea, mientras don Bernardo le vendaba el brazo y se lo sujetaba flexionado al torso. Luego le ayudó a ponerse la camisa sucia. La manga manchada colgaba sobre el brazo en cabestrillo, vacía e inerte. Por un instante nadie habló y la quietud se hizo casi asfixiante. Camila

estaba deseando que alguien hablara, pero era incapaz de hacerlo ella misma. Aunque no lo miraba, sentía los ojos del capitán fijos en ella. Cuando ya estaba por gritar de frustración, Pierre se agitó en el lecho y rompió el silencio. Aquellos ojos azules la abandonaron para fijarse en el joven. Aliviada por eso se acercó al muchacho y le puso una mano sobre la frente. Evidentemente estaba subiendo la calentura.

—Antes os he preguntado por don Arturo de Gamboa y me habéis dicho que era vuestro padre... —comenzó el capitán, a su lado. Pese a tener un brazo imposibilitado, se había remetido los faldones de la camisa por la parte delantera de los pantalones, dejando que colgasen por detrás, en un esfuerzo para estar presentable—. Supongo que os gustaría saber dónde y cómo lo conocí.

Camila echó la cabeza para atrás para poder mirarle a los ojos. No se había fijado antes en lo alto que era.

—Tenéis razón, me agradaría saberlo —admitió Camila, visiblemente interesada y poniendo un poco de distancia entre ellos.

—¿Os refirió algo de los meses que pasó en el frente durante la guerra que mantuvieron los pretendientes al trono?

Camila sintió un escalofrío en la columna vertebral. Era demasiada coincidencia, pero presentía las palabras que iban a seguir.

—No fue mucho lo que me contó...

—Durante la batalla de Almansa, vuestro padre se vio envuelto en plena contienda y a punto estuvo de morir. ¿Os habló de ello?

La muchacha asintió con la cabeza. Su padre había regresado de aquella batalla relatando su increíble rescate por parte de un soldado francés. Jamás olvidó el nombre del joven soldado que le salvara la vida: Boudreaux.

Su intuición resultaba acertada. Por descabellado que pudiera parecer, el capitán era el mismo soldado que, en un acto de heroicidad, había salvado la vida de su padre doce años antes.

¿Cómo no se había dado cuenta antes, cuando fueron presentados, o en el patio, al preguntarle él por don Arturo? Quizá porque en su imaginación lo seguía viendo como un muchacho de diecinueve o veinte años, tal y como se lo había descrito su padre. Nada que ver con el hombre que tenía frente a sí.

—¿Sería muy descabellado colegir que conocéis los hechos? —preguntó el oficial, sosteniéndole la mirada.

—No. Él me lo contó, pero hasta este momento no os había relacionado con aquel soldado.

—Entiendo, y quiero que sepáis que de no ser por las excepcionales circunstancias en las que me veo envuelto, jamás os exigiría que hicierais efectiva la deuda que contrajo vuestro padre.

Parecía sincero.

—Comprendo y os estoy muy agradecida por lo que hicisteis hace tanto tiempo, pero de igual modo os suplico que comprendáis también mi situación.

—Yo salvé la vida de vuestro padre poniendo en riesgo la mía; ¿acaso pensáis que vuestra reputación es más valiosa que una vida? —Los ojos del capitán expresaban consternación—. ¿No sentís, por ventura, compasión de mi hermano? ¿Anteponéis vuestro prestigio a la vida de Pierre?

—No, por supuesto que no. Creo haberme ofrecido antes a atender al muchacho. No me estoy negando a cuidarle —aseguró Camila, con menos firmeza.

—No, es cierto —asintió él—. No os habéis negado a hacerlo... Vuestro ofrecimiento, por otro lado, es insuficiente. Don Bernardo: estaréis de acuerdo conmigo en que Pierre, pues así es como se llama —su voz era más fría por momentos—, necesita algo más que eso.

Y ella necesitaba una salida. Su conciencia le dictaba una cosa, pero los convencionalismos con los que la habían educado, otra distinta. Si los alojaba en su casa se exponía al descrédito entre los habitantes de la ciudad. Miró a don Bernardo a la espera de ayuda; el galeno evitó que sus miradas se cruzasen, dejando bien claro que él se mantendría al margen del problema.

—Si me disculpáis, iré a ver al resto de los heridos —comenzó, sin mirar a nadie en particular—. Podéis seguir utilizando esta habitación un rato más. Pero os ruego que no demoréis mucho vuestra partida...

—No temáis, señor —aseguró el capitán, con la vista clavada en Camila—. Intentaremos no alargar nuestra estancia.

El galeno salió. Su actitud no gustó para nada a la muchacha, que se sintió dolida. Habría esperado un poco más de comprensión y ayuda por su parte. ¿Sinceramente esperaba que ella les hospedase?

Volvió a colocar la mano sobre la frente de Pierre para comprobar la temperatura: era aún más alta que momentos antes. No tenía otra opción. Si no se le daban los cuidados debidos, ese joven soldado no viviría mucho más. No tendría más remedio que aceptar.

—Vuestro hermano, es decir, Pierre, podría venir a mi casa...

—*Formidable, oui. Me alegro, madame.* —Sus labios esbozaron una sonrisa que no llegó a los ojos—. Puedo prometeros que no os molestaremos y que nuestra presencia en vuestra casa no será motivo de habladurías de ningún tipo. Por descontado, mantendré mi ofrecimiento de una generosa retribución por vuestro tiempo y esfuerzo.

«¡Oh, no! No lo ha entendido».

—Creo... creo, capitán, que no me he explicado con claridad. Sólo vuestro hermano irá a mi casa. Vos deberéis buscar otro alojamiento —explicó, observando con temor cómo la mirada de aquel hombre iba tornándose fiera. Pero no se iba a dejar amedrentar.

—*Mon Dieu, madame.* ¿Por qué se os hace tan difícil de comprender? Mi hermano no irá a ninguna parte sin mí —siseó entre dientes.

—Os ruego que entendáis mi postura... —solicitó, agobiada.

—¿Qué queréis de mí? ¿Más dinero? ¿Queréis acaso que os proponga matrimonio para que vuestra reputación siga estando limpia? —indagó, entrecerrando los ojos—. Pues creed, *madame*, que si es preciso y si con ello satisfago vuestro arraigado sentido del decoro, estoy dispuesto a casarme con vos —sentenció con frialdad.

Camila se dejó caer al borde del jergón donde yacía el afiebrado Pierre, incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo. No podía ser verdad, todo aquello. Quizás el agotamiento le estaba jugando malas pasadas y no había oído lo que creía. Pero no: la mirada fiera y firme de aquel oficial no permitía ningún margen a las dudas. Era una locura.

—No me casaría con vos aunque fuerais el último hombre sobre la tierra —siseó, temblorosa.

Él continuó escrutándola. Todo en su envarada persona denotaba que se estaba conteniendo, desde su pétreo rictus hasta el modo en que su mano derecha se abría y cerraba en un puño, a la altura de la cadera.

—Estoy dispuesto... —comenzó, llameantes sus ojos azules—. Estoy dispuesto a vender mi alma al mismísimo diablo si con ello logro que atendáis a mi hermano.

—Muchacho, muchacho —le reprendió don Pedro, el párroco, que entraba en la habitación—. No mentéis bajo ninguna circunstancia a semejante ser. —Se persignó reiteradamente—. Buenas noches, Camila, caballero. ¿Puedo preguntar a qué se debe semejante afirmación?

—Buenas noches, padre —saludó Boudreaux con una inclinación de cabeza—. Siento que hayáis oído mis palabras, pero tal vez, cuando os explique mis razones, comprendáis y no os parezcan tan desmesuradas como, en principio, hayáis podido pensar.

El cura le miró con atención y después cabeceó satisfecho con lo visto.

—¿Es cierto que salvasteis la vida de don Arturo, tal y como me acaba de informar don Bernardo? —preguntó sin preámbulos.

—Sí, padre —respondió el oficial, escueto.

Don Pedro se acarició el mentón rasurado, con la mirada puesta en el capitán. Camila creyó ver en el cura la oportunidad de escapar del embrollo en el que estaba metida.

—Don Pedro, decidle vos lo indecorosa que sería su presencia en mi casa.

—Mi querida Camila —comenzó el párroco, cruzando las manos sobre su redonda barriga—. En situaciones... digamos... normales, y desde luego si la joven en cuestión quiere seguir conservando su buen nombre, tal cosa sería impensable. Pero en el presente momento hay otros detalles a tener en cuenta.

—Ninguno cambia los hechos —aseguró ella, con las manos apretadas en la cintura—. No está bien visto que una mujer sola aloje en su hogar a dos hombres...

—Muchacha... En estos casos tan extraordinarios, los prejuicios pueden cambiar —le aseguró, ceñudo—. Nadie se atreverá a criticar una obra de caridad. Es tu deber como cristiana corresponder tal y como lo habría hecho tu padre de seguir vivo.

—Yo no me niego a cuidarlo... pero no bajo mi techo.

Don Pedro ladeó la cabeza como un pájaro curioso y su reluciente calva brilló a la luz de los candiles. Sus ojos castaños, bajo las cejas entrecanas, se posaron en ella con firmeza. Inspiró y expiró varias veces, logrando con ello que Camila se sintiese perdida.

Estaba claro que el cura había tomado una posición...

Contra ella.

Al llegar a ese punto Camila buscó la ayuda de don Bernardo, que regresaba en ese momento.

—¿No hay otra solución? —inquirió esperanzada.

—Me temo que no. Si no se le dan cuidados constantes, tiene muy pocas posibilidades de sobrevivir. —La miró, compasivo—. Podríais atenderle y, con vuestros conocimientos sobre hierbas medicinales... eh... se podría recuperar con facilidad. No puedo hacerlo yo mismo, pues como bien sabéis no tengo casa propia. Vivo en una habitación alquilada y... —Bajó los ojos como si no se atreviera a mirarla a la cara.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de estos hombres? —Señaló a los franceses con la furia nacida de la desesperación.

El capitán Boudreaux se enderezó más, si cabe, antes de mirarla desde su imponente altura.

—Tengo el deber de aseguraros, *madame*, que podéis estar tranquila —sentenció con su habitual frialdad—. Mi hermano, como bien se puede apreciar, está demasiado enfermo para intentar nada indecoroso. En cuanto a mí... —La miró de arriba abajo con aquellos penetrantes ojos, antes de continuar con sarcasmo—: Es mi deber deciros que me gustan las mujeres con carne en los huesos. Y por otro lado, nunca he forzado a ninguna mujer. Tenéis mi palabra de honor, *madame*: no será por nuestra culpa que vuestra virtud quede mancillada. —Camila parpadeó ante el insulto, pero antes de que pudiera decir nada el capitán continuó—: Lo único que deseo es que ayudéis a Pierre en todo lo que esté en vuestra mano. Nada más.

Camila continuaba haciendo atados con las hierbas que había dejado abandonadas poco más de quince días antes, cuando tuvieron que retirarse al castillo. Por fortuna estaban en buen estado y nadie había entrado en la casa durante el tiempo en que debieron permanecer allí. Dejaría que se secasen para después guardarlas, convenientemente etiquetadas.

La buhardilla estaba tan silenciosa como el resto de la casa. Seguramente Juana dormiría como un tronco, agotada por las sorpresas del día. ¡Y vaya si había habido sorpresas!

A Camila le habría gustado poder descansar así, pero aún tenía los nervios a flor de piel y le era imposible relajarse. Parte de la culpa la tenía Samuel, que seguía sin

aparecer desde que habían regresado a casa. El niño continuaba temiendo a los hombres, pese al tiempo transcurrido. Camila esperaba que el hambre le obligara a salir del lugar donde se había escondido y volver a casa. Los dos franceses que estaban bajo su techo eran los otros causantes de su nerviosismo.

—¿En qué lío me he metido ahora?

En realidad no había tenido otra opción. Había bastado que el capitán Boudreaux explicara cómo había conocido a don Arturo para que todo se precipitara.

Ahora Pierre descansaba en una de las habitaciones, después de que le hubieran retirado sus ropas sucias y lavado todo el cuerpo. Su estirado y pomposo hermano velaba por él.

Camila rechinó los dientes ante el recuerdo de la conversación que habían mantenido en el convento, incapaz de decidir si estaba más enfadada porque dos franceses vivieran bajo su techo, o porque el oficial la hubiera despreciado de ese modo. ¡Por los Ángeles del Cielo! ¿Qué se creía ese patán francés? ¡Se había atrevido a menospreciarla y delante de otras personas!

Suspiró al pasar la mano por el vestido deforme; después de todo, el gabacho tenía razón: su cuerpo no despertaría la lujuria a ningún hombre, por muy desesperado que estuviera.

Siempre había sido más bien delgada, pero ahora estaba escuálida. Juana estaba en lo cierto: parecía un palo vestido. ¿Y qué? Ella no quería despertar deseos en nadie. Estaba demasiado escarmentada. Suficientemente escarmentada.

«¡Al diablo con el francés!»

Después de apartar con cuidado los atados de plantas, cruzó los brazos sobre la mesa y recostó la cabeza en ellos. Antes de pensar en nada más, se quedó dormida en esa postura, con el rostro iluminado por el candil que pendía de las vigas del techo.

Armand sentía mil agujonazos en las heridas del brazo izquierdo; quería pensar que era porque se estaba curando y no por lo contrario. Con uno de los dos hermanos que estuviera mal era suficiente. Se pasó la mano por el pelo y las puntas se le dispararon en todas las direcciones. Estaba asustado por el mal aspecto que presentaba Pierre. Se negaba a considerar la posibilidad de que le ocurriera lo peor. No habría sabido vivir con eso en su conciencia.

Se levantó de la silla donde había estado intentando descansar para pasearse por la habitación, con la secreta intención de aquietar sus agoreros pensamientos. Los muebles básicos que se vislumbraban a la luz mortecina de la única vela encendida no daban para entretener su mente. Eran sencillos, pero muy bien hechos. Los ensambles rayaban la perfección. El artesano carpintero sabía bien su oficio. Por la ventana abierta no se podía ver más que la oscuridad de la noche; ni siquiera las estrellas eran visibles bajo la capa de nubes que cubría el cielo. No tardaría en llover.

Regresó la vista a las paredes de la alcoba. Había visto al entrar que estaba

adornada con dibujos de plantas. Con cuidado de no apagar la llama, tomó la vela y se dispuso a observarlos con más detenimiento. Eran siete en total, repartidos en las cuatro paredes. Los dibujos estaban hechos con todo lujo de detalles y coloreados a la acuarela, con tal precisión que parecían salirse del pergamino. Bajo cada una de las representaciones estaba escrito, con esmerada caligrafía, el nombre en latín de la planta. Se preguntó quién sería el artista tan extraordinario, mientras buscaba la firma por algún lado. En la esquina inferior derecha distinguió un nombre: Camila de Gamboa.

«Esa mujer».

Si no hubiera sido tan terca y obstinada, él nunca se habría visto en la necesidad de exigirle el pago de esa deuda. No le había agradado en lo más mínimo. Lo consideraba rastrero, pero la salud de su hermano exigía medidas drásticas que estaba dispuesto a realizar, por difíciles o vergonzosas que fueran.

Comprendía el punto de vista de ella y lo compartía. Entendía que no era decoroso que ellos compartiesen el mismo techo y, de no estar Pierre en esa situación, jamás le habría impuesto de ese modo su presencia allí. No lo consideraba digno de un caballero que se preciase. Por tanto, procuraría que su permanencia en aquella casa fuese lo más discreta posible, de tal modo que, en lo posible, no alterase las costumbres de la curandera.

En la cama, Pierre se agitó y gimió de dolor. Armand cruzó la habitación para tranquilizarle. Al tocar su piel desnuda notó que ardía en fiebre y que sus párpados se agitaban sin llegar a abrirse.

—No te preocupes, no dejaré que te pase nada —aseguró, con fiereza no exenta de temor.

Soñó que alguien la zarandeaba cada vez más fuerte, pero no, no era un sueño.

—*Madame, madame. Attendez* —oyó la voz del capitán, cada vez más furiosa.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó, somnolienta.

—Mi hermano está muy mal.

Camila le vio mesarse el pelo como si quisiera arrancárselo y sintió lástima por él. En el fondo no era más que un hombre preocupado por la salud de su hermano.

—¡Moveos! Si Pierre se muere... ¡os mato! —bramó Boudreaux con los ojos relucientes como ascuas, al tiempo que la obligaba, sin miramientos, a levantarse de la silla donde había estado sentada—. ¿Estáis sorda?

¿Un hombre? No, desde luego que no. Más bien parecía un energúmeno, un cavernícola sin civilizar. Con aquel pelo desordenado y la camisa —que se había cambiado cuando un soldado les llevó sus pertenencias— desabrochada hasta la cintura, estaba lejos de parecer civilizado. No quiso mirar el vello ensortijado que adornaba su pecho.

—¡Soltadme! ¡Por supuesto que os he oído! Al igual que toda la ciudad habrá

oído también los gritos que habéis dado. —Se separó de él y bajó por la escalera, casi volando.

Estaba rabiosa. ¡Estúpido francés! Se permitía el lujo de amenazarla como si ella fuera uno de sus subordinados. ¡Ja! Tenía que transigir y soportar que vivieran bajo el mismo techo que ella, pero de ahí a aguantar esos modos mediaba un abismo. No lo toleraría.

Su mal humor se desvaneció al ver a Pierre tumbado sobre la cama con aspecto cadavérico. Su pecho apenas se movía con cada inspiración. Camila le tomó el pulso y lo notó muy débil. La piel estaba caliente y tensa, debido a la elevada temperatura del enfermo. Los párpados, entreabiertos, dejaban ver el blanco de los ojos. Lo primero sería tratar de bajar esa fiebre lo antes posible.

Sacó una manta y varias sábanas del armario, luego las puso sobre una silla al lado de la cama. Fue a la cocina por una jofaina y un cántaro lleno de agua. Una vez en la habitación del enfermo comenzó con los cuidados para remitir la calentura.

Primero, con la ayuda del capitán, que vigilaba cada uno de sus movimientos con la fijeza de un halcón, Camila retiró la ropa de cama para colocar la manta y una sábana bajo el cuerpo desnudo de Pierre. Más tarde, ante el asombro del oficial, empapó otra sábana más pequeña y cubrió el torso del enfermo. El contraste de temperatura arrancó un grito a Pierre, quien se sacudió incómodo, murmurando incoherencias. El capitán ya estaba agarrando el lienzo para quitárselo cuando Camila le advirtió con la mirada que lo dejase donde estaba, a la vez que susurraba palabras tranquilizadoras en francés al enfermo y lo envolvía con la sábana y la manta. Una vez tapado con el resto de la ropa de cama, que momentos antes habían retirado, comprobaron que Pierre se había quedado dormido.

—¿Estáis segura de que es así como debe hacerse? —preguntó el capitán, frunciendo el entrecejo. Estaba claro que no confiaba en ella.

—Por supuesto. No es la primera vez que lo hago. Mi padre me enseñó este método como la manera más efectiva de bajar la fiebre —contestó con firmeza.

Esas palabras parecieron tranquilizarle; hasta su postura se relajó un tanto.

—Me alegra saber que no utilizáis sangrías con el mismo fin.

—Podéis estar tranquilo, *capitaine*; no me gustan esos métodos. Y ahora, si me lo permitís, voy a preparar una tisana para cuando vuestro hermano despierte.

Sin esperar respuesta, Camila regresó a la buhardilla con la mente ocupada en la lista de hierbas que podría necesitar: azahar, avellano, castaño de indias, sauce, saúco, fresno, amapola, marrubio...

Cuando Juana entró en la habitación del enfermo se encontró, como cada mañana, al capitán velando junto al lecho de su hermano. Las luces del alba comenzaban a filtrarse por la ventana abierta. Un gallo cantó a lo lejos, rompiendo el silencio de la noche y anunciando la llegada del nuevo día. Como si de una señal se tratara, otros gallos lo imitaron y al momento multitud de pájaros emprendieron un duelo de trinos, llenando la ciudad con sus notas.

—Buenos días, capitán Boudreaux —le saludó Juana.

—*Bonjour*, Juana —respondió, frotándose los ojos.

—Bajad a la cocina; os he preparado un buen tazón de chocolate con pan recién hecho —le recomendó la mujer, con una sonrisa.

—*Merci*; ahora mismo voy.

Pese a que, en principio, la idea de tener a aquellos dos soldados franceses en la casa no le había parecido sensata, por mucho que la aprobaran don Pedro y don Bernardo, en los cuatro días que llevaban allí había cambiado de idea, por dos razones: la primera, porque aquel gallo había salvado la vida de don Arturo años atrás; la segunda, por simple caridad cristiana. El muchacho estaba muy mal; era patente que la fiebre le estaba agotando y que necesitaba toda la ayuda posible para recuperarse. Era demasiado joven para morir de esa manera, sin haber vivido.

El capitán se desvivía por atender a su hermano en los momentos que estaba en la casa, que en honor a la verdad no eran muchos, pues el duque de Berwick lo convocaba la mayor parte del día, junto con los otros oficiales. Veía en los ojos de aquel hombre el sufrimiento inmenso que estaba pasando ante la pertinaz fiebre que consumía a su hermano, y se compadecía de él. No había duda en cuanto al cariño que profesaba a Pierre.

Los remedios y las hierbas de doña Camila no estaban siendo muy efectivos. Era una lástima que no estuviera don Arturo; él habría sabido qué hacer. Con un toque de sus manos la fiebre sería historia. Por otro lado, la muchacha estaba haciendo todo lo que podía para erradicar la calentura que consumía al enfermo, aunque por el momento no había remitido.

—Id a desayunar antes de que se enfríe el chocolate —le instó—. Yo me quedaré con él. La señora vendrá enseguida para cambiarle el vendaje de la pierna.

Una vez el hombre se hubo marchado, Juana se sentó en la silla que había estado ocupando el capitán hasta ese momento y observó la cara macilenta de aquel muchacho. Era una versión joven del capitán Boudreaux, pero más suavizada. Más inocente. Era indudable que las batallas habían marcado el semblante del hermano mayor, endureciéndole las facciones.

Mala cosa, las guerras.

—¿Se ha despertado? —preguntó Camila, un rato más tarde, cuando entró en el cuarto—. Traigo la infusión de milenrama para lavarle el muñón. Le ayudará a cicatrizar mejor la herida. —Señaló el tazón que llevaba en las manos.

—Señora... ¿creéis que se curará? —susurró Juana, preocupada.

Camila, afligida, se limitó a suspirar. Empezaba a desesperarse ante la inutilidad de sus métodos curativos. Tenía que encontrar la manera de reducir la temperatura de Pierre. Y no sólo eso: debía hacerlo lo antes posible. Antes de que la calentura lo matase.

—Rezo para que así sea, Juana. Ruego a Dios que obre el milagro. Me siento tan impotente... tan ignorante...

«Si mi padre viviera, ya lo habría estabilizado».

Pero ha muerto.

«Si yo tuviera el don...»

Pero como no lo tienes, utiliza tus conocimientos, tu instinto.

«¿Cómo? ¿Qué puedo hacer que no haya intentado ya?»

Algo habrá. ¡Piensa!

El chirrido de la puerta acabó con su diálogo interior. Armand Boudreaux ocupaba con su altura y sus hombros el hueco de la entrada. A pesar de los días que llevaba en su casa, aún no se había acostumbrado a la envergadura de aquel galo. Ni al magnetismo que irradiaba su persona. Allí parado, vestido de uniforme, tenía la apariencia de una fiera sometida a un férreo autocontrol. En su cara habían aparecido nuevas arrugas y manchas oscuras rodeaban sus ojos, como resultado de la falta de descanso. Aun así, seguía siendo demasiado atractivo para cualquier mujer. Si hubiera sido menos serio y algo más cordial, habría resultado devastador. Era una suerte para ella que su antipatía y su sequedad destacasen tanto.

—Tengo que atender unos asuntos con el duque de Berwick —anunció, con su voz profunda y su leve acento francés—. Si hay... si hay alguna novedad...

—Os lo haré saber —terminó Camila por él—. No os preocupéis, *capitaine*. ¿Cómo tenéis el hombro? No os he curado las heridas y...

—Están bien. Dedicaros a Pierre —dijo, escueto. Luego parpadeó varias veces antes de volver a hablar—: *Merci, madame*. —Con una inclinación de cabeza a modo de saludo salió, cerrando la puerta tras él con sumo cuidado.

—Me da pena ese hombre. Es evidente que sufre mucho. —Juana alzó los hombros—. Señora, si no deseáis más, estaré en la cocina preparando la comida. He visto que el caballo estaba recién cepillado, así que Samuel no estará muy lejos y tendrá hambre. Deberíais hablar con él, señora. No es bueno que ande solo por ahí.

—Lo sé, Juana. Trataré de convencerle de que no hay ningún peligro en la casa para él, pero ya sabes lo desconfiado que es.

—Un niño no debería pasar por eso, señora —comentó Juana y sacudió la cabeza

con tristeza.

Ya sola, Camila no perdió el tiempo en pensar en otra cosa que no fuera en limpiar la herida del muñón con la decocción de milenrama. Retiró la sábana que cubría al enfermo y procedió con la cura. Más tarde le colocaría una compresa con el hervido de hojas de sanícula para ayudar en la encarnadura. Con un poco de suerte y los cuidados pertinentes, esperaba que la herida cerrara bien y no se infectase.

Don Bernardo había cortado la pierna por debajo de la articulación de la rodilla; de ese modo, pasado un tiempo, Pierre podría volver a caminar con la ayuda de una pierna de madera. Si es que se recuperaba lo suficiente como para eso.

«¡Basta ya! No tengo que dejarme llevar por el pesimismo —se reprochó mentalmente—. No es el momento para lamentaciones».

Vertió agua fresca en la jofaina y empapó un paño para lavar y refrescar el delgado cuerpo de Pierre. Dejó que el aire fresco que entraba por la ventana secase la humedad de la piel para, de algún modo, ayudar a bajar la temperatura. Pierre se revolvió inquieto, balbuceando palabras sin sentido. La fiebre le estaba haciendo estragos en el cuerpo y la mente.

—Chist... Dormíos —susurró Camila, colocando una mano sobre la ardorosa frente del enfermo—. Chist... Descansad.

Un rato más tarde, Pierre se quedó dormido. Si bien seguía teniendo fiebre, ya no era tan elevada, por lo que Camila optó por subir a la buhardilla y preparar las hierbas de la tisana para cuando el muchacho despertase. Quizá, después de todo, el proceso de curación ya había empezado.

El cielo sobre San Sebastián lucía cubierto de nubes densas y plomizas. Un grupo de hombres reparaba la brecha de la muralla por donde habían penetrado en la ciudad las tropas francesas. Frente a ellos, Armand supervisaba el trabajo junto con su amigo, el oficial Gastón Bonnet. Estaba deseando regresar al lado de su hermano para saber si empezaba a mejorar o, por el contrario, su estado seguía siendo crítico. Ya eran cuatro los días pasados en medio de los delirios de la fiebre y su situación no presagiaba nada bueno. Con furia se quitó el sombrero para mesarse los cabellos, alborotados por el viento.

—Se rumorea que Berwick no se quedará mucho tiempo aquí —anunció Gastón, sacudiéndose el polvo de la guerrera. Le gustaba estar impecable en todo momento y eso, unido al rostro angelical que poseía, le valía la admiración del sexo femenino en cualquier país—. Tiene pensado dejar una guarnición al mando de la ciudad. ¿Te ofrecerás tú, Armand?

—No. No lo creo —murmuró y apoyó el pie derecho sobre un montón de escombros—. Lo más probable, querido amigo, es que abandone el ejército.

—¡Cómo! ¿Tú crees que te dejarán? —Gastón alzó sus rubias cejas, mostrando incredulidad.

—Espero que sí. Llevo demasiados años luchando al lado del duque y, sinceramente, espero que me deje retirar. Estoy muy viejo para seguir en medio de guerras.

—¡Ah! Armand, en eso no creo que tengas razón. Tengo los mismos años que tú. Y estoy convencido de que con treinta y cuatro años no se está al borde de la vejez —sentenció Gastón, con una mueca—. Yo, personalmente, me encuentro pletórico. — Sonrió con picardía y se le formaron un par de hoyuelos en las comisuras de la boca —. Precisamente anoche retocé con dos buenas mozas en...

—*Dieu doux dans le ciel!* —siseó Armand, formando sendos puños con las manos.

—¡Vaya, hombre! Hoy estás muy quisquilloso —se quejó Gastón, malinterpretando las palabras de su amigo—. ¿Será que necesitas los arrumacos de una buena moza? Precisamente te podría presentar...

—¿Qué diablos hace ese hombre aquí? —le cortó Armand, hablando entre dientes, mientras miraba al frente.

Gastón siguió la mirada de su amigo y por fin comprendió su enfado.

—¿Cuándo vas a olvidarte de aquello? —suspiró, apesadumbrado—. Claude Dubois fue tan víctima como tú. A los dos os engañó.

—¡No! Y deja de tratar de convencerme. Es imposible. Yo sé lo que ocurrió; no trates de engañarme como a un niño para que me calme y lo perdone.

—¿Por qué eres tan testarudo? He tratado de contarte... —Gastón calló ante la mirada fiera que Armand le dedicó un instante antes de volver a mirar a Claude—. Bueno, es igual. No tiene remedio. —Sacudió la mano frente a sí y sus verdes ojos se ensombrecieron—. ¿Cómo está tu hermano? Y tu hombro, ¿qué tal está?

Armand no apartó la mirada de Claude Dubois, su amigo de la infancia, hasta que éste desapareció de su vista al doblar una esquina. Jamás le perdonaría. Por deferencia a su camarada se concentró en tranquilizarse; no quería que Gastón se preocupara; después de todo, se encontraba entre la espada y la pared, pues era amigo de ambos.

—Mi hombro se va curando. Cada vez me molesta menos —le respondió, una vez que hubo restaurado su calma anterior—. El galeno ha limpiado las heridas varias veces en estos días y parece satisfecho con el progreso. En cuanto a mi hermano... sigue con mucha fiebre.

—Es una pena que don Arturo haya muerto. Pero dicen que la hija es muy buena curandera. ¿Qué tal es?

—De momento no ha podido hacer nada por Pierre.

—No, ¿cómo es ella? Ya sabes... en persona —sugirió Gastón, dibujando en el aire el contorno curvilíneo de una mujer—. ¿Es hermosa?

—Sinceramente, *mon ami*, no tengo ni idea. No me he fijado en ella —contestó Armand. Naturalmente, estaba mintiendo; sí que se había fijado en ella, pero no quería reconocerlo, ni siquiera ante sí mismo.

—*Sacre Dieu*. En verdad creo que necesitas un buen revolcón que te devuelva a la realidad. Desde que ella...

—¡Basta ya! No quiero discutir contigo, Gastón. Más que suficiente —cortó Armand, con furia apenas contenida—. Será mejor que regrese para ver cómo está Pierre. Ya nos veremos —se despidió, antes de encasquetarse el sombrero. Y sin esperar más, se fue.

No estaba de humor para la cháchara de Gastón. Durante los últimos cuatro años, su amigo había estado insistiendo para que Claude y él se encontraran, debían hablar de lo ocurrido, pero ninguno de los dos tenía intención de hacerlo. El único encuentro que se podría producir entre ellos sería con pistolas o espadas al amanecer. Y si eso no había sucedido todavía era por el respeto que los dos sentían hacia Gastón.

—Al final, querida prima, se han confirmado las sospechas de mi amigo. Llevaba tiempo escribiéndome que en palacio se estaban cocinando muchas intrigas —comentó Aurelio de Gamboa.

—Me gustaría saber quién decidió que España invadiera Cerdeña y Sicilia después de haberlas entregado en el Tratado de Paz firmado en Utrecht. Si no lo hubieran hecho, Inglaterra, Francia, Holanda y Austria no se habrían aliado contra nosotros. ¿Quién habrá sido el instigador de esta historia? —murmuró Camila, mientras elegía las hierbas y las semillas para triturar en el mortero—. Según tu amigo, bien pudiera ser el cardenal Alberoni, la reina Isabel de Farnesio o el mismísimo rey. ¿Crees que nos enteraremos algún día? Yo creo que no. Nadie se molesta en informar al pueblo llano de esas cosas.

—Encima tenemos que estar agradecidos de que este asedio no haya sido tan brutal como podría haber sido. Escribiré a mi amigo, para ver si se ha enterado de más cosas. Desde que empezó a trabajar en las cocinas del palacio está al día de todo lo que sucede alrededor.

—Desde luego que sí. Aquello parece ser un hervidero de chismes. —Sonrió Camila.

—Es la primera vez que un ejército consigue traspasar las murallas de San Sebastián. Nunca creí que lo consiguieran —admitió Aurelio.

—Es posible que ni el mismísimo mariscal lo creyera. Fue una suerte para él que se incendiara el polvorín.

—Sí, es cierto. Por otro lado, parece que se está portando de una manera muy galante y no va a imponer su voluntad como bien pudiera. Al fin y al cabo, ellos son los vencedores.

Se quedaron en silencio. Su primo Aurelio había llegado media hora antes y desde entonces estaba hablando de todo un poco. Camila intuía que su primo quería decirle algo. Ya la había reprendido por tener a los dos franceses viviendo en su casa, pese a haberle contado la razón. El saber que eso contaba con la aprobación de don

Pedro pareció tranquilizarlo un poco y dejó de pasearse arriba y abajo por la buhardilla.

Camila se sentó para comenzar a moler. Era un procedimiento lento y pesado.

No estaba nada contenta con el progreso de Pierre. Habría preferido que la fiebre hubiera comenzado a remitir, pero eso aún no había ocurrido. No convenía que se debilitara demasiado; de lo contrario le costaría más recuperarse.

¿Qué podría hacer, que se estuviera pasando por alto? ¿Cómo añoraba a su padre! Cómo añoraba su sabiduría. Al margen del don, eran sus conocimientos sobre remedios curativos lo que más le gustaba. Desde muy pequeña siempre estaba tras él para que le enseñara. Salían juntos a recolectar hierbas y él le iba explicando para qué servía cada una de ellas. Tenía buenos recuerdos de aquellos tiempos.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Aurelio, por encima del ruido del almirez.

—Perdona, no te he oído —respondió Camila y lo miró.

De estatura media y cuerpo robusto, había heredado el cabello renegrido de los Gamboa. Los ojos marrones, casi negros, y la nariz afilada destacaban en su severo rostro, ahora crispado por el enfado. Vestía como cualquier joven sencillo: una camisa de tela basta, unas calzas hasta la rodilla, medias de lana y unas abarcas de piel sin curtir, atadas a las pantorrillas con un cordón de cuero.

—Te estaba hablando de los gabachos que tienes en tu casa —explicó él. Se colocó detrás de una silla y se agarró al respaldo.

—¡Ah! Ten cuidado con esa silla; está medio desencolada. Tengo que llevársela al carpintero —le advirtió Camila—. Sobre lo otro, creía que ya estaba todo aclarado. Te he contado...

—¡Maldita sea, prima! Ya me has dicho que don Pedro está al corriente, pero ¿dónde tienes el sentido común? —graznó Aurelio y golpeó la silla.

—Deja de darme la lata con ello. No puedo hacer nada.

—¿No tienes vergüenza, muchacha? —vociferó, enfadado.

—No me llames muchacha con tanta condescendencia. No eres mayor que yo.

—La gente murmurará. Vives sola. No me hables de Juana —interrumpió, cuando Camila quiso hablar—. Ella sólo es una sirvienta; de poco sirven sus palabras si los demás deciden tacharte de... —Calló y torció el gesto con desprecio—. No deberías haberlo consentido y menos...

Estaba equivocada y su primo no había aceptado lo de sus huéspedes. Continuó sentada a la mesa, moliendo semillas, como si no le importaran las acusaciones que Aurelio estaba vertiendo sobre ella, pero la creciente violencia con la que golpeaba el contenido del mortero de piedra evidenciaba la furia que hervía por dentro. Estaba claro que no la dejaría en paz hasta que no le diera la razón. Pero ¿qué podía hacer ella? Ya se había negado ante don Bernardo y don Pedro sin resultado. Y ahora no iba a echarles de su casa, sobre todo en el estado en que se encontraba Pierre. No, señor.

—No me estás haciendo caso —sentenció, molesto, y volvió a sacudir la silla para enfatizar sus palabras—. Es algo que se comenta por ahí.

—No sé de qué me hablas —admitió Camila con sequedad.

—¿Ves? Sigues sin escucharme. Te estoy diciendo que tu capitán Boudreaux es un hombre violento y...

—¡No es *mi* capitán! —barbotó, aumentando el ritmo con el almirez y apretando los dientes.

—... un oficial lo comenta a quien quiera escucharlo —continuó, como si ella no lo hubiera interrumpido—. Anoche, al descubrir que eras mi prima, me lo contó en la taberna del puerto. No me lo estoy inventando. Es posible que matara a su esposa y al bebé que esperaba...

—Me importa un pimiento lo que otro oficial diga o deje de decir —le cortó, enfadada—. Él está en mi casa y aquí se quedará hasta que su hermano se reponga. ¿Lo has entendido? —siseó—. Como bien sabes, salvó la vida de mi padre durante la batalla en Almansa, hace doce años, y yo voy a saldar la deuda.

—Eres muy crédula. ¿Cómo sabes que fue él? Bien pudiera haber sido otro.

—¡Por el amor de Dios! He dicho que se quedará aquí y no se hable más —apuntó, levantándose de la mesa con los puños apretados—. No creo que esté mintiendo sobre eso. Verdaderamente creo que fue Boudreaux quien le salvó la vida a mi padre. Y en cuanto a lo que se comenta por ahí... Me da igual. La mitad de la ciudad debería estarle agradecida: gracias a él, mi padre pudo seguir ayudándoles durante otros once años. Harían bien en recordarlo antes de emitir ningún juicio. Ahora te agradecería que me perdonases; tengo a un paciente que atender. —Recogió el mortero, tratando de no oír las maldiciones de su primo y el traqueteo de la silla, antes de encaminarse a la puerta con un revuelo de faldas.

Allí se encontró frente a frente con la mirada azul del mismísimo capitán Boudreaux. Detrás de ella se oyó el estrépito al caer la silla y desmoronarse en el suelo.

—Buenas tardes, *madame* —saludó Armand con una inclinación de cabeza y alzó una ceja en dirección al joven que acompañaba a la curandera.

—Buenas tardes, *capitaine*. Creo que no conocéis a mi primo... —comenzó a decir, ruborizada.

—No, no nos conocemos. Soy Armand Boudreaux y vos sois...

—Aurelio de Gamboa —respondió, inclinando la cabeza a modo de saludo. Las manos ocupadas con los restos de la maltrecha silla—. Visitaba a mi prima para cerciorarme de que se encuentra bien.

—Muy loable de vuestra parte —aseguró Armand, con cinismo; no se le había escapado la indirecta—. Como podéis comprobar, se encuentra en perfecto estado —agregó con frialdad y se volvió a la joven—. Mi hermano está delirando de nuevo y gime de dolor, *madame*.

—Sí, ahora mismo he terminado el preparado para la tisana —confirmó Camila, mostrándole las hierbas trituradas en el mortero—. Bajaré para ver si consigo que se la tome.

Aurelio se aclaró varias veces la garganta y dejó los restos del asiento apilados en el suelo, a un lado de la puerta.

—Bueno... Tengo que marcharme. Me alegro de que estés bien, Camila. — Volvió a carraspear y lanzó una mirada furtiva al francés, antes de fijar la vista de nuevo en su prima—. No olvides lo que te he contado.

—Deja de preocuparte por nada. De todos modos... gracias —aclaró la joven, mientras acompañaba a su primo a las escaleras.

Armand los siguió con la vista; le enfureció lo que había oído mientras subía a la buhardilla. ¡Maldito fuera Claude Dubois! Empezaba a cansarse de que fuera calumniándolo por ahí. No entendía de dónde podía haber sacado semejantes patrañas cuando era él, el propio Dubois, quien debía callar. Si no fuera porque había prometido, en honor de los viejos tiempos, que no lo retaría a duelo, hace tiempo que Dubois ya sería historia.

Trató de serenarse recorriendo con la vista aquella buhardilla. Olía bien y se estaba a gusto en aquel lugar.

—*Capitaine?*

La voz de *madame* de Gamboa lo trajo a la realidad y le hizo recordar las palabras que había dicho en su defensa, delante de su primo. En el fondo era una mujer buena y comprensiva. Se fijó en los ojos ambarinos de la curandera. Eran extraordinarios. Tenía la piel inmaculada y la nariz salpicada de pecas. Pero lo que más le llamaba la atención eran sus labios: rojos y voluptuosos. Labios para besar, devorar, saborear... Gimio por dentro y trató de parar el derrotero que estaban tomando sus pensamientos. No era bueno seguir por ese camino.

—*Oui, madame* —contestó, olvidada la ira que le corroyera instantes atrás.

—Me temo que debo irme. Una mujer de extramuros se ha puesto de parto y mandan a buscarme —le explicó, mientras recogía distintos tipos de hierbas y las colocaba en una cesta—. En la habitación de vuestro hermano os he dejado infusión suficiente para varias veces. Obligad a Pierre a tomarla —suspiró—. Espero que esta vez le ayude a bajar la fiebre.

—¿Qué queréis decir con que os marcháis? —preguntó con voz engañosamente suave.

—Lo que habéis oído. Una mujer se ha puesto de parto...

—¡Ya lo he escuchado, maldita sea! —bramó, incapaz de contenerse por más tiempo—. ¿Y mi hermano qué?

—Capitán Boudreaux, os acabo de explicar lo que debéis hacer en las próximas horas. En el caso de que empeorase...

—¡Empeorase! —la cortó con un rugido.

—No hace falta que gritéis de ese modo —dijo ella.

—Estamos hablando de mi hermano. *Mon Dieu!* —Se mesó el cabello con brusquedad—. Quiero que os quedéis aquí. Que vaya otra partera. Pierre os necesita más que esa mujer.

—¡No!

—¿Cómo que no? Vuestro deber es...

—Mi deber es atender a quien me necesite, capitán. —Los ojos dorados de la curandera despidieron chispas—. La otra partera también está ocupada. Trataré de regresar lo antes posible; mientras tanto, atended a Pierre como os he indicado. Si algo ocurriera, sólo tenéis que enviar a Guido para que me avise. Por otro lado, Pierre dormirá por un tiempo. Le he administrado láudano para el dolor.

Se dio media vuelta y, ante la estupefacción de Armand, se marchó.

—*Merde alors!* —tronó, indignado—. ¿Cómo he podido pensar que era buena y comprensiva? Si no fuera porque la necesito para curar a Pierre, ahora mismo la estrangularía con mis propias manos.

Necesitaba hacer algo para desahogar su malhumor. Algo que le entretuviera para dejar de pensar en el estado de Pierre. Su mirada se desvió hasta los restos de la silla y, antes de pensarlo siquiera, se agachó para recogerlos y llevarlos a su habitación. La arreglaría a ratos.

El caserío donde vivían Hilaria de Urrutia y Román de Aguirre estaba a media hora de camino, al oeste de la ciudad. Román, preocupado, la esperaba en la puerta, frotándose las manos con nerviosismo. Éste sería el segundo hijo de la pareja, pero el futuro padre tenía tanto miedo como lo había tenido con el primero.

—Pasad, yo atenderé al caballo —aseguró Román, tomando las riendas de la montura.

A Camila le gustaba andar, pero cuando las distancias eran largas, como en ese caso, no le quedaba más remedio que recorrerlas a caballo. Al principio, después de la muerte de su padre, evitaba en todo lo posible cabalgar. No podía hacerlo sin sufrir mareos. Había desarrollado un miedo paralizante a las alturas. Montar a caballo hacía que le diera vueltas la cabeza y la convertía en un manojo de nervios, sin voluntad para nada. Poco a poco había conseguido vencer ese miedo, pero no se sentía segura para cabalgar sino al paso y, a veces, el terror a las alturas volvía a atacarla en el peor momento.

La joven se quitó la capa con la que se había protegido de la insistente lluvia y la colgó en un gancho, al lado de la puerta. Cerca del hogar le tenían preparada la jofaina con agua caliente para que se lavase. Su padre siempre insistía sobre las normas elementales de higiene a la hora de atender a un enfermo. Era costumbre que le tuvieran preparado, en cada casa, lo necesario para cumplir con esa norma.

Una vez aseada, subió a la habitación de Hilaria.

—Buenas tardes, doña Camila —saludaron las dos mujeres que atendían a la futura mamá.

Doña Alberta y doña Remedios, las madres de Hilaria y Román, respectivamente, ya tenían preparada la cama de la parturienta. La mujer descansaba sobre una piel de

cordero con la lana vuelta hacia arriba bajo la sábana. Un vistazo le sirvió a Camila para comprender que el parto no era inminente. Hilaria estaba tranquila y las contracciones, de momento, no eran muy fuertes ni dolorosas.

—¿Cómo os sentís? —le preguntó.

—Ahora estoy bien. No me duelen mucho —explicó Hilaria con una sonrisa. Tenía la tez sonrosada y sus ojos castaños brillaban con expectación—. Dicen que el segundo cuesta menos que el primero.

—Sí, generalmente así es. No debéis preocuparos; si el pequeño Román no tuvo problemas para nacer hace tres años, nada indica que esta vez no será igual —anunció Camila, palpándole la barriga con detenimiento—. Está bien colocado. Veréis qué fácil va a ser.

—Eso espero.

Para cuando terminó de examinar a la futura madre y comprobar que todo estaba siguiendo su curso normal, el marido ya estaba en la habitación.

—No os preocupéis, Román. Hilaria está muy bien, pero creo que tardará un poco más —le tranquilizó.

—Me pregunto... ¿Creéis que alguna vez termina uno por acostumbrarse a esta espera?

—No lo sé. Probablemente, no.

Román fue a sentarse al lado de su esposa para tomarla de la mano. Mientras tanto, Camila se sentó junto a las mujeres que hilaban para pasar el rato. Le gustaba hilar, pues la relajaba; podía estar varias horas de esa guisa sin importarle. A veces lo hacía cuando estaba muy nerviosa o cuando necesitaba dejar la mente en blanco.

Doña Alberta y doña Remedios se comentaban entre murmullos los cotilleos que circulaban por ahí, sin perder el compás con el huso. Entre la cháchara incesante y el continuo ir y venir a la cama de la parturienta, Camila se distrajo. Cuando quiso darse cuenta ya había pasado más de hora y media.

—Bueno, muchacha, ¿qué nos contáis sobre esos franceses que se alojan en vuestra casa? —le preguntó doña Alberta, con mirada inquisitiva.

Camila se sobresaltó y a punto estuvo de dejar caer el huso. Había debido prever que le harían esa pregunta; era más fácil parar un torrente de agua que frenar la curiosidad de aquellas mujeres.

—El joven sigue mal. Tiene tanta fiebre que a veces pienso que le va a matar —se desahogó—. Lo curioso es que el muñón cicatriza admirablemente.

—Vaya, muchacha, espero que se recupere pronto. Pero ¿el otro? —inquirió doña Remedios, continuando con el hilado.

Camila se libró de contestar porque en ese preciso momento entraron la señora Jacinta y la señorita Juliana, las hermanas de Hilaria, sacudiéndose el agua de las capas.

—¡Vaya tiempecito que tenemos! —exclamó Jacinta. Con garbo agitó la prenda con que se habían resguardado de la lluvia para quitarle las gotas adheridas.

—Tenemos tormenta y están descargando rayos por doquier —aseguró Juliana, la más pequeña de las hermanas—. Vamos a cerrar todas las ventanas y las puertas para que no haya corriente.

Las dos abuelas se levantaron como una exhalación para hacer lo que había sugerido Juliana y, además, voltear los espejos, guardar las navajas y los husos que habían estado usando hasta ese momento. No querían que les alcanzara un rayo por no ser previsoras. Camila, por su parte, guardó el huso con renuencia. Consideraba que con cerrar las contraventanas era suficiente y el resto, pura superstición.

—Cuando yo era pequeña, un rayo entró por la chimenea, atraído por un huso que habían olvidado sobre la mesa —comentó doña Alberta, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí, eso he oído. Pero volvamos a lo que nos ocupaba antes de que entraran tus hijas —convino doña Remedios, una vez que todas ocuparon las sillas.

—¿Quieres seguir hilando con la tormenta? —Doña Alberta estaba anonadada.

—No, claro que no. Me refería a lo que estábamos hablando.

Camila no pudo evitar un suspiro. Había algo que se hacía mientras se esperaba el parto: chismorrear. A ella no le agradaba mucho, pero de esa manera se entretenían las mujeres y la parturienta y las horas se pasaban más distraídas. Por desgracia, ahora el foco del comadreo era ella. Y eso le gustaba aún menos.

—Bueno, Camila, cuéntenos cómo es ese hombre. Hemos oído que es muy buen mozo —indagó Jacinta, acariciándose la voluminosa barriga; no le faltaba mucho para estar en las mismas condiciones que su hermana—. ¿Es cierto?

—Si digo la verdad, no he tenido tiempo de fijarme... mucho.

—¡Ah, vamos! ¿No nos iréis a decir que no os habéis dado cuenta? —sugirió Juliana haciendo pucheros.

—He estado muy ocupada cuidando de su hermano.

—Pero ¡un hombre así no pasaría desapercibido, mujer! —la interrumpió Jacinta, los castaños ojos abiertos como platos—. ¡Habría que estar ciega para no verlo! Anda, mujer, no seas así y dinos si es o no buen mozo.

Camila miró a su amiga de la infancia y le sonrió. Jacinta siempre había sido muy tenaz, no la dejaría tranquila hasta que les contara algo sobre el capitán.

—Muchachas, bajad la voz; no queremos que el pequeño Román se despierte —las reprendió doña Alberta, señalando la puerta de la alcoba donde dormía el niño.

—¡Oh, madre! Si la tormenta no lo ha despertado aún, ¿creéis que nuestras voces lo harán? —inquirió Juliana, haciendo mohines—. Contadnos, doña Camila, no nos tengáis sobre ascuas.

—Bueno, sí —comenzó Camila, bajando la voz—. Sé que es alto y bien plantado, pero también sé que tiene muy mal carácter y es muy mandón —sentenció y frunció el ceño—. No resulta muy agradable tenerlo en casa, creedme. Si pudiera hacer que se fuera ahora mismo, por seguro que lo haría.

—No será muy malo cuando salvó la vida de don Arturo —terció doña Remedios.

—Por supuesto que le estoy muy agradecida por eso. Es por lo único que le aguanto en mi casa —aseguró, antes de levantarse para examinar de nuevo a Hilaria.

Era verdad: desde que había llegado aquel francés su vida estaba patas arriba. Camila no podía marcharse sin que él se enfadara; al parecer quería que estuviera la jornada completa junto a su hermano. Naturalmente, ella deseaba que Pierre se curase lo antes posible; no soportaba ver al muchacho sufrir tanto y estaba haciendo todo lo humanamente posible para que su padecimiento terminase pronto. Eso era cierto. ¡Bien lo sabía Dios! Pero hasta ahora nada daba resultados positivos y temía no ser capaz de ayudarlo.

—¿Sabéis si está casado? —interrogó Juliana; la había seguido hasta el lecho donde su hermana comenzaba a presentar los primeros síntomas de que el momento final se acercaba. Un rayo estalló con inusitada potencia, haciendo temblar las vigas del caserío—. ¡Santa Madre de Dios! —La joven se persignó.

—No. No tengo ni idea y tampoco se lo he preguntado. No es algo que me interese, a decir verdad.

—¡A vos puede que no! Pero a mí sí que me interesa. Tengo dieciocho años, estoy soltera y no quiero que sea por más tiempo. No le haría ascos a un oficial, aunque sea gabacho.

—Creedme, señorita Juliana: el matrimonio no es algo para tomar a la ligera —murmuró Camila, antes de poder contenerse—. Si la elección es buena, todo irá bien; de lo contrario será un infierno.

—Por supuesto, doña Camila —convino la joven—. Todos sabemos que vuestro matrimonio con don Cosme de Albistur fue de los buenos. El cariño que él os profesaba era bien sabido.

—Sí, claro —asintió la curandera.

—Fue una pena que muriera tan joven y que no os quedaseis embarazada. ¡Ay! Lo siento mucho, doña Camila —se disculpó Juliana, compungida—. Siempre hablo demasiado.

—No os preocupéis. Tengo que aceptar que Dios no me bendijo con hijos propios, pero me dio a Samuel...

—Sí, parece obra del Señor que lo conocierais la misma noche de la muerte de don Cosme. Como si Dios se hubiera llevado a uno y os hubiese dejado a otro.

—No creo que el Señor tenga nada que ver con eso —manifestó doña Remedios, que se había acercado hasta la cama de la parturienta—. No debemos olvidar que ese niño es hijo de una prostituta del puerto y ¡a saber quién será el padre! Mala sangre, sí, señor.

—Samuel es un buen muchachito —aseguró Camila, dolida por esas palabras tan despectivas—. Ha pasado por situaciones por las que ningún ser humano debería pasar, y menos siendo niño. Debo decir que poco a poco está aprendiendo a confiar en las personas y con los años será un buen hombre.

—No estoy muy segura de eso —vaticinó doña Remedios, con el ceño fruncido.

El gemido de Hilaria las hizo cobrar conciencia de dónde estaban y para qué.

—Román, creo que ya es hora de que os sentéis en la silla —anunció Camila.

El hombre, sin pérdida de tiempo, se sentó en una silla baja y, con la ayuda de las mujeres, consiguió sentar a su esposa sobre su regazo, abrazándola por encima del vientre distendido. Eso era algo común en los partos, por esos lugares: una manera de que el padre participase activamente en el nacimiento de los hijos. El hombre permanecería sentado sujetando a su esposa, durara lo que durase el alumbramiento. En otras ocasiones, cuando la presencia del marido no era posible, las parturientas se sentaban en una silla de partos con las piernas abiertas sobre los brazos de ésta, para facilitar la expulsión.

Por fortuna para todos, el nacimiento no se demoró; dos horas más tarde todo había terminado. Sin embargo, la tormenta no había remitido y se oían las gotas, que golpeaban las contraventanas.

Las mujeres pululaban alrededor de Hilaria y de su pequeña y sonrosada hija. Buscaban parecidos entre los familiares de ambas familias. El padre, ajeno a todo ese ajetreo, contemplaba a su esposa con evidente arrobó.

Camila, con la pequeña en brazos, sintió una punzada de envidia al observar que la madre le devolvía la mirada con la misma devoción. Ella jamás tendría eso. Abrazó al bebé y aspiró su aroma dulce, deseando que esa niña fuera de ella. Por un momento ansió tener un marido que la mirase con aquel cariño. Mas no tenía ningún sentido seguir anhelando algo que jamás podría tener. Algo a lo que ya no podía aspirar.

No tenía motivo para quedarse allí por más tiempo. Su trabajo había concluido y debía regresar cuanto antes a su casa. Esperaba que el guardia que estuviera de turno junto a la muralla, protegiendo la Puerta de Tierra, la dejase pasar, pues a esas horas ya habrían cerrado las entradas a la ciudad.

Antes del asedio no tenía ningún problema para entrar y salir de la ciudadela a deshoras. Los guardias la conocían bien y no le impedían el paso para que ella pudiese ir a cumplir con su labor, como tampoco se lo habían impedido a don Arturo.

Le costaba desprenderse del pequeño bulto que dormía en sus brazos. Mientras lo acunaba volvió a embargarle el sentimiento de nostalgia que le atenazaba el alma cada vez que ayudaba a traer un niño al mundo. Le habría gustado tener un hijo; no por guardar algo de su difunto marido (no, bien sabía Dios que no era por eso), sino por tener a alguien a quien querer sin reservas, alguien que la quisiera del mismo modo. Parpadeó varias veces para frenar las lágrimas que pugnaban por salir: no estaba sola y lo último que deseaba era que le tuvieran lástima.

Tal vez con el tiempo Samuel aprendiera a quererla. Era pronto: se conocían desde sólo siete meses atrás. El asedio no había hecho más que retrasar el progreso que habían conseguido hasta entonces. Era cuestión de esperar y tener paciencia. De momento había comenzado a confiar en ella. Ya era algo.

Se oyeron unos golpes apremiantes en la puerta de entrada.

—¿Quién llamará a estas horas? —preguntó doña Remedios, torciendo el gesto,

mientras Román salía para abrir.

—Juanita de Tolosa está a punto de salir de cuentas; quizá necesiten a doña Camila —sugirió Jacinta, pasando la mano sobre su vientre—. En pocos días tendremos plenilunio y habrá partos. Ya lo veréis.

La comadrona se alejó de las mujeres para saborear unos instantes más aquella dulce criatura.

—¿Ha zarpado Rodrigo? —oyó preguntar a Juliana.

—Sí. Esta madrugada salieron varios pesqueros —aseguró Jacinta—. Ahora que los franceses ya están dentro de la ciudad, Stanhope y sus hombres no tienen ningún motivo para impedirles pescar. Me ha dicho que quizá los dejen alejarse lo suficiente como para cazar alguna ballena y que, si es así, estarán un tiempo fuera. Es una pena que no esté aquí para el parto.

—Nosotras te acompañaremos —aseguró Juliana—. Tienes mucha experiencia en eso.

—No creas que haber tenido cuatro hijos antes sirve de mucho. Cada hijo viene de su manera... y éste no acaba nunca de colocarse —terminó Jacinta, con cara de preocupación.

—¿No te falta aún casi un mes para que salgas de cuentas? Tiene tiempo para colocarse, mujer —garantizó doña Remedios—. Mi Román me dio mucha guerra hasta que se colocó bien para salir.

—Espero que tengáis razón —murmuró, no muy convencida.

Al instante regresó Román, escoltando a Armand Boudreaux. La humedad hacía brillar la cara al galo, destacando sus facciones como si estuvieran esculpidas en mármol.

—Buenas noches, *mesdames* —saludó el oficial, escuetamente y clavó sus ojos en la partera, que continuaba meciendo al bebé.

En lo que dura un suspiro, a Camila le pareció que la mirada azul de aquel hombre se enternecía. Eso, antes de vaciarse de toda emoción.

«Figuraciones mías», se reprendió mentalmente.

—Doña Camila, el capitán ha sido tan amable de venir a recogeros —anunció Román, ante las miradas perplejas de las mujeres.

—¿Está peor Pierre? —Angustiada, abrazó a la pequeña como si quisiera protegerla de todo mal y se acercó al recién llegado—. ¿Tiene más fiebre?

—No. Mi hermano sigue igual; no hace falta que os preocupéis, *madame*.

El sarcasmo, junto con su mirada glacial, fue más de lo que Camila estaba dispuesta a consentirle. Estaba a punto de contestarle con algún impropio, pero afortunadamente Román se le adelantó e hizo las presentaciones, dando tiempo a la muchacha para recobrarle. El francés dedicó una inclinación de cabeza a cada una de las mujeres casadas y dejó a Juliana para el final.

—*Enchanté, mademoiselle*. —Se inclinó en una reverencia formal.

Para entonces, Camila echaba chispas. ¿Cómo se atrevía a coquetear con Juliana

de esa manera? ¿Cómo podía fulminarla a ella con la mirada y derretir instantes después a Juliana con esos mismos ojos? Pero ¿por qué se sorprendía? Juliana era una joven de facciones armoniosas, con el cabello castaño claro brillante y sedoso recogido en una larga trenza que rozaba sus caderas al andar; sus ojos castaños eran muy expresivos y tenía una figura que podría tentar a cualquier hombre.

«Me gustan las mujeres con carne en los huesos». Las palabras del capitán reverberaron en su cerebro como un eco.

—Creo que es mejor que nos vayamos. —La voz de Camila sonó más seca de lo que ella hubiera querido, atrayendo las miradas extrañadas de las señoras mayores, que continuaban admirando al apuesto oficial. Con renuencia entregó la niña a su madre—. Estoy preocupada por... Pierre. —Trató de suavizar su voz, con escaso éxito, y se maldijo en silencio por su falta de control—. Hace horas que salí de casa y quiero comprobar cómo sigue.

Había llovido durante todo el trayecto y seguía lloviendo con fuerza. Estaban calados hasta los huesos. No había nadie por las calles de la ciudadela. Por las rendijas de algunas ventanas parpadeaba la luz de los candiles de aceite. Al entrar en la cuadra Guido, que les esperaba sentado en un tocón, se aprestó a atender a los caballos. La curandera se fue a su dormitorio para cambiarse las ropas mojadas. Armand, en cambio, entró en la habitación de Pierre para comprobar cómo seguía. La fiebre aún no había remitido. Se sintió desolado y culpable por la situación de su hermano. Con gusto se hubiera cambiado por él. Habría permitido que le arrancasen una pierna y un brazo si con ello salvara a su hermano. No dejaba de pensar en lo joven que era para estar pasando por algo así.

No tendría que haber ido a su casa. No tendría que haber hablado del ejército. Su intención había sido suavizar todo lo relacionado con la guerra para no escandalizar a su madre con destrucciones y sangre. No quería dejarles ver que la vida de soldado no era para él, que nunca lo había sido. Lo reclutaron a los veinte años, para formar parte del ejército que iba a instaurar al duque de Anjou en el trono español. Por aquel entonces, su interés estaba centrado en la carpintería. Trabajaba haciendo muebles a las órdenes de un maestro carpintero que le había enseñado el oficio. Su sueño era abrir un negocio y crear las piezas que tenía en su imaginación.

Todo eso se había truncado y le dolía reconocerlo. En su lugar, idealizó la vida castrense. Lo único que había conseguido era que su hermano se hiciera una idea demasiado romántica y equivocada de las batallas. Todo era por su culpa.

—*Cré nom de Dieu* —murmuró, enfadado. Se arrodilló al lado de la cama—. Pierre, *mon frère*, tienes que curarte. Perdóname. Debería haberte contado la realidad de todo esto. Ahora es tarde y lo has descubierto tú mismo de la peor manera. No sabes cuánto lo siento. —Con ternura pasó la mano por la cara del enfermo y se percató de que su casaca estaba dejando un reguero de agua sobre las sábanas—.

Tengo que cambiarme. Volveré más tarde.

Salió de la habitación y entró en la suya. Fuera seguía lloviendo con insistencia. Acostumbrado, como buen soldado, a aprovechar los recursos disponibles a su alcance, no dejó pasar la oportunidad. Cogió una muda de ropa limpia, una toalla y una pastilla de jabón; bajó a la cuadra y la colocó sobre el tocón donde, un rato antes, había estado sentado Guido. El joven ya no estaba y los caballos descansaban en sus respectivas casillas.

Con dificultad se quitó la ropa empapada y, completamente desnudo, salió al patio para lavarse con el agua de lluvia, que seguía cayendo como si no quisiera dejar de hacerlo. En los días anteriores había descubierto un lugar perfecto para bañarse de pie, donde no era visible desde ninguna ventana de la casa.

El agua estaba fría y parecía agujerearle la piel, pero la sensación era vivificante. Se demoró en enjabonar cada parte de su cuerpo y dejar que la lluvia lo aclarase después. Las heridas del hombro se estaban cerrando sin complicaciones y el dolor, cuando movía el brazo, comenzaba a remitir poco a poco.

Notó que alguien lo observaba desde la cuadra. Con disimulo miró en aquella dirección. No vio a nadie. La sensación de ser espiado era demasiado intensa, aunque el lugar pareciera vacío.

Entró en la cuadra. Allí tan sólo estaban los caballos y la vaca, rumiando pacíficamente. Se secó antes de vestirse.

Ya en su habitación, vio las piezas de la silla que se había descompuesto esa tarde. Sería un buen remedio para pasar el rato y poner a prueba sus conocimientos. Con tanto tiempo como llevaba sin hacer ningún trabajo de carpintería, empezaba a temer que lo había olvidado todo.

En los instantes previos al amanecer, Armand, sentado en la habitación de Pierre, intentaba leer otro pasaje de la *Odisea* de Homero, pero el cansancio podía más que las aventuras de Ulises y se le cerraban los ojos.

La cama crujió en el dormitorio de la curandera. Enseguida le vino a la memoria el viaje de vuelta, la noche anterior. Los dos habían guardado silencio durante todo el trayecto. No es que la lluvia, que caía inclemente, hubiera facilitado las cosas; más bien al contrario. Pero en el fondo le hubiera gustado saber qué pensaba aquella exasperante mujer; seguramente, alguna forma de amargarle la vida.

Aún no sabía a ciencia cierta qué le había impulsado a ir a buscarla. Juana le aseguró que no era la primera vez que debía regresar en medio de la noche, aunque eso era antes de que la ciudad se llenase de soldados franceses dispuestos a divertirse. Harto ya de seguir esperando y sin saber muy bien por qué, salió en su busca.

No estaba preparado, cuando llegó, para ver a la muchacha con aquel bebé en brazos. Parecía tan vulnerable y frágil que a duras penas contuvo las ganas de abrazarla y reconfortarla. Gracias al Cielo, sus intenciones duraron lo que un parpadeo y no se puso en ridículo. Estaba tan disgustado consigo mismo que no prestó atención a lo que hacía y, cuando quiso darse cuenta, estaba haciendo un profundo saludo a *mademoiselle* Juliana. Deseaba con todo su ser que la muchacha no se hubiera hecho ilusiones con respecto a eso. No estaba dispuesto para entablar una relación seria con ninguna mujer. Quizá nunca lo estuviera y no tenía ninguna intención de dejar entrever lo contrario.

«No seas iluso; seguramente te vio demasiado viejo para ella», se reprendió.

Ya de regreso a la casa, la curandera se había cambiado de ropa para dedicar las horas siguientes a cuidar a Pierre, que seguía con mucha fiebre. Había decidido probar un nuevo método curativo. Armand preparó las piezas de la silla para ensamblarlas y se fue a la cama, preguntándose qué se le podría ocurrir a ella que no hubiera intentado ya. Cuatro horas más tarde, cuando fue a relevarla, se la encontró colocando paños humedecidos con agua y vinagre por el cuerpo desnudo de su hermano. Al tocar la frente de Pierre descubrió que la temperatura le había bajado un poco, aunque continuaba siendo muy alta.

—Continuad con los paños un rato más y después dejadlo —le ordenó la mujer, visiblemente agotada. Estaba más pálida que lo habitual y tenía ojeras.

—Marchaos a descansar, *madame*; yo me ocuparé de todo —le había dicho al relevarla junto a la cabecera de la cama. Sin titubear, retorció uno de los lienzos sobre una palangana para retirar el exceso de líquido, antes de colocárselo a su hermano sobre el pecho—. No os preocupéis más por esta noche. Yo lo cuidaré. Dormid tranquila; necesitáis descansar.

La joven se había marchado a su dormitorio y lo dejó con Pierre.

Dejó el libro en la cama y se levantó para abrir la ventana. El cielo ya se aclaraba, dando paso al nuevo día. Tras la tormenta de la tarde anterior, el aire era fresco y olía a limpio. Armand aspiró con fuerza, deleitándose en las sutiles fragancias que inundaban el ambiente. Al estirar los brazos para desentumecerse notó el tirón en la herida del brazo izquierdo. No estaba curada. Necesitaba cambiar el vendaje y aplicarse la milenrama en polvo que *madame* de Gamboa le había dado la noche anterior. Con un brazo en jarras y el otro en el marco de la ventana, por encima de la cabeza, se quedó mirando el paisaje. Por la casaca abierta se colaba el relente de la noche y le daba vigor al cuerpo.

—¿Armand...?

El interpelado se volvió como una exhalación, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Pierre lo miraba desde la cama, con el torso desnudo y la sábana arrebujada en la cadera. Por una vez no tenía la vista perdida entre delirios.

—*Mon Dieu!* —En dos zancadas estaba junto a él—. ¿Cómo te sientes? —preguntó, peinándole el cabello empapado con los dedos—. ¿Estás bien?

—*Non, mon frère.* Me duele la cabeza, el dolor del pie me está matando —gimió; a Armand le recordó lo joven que era.

—Espera un momento... iré... iré a buscar a *madame* —balbució.

Se sentía tan eufórico que hasta entró en la habitación de la curandera sin llamar siquiera a la puerta. Ella dormía con los rizos oscuros alborotados sobre la almohada, ajena a su entusiasmo.

—*Madame, madame!* —Como su voz no la despertaba, probó a sacudirla suavemente—. *Madame, attendez, s'il vous plaît...*

La muchacha abrió los ojos, sorprendida, sonrió y los volvió a cerrar. Para Armand aquella sonrisa fue como un mazazo en la cabeza; por unos instantes perdió el hilo de lo que le había llevado a esa habitación.

—No, no os durmáis otra vez. —La sacudió con más fuerza—. *Madame!*

—¿Qué... qué sucede? —Ella se incorporó, tratando de despabilarse.

—Mi hermano. ¡Mi hermano se ha despertado! —exclamó eufórico, levantándola de la cama como si fuese una niña. Ella se aferró a su cuello, inconscientemente—. ¡Está dolorido!

—¿Quién está dolorido?

—Mi hermano. Pierre ya no tiene fiebre, pero se queja de dolor.

—¡Ah! ¡Por fin! La fiebre ha desaparecido. —La joven suspiró, agradecida, antes de descubrirse en los brazos del capitán—. ¡Bajadme ahora mismo!

Armand estaba tan contento que no se percató del enfado creciente que empezaba a dominar a la muchacha. A decir verdad, el calor que desprendía el cuerpo de la mujer le estaba despertando cierta parte de su anatomía, hasta ese momento aletargada. Tomó conciencia, entonces, de las formas que revelaba el fino camisón de batista. Cambió de postura y dejó que la curandera resbalara a lo largo de su cuerpo

hasta alcanzar el suelo con los pies.

Durante un instante la mantuvo pegada a él, ajeno a los intentos de la joven por separarse. Los ojos azules, fijos en los furiosos ambarinos de ella.

¿Cómo no se había fijado antes en lo femenina que era?, pensó, anonadado, sin decidirse a soltarla. ¿Quién hubiera pensado que encajarían tan bien? Estaba sonrosada y deseable. Olía a sueño y a mujer. El aroma lo excitó al máximo. Estar con ella entre los brazos era una sensación embriagadora.

Hasta que la mujer logró apartarse bruscamente.

—¡Marchaos de mi habitación! —siseó con los puños apretados en la cadera—. ¡Cerdo libidinoso!

El capitán, ya de por sí demasiado sorprendido por su reacción frente a ella, perdió los estribos ante el insulto. No creía merecérselo.

—Os ruego que me perdonéis, *madame*. Os confundí con otra mujer —mintió con desdén.

El rostro de la curandera cambió de color ante la ofensa. Retuvo el aliento e hizo acopio de frialdad antes de contestar:

—Me alegra saberlo, capitán. En adelante os agradecería que aliviaseis vuestros bajos instintos con cualquier ramera del puerto; de ese modo no nos veríamos en esta situación —sentenció—. Ahora, si sois tan amable de abandonar mi habitación...

—Será un placer —aseguró Armand, perdido todo rastro de alegría en su semblante.

Furioso aún consigo mismo y a zancadas, regresó a la habitación de su hermano.

«*Diable!* ¿En qué demonios estoy pensando?», se recriminó en silencio. Con impaciencia se abotonó la casaca.

—¿Traes algo para el dolor? —susurró Pierre, esperanzado.

—¡No! —barbotó Armand; luego, como si se diera cuenta de su agresividad, sonrió a su hermano con arrepentimiento—. Perdóname, *mon frère*; estoy un poco cansado. Supongo que no tardará en traerte algo.

Pierre le miró confundido, pero no dijo nada. Después de todo, su hermano ya era mayor para saber defenderse y él, Pierre, tenía bastante con apretar los dientes para aguantar los pinchazos y latidos que le daba su pie izquierdo. Le asustaba mirarlo y descubrirlo destrozado o algo infinitamente peor: descubrir que ya no estaba. La entrada de *madame* lo sacó de sus reflexiones.

La mujer llevaba sobre el camisón una bata de caballero muy usada. El pelo estaba recogido en un gorrito de dormir con bordados en el borde del volante. Se dirigió directamente a él, le puso una mano en la frente y sonrió al comprobar que estaba fría.

—*Monsieur* Boudreaux, ¿entendéis lo que os digo? —le preguntó en francés. Tenía una voz muy dulce.

—*Oui, sí, madame* —respondió con voz rasposa.

—Soy Camila de Gamboa. ¿Cómo os encontráis?

—*Enchanté, madame.* —Trató de sonreír, pero estaba demasiado agotado para esbozar algo más que una mueca—. Me duele la cabeza y el pie me está matando.

Observó a la mujer, que se mordió el labio inferior y miraba a Armand con ojos humedecidos. Su hermano apretó la mandíbula y cerró los ojos. Ninguno de los dos dijo nada. La muchacha bajó la vista hasta los pies de la cama y la dejó allí, mientras se llevaba las manos entrelazadas a la cintura. Por un momento, Pierre no pudo dejar de mirar aquellas manos tan pequeñas y blancas, que se estrujaban sin cesar. No entendía qué estaba pasando. Volvió la vista hasta su hermano y sorprendió su rictus triste antes de que Armand se diera cuenta y tratara de borrarlo.

¿Qué estaba sucediendo? Paso a paso, una idea se filtró en su mente. Pierre comenzó a jadear de terror.

No podía ser verdad. No quería mirar y descubrir que era cierto lo que le hacían sospechar las miradas de conmiseración de su hermano y la curandera. Debía de estar soñando. Tenía una pesadilla.

Con cuidado, movió su pierna derecha y trató de tocar un pie con otro. Nada; no encontraba su pie izquierdo.

«¿Dónde está? ¿Dónde? —se preguntó en silencio—. *Mon Dieu!*»

Tenía que mirar. Tenía que ver con sus propios ojos qué sucedía con su pie. Alzó la sábana con manos temblorosas. Con la vista recorrió su cuerpo desnudo, desde el pecho hasta la cintura. Más abajo. Más aún. Incrédulo, cerró los ojos repetidas veces.

—¡No! Mi pierna, no... —gritó en francés, entre sollozos desgarradores—. No, no, no...

—*Mon frère* —susurró Armand, que ya estaba a su lado, tratando de abrazarlo.

—¡No! ¿Qué has hecho? —Los ojos, abiertos de par en par por la incredulidad.

—Lo siento, lo siento. Tenías el pie destrozado. El galeno dijo que no había otra opción —aseguró Armand, con tristeza, e intentó consolarle—. Lo siento...

—Déjame. Vete —siseó Pierre entre dientes. Las lágrimas resbalaban por su cara—. ¡Vete!

—Pierre...

—¡Maldita sea! ¡Vete de mi vista!

—Pierre... —insistió, arrodillado a su lado.

—¡Déjame solo! —Lo vio dudar. Se resistía a obedecer. En cuanto sintió la mano de Armand en la cara, la apartó como si quemara. Le vio abrir la boca como si quisiera hablar—. No insistas y vete de una vez —siseó con amargura y clavó los ojos en las vigas del techo.

No quería estar con nadie. Quería estar solo. Quería morir. ¿Por qué? ¿Por qué le había sucedido eso?

—*Monsieur Boudreaux...* —Oyó la voz de la mujer—. Tengo que haceros la cura...

—¡No! Marchaos, por favor, *madame* —rogó.

Pierre no podía apartar la vista de aquella parte de la cama donde debería haber estado el resto de su pierna izquierda. Una parte que le dolía como demonios. Que palpitaba como si aún estuviera allí y se burlara de él.

Esperó a que se fueran para dar rienda suelta a su dolor y su desesperación.

Armand salió de la habitación con el corazón destrozado por la pena. Con gusto se habría cambiado por su hermano. Llevaba muchos años luchando. Demasiados. Demasiadas batallas. Salvo por rasguños y algún que otro balazo sin consecuencias, estaba ileso. Pierre, en cambio, había perdido parte de su pierna.

«¡Por el amor de Dios! ¡Sólo tiene diecinueve años!», pensó abatido.

Tenía una vida por delante y tantas cosas que ya no podría hacer. Él ya estaba de vuelta de todo. Como le había dicho a Gastón el día anterior: se sentía viejo.

A veces soñaba que dejaba el ejército y se dedicaba a trabajar con la madera. Se veía a sí mismo en un taller de carpintería de su propiedad, rodeado de muebles. Podía sentir el olor a las virutas de serrín y el de la resina.

«Deja de soñar despierto».

Casi corriendo, bajó a la cuadra. Necesitaba desfogar su rabia con una buena cabalgada. Tal vez así consiguiera dejar de sentirse tan culpable.

En la caballeriza se oía el canturreo suave de un niño y el sonido le hizo parar en seco y acercarse lentamente para ver de quién se trataba. En los cinco días que llevaba en aquella casa nunca se había topado con ningún niño.

Vio que *Ange Noir*, su caballo, siempre temperamental, se dejaba cepillar tranquilamente por un niño subido en un tocón. Se quedó quieto, observando la escena. Apenas podía ver al pequeño, pues el cuerpo del animal lo tapaba casi por completo. De vez en cuando podía atisbar una cabeza cubierta por un revuelo de mechones tan negros como el pelo del semental. El niño seguía canturreando muy quedo, sin dejar de pasar la almohaza por el lomo.

Armand se acercó un poco más, intrigado por aquel jovencito. ¿Quién era? *Ange Noir* agitó las crines al ver a su dueño, piafando contento; sus movimientos bruscos tiraron al niño, que cayó en la paja entre las patas del caballo que, nervioso, comenzó a patear el suelo. Debía sacarlo de allí antes de que el animal lo pisoteara hasta destrozarlo.

Con la rapidez que dan unos reflejos entrenados para la batalla, Armand, sin pensarlo dos veces, se agachó y rescató al jovenzuelo de los peligrosos cascos.

—No pasa nada, *mon petit* —aseguró al niño, amparándole entre los brazos, una vez fuera de la casilla.

Era muy pequeño y delgado; no tendría más de ocho años. Lo miraba aterrorizado. Los ojos, casi negros, estaban abiertos de par en par. No habría parecido más asustado frente al mismísimo demonio.

—No te preocupes: *Ange Noir* no te va a hacer nada. Pero debes tener cuidado; es un caballo entrenado para la guerra... —intentó tranquilizarlo.

—¡Gui... Guido! —gritó el niño y trató de escapar de entre los brazos de Armand.

Al instante Guido, que estaba cepillando a *Quercus* en la otra casilla, llegó corriendo. Ya había visto al hijo de Juana; por eso no le sorprendió su estatura. El pequeño consiguió soltarse de los brazos del capitán y trepó a los de Guido como un monito asustado para mirar desde allí al oficial, de reojo y con temor.

—Se ha caído del tocón entre las patas del semental —se oyó decir Armand, completamente confundido por la desmesurada reacción del niño—. No le ha pasado nada.

Guido asintió bruscamente con la cabeza y, con el pequeño en brazos, salió de la cuadra. Armand los miró salir, desconcertado por aquella actitud. ¿Qué había pasado? ¿Quién era aquel niño? Tal vez era hijo de *madame* de Gamboa, pero, de ser así, ¿dónde había estado todos esos días?

El relincho de *Ange Noir* le recordó para qué había bajado a la cuadra. Sin molestarse en colocar la silla, sacó al ansioso caballo a la calle y montó a pelo. Esperó, tan impaciente como su corcel, a cruzar la Puerta de Tierra para poner a *Ange Noir* a galope por los arenales.

El aire salobre le cortó la cara. Había olvidado el sombrero en casa y el pelo flotaba al viento, al igual que los faldones de la casaca.

Sin aminorar la marcha sorteó a los mariscadores, que agachados hurgaban en la playa. Los cascos del caballo le salpicaban las botas de agua, arena y algas. Quería gritar de impotencia por Pierre. Por las injusticias. Quería seguir galopando y no parar jamás.

Camila estaba en la cocina, poniendo agua a hervir para preparar una tisana al muchacho. Ya había imaginado que en cuanto despertara maldeciría su suerte por la amputación —lo había visto en casos anteriores—; pese a saberlo de antemano, la pena por él era igual de angustiosa.

Pierre era muy joven y no debería estar pasando por eso. Sí, era evidente que con el tiempo aprendería a vivir sin parte de su pierna izquierda; a lo largo de los años a muchas personas les había tocado esa suerte y habían sobrevivido sin demasiados inconvenientes. Un buen artesano podría construirle, y ajustarle al muñón, una pata de palo con la que aprender a caminar con un bastón. Sólo era una parte del cuerpo lo que había perdido y no la vida. Empero, hasta que comprendiera todo eso, sus días serían un infierno de dolor, tanto físico como emocional.

En las próximas jornadas necesitarían una buena dosis de paciencia y comprensión para lidiar con el enfermo.

Mientras ponía las hierbas en la tetera, le vino a la mente la imagen de Samuel y

tuvo un mal presentimiento. La sensación de que al niño le iba a pasar algo malo paralizó sus movimientos. Luego, como si saliera de un trance, parpadeó y dejó que las hierbas cayeran sobre la mesa, antes de volverse para salir corriendo al patio.

En ese momento se abrió la puerta de la cocina, dejando paso a Guido con Samuel en brazos. El niño estaba llorando; en cuanto la vio se soltó de Guido para aferrarse a la cintura de Camila.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Preocupada pasó la mirada de uno a otro—. Samuel, ¿qué te sucede?

El pequeño se limitó a seguir abrazándola, con la cara sepultada en su delantal. Guido pasó el peso de un pie a otro y se rascó la cabeza.

—¿Sabes por qué llora? —le interrogó, inquieta.

—Estábamos en la cuadra, cepillando los caballos —comenzó Guido, rascándose la cabeza—. A Samuel le gusta el negro. Le gusta *Ange Noir*. Yo estaba con *Quercus*. Samuel le cantaba para tranquilizarlo. Apareció el capitán...

—¿Le hizo algo? —susurró, asustada, y por su cabeza pasaron mil imágenes que casi la pusieron enferma.

—No. El capitán no. —Negó enérgicamente el hombre—. El caballo se movió y Samuel cayó al suelo. El capitán lo sacó de debajo antes de que *Ange Noir* le patease. Samuel se asustó y gritó. Luego el capitán se marchó con su caballo.

Camila suspiró, tranquilizada al saber que no había sido nada malo. Samuel llevaba siete meses viviendo con ella y aún no había perdido el miedo cervical que sentía cuando un hombre se acercaba. Sólo estaba tranquilo con Guido. Quizá porque podía ver que ese hombre nunca le haría daño deliberadamente.

Con cariño acarició el pelo del pequeño. No quería pensar en lo que podría haberle hecho el caballo con sus cascos.

—No te preocupes, Samuel; aquí nadie te va a hacer daño —le aseguró—. Ya te dije que te cuidaría y no voy a faltar a mi palabra. ¿Entiendes? —Esperó a que el pequeño asintiera—: El capitán Boudreaux no te hará nada. No debes tenerle miedo. Pero *Ange Noir* no es como *Quercus*. Debes tener cuidado con él. No quiero que te acerques; puede ser peligroso —le ordenó—. Vamos, os prepararé un chocolate calentito.

Ante ese anuncio, Guido esbozó su mejor sonrisa. Samuel tardó un poco en desprenderse de la cintura de la curandera y sonreír tímidamente.

De alguna manera estaba segura de que el capitán galo no sería capaz de hacer daño al niño. Pese a su carácter tan rudo, odioso en algunos momentos, confiaba en que lo respetase.

Armand entró en la casería de Ayete, donde el mariscal duque de Berwick tenía el puesto de mando. Varios soldados que holgazaneaban en un rincón de la entrada de la vivienda, jugando a las cartas, callaron en cuanto lo vieron. No había duda de que

habían estado hablando de él. Lo venían haciendo en los últimos cuatro años, desde la muerte de su esposa. Estaba convencido de que Claude Dubois tenía la culpa de que no cesaran las habladurías.

Los soldados se levantaron en señal de respeto al oficial, pero desorbitaron los ojos, confundidos al verlo llegar con el uniforme salpicado de arena y algas, las botas sin lustrar y, lo más inaudito, sin sombrero. Al pasar a su lado, Armand les dedicó un rápido saludo. Tenía prisa por saber la suerte de sus hombres. En días anteriores ya le habían puesto al día de las bajas sufridas por su regimiento. Aún había varios soldados heridos a la espera de poder regresar a sus hogares. En algunos casos regresarían licenciados y en otros, sólo hasta recuperarse de sus heridas.

—*Bonjour, mon ami* —le saludó Gastón Bonnet, con su habitual sonrisa llena de hoyuelos—. ¿Ha ocurrido algo? —inquirió al verlo tan desarreglado.

—Vengo de cabalgar por la playa —informó, escueto.

—Me lo parecía. ¿Cómo está tu hermano?

—Se ha despertado —murmuró Armand.

—¿Y?

—¿Y... qué?

—¡Por el amor de Dios! ¿Pretendes que te saque la información a golpes? —masculló Gastón, mirando al techo—. Vamos, hombre, ¿qué ha pasado para que vengas en ese estado?

—Se ha despertado y ha descubierto que le han amputado el pie.

—Vaya.

—Me culpa a mí.

—No tardará en darse cuenta de que hiciste lo mejor para él —aseguró Gastón con su habitual pragmatismo—. Iré a visitarlo, ahora que está consciente. Será una buena excusa para echarle un vistazo a *madame* de Gamboa.

—Deja a esa mujer en paz —ordenó Armand con sequedad sin siquiera pensarlo.

—¿Por qué? ¿Te interesa a ti? —preguntó con suspicacia, esbozando una sonrisa ladeada.

—Por supuesto que no —contestó rápidamente—. No obstante, no quiero que pase a formar parte de tu inventario de conquistas. Necesito que esté atenta para atender a Pierre —aseguró Armand, irritado—. Te aconsejo que te mantengas alejado de ella.

—Muy bien. Me limitaré a presentarme. Pero si ella... digamos que está receptiva... *Mais oui*, ya sabes que siempre me han atraído las viudas.

—Pues te buscas a otra.

Tras esas palabras, Armand se sacudió la arena de las botas y, después de tomar y encasquetarse el sombrero de su amigo, llamó a la puerta para ser atendido por el mariscal. Tuvo tiempo de oír las protestas de Gastón antes de cerrar la puerta a su espalda.

Camila bajó a recibir al recién llegado. Juana terminaba de avisarle de que el capitán Bonnet esperaba en la entrada para visitar a Pierre.

Lo primero que vio fue al hombre más apuesto que hubiera visto jamás. El pelo liso y rubio enmarcaba una cara muy atractiva. Los ojos, verdes como la hierba, brillaban con simpatía; a ambos lados de la boca se le formaban un par de hoyuelos de lo más atrayentes. Sin duda, era un hombre muy guapo.

Le vio quitarse el sombrero e inclinar la cabeza a modo de saludo.

—Buenas tardes. Soy Camila de Gamboa —le saludó al llegar al pie de la escalera—. Me ha dicho Juana que queríais visitar a Pierre.

—*Oui, madame*. El capitán Gastón Bonnet, a vuestro servicio —se presentó con un ligero acento francés—. Mi amigo, el capitán Boudreaux, me ha informado de que Pierre está despierto. Desearía saludarlo.

—Encantada de conoceros, capitán. Sí, está despierto. Acabo de hacerle las curas...

Camila se mordió el labio, pensando en hablarle del estado depresivo del paciente, pero al final optó por callar.

—Intentaré animarle, *madame* —aseguró Gastón con una sonrisa, como si hubiera adivinado lo que ella estaba cavilando.

—Gracias, capitán. —Sonrió a su vez—. Si hacéis el favor de seguirme, os llevaré junto a Pierre.

Gastón Bonnet se colocó mejor el sombrero, se estiró los puños de la camisa y los sacó por el ruedo de la manga. Luego sacudió unas inexistentes motas de polvo de su casaca.

«Además de guapo, pulcro», pensó Camila con aprobación.

Por un momento se sintió en desventaja. El vestido negro que llevaba seguía sin sentarle bien. Notaba que el pelo se le habría salido ya del pañuelo y revoloteaba alrededor de su cara. Desde luego, no estaba en sus mejores condiciones.

«¿Qué te importa? ¿No se trata precisamente de eso, de no parecer atractiva?»

Se alisó el delantal y comenzó a subir otra vez la escalera.

La mujer entró en la habitación después de llamar a la puerta. Pierre, con los ojos fijos en el entramado de madera del techo, no hizo ningún amago por mirar a los recién llegados.

Notó, sin necesidad de mirar, que Gastón se condolía por él y eso le dio rabia: no quería que le tuvieran lástima.

—*Bonjour*, Pierre —le saludó Gastón antes de sentarse en la silla que estaba junto a la cama—. Veo que ya estás despierto. Tu hermano me lo dijo ayer. —Calló un momento, esperando alguna reacción por su parte; al no haber ninguna, continuó—. Parece que la fiebre ha remitido. Eso es buena señal.

Pierre siguió en silencio.

—*Capitaine Bonnet* —titubeó la curandera.

—*Oui, madame.*

—Tengo que preparar varias mezclas de hierbas. Si no os molesta que os deje solos...

—No os preocupéis, *madame*, yo me quedaré un rato con Pierre —aseguró Gastón y dejó el sombrero sobre la mesita de noche—. Tengo un rato libre.

—Pediré a Juana que os suba un chocolate.

—Gracias, *madame.*

La joven asintió antes de salir.

—No está mal, la viuda —murmuró Gastón, la vista clavada en la puerta que ella acababa de cerrar—. ¿Te has fijado en esos ojos ambarinos que tiene?

Pierre se limitó a alzar los hombros por toda respuesta.

—¡Oh, vamos! No me creo que no te hayas fijado en algo así. ¡Son extraordinarios! —exclamó para provocarle—. Siempre me han gustado las viudas. Suelen ser muy complacientes... —aseguró con picardía.

—Ella no es de éstas —masculló Pierre.

—¿Acaso has intentado algo con ella? —le acicateó—. Imagino que ha pasado mucho tiempo contigo...

—¡Maldita sea, Gastón! Es una buena mujer —siseó el muchacho, enfadado—. No te acerques a ella. Déjala en paz.

—Vaya, es curioso, creo que eso mismo me dijo tu hermano ayer. ¿Será que la queréis para vosotros?

—Yo ya no puedo aspirar a que ninguna mujer se fije en mí —murmuró Pierre, desalentado, y volvió la cara a la ventana—. Sólo soy un lisiado.

—Para algunas mujeres eso es un acicate. No me preguntes por qué. —Mostró su sonrisa con hoyuelos—. *Mon ami*, conozco un par de casos que...

—¡No me interesa!

En ese momento llamaron a la puerta; entró Juana con un tazón humeante en una mano y una camisa doblada entre los brazos. Enseguida el olor a chocolate impregnó el ambiente. Las tripas de Gastón protestaron audiblemente.

—Lo acabo de hacer, capitán —aseguró la anciana y se lo entregó.

—Muchas gracias; me apetece mucho tomar chocolate y estoy seguro de que lo habréis hecho de maravilla.

La anciana pareció esponjarse por sus palabras.

—A vos, joven —miró a Pierre—, os he traído una camisa de dormir de mi hijo. Os sentiréis mejor cuando estéis vestido —le aseguró. Dejó la prenda sobre la cama y, con una sonrisa satisfecha, abandonó la habitación.

—¿No te cansas de coquetear con toda mujer que se te ponga delante? —preguntó Pierre, cansado.

—No. Las mujeres son obras maestras. Están llenas de matices. Son inteligentes. Valientes. Fuertes... —suspiró—. Merecen toda nuestra atención. Y yo me dedico en

cuerpo y alma a todas ellas. ¿Quieres un poco? —preguntó, mostrándole la taza.

—No, gracias.

—¡Ah! Está delicioso. ¿Sabes que el chocolate sirve para algo más que para beberlo? *Mon ami*, la otra noche...

Camila seguía mezclando en el almirez las plantas para hacer un emplasto con el que cubrir el muñón del muchacho. Estaba satisfecha con el grado de curación, pues cicatrizaba estupendamente. No parecía haber ningún tipo de infección. Con un poco de suerte se cerraría sin problemas y, con el tiempo, podría ponerse una pieza de madera. Tal vez, incluso, no le hiciera falta ningún bastón para poder caminar. Don Bernardo había hecho un buen trabajo.

Por ese lado estaba satisfecha. El problema era la sensación de derrota que destilaba el pobre muchacho. Y para ello no tenía hierbas que lo curasen. No sabía qué hacer. Tenía la esperanza de que la visita del capitán Bonnet le alegrase un poco y le sacara de esa tristeza que lo tenía hundido.

La noche anterior lo había oído llorar como un niño. Se había debatido entre ir a consolarle o dejar que se desahogara. Mientras se decidía oyó abrirse una puerta y pasos en el pasillo. Instantes después otra puerta se abrió y volvió a cerrarse. El capitán había ido a consolar a su hermano.

Saber que el joven no estaba solo debería de haberla relajado lo suficiente para poder dormir, pero no fue así. Los murmullos que oía a través de la pared le impedían dormir. No es que se oyeran demasiado; ni siquiera entendía lo que decían. No, lo que la desvelaba era recordar el abrazo que el capitán le había dado al despertarla el día anterior.

Jamás había experimentado una sensación igual. Tal vez fue eso lo que la hizo reaccionar de una manera tan exagerada. Quizá fue la revelación de unos sentimientos que desconocía. Que esos sentimientos, esas sensaciones, se las hubiera provocado el capitán Boudreaux era algo que le hacía rechinar los dientes.

«Os ruego que me perdonéis, *madame*. Os confundí con otra mujer». Las palabras de ese hombre odioso le reverberaban en la cabeza.

Todavía se tensaba al recordarlo. Lo que no tenía claro era si le molestaba su abrazo o el que no estuviera destinado a ella.

«Deja de pensar disparates».

Con rabia golpeó el almirez con más fuerza. Parte del contenido salió despedido por los aires y cayó al suelo como una lluvia de tonos otoñales.

—¡Qué torpe eres!

Se agachó a recoger todo aquel desaguisado. De rodillas gateó bajo la mesa y trató de amontonar las hierbas trituradas, pero se escapaban entre las maderas del suelo. De sus labios escaparon varios epítetos nada femeninos al ver que era imposible recuperar el preparado; que tendría que volver a moler más.

—Perdón, *madame*.

La voz del capitán Bonnet le dio tal susto que al enderezarse, sin recordar que aún seguía bajo la mesa, se golpeó la cabeza. Guardándose la maldición que estaba por decir, reculó para salir de allí. Con cierto embarazo logró ponerse de pie y mirar al oficial.

—¡Ah! No os había visto —balbució, ruborizada.

El oficial, haciendo gala de su caballerosidad, actuó como si no la hubiera visto en condiciones tan poco atractivas. Ella se alisó el delantal, que el polvo de la preparación había manchado, en un intento de parecer más presentable. Las manos dejaron más manchas rojizas en la tela.

«¡Qué desastre!» pensó, consternada. La pulcritud de aquel hombre ponía en evidencia su propio desaliño.

—Ya tengo que irme. Si no es mucha molestia, me gustaría poder visitar a Pierre en otra ocasión.

—Creo que le hará muy bien vuestra compañía, *capitaine*. —Dejó de alisarse el delantal por lo inútil del acto.

—Gracias, *madame*. Pienso que...

—Me parecía que era tu voz. Buenos días, *madame*, Gastón —saludó el capitán Boudreaux al entrar en la buhardilla. Sus ojos estaban pendientes de su amigo y no parecía muy amistoso.

«¿Parece amistoso alguna vez?», se preguntó Camila, apretando los dientes.

Traía el uniforme sucio de polvo y el pelo oscuro alborotado por debajo del sombrero. Su rictus era tan pétreo como siempre. Como si un amago de sonrisa fuera una tortura para él.

«Seguramente se le partiría la cara si lo intentase».

—*Bonjour, mon ami* —respondió Gastón Bonnet con su eterna sonrisa—. ¿Qué tal la reconstrucción del viaducto?

—Haciéndose. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó con sequedad, casi sin mirarle.

—He venido a visitar a tu hermano y me estaba despidiendo de su sanadora. Precisamente estaba a punto de asegurarle que le debemos la curación de Pierre. —Se volvió hacia Camila—. Sin vuestra inestimable ayuda, *madame*, no creo que hubiera sido posible tal milagro.

Camila se ruborizó intensamente.

—Nada de eso, *capitaine*. No he hecho sino lo que debía. No hay nada milagroso en ello —aseguró, avergonzada por las palabras elogiosas de ese oficial.

—En fin, *madame*, si cuento con vuestra aprobación, volveré un día de éstos para ver cómo sigue Pierre —anunció el capitán Bonnet. Tomó una de las manos de Camila y se la llevó a los labios—. Ha sido un placer conoceros, *madame*.

Tras despedirse con una galantísima reverencia, salió de la buhardilla.

Camila parpadeó para salir del trance y procedió a recolectar las hierbas que necesitaba para el emplasto de Pierre. Notaba la mirada del capitán Boudreaux

clavada en ella y tanto escrutinio la ponía nerviosa. ¿Por qué no se iba? Estaba empezando a ponerla frenética.

—*Madame...* —comenzó el oficial, tras un carraspeo—. Temo que debo advertiros de mi amigo, el capitán Bonnet.

—No suelo hacer caso de los chismes y vos lo sabéis. —Lo miró levemente para ver si había cogido la referencia a las palabras de su primo, unos días antes. Sí, lo había entendido.

—Esto no es un chisme ocioso y malintencionado, *madame*. Esto es una evidencia —aseguró, muy serio—. Gastón es un mujeriego empedernido. No os hagáis ilusiones, digamos, amorosas con él. Os decepcionará.

«Pero ¿qué demonios piensa este hombre que soy? ¿Cómo se atreve?»

—Podéis estar tranquilo. No tengo ninguna intención de hacerme ilusiones, digamos, amorosas con vuestro amigo, capitán —declaró, sarcástica—. Ni creo, si es por eso, que él tenga ninguna intención amorosa para conmigo.

—Me alegra saberlo, aunque estáis muy equivocada en lo relativo a las intenciones de Gastón. Creedme, *madame*. Él sí las tiene. Siempre las tiene.

—Lo dudo. En todo caso, no creo que eso os incumba, capitán —manifestó, volviendo a las hierbas. No quería seguir hablando con él.

—Tenéis razón. A mí no me incumbe lo que queráis hacer con vuestra vida. Me he limitado a advertiros, puesto que parecíais muy interesada en mantener vuestra virtud y vuestro decoro. —Le dedicó una inclinación seca y dio media vuelta para salir de la buhardilla, sin decir nada más.

«¡Maldito arrogante!», pensó mientras empezaba a aporrear la mezcla de plantas con el almirez.

Armand estaba cada vez más enojado con aquella mujer. ¿Acaso no se daba cuenta de las intenciones de Gastón? Era evidente que no. Tanta renuencia a hospedarlos para no dañar su reputación y no era capaz de ver que su amigo era un hombre con la moral de un gato callejero. Tenía mucho aprecio a Gastón; eran amigos desde niños, pero eso no le impedía saber cómo era: un don Juan empedernido.

Una vez que Gastón decidiera sacar a relucir sus dotes de seductor, esa mujer no tendría nada que hacer. Siempre ocurría lo mismo: las féminas caían rendidas en sus brazos. En multitud de ocasiones Armand le había visto poner en práctica ese encanto suyo. No creía que necesitara esforzarse por conseguirlo, le salía de manera espontánea. Alguien habría podido pensar que le tenía envidia. Nada de eso. Sinceramente, él no tenía esa necesidad de retozar con toda hembra que se pusiera delante. Las pocas veces que había buscado una mujer con ese fin, se había quedado después con tal sensación de vacío que no merecía la pena. Por lo que cada vez se lo pensaba más, hasta el punto de que casi parecía más un monje que un soldado. Realmente no recordaba la última vez que estuvo con una mujer.

«Cerdo libidinoso».

Apretó los puños al recordar esas palabras. No se consideraba eso. Si bien la mañana anterior no había sido acertado que la abrazara de ese modo, durante unos instantes fue incapaz de soltarla. Desconocía por qué lo había hecho. Estaba tan apetecible así, medio dormida, que...

—*Sacre Dieu!* —barbotó. Estaba excitándose al evocarlo.

Debía olvidarse de eso. La alegría de ver a Pierre despierto y lúcido le había nublado la razón. Era perfectamente comprensible. Sólo había sido una jugarreta de su mente. Esa joven no era el tipo de mujer que le atraía. Era demasiado delgada. Demasiado mandona. Demasiado fría. Demasiado...

Respiró profundamente, tratando de que su díscola anatomía volviera a su estado de reposo y apretó los dientes por lo mucho que le costó conseguirlo.

«Ella tiene razón: lo que haga con Gastón es problema suyo», pensó antes de entrar en la habitación de Pierre más calmado.

Su hermano, tumbado en la cama, miraba el techo. Parecía que aquélla empezaba a ser su postura favorita. Maldijo por dentro y trató de sonreír al enfermo, que ya no estaba desnudo; llevaba una camisa de dormir.

—¿Qué tal estás, *mon frère*? —Esperó a que su hermano dijera algo. Pierre se mantuvo en silencio, sin dejar de mirar las vigas—. Desde ayer tienes mejor aspecto. —Le apartó varios mechones rojizos y le tocó la frente—. Me parece que no has vuelto a tener fiebre. En unos días estarás mejor. Ya lo verás.

Pierre se alzó de hombros sin contestar. Armand se sentó en la silla al lado de la cama. Incapaz de estar quieto, le arrojó con la sábana. Se le partía el corazón al verlo tan abatido, cuando normalmente era tan alegre y bromista.

«Malditas guerras».

—El galeno... aconsejó... amputarte parte de la pierna, pues el pie estaba completamente destrozado y no se podía recomponer. Créeme: si me hubiera dado una opción menos agresiva la habría aceptado. —Lo miró a los ojos. No quería que Pierre pensara que no sufría por esa decisión—. Si pudiera hacer algo para...

—No te preocupes. No puedes hacer nada para devolverme la pierna. No hay nada que hacer —musitó Pierre. Tenía los ojos húmedos y enrojecidos. Una lágrima solitaria resbaló por la mejilla—. Tenías razón: nunca debí alistarme. Soy demasiado torpe para esto.

—*Mon Dieu!* No. No eres torpe —exclamó antes de levantarse a pasear por la habitación, nervioso. Se pasó la mano por la cara—. Esto es el riesgo que se corre al ser soldado. He visto reclutas y oficiales más experimentados que tú cometer errores garrafales. Errores que les han costado la vida y la de sus hombres. Lo tuyo no ha sido torpeza. Sólo mala suerte.

Volvió a sentarse, agotado por el trabajo del día y por los remordimientos. Era incapaz de olvidar que su hermano había terminado de ese modo por su culpa. Si pudiera volver atrás...

«Pobre iluso. Tendrías que trabajar a fondo para solucionar todos los errores que has cometido a lo largo de tu vida», se recriminó.

—Te prepararé una muleta para...

—No te molestes —le cortó Pierre—. No me importa.

—No puedes quedarte en la cama toda la vida, *mon frère*. Tarde o temprano deberás intentar andar otra vez. Verás que eres capaz de hacer muchas cosas...

—Me da igual. Siempre seré un pobre lisiado. ¡Un cojo! —gritó, llorando.

Armand intentó consolarlo con un abrazo, pero él, sin permitirselo, le dio la espalda y se acurrucó en posición fetal.

El capitán se debatió entre obligarlo a aceptar su abrazo o salir y dejarlo solo como él quería. Con gran pesar optó por lo último: salió de la habitación, derrotado. Era incapaz de ayudarlo y eso le estaba matando por dentro. Buscó consuelo en su dormitorio; tenía que arreglar la silla de la curandera. Ese tipo de trabajo aliviaría su mente.

Juliana de Urrutia hablaba con Camila en la cocina, mientras la curandera preparaba una tisana para el joven galo. Esa mañana la lluvia había amainado un poco, pero el cielo estaba cubierto de nubarrones oscuros y densos. No tardaría en llover otra vez.

Su madre la había enviado con caldo de gallina para el enfermo. Todos sabían que

ése era el mejor remedio para restablecer la salud. Había sido el argumento que esgrimiera Juliana para convencer a su madre de que la dejase ir a visitarlo. Estaba nerviosa. No podía olvidar al oficial francés que había ido a casa de su hermana para acompañar a doña Camila y quería verlo de nuevo. Cualquier excusa era buena.

—Entonces, ¿el joven se encuentra mejor? —preguntó Juliana, mientras miraba la puerta por si aparecía el oficial.

—Sí. No tiene fiebre, el muñón se está curando bien... —Camila suspiró—. Pero él no acepta la amputación.

—Es normal. Me habéis dicho que tiene un año más que yo; si a mí me amputasen una pierna me moriría de pena —aseguró Juliana, volviendo a mirar la puerta. Empezaba a impacientarse; necesitaba saber—. ¿Su hermano pasa mucho tiempo aquí? —preguntó al fin.

—No. Se va temprano y a veces no regresa hasta la tarde.

«Vaya, debería haber venido por la tarde», pensó, defraudada.

—La tisana ya está lista. Si subís conmigo os presentaré a Pierre —comentó la curandera. Cogió la bandeja.

—Bueno —asintió. No estaría mal conocer a ese joven.

Cuando entraron en la habitación, después de llamar a la puerta, el enfermo estaba recostado y miraba el entramado del techo. Tenía el pelo castaño rojizo y la piel muy blanca. Cuando se volvió a mirar quién había entrado, Juliana comprobó que tenía los ojos azules.

«Es muy guapo —pensó, encantada—. Mucho más que su hermano».

—Pierre, os he traído una tisana para el dolor. La señorita Juliana de Urrutia os ha traído caldo de gallina que ha preparado su madre. El soldado Pierre Boudreaux... la señorita Juliana.

—*Merci, mademoiselle* —dijo el joven sin sonreír.

Las dos mujeres se acercaron a la cama y doña Camila le tendió el tazón con la tisana. Pierre no hizo ningún amago de tomarlo. En cambio miró a Juliana con reproche. Sus ojos estaban enrojecidos, como si hubiera estado llorando o soportando mucho dolor. Se lo veía muy joven, incluso más que ella.

—Bueno, *mademoiselle*, ¿ya habéis visto al tullido? Ya podéis ir a contárselo a vuestras amigas.

Juliana se quedó un momento muda de asombro por la grosería de aquel soldado. Nunca hubiera pensado que fuera capaz de decir algo así. Frunció el ceño, molesta por esa acusación.

—Creedme, señor, no he venido a eso. No siento ningún interés ni curiosidad por ver a un cojo. Durante mis primeros dieciséis años pude ver a mi padre todos los días —respondió con frialdad, una vez recuperada—. Sólo he venido a traer os ese caldo. No a escuchar vuestra mordacidad. Si pensáis que eso me impresiona, estáis muy equivocado. Espero que el caldo os siente bien. Ya veo que no os hace falta, puesto que no carecéis de fuerza, al menos en la lengua. Buenos días.

Con un revuelo de faldas, se dirigió a la puerta. Estaba enojada con él. Qué persona más desagradable. No debería haber ido. Estaba claro que no se parecía a su hermano en nada. Es posible que fuera más atractivo que él pero, desde luego, carecía de su educación y caballerosidad.

—Os ruego que me perdonéis, *mademoiselle* Juliana —murmuró el joven. Ella se paró sin volverse—. He sido un bruto. No sé qué me ha pasado para decir eso. Lo siento mucho, *mademoiselle*.

—Sí, lo habéis sido, señor. —Se giró y lo miró con detenimiento, decidiéndose. Él estaba azorado y parecía sincero—. Os perdono —declaró antes de regresar al lado de la cama con paso majestuoso.

—¿Vuestro padre era cojo? —preguntó Pierre en un susurro.

—Sí. Lo era desde los doce años. Metió la pierna entre los radios de la rueda de un carro. Tuvieron que cortársela muy por encima de la rodilla.

Él se quedó en silencio y comenzó a tomar la infusión.

Juliana le vio hacer. No estaba mal aquel soldado. Dudaba de que la falta de la pierna le impidiera hacer una vida normal. En cuanto aceptase su situación trataría de despuntarse. Su padre había sido un claro ejemplo del espíritu de superación.

—¿Sabéis jugar a las damas? —le preguntó Juliana antes de pensarlo.

—*Oui, mademoiselle*.

—Si queréis, podría venir a jugar alguna partida con vos.

—No es necesario que tratéis de entretenerme. No necesito vuestra...

—Si pensáis que siento compasión por vos, estáis muy errado —le cortó Juliana echando chispas por los ojos—. Veo que preferís seguir revolcándoos en vuestra amargura. Os estaba ofreciendo un rato de distracción mientras os recuperabais. Está claro que no merece la pena. Que tengáis un buen día. No os molestéis en acompañarme, doña Camila; conozco el camino.

Se volvió y, sin esperar respuesta por parte de ninguno de los dos, se marchó de aquella habitación más enfadada que nunca.

Qué hombre más irritante. Ella sólo había pretendido... Bueno, no sabía muy bien qué era lo que había pretendido. Aquel desprecio no, desde luego. No le importaba.

Bajó la escalera casi a la carrera. No quería perder ni un instante en salir de allí. Qué diferentes eran los modales de ese soldado en comparación con los de su hermano, el capitán. De haber sabido que a esas horas no estaría, no habría ido.

«Eso te pasa por impulsiva», se regañó en silencio.

Se paró en la entrada para comprobar si llevaba el pañuelo bien colocado en la cabeza. Se lo arregló y trató de sonreír para quitar el ceño fruncido que afeaba su cara. No lo consiguió. Estaba demasiado molesta. Qué necio, ese joven.

—Juliana, esperad —dijo doña Camila, mientras bajaba por la escalera—. Pierre os pide disculpas por haber sido tan desagradable y os ruega que paséis cuando queráis para jugar esa partida de damas. —Se acercó a ella y, en voz queda, añadió—: Está muy arrepentido. Deberíais haberle visto la cara que ha puesto cuando salíais.

Creo que necesitaba que alguien se pusiera firme con él. Vuestra compañía le hará bien.

Juliana sonrió por fin. Ahora tendría otra oportunidad para ver al capitán Boudreaux. Tal vez tuviera más suerte que esa mañana.

—Veré cuándo puedo venir —murmuró.

Y se marchó sonriendo.

Armand controlaba las evoluciones de sus hombres. Trataban de reconstruir el viaducto, que ellos mismos habían volado durante el sitio para desabastecer de agua a la ciudadela. Todos estaban trabajando con precisión y no tardarían en tener el ingenio acabado y nuevamente en funcionamiento.

Miró hacia el mar, un tanto embravecido, cuyas olas rompían con fuerza contra los acantilados. El cielo, tan tormentoso y gris como el agua, anunciaba que pronto volvería a llover. Las gaviotas sobrevolaban la orilla esperando pescar algún resto.

Estaba sudando bajo la casaca, pues hacía mucho calor, pese a la amenaza de tormenta. Un calor húmedo que derretía por dentro. Después de enjugarse con el pañuelo el sudor de la frente, se colocó el sombrero.

Volvió a pensar en Pierre. Odiaba ver su mirada dolorida. Quería recordar aquellas risas tan contagiosas. Su hermano siempre había sido un muchacho optimista, dispuesto a confiar en todo el mundo.

Sobre todo, en su hermano mayor.

Y él le había fallado del peor modo posible. Habría dado lo que fuera por volver el tiempo atrás y contar la realidad de la vida marcial. Habría sido preferible ofender los oídos sensibles de su madre, que exaltar la fantasía de su hermano pequeño. Ahora Pierre seguiría en la finca familiar, a salvo e intacto.

Era un sueño y, como tal, no podía hacerse realidad. Tendría que soportar ese pesar toda la vida.

Con un bufido de frustración, se quitó la casaca y el sombrero; después de colgarlos en un arbusto enrolló las mangas de su camisa y, sin más ceremonia, comenzó a trasladar las piedras para el viaducto. Necesitaba trabajar, necesitaba cansarse para ver si, de ese modo, conseguía quitarse el remordimiento que le corroía por dentro. El hombro apenas le dolía; sólo esperaba que no se abrieran las heridas, que ya casi estaban cicatrizadas. Ojalá los errores cicatrizaran con la misma facilidad.

Si sus hombres se extrañaron de ver a un oficial trabajando codo a codo con ellos, no dijeron nada y cada uno siguió con sus quehaceres.

Armand no tardó en tener la camisa pegada al cuerpo. Muchos soldados se habían despojado de esa prenda y sus cuerpos empapados de sudor brillaban pese a la falta de sol. Él no podía hacer eso. Su posición le obligaba a guardar algún decoro.

Unas horas más tarde estalló el vendaval. Tuvieron el tiempo justo para salir corriendo a la ciudad antes de que empezara a llover con fuerza.

Las calles habían quedado desiertas. Algunas mujeres se resguardaban de la lluvia bajo sus chales y corrían a guarecerse en sus casas.

Armand llegó a la casa de la curandera, cabalgando sin prisa sobre *Ange Noir*. Había cumplido con sus obligaciones. Sus hombres estaban en sus respectivos dormitorios, disponiéndose a pasar el rato antes de acostarse. Había visitado a los soldados heridos, como cada día, para hacerles compañía y ayudarles a escribir cartas para sus familiares. Era lo menos que podía hacer por aquellos jóvenes.

Berwick había partido en dirección a Rosellón con las guarniciones de Fuenterrabía y de la isla de Santa Clara. Ya no quedaban en San Sebastián más que un puñado de compañías. Las suficientes para evitar que los soldados españoles volvieran a tomar la plaza.

La compañía de Gastón Bonnet era una de ellas. Se alegraba de saber que su amigo estaba allí. Era bueno tener cerca a alguien conocido. Por desgracia, la compañía de Claude Dubois era otra de las que se quedaban. De todos modos, había oído que le iban a enviar a Fuenterrabía por un tiempo. Estupendo; cuanto más lejos, mejor.

En la cuadra estaba Guido untando con grasa algunos arneses. En cuanto oyó los cascos del caballo en el empedrado del patio, levantó la cabeza y sonrió con aquella sonrisa suya, sin asomo de malicia.

—Buen día, capitán. ¿Puedo secar a *Ange Noir*? —solicitó, colgando las correas de cuero en un gancho de la pared.

—Gracias, Guido. —Le entregó las riendas y se sacudió el agua de la casaca—. ¿No está la señora en casa? —preguntó al ver que faltaba *Quercus*.

—No, salió para visitar a la señora Hilaria de Urrutia y a su bebé —respondió Guido, mientras retiraba la silla al caballo sin apenas esfuerzo.

Estaba planteándose salir a buscarla cuando en la calle se oyeron cascos de caballo que se paraban en la entrada de la casa. Un instante después la curandera, tan empapada como su montura, entraba en el patio.

Armand, mientras subía a su cuarto, no quiso dar importancia al alivio que había sentido al verla entrar.

Juliana había dejado que pasara una semana para volver a la casa de doña Camila. No quería que el soldado Boudreaux creyera que estaba deseosa de visitarlo. No después de lo mal que se había portado con ella.

Tenía el consentimiento de su madre para esas visitas. Doña Alberta estaba al acecho de un buen partido para su hija; ya le había echado el ojo al capitán Boudreaux y estaba convencida de que a través del enfermo podría llegar al hermano mayor. Por eso, en cuanto Camila le comentó que el capitán solía regresar a la casa por la tarde, la conminó a hacer la visita a esas horas, por si coincidiera con él.

Ella se había preparado a conciencia. Una camisola blanca de batista, que dejaba ver en su escote la cruz de plata pendida de un cordón negro, un corpiño de brocado negro, una falda roja de paño y zapatos con hebillas de plata. Se había hecho una trenza, que colgaba a su espalda y le rozaba la cintura al andar. El tocado blanco le enmarcaba la cara. Sabía que estaba atractiva y esperaba que el capitán la viera así vestida.

—Buen día, señorita Juliana —saludó Juana al abrir la puerta.

—Buen día, Juana. He venido a visitar al soldado...

—Claro, claro, pasad. La señora está atendiendo a Maritxu de Tolosa. Se ha quemado —murmuró, señalando la puerta del consultorio.

—Espero que no sea mucho.

—Parece que no, pero las quemaduras hay que vigilarlas por si se emponzoñan —aseguró Juana, cabeceando—. Subid, os acompaño hasta la habitación. En estos días el joven ha mejorado mucho, aunque sigue tan hosco y malhumorado como siempre. Su hermano no sabe qué hacer —le fue contando mientras subían por las escaleras.

—Espero que hoy sea más amable de lo que fue el otro día.

—Con nosotras está bien. No os preocupéis —garantizó Juana—. Es con su hermano con quien peor se muestra.

No dijeron más hasta llegar a la habitación. Tras llamar a la puerta, entraron. El soldado estaba echado en la cama, tal y como lo viera por última vez.

Continuaba pálido, pero no tanto como antes. Las ojeras eran menos marcadas y en general parecía estar mejor.

—Buenos días, muchacho —cacareó Juana al entrar—. Tenéis visita. La señorita Juliana ha venido a veros.

Sonriente, se movió a un lado para dejar pasar a Juliana.

—Buen día —saludó la muchacha—. ¿Cómo estáis hoy?

—Todo lo bien que puedo estar dadas las circunstancias, gracias —murmuró el soldado, un tanto seco; luego, como si lo pensara mejor, añadió más sereno—: ¿Habéis venido para jugar a las damas?

—Sí, si aún queréis jugar esa partida.

—Por supuesto —aseguró enérgicamente—. Si hacéis el favor de coger el tablero y las fichas... Están en el cajón de la mesilla.

La joven se acercó al mueble; encontró una caja con el tablero de ajedrez pintado en cada uno de sus lados. Dentro estaban las piezas de ajedrez y las fichas para jugar a las damas. Al abrir la caja del todo se formaba el tablero.

—¡Qué ingenioso! Nunca había visto uno igual —señaló Juliana.

—Es un ajedrez de viaje —explicó Pierre—. Me lo hizo mi hermano hace algunos años.

—¿Vuestro hermano... el capitán Boudreaux?

—Sí. No tengo otro.

Juliana miró las figuras talladas con mucho detalle. Unas eran de madera clara y las otras, más oscuras. El damero estaba realizado con marquetería y decorado con cenefas de distintas maderas. Era un trabajo muy bien hecho.

—Vuestro hermano es un artista con la madera.

Pierre se limitó a asentir con la cabeza.

—Vuelvo a la cocina. Si necesitáis alguna cosa, estaré allí —informó Juana. Luego, con una sonrisa de oreja a oreja, les dejó solos en la habitación; eso sí: con la puerta abierta como dictaba el decoro.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Juliana se sentó en la silla, al lado de la cama, puso la caja abierta sobre la colcha y se dedicó a colocar las fichas en el tablero. A su lado dejó las claras.

—¿Quién empieza? —preguntó al terminar.

—Vos, por supuesto. Las damas primero —indicó Pierre. Esperó a que ella iniciara el juego antes de hablar—: Quería disculparme personalmente por mi comportamiento del otro día.

Juliana lo miró con atención. El rubor había teñido de rojo las orejas del joven y se extendía por la cara hasta el cuello de la camisa de dormir. La conmovió verlo tan azorado. Parecía sincero.

—Estáis perdonado. No os preocupéis. Doña Camila ya me transmitió vuestras disculpas. Ahora dejemos eso y limitémonos a jugar —articuló Juliana, tratando de tranquilizarlo.

Pierre le dedicó una sonrisa tan auténtica que la dejó satisfecha.

Durante un buen rato se dedicaron a jugar con interés. A Juliana se le daba muy bien y le gustaba competir con adversarios que pusieran tanto empeño como ella. En su casa, sólo su padre había tenido esa afición. Desde su muerte apenas había vuelto a jugar. No tenía con quién.

La primera partida llegó al final con ella como ganadora. En ese momento entró doña Camila trayendo una bandeja tapada con un lienzo. Llevaba uno de sus vestidos negros de viuda y el pelo escondido bajo el pañuelo. No comprendía por qué no se preocupaba más en arreglarse. Era guapa, pero con ese aspecto nadie lo diría.

Recordaba que antes de casarse, cuando iba con su hermana Jacinta, solía prepararse más.

«Eres tonta, muchacha. Hace apenas siete meses que enviudó. ¿Qué esperas?», pensó, arrepentida.

—Buen día. Juana me ha dicho que estabais aquí —dijo la curandera—. Siento no haber podido atenderos. Estaba ocupada.

—No os apuréis, doña Camila. Juana me ha contado lo de la señora Maritxu de Tolosa. ¿Es grave la herida? —preguntó Juliana con interés.

—Tiene quemaduras en el cuello, el brazo y la mano derecha. No es grave si se lo cura bien, pero con las quemaduras nunca se sabe. Durante un tiempo necesitará que alguien la ayude en las tareas. Una de sus hijas ha venido para acompañarla a su casa.

—Es una suerte que tenga hijas mayores y ningún chiquillo al que cuidar, de lo contrario se vería en un aprieto —aseveró Juliana—. Cuando salga de aquí iré a visitarla.

—¿Os apetecería tomar una tisana de menta poleo? Os he preparado una, por si acaso. Y para vos, Pierre, una curativa —informó la curandera, antes de dejar la bandeja sobre la mesilla.

—Muchas gracias, señora —agradeció la joven.

—*Merci*.

Doña Camila les sonrió, satisfecha, y les entregó un tazón a cada uno, con su correspondiente tisana.

—Voy a preparar unas pomadas para Maritxu. ¿Seríais tan amable de dárselas cuando vayáis a visitarla?

—Claro que sí.

—En ese caso voy a prepararlas. Os las bajaré en un momento. —La curandera se marchó y otra vez quedaron solos.

—¿Tenéis hermanos? —preguntó Pierre al cabo de un rato.

—Sí. Dos hermanas mayores. Las dos casadas. La mayor tiene cuatro hijos, una niña y tres niños, y está esperando el quinto. La mediana tiene un niño y acaba de tener una niña.

—Estaréis encantada con tantos sobrinos. Yo tengo cuatro. Son de mis hermanas.

—¿Vuestro hermano no está casado? —preguntó Juliana, ansiosa de información.

—No. Es viudo. Mi cuñada murió hace cuatro años. —El semblante del muchacho se ensombreció—. Dudo de que tenga intención de volver a casarse.

La joven ocultó su desilusión por esa noticia. Por otro lado, no concordaba con el comportamiento del capitán aquella noche en la casa de su hermana. No le había parecido un viudo abatido por la pérdida de su esposa. Tal vez ya empezaba a superarlo.

—¿Me permitís la revancha? —sugirió Pierre con una tenue sonrisa.

—Empezad vos esta vez —ofreció Juliana con diplomacia.

En breves instantes estaban enfrascados en la partida.

Fuera caían las primeras gotas de lluvia.

Camila terminó de sellar la tapa del tarro de cristal con cera para evitar que el preparado se enranciase. De todos modos, con una quemadura tan grande era improbable que eso ocurriera; lo más seguro era que la señora Maritxu lo acabase antes de que se empezara a estropear.

Escuchó risas en la planta de abajo y sonrió a su vez. Era la primera vez que oía reír a Pierre. Estaba claro que la presencia de la señorita Juliana le ayudaría a sanar. La herida del muñón estaba cicatrizando sin problemas. Lo que le preocupaba era el ánimo del joven. Se mostraba hosco la mayor parte del tiempo. Seguía sin aceptar su situación y, mientras no lo hiciera, su proceso curativo se ralentizaría.

Oyó pasos ligeros en la escalera. Seguramente era Samuel. Instantes después el niño entraba en la buhardilla, mirando a todos los lados. A Camila se le encogió el corazón al verle así. ¿Cuándo se atrevería a ir por la vida sin estar siempre alerta, imaginando peligros?

—Hola, Samuel.

El niño se acercó a ella y terminó sentado en su regazo. Olía a caballo. Sin duda había estado en la cuadra, ayudando a Guido. Le gustaban los animales; tenía mano con ellos. También mostraba interés por los preparados de plantas y pasaba mucho tiempo con ella, observándola mientras molía las hierbas o mezclaba el aceite y la cera para hacer ungüentos.

—¿Qué tienen los tarros? —preguntó, señalando los botes con un dedo sucio.

—Una pomada para la señora Maritxu de Tolosa; se ha quemado —le respondió—. Lo acabo de preparar.

—¡Ah! ¿Es eso lo que *güele*? —Olfateó el aire como si fuera un perro.

—Huele... —le corrigió Camila.

—Pues eso: *güele* bien —repitió con picardía y le guiñó un ojo.

—Tienes que aprender a hablar bien, Samuel. Cuando seas mayor te será beneficioso. Es tan importante como saber leer y escribir.

—Pero Camila, ya estoy aprendiendo todo eso —protestó el niño, haciendo pucheros—; ya sé sumar y restar...

—Lo sé, lo estás haciendo muy bien. Estás aprendiendo muy rápido. Tienes facilidad para las cuentas. —Le revolvió el pelo y lo besó en la coronilla—. Si sigues así, quizá puedas empezar a ir a la escuela con los otros niños. ¿Te gustaría?

El niño se encogió de hombros a modo de respuesta. Siete meses antes era completamente analfabeto. Con mucha paciencia, Camila había conseguido que se interesase por aprender, pero no tenía muy claro si consentiría en asistir a la escuela.

Samuel se recostó en el pecho de Camila y cerró los ojos. Ella le acarició el cabello con dulzura.

—¿Me llevarás la próxima vez que vayas a recoger plantas? —le preguntó el

niño, acomodándose mejor—. Me contaste que tu padre te llevaba...

—Sí, claro que lo haré. Dejaremos que pasen unos días después de que deje de llover. No podemos recoger plantas cuando están húmedas por la lluvia. Se pudrirían —aseguró—. Entonces será un buen momento para recoger raíz de diente de león. Te enseñaré a sacarla de la tierra sin romperla. Ahora, muchachito, tienes que lavarte bien antes de cenar.

—¿Por qué? No estoy sucio —protestó Samuel, saltando del regazo de la curandera como si quemara—. No sé por qué tengo que lavarme tanto. Me voy a desgastar la piel. —Sorbió por la nariz y luego se pasó la manga para limpiarse, con aire bélico.

—Es bueno estar limpio. Mírate las uñas. —Samuel les echó un vistazo y las escondió a su espalda en un intento de ocultar la evidencia—. Están sucias. Hueles a estiércol. Hoy deberás bañarte.

—No —protestó—. ¡No quiero!

—Samuel, no me hagas enfadar. —Camila se levantó de la silla—. Debes bañarte. Lo hemos hablado muchas veces. No voy a consentir que me desobedezcas, jovencito. —Su voz no admitía discusión. Aun así, el niño salió disparado de la buhardilla, no sin antes escuchar las últimas palabras—: Te espero en la cocina para tu baño. Si tardas y dejas que se enfríe, te bañarás con agua fría.

Con un suspiro de derrota, Camila se sentó otra vez. Qué difícil era tratar con un chiquillo de esa edad. Estaba claro que no iba a dejar lugar en su vida para el aburrimiento. No pudo evitar una risita. Agradecía al cielo haber encontrado a ese niño.

Samuel estaba escondido en la cuadra. Odiaba tener que bañarse. Sabía que después, todo limpio y oliendo a hierbas, se sentiría muy bien, pero le daba pereza tener que hacerlo. No recordaba haberse lavado hasta que fue a vivir con Camila. Fue lo primero que ella hizo nada más llevarlo a su casa: meterlo en una bañera llena de agua caliente. Al principio pensó que se había equivocado, que ella no era buena; quería ahogarlo o escaldarle la piel.

Recordó con cuánta fuerza había pateado para escaparse de allí. Guido le sujetaba con firmeza mientras le miraba con aquellos ojos bondadosos; de aquella manera, sin hablar, le convenció de que no le harían daño. Aún sin estar muy seguro de las verdaderas intenciones de aquella señora tan joven, se dejó bañar y despiojar.

Estaba muy contento de estar en aquella casa. Sentía el cariño de Camila y, a veces, la imaginaba su madre. Sabía que no lo era, por supuesto. Casi no recordaba la cara de su madre, pero no olvidaba la casa donde nació y donde había vivido hasta que Camila le trajo.

No quería recordar esos años en el puerto. Todavía, algunas noches, soñaba con ello y se despertaba llorando... y con la cama mojada. Le daba mucha vergüenza,

pese a que Camila le aseguraba que era normal y que no debía preocuparse por mojar las sábanas.

Oyó cascos de caballo. Al asomarse vio a *Ange Noir* y al capitán que entraban en la cuadra empapados por la lluvia. Le gustaba ese caballo. El capitán ya no le daba miedo, pero no se atrevía a hablar con él. Le había estado observando desde el día en que llegó a la casa con su hermano cojo. Camila le había explicado quiénes eran y por qué estaban allí. Mientras Pierre dormía, él había entrado varias veces en la habitación. Días antes el enfermo le había pillado; apenas tuvo tiempo para salir corriendo de allí. Oyó que Pierre le llamaba por su nombre —seguramente Camila se lo habría dicho—, pero no le hizo caso. La próxima vez no tendría miedo y hablaría con él. Después de todo, estaba cojo y no se podía mover de la cama.

El capitán ya había terminado de secar el caballo y se marchaba de la cuadra. El niño permaneció escondido hasta asegurarse de que ya se hubiera ido; después salió para acercarse a *Ange Noir*. El corcel dio un relincho de bienvenida al verlo y acercó el morro para que se lo acariciara.

—Eres muy mimoso, ¿sabes? —canturreó mientras le palmeaba el cuello. El animal bufó como si le contestase—. Me gustaría montarte, pero seguramente el capitán me haría colgar si lo hiciera.

Volvió a oír pasos. Era el galo otra vez; había aprendido a distinguir sus pisadas de las del resto de habitantes de la casa. Se escondió para seguir espiándole.

Le vio dejar la ropa que llevaba en los brazos sobre un tocón, en la cuadra; observó que se quitaba el cinto con la espada y que lo dejaba a un lado. Le siguieron la casaca, las botas...

Samuel ya sabía qué haría a continuación. Lo había visto muchas veces de esa guisa. Se bañaría de pie en el patio. Hasta que vio al capitán ignoraba que pudiera hacerse eso. Se desnudaba completamente y dejaba que la lluvia le empapase el cuerpo. Después se frotaba con un trozo de jabón, que no olía tan bien como los que hacía Camila. Tal vez debería darle un trozo para que probara. De seguro le gustaría más que ése, pues no olía a sebo.

—Puag... —escupió con asco.

Antes de pensarlo siquiera, ya estaba corriendo a la despensa para coger un trozo de jabón de romero. Regresó a la cuadra, cuidando de no ser visto por el hombre, quien seguía dejando que la lluvia le cayera encima. No sabía cómo darle el jabón sin que se percatase de su presencia. El capitán le había demostrado, en las varias ocasiones en que a punto estuvo de descubrir su presencia en la cuadra mientras se bañaba, que tenía el oído tan fino como un perro.

—Samuel. —Oyó que lo llamaba Camila desde la cocina.

«Vaya».

Se había olvidado de su propio baño. No podía seguir escondido en la cuadra mucho tiempo más. Camila comenzaría a buscarle por todos los lados para llevarle a la bañera. Con un movimiento, entrenado por tanto como practicara matando ratas a

pedradas en el puerto, tiró el jabón a los pies del capitán.

El oficial se dio la vuelta y, antes de que Samuel tuviera tiempo de huir al interior de la casa, ya lo tenía agarrado por un brazo.

—So-so-sólo era jabón de romero. Huele muy bien —atinó a decir—. He pensado que os gustaría...

El oficial no dijo nada; le soltó el brazo. No parecía estar enfadado, pero era difícil saberlo. Pese a ello, Samuel temblaba de miedo. Con los hombres nunca se sabía.

—¡Samuel! El agua se está enfriando y no la volveré a calentar —anunció Camila desde dentro—. Te vas a bañar; que lo hagas con agua caliente o fría es cosa tuya. Así que ya puedes ir saliendo de dondequiera que estés escondido. Voy a darle los ungüentos a la señorita Juliana; cuando regrese, espero que estés bañado.

Samuel no pudo evitar el bufido de indignación. Hoy no se libraría del baño.

Para su asombro, como si adivinase lo que estaba pensando, el capitán rió por lo bajo y se pasó la mano por la cara para retirar parte del agua que le chorreaba desde el pelo.

—Vaya, muchacho, creo que te toca bañarte. Tal vez prefieras hacerlo como yo...

—¿No está el agua muy fría? —preguntó Samuel, tímido, y miró la lluvia que seguía cayendo en el patio.

—Sólo al principio. Luego te acostumbras —aseguró el capitán—. ¿Quieres probarlo? —Sin esperar respuesta regresó al patio, se agachó y recogió el jabón del suelo, antes de llevárselo a la nariz y aspirar el aroma picante del romero—. Tienes razón, muchacho: huele muy bien.

Samuel lo miró, sin decidirse entre imitarlo o entrar en la cocina antes de que se enfriase el agua de la bañera. El capitán no parecía peligroso. Bueno, sí que lo parecía, pero no creía que pudiera hacerle ningún daño. No, sospechaba que se podía confiar en él. Tal vez bañarse de pie no fuera tan malo.

Rápidamente se quitó la ropa y la dejó en un montón al lado de la del capitán. Sin perder esa valentía recién descubierta, salió al patio.

Las primeras gotas frías le atravesaron la piel y a punto estuvo de entrar en la cocina para meterse en la bañera antes de que se enfriase el agua. Miró de reojo al oficial y descubrió que él lo estaba observando con una ceja alzada, como si lo retara a salir corriendo.

—Me pasáis el jabón —le pidió con todo el aplomo que pudo, pero el efecto se estropeó al tartamudear—: po-por favor.

Camila se había despedido de Juliana después de entregarle los tarros con el ungüento para la señora Maritxu. Luego subió a la cocina para ver si Samuel ya se había bañado. No entendía ese rechazo que mostraba el niño hacia el aseo. Si por él hubiera sido, no se habría lavado jamás. Según la opinión del niño, nunca estaba lo

bastante sucio. Sonrió al oír pasos en la cocina, sin lugar a dudas no había dejado que el agua se enfriara. Al entrar se llevó las manos al pecho por la sorpresa. Notó que el aire abandonaba sus pulmones, mientras la ira le corroía las entrañas. De todas las cosas que hubiera imaginado ver, ésta era la menos apetecida. El capitán, con la camisa desabrochada y fuera de los pantalones, desvestía a Samuel, de rodillas en el suelo de la cocina. No cabían dudas respecto a las intenciones inicuas de ese hombre. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso? ¿Era la primera vez o ya había abusado antes de Samuel?

El niño la vio enseguida y corrió hacia ella. Le estaba diciendo algo, pero Camila era incapaz de escuchar nada por el rugido de rabia que le taladraba los oídos. Tenía que echar de allí a ese ser abominable. No quería volver a verlo en su vida. Sujetó al niño contra ella para protegerlo, con la vista clavada en el capitán. Rígida como estaba, no le sería fácil articular las palabras, pero trató de que su voz sonase clara.

—Capitán Boudreaux, recoged vuestras pertenencias y marchaos de mi casa.

—Perdón, ¿cómo decís? —preguntó el hombre, parpadeando.

—Ya me habéis oído: marchaos de mi casa —graznó, sin poder contenerse.

Tomó al niño de la mano y salieron de la cocina. Necesitaba ver que no le hubiera ocurrido nada. Que había llegado a tiempo para evitarlo.

Se dirigió a la buhardilla para no oírlo cuando él subiera a recoger sus cosas. Estaba tan rabiosa que le temblaba el cuerpo. Apretó los dientes para controlar sus emociones antes de atender a Samuel, que la miraba confundido, casi sin parpadear.

—Lo siento mucho, lo siento mucho. —Lo abrazó al entrar en la buhardilla—. No sabía que ese hombre era así. ¿Te ha hecho daño?

—¿Daño? ¡No! —aseguró el niño, agitando la cabeza—. Me ayudaba a vestir. No me he secado bien y se me pegaba la ropa.

—¿Te has bañado delante de él? —preguntó entre dientes, imaginando mil epítetos para aquel sujeto, que se excitaba con los niños. Al darse cuenta de que Samuel estaba hablando murmuró—: Perdona, no te he oído...

—Te estoy diciendo que los dos nos hemos bañado...

—¿¡Cómo?! —No lo podía creer. La estupefacción iba ganando terreno en su cabeza. Se tocó las sienes, donde empezaba a formarse un dolor agudo.

—... de pie en el patio.

Otra vez no había escuchado lo que le estaba diciendo el niño. A ese paso nunca se enteraría de lo que había sucedido. Tenía que prestar atención. Debía saber hasta qué punto había llegado ese hombre, pero el martilleo en su cabeza se lo impedía.

—¿Podrías repetirlo?

Samuel la miró, los negros ojos abiertos de incredulidad. Sus pupilas reflejaban la confusión que sentía.

—Cuando llueve, el capitán se baña en el patio —comenzó el niño—. ¡Lo hace de pie! Le he visto varias veces sin que él se diera cuenta. Su jabón huele a sebo. —Hizo un gesto de asco—. He pensado en llevarle un trozo de los que haces tú. No me

atreví a dárselo, así que se lo he tirado a los pies antes de ir a la cocina. Me ha dado un susto de muerte...

—¿Por qué? —preguntó Camila. Luego se frotó las sienes para aliviar el dolor. Sospechaba que había interpretado mal la situación. Samuel estaba demasiado tranquilo para haber pasado por una experiencia traumática.

—Me ha agarrado tan rápido que aún no había podido salir de la cuadra. Te hemos oído llamarme para el baño y él me ha dicho que, si quería, podía lavarme como él. Así se bañan los soldados, ¿sabes? Al principio el agua estaba muy fría. Me ha hecho lavarme por todos los rincones, igual que hacía él. Mira, ¿tengo limpias las orejas? —Tiró de una para mostrarla.

—¿No te ha hecho daño? —indagó Camila para asegurarse.

—No, claro. Ha sido divertido.

—Divertido... —repitió en un susurro.

Era evidente que lo había malinterpretado todo. Se había precipitado a sacar conclusiones sin pararse a pensar primero. Las sienes le latían con saña.

«Pero es que lo vi tan claro...», pensó, justificándose.

—¿No te ha dado miedo estar desnudo junto a...? —preguntó, sorprendida por la disposición de Samuel.

—Bueno... —titubeó el chiquillo—. Al principio sí. ¡Es enorme! Pero lo he observado mucho y no se parece a los hombres que... —Calló, mirando al suelo. Luego alzó la mirada preocupado—. ¿Se va a marchar el capitán de aquí? Si se va, ya no podremos bañarnos juntos otra vez y se llevará a *Ange Noir* —se quejó, los ojos llorosos.

«Santo Dios, lo he echado de casa», recordó, compungida.

—Ve a la cocina. Seguramente Juana ha regresado de misa y estará preparando la cena —le ordenó, mientras terminaba de acomodarle la ropa—. No te preocupes; voy a hablar con el capitán —aseguró al ver la cara entristecida del niño.

«¡Qué desastre! Debo aprender a ser menos impulsiva —se recriminó con pesar—. Es que, tratándose de Samuel, me ciega el miedo».

Armand, en mangas de camisa, amontonaba sus pocas pertenencias sobre la cama. No entendía nada de lo sucedido en la cocina. Definitivamente, esa mujer estaba loca. ¿Qué demonios le había pasado para que se pusiera así? Lo había mirado echando chispas por los ojos, como si él fuera una especie de ser repugnante y odioso. ¿Por qué? No estaba haciendo nada malo... a menos que...

—*Cré nom de Dieu!* ¿Qué se imagina, esa mujer, que hacía? —murmuró, pasándose la mano por la cara—. No puede estar pensando eso, ¿no?

Era imposible que lo creyera tan perverso como para aprovecharse de un chiquillo. Sólo había intentado congraciarse con Samuel. No quería que el niño le temiera. Desde el primer día, mientras se lavaba en el patio, presintió que alguien lo

observaba, había estado pendiente de descubrir al mirón. Unos días más tarde comprendió que quien lo andaba vigilando era el niño al que casi había pisado *Ange Noir*.

Se quedó más tranquilo al saber quién era, pero no hizo nada por delatarlo u obligarlo a descubrirse. Si el mocoso quería mirar, que lo hiciese.

Lo había visto salir a hurtadillas de la cuadra y, momentos después, lanzarle el trozo de jabón. De no haber estado atento a los movimientos del niño, se habría asustado. Pensó entonces que era un buen momento para atraparlo y así lo hizo.

Al final, Samuel había resultado ser muy valiente al lavarse de ese modo. Y él, inexplicablemente, se sintió tan orgulloso de ese jovencito como un padre.

«¿Cómo, en nombre del Cielo, puede esa mujer crearme capaz de abusar de un niño?», rumió, indignado.

Con los brazos en jarras, pensó en subir y pedirle explicaciones. Era su casa, sí, pero no podía echarlo de esa manera, sin una razón de peso y, sobre todo, verdadera. Merecía una disculpa por esa acusación infundada. ¿Que ella no lo quería en su casa? De acuerdo. Pero de ahí a inventarse algo tan infame como excusa mediaba un abismo.

Al menos no había añadido a Pierre en el lote. ¿Sería capaz de ponerlo en la calle cuando aún no estaba curado? Él no lo permitiría. Tenía que aclarar las cosas. Con esa resolución en su mente se acomodó la ropa y se pasó la mano por el pelo, todavía húmedo, para peinarlo un poco antes de abrir la puerta para ir a buscar a la curandera.

La mujer estaba a su puerta con la mano alzada como si la hubiera pillado en el acto de golpear la madera. Se miraron durante un instante hasta que ella bajó sus ojos, al tiempo que un fuerte rubor se extendía desde la raíz del pelo hasta el cuello de su vestido.

Armand se preguntó hasta dónde llegaría ese rubor e inmediatamente se recriminó en silencio por ello. Tenía cosas mejores en que pensar. Se enderezó aún más, pero no antes de oler el aroma a hierbas y flores que desprendía esa joven a su paso. Apretó los dientes.

«Qué mujer más fastidiosa».

—Capitán Boudreaux... —comenzó ella, armándose de valor—, he venido a disculparme.

Camila lo vio parpadear, sorprendido. Era evidente que no esperaba eso. Se fijó en el pelo húmedo y en la camisa que se le pegaba a la piel, pues se la había puesto sin terminar de secarse. Tragó en seco al ver cómo se marcaba el torso musculoso del capitán. Tuvo ganas de tocarlo y casi gimió por dentro. Se ruborizó todavía más, si cabe.

—Pasad, por favor; hablemos —murmuró él. Se apartó lo suficiente para dejarla entrar y luego, una vez que ella hubo cruzado el umbral, empujó la puerta sin llegar a cerrarla del todo—. Sentaos, si hacéis el favor. —Le ofreció la única silla y él retiró parte de las cosas que tenía en la cama—. Perdonad el desorden, estaba recogiendo...

Al recordar su impetuosidad, Camila sintió que el rubor alcanzaba cotas insospechadas. Sólo al sentarse reconoció la silla: era la que su primo había desmontado una semana atrás. Estaba convencida de que ese mueble había terminado como leña para la chimenea.

—Veo que habéis mandado arreglar la silla... Debéis decirme cuánto habéis pagado por ello al maestro carpintero.

—No hace falta, señora. Yo mismo la he arreglado —anunció el hombre. Y se situó al lado de la ventana con las manos unidas a su espalda. Camila habría jurado que lo veía sonrojarse.

—¿Vos? —barbotó antes de darse cuenta de que ese tono se podría malinterpretar.

—¿Acaso pensáis que no soy capaz de algo así? —Levantó una ceja a modo de pregunta.

—Veo que tengo que disculparme por más de una cosa. Lo siento. —Sentada con la espalda tan recta como una tabla, habló mirando al suelo—. Samuel me ha contado lo sucedido; creo que he confundido la situación...

—¿Creéis? —preguntó con sarcasmo—. ¿Es que aún sospecháis de mí? ¿No estáis segura?

—Bueno, yo... —titubeó la joven—. Me he precipitado al sacar conclusiones. —Calló un momento, para mirarlo, avergonzada—. No sabéis quién es Samuel ni cómo fue su vida hasta que lo traje a mi casa. —Tomó aire y se mordió el interior de la mejilla. Tendría que contárselo todo para que comprendiera el porqué de su reacción—. Lo encontré una noche en el puerto. Estaba malherido, prácticamente desnudo y tan flaco que se le podían contar los huesos del cuerpo. —Casi se le saltaban las lágrimas al recordarlo.

—¿Es huérfano? —indagó el oficial, mirando un punto por encima de la cabeza de la joven.

—Su madre murió hace años. Ignoro quién fue su padre —explicó, mirándose las manos unidas en su regazo—. Sí, supongo que es huérfano. La dueña del burdel donde había nacido se lo ofrecía a los hombres que... bueno, ya sabréis...

—Lo sé. Continúa, por favor —masculló entre dientes.

—Yo desconocía que eso se hiciera... Aún ahora me cuesta entenderlo.

—Pues sois afortunada, *madame*; yo sigo sin comprenderlo —aseguró, seco.

—El caso es que lo encontré y me lo traje a casa —continuó, como si él no hubiera hablado—. Deberíais haberlo visto en aquel entonces, lleno de piojos y picado por las pulgas. La mugre le ocultaba el color de la piel. Era como un animal salvaje. Se asustaba de todo y de todos. Estoy sorprendida de que os haya dejado acercaros... Hace sólo una semana salió huyendo de la cuadra, cuando lo sacasteis de los cascotes de vuestro caballo —le recordó, alzando la vista para ver su reacción.

—En efecto. No lo he olvidado. ¿Tuvisteis problemas con la dueña del burdel? Dudo de que dejase que le arrebataran su fuente de ingresos.

—Le di dinero para que dejase libre a Samuel —admitió ella; luego se alisó el

delantal.

—¿Vuestro esposo estaba de acuerdo con esa decisión?

—Mi marido murió esa misma noche; nunca llegó a saber que me había traído a Samuel —musitó, sin entrar en más detalles.

—Lo siento, señora.

—Gracias, capitán. —Pensativa, volvió a morderse el interior de la mejilla—. Todo esto que os he contado sólo lo saben Juana, Guido y el propio Samuel; no quiero que lo sepa nadie más. El niño ya tiene suficiente con que lo señalen por ser el hijo de quien era; no deseo que, además, le hieran por algo de lo que él no tuvo ninguna culpa y de lo que fue víctima directa.

—Señora, podéis estar segura de que no diré nada; no os preocupéis por eso. — Parecía sincero.

—Os lo agradezco. Algunas personas pueden llegar a ser crueles con los más desfavorecidos.

Calló, incapaz de seguir hablando. Le dolía ver ese tipo de desprecios en personas que se decían cristianas y temerosas de Dios. Personas que iban a oír misa, como si creyeran en los preceptos de Jesús, pero que en cuanto cruzaban las puertas y salían de la iglesia los olvidaban por completo.

—He pensado en adoptarlo. Probablemente sea el único hijo que llegue a tener...

—Aún podéis tenerlos; no sois tan mayor como parecéis creer —murmuró.

—No es por mi edad, capitán; no tengo intención de volver a casarme —espetó con fiereza.

Tras esa declaración, los dos guardaron silencio durante un rato.

—Entiendo que puedo seguir viviendo en vuestra casa... —indagó él, un momento después.

—Por supuesto, capitán —aseguró ella. Lo vio suspirar—. Reitero mis disculpas por mi comportamiento tan irreflexivo y por el trastorno que os haya podido causar. —Mientras se levantaba de la silla señaló los objetos personales amontonados en la cama.

—No os preocupéis más por ello.

—Quisiera que me dijeseis lo que os debo por el arreglo de la silla...

—Nada —le cortó—. Ha sido un placer para mí arreglarla.

—Gracias, en ese caso. —Camila calló, pensativa—. ¿Habéis cenado, capitán?

—No, aún no —contestó, visiblemente confundido.

—Tampoco yo lo he hecho. En cuanto acueste a Samuel, estaría encantada de que aceptaseis cenar conmigo.

El capitán, claramente sorprendido por la invitación, accedió con una venia.

La cena resultó ser muy amena. Ya desde el principio, Camila tuvo que admitir que no conocía para nada al capitán. La imagen que se había hecho de él no era del

todo correcta. En esas horas que pasaron sentados a la mesa de la cocina, compartiendo la comida y charlando de todo un poco, llegó a la conclusión de que el galo no era tan desagradable como pensaba. A decir verdad, no lo era en absoluto.

Para bajar a cenar, el capitán se había puesto la casaca. Se le veía muy apuesto, con el uniforme bien cepillado y los botones tan lustrados que, a la luz de las velas, parecían de oro. Ella no pudo dejar de admirar lo atractivo que estaba recién afeitado.

Cuando Juana les sirvió el primer plato (un potaje de verduras que olía de maravilla) Camila pensó en que era muy tarde para la pobre anciana.

—Capitán... —empezó la dueña de la casa—. Generalmente, cuando se hace tan tarde para cenar, suelo prescindir de Juana para que descanse. Me preguntaba si...

No sabía cómo iba a reaccionar el galo. Tal vez acostumbraba a que le sirvieran y no estaba dispuesto a desechar la presencia de Juana. Para su completa sorpresa, el hombre aceptó esa propuesta sin poner ninguna traba.

No fue ése el caso de Juana, que protestó por verse relegada; no hubo manera de convencerla de que se fuera a descansar hasta que intervino el propio capitán.

—Haríais bien en obedecer, Juana. Desde que mi hermano y yo estamos aquí, tenéis más trabajo que hacer... —comenzó, para pasmo de la curandera, y dejó la servilleta a un lado.

—¡Válgame el cielo! No es para tanto, capitán —le cortó Juana sin ceder—. ¿Qué pensaréis de mí si no os sirvo como corresponde?

—Mi querida señora. —El hombre se había levantado antes de seguir hablando. Su elevada estatura imponía respeto—. Como soldado he tenido que aprender a valerme por mí mismo. Hace tiempo me acostumbré a prescindir de criados que hicieran las cosas por mí. Creo que disfrutaré más de esta deliciosa comida si sé que estáis descansando. Hacedlo por el bien de mi estómago, si no es por vuestro propio beneficio —terminó con suavidad y clavó en la criada sus ojos azules, como el mar en verano, para que viera que hablaba en serio.

En verdad, sus palabras y su actitud hicieron comprender a Camila que el francés no era, como lo había catalogado antes, un hombre insensible para los que no fueran de su familia. Cuando Juana, después de darle las gracias, comentó que era un buen hombre, el capitán replicó, sin perder un segundo:

—No creo que otros compartan esa opinión; por eso atesoraré la vuestra. Que tengáis muy buena noche. —Y se inclinó en un saludo formal, que dejó a Juana ruborizada y con los ojos sospechosamente brillantes.

La anciana salió de la cocina sin decir nada más. Camila comprendió, entonces, que el capitán se la había ganado para siempre y se alegró por ello.

—Creo que la habéis dejado abrumada. Gracias por vuestra comprensión. Por cierto, no muchos hombres aceptarían tener que servirse solos —le aclaró Camila, sin poder contenerse.

—Hay que acostumbrarse a todo, señora —le quitó importancia el capitán, antes de sentarse de nuevo.

Después de eso, la cena transcurrió con tranquilidad y, en varias ocasiones, Camila se descubrió pensando en lo agradable que era compartir la mesa con ese hombre. Desde luego, no se lo esperaba, a juzgar por los encontronazos que habían tenido hasta ese momento. De hecho, sólo le había invitado a cenar con ella porque se sentía culpable por haberlo acusado de...

«Vaya, parece que no he estado muy acertada».

Por primera vez desde que se vio obligada a aceptarlos en su casa, se alegraba de haberlo hecho. Era bueno tener a alguien con quien compartir esos momentos y con quien poder hablar.

Recordó todas las veces en que, al finalizar el día, se sentaba con su padre allí mismo para comentar los sucesos del día, los síntomas de algún paciente o, simplemente, para hablar de todo y de nada en particular.

Al recordar a su difunto padre notó un peso en el corazón y se mordió los labios para no sucumbir a la tristeza. No era el momento ni el lugar para eso.

—¿Os sucede algo, señora? —preguntó el capitán, preocupado; dejó la copa de coñac que estaba paladeando en la mesa—. ¿Puedo hacer algo por vos?

—No... no. Sólo pensaba en mi padre. Le echo de menos... —confesó cabizbaja.

—Lo comprendo. Hablé con él en varias ocasiones y me pareció un buen hombre. Siento mucho vuestra pérdida. No sólo por mi hermano... Sé que habéis hecho un trabajo admirable con él y os estaré eternamente agradecido —se apresuró a aclarar—. Sino por vos misma. Veo vuestra pena y me conduelo.

—Gracias, capitán —murmuró azorada.

El viento, en aquella mañana de mediados de septiembre, era fresco y húmedo. Camila sintió un escalofrío y se abrigó mejor con su chal de lana, mientras seguía a Martín, el hijo mayor de Jacinta de Urrutia, hasta su casa. El niño había ido a avisarla, pues su madre iba a tener al bebé.

Durante las dos últimas semanas, Camila la había examinado casi a diario con la esperanza de que el bebé se colocase en el canal del parto. El día anterior seguía sin situarse; si había empezado el alumbramiento de ese modo, se presentaba un parto difícil y peligroso. Esperaba que el bebé se girase a tiempo; de lo contrario peligraría la vida, tanto de la madre como del hijo por nacer.

Entraron en la casa. En el pasillo, sentados en la escalera para subir a los pisos superiores, estaban los hermanitos de Martín. Los dos niños menores, de cinco y cuatro años, la miraron con los ojos desorbitados de miedo; María, de siete, tenía un aire tan triste que partía el corazón.

—¿Se va a morir nuestra mamá? —volvió a preguntar Martín, muy serio.

—No lo sé, cariño. Vamos a hacer todo lo posible para que eso no suceda. —Se agachó hasta ponerse a la altura del niño—. Mientras tanto, cuida de tus hermanos.

El niño, de apenas ocho años, se enderezó como si fuera un soldado y cabeceó, asintiendo con seriedad.

Camila acarició las cuatro cabecitas y, con un mal presentimiento, entró en el dormitorio de su amiga Jacinta. Doña Alberta, rosario en mano, rezaba en una silla al lado de la cama. La parturienta, tumbada en la cama, con el rostro congestionado y brillante de sudor, suavizó su semblante en cuanto vio a la curandera.

—Gracias por venir, Camila. Creo... creo que esta vez... no viene fácil —logró decir, entre dolores.

—No te preocupes, Jacinta. Ahora voy a comprobar cómo está todo por ahí abajo. Es posible que lo notes peor de lo que es. Algunas veces tarda un poco en ponerse en su sitio.

—Lo sé, pero esta vez... está tardando demasiado —musitó.

—Hija, ten fe. He puesto las cenizas del Tronco de Navidad bajo tu cama. Seguro que te ayudarán —aseguró doña Alberta.

Era creencia popular que las cenizas guardadas del tronco que se quemaba durante Nochebuena tenían poderes curativos.

Camila, sin pérdida de tiempo, se remangó hasta los codos y, tras lavarse las manos, procedió tal y como había dicho a su amiga.

El bebé, como sospechaba, no tenía la cabeza colocada en el canal del parto, sino que seguía de costado. Era necesario darle la vuelta para situarlo. Palpó el vientre hasta encontrar la cabeza y el cuerpo del bebé y comenzó a masajearlo para que se

moviera. El cuerpecito culebreó, pero sin cambiar de posición. No sería sencillo.

—Doña Alberta, ¿haríais el favor de traer agua hirviendo para preparar una tisana? —La mujer asintió, encantada de tener algo que hacer. Camila se volvió a su amiga—. Creo que una infusión te aliviará un poco los dolores.

Jacinta esbozó un remedo de sonrisa, antes de que una nueva contracción la doblase en dos.

—En estos momentos... me vendría bien. Es como si me partiera por medio. ¿Crees... crees que mi bebé estará bien?

—Creo que sí. Se mueve con fuerza —aseguró Camila, suplicando en silencio que se colocase en la posición correcta.

Continuaron los masajes para aliviar los dolores de Jacinta, cada vez más intensos: unas veces en el vientre, otras en la zona de los riñones. Siguieron hasta que Camila sintió pinchazos en los brazos. No estaba consiguiendo nada y su amiga estaba cada vez más agotada. Sus gemidos habían perdido intensidad, como si ya no le quedaran fuerzas para nada más. Estaba demasiado pálida. La sangre escurría entre sus muslos en un goteo continuo.

—Creo que debería venir don Bernardo —le dijo a Jacinta—. Yo ya no sé qué hacer —confesó, impotente.

—Si no salgo de ésta... —murmuró la parturienta en un hilo de voz—. Si no salgo de ésta, ayuda a mis niños y a Rodrigo. Dios sabe que él no sabrá qué hacer. Aliéntale para que no tarde en casarse. —Sollozó, asiendo la mano de Camila con fuerza sorprendente—. Mis hijos necesitarán una madre... cuando yo no esté.

La curandera la miró, horrorizada; no quería que pensara tal cosa en aquellos momentos. Para sobrellevar lo que estaba por venir tenía que ser más positiva.

—Ahora no pienses en esas cosas. Nadie ha dicho que no vayas a salir de ésta. Dentro de unos días nos reiremos juntas de esta situación. —Le palmeó la mano, antes de colocarle el pelo—. Trata de descansar entre un dolor y otro.

Jacinta asintió, cerrando los ojos. Camila le pasó por la cara un paño humedecido en agua de rosas; después de acomodarle la ropa de cama, con un suspiro, salió al portal. Martín y sus hermanitos seguían sentados en las escaleras, apiñados unos con otros. Sintió una pena inmensa por aquellos niños. No era bueno que estuvieran ahí, oyendo los gemidos angustiosos de su madre. Alguien debería haberlos llevado a otro lugar, donde estuvieran entretenidos.

—¿Dónde está vuestra tía Juliana? —les preguntó.

—Ha ido a casa de la tía Hilaria —contestó María con presteza; se metió el pulgar en la boca.

Camila rogó que regresaran pronto y se llevasen a esos pequeños.

—¿Cómo está mi mamá? —preguntó Martín, muy serio.

—Está muy cansada. —Trató de sonreírle para darle ánimos—. ¿Podrías ir a buscar a don Bernardo?

—Sí. Voy corriendo —anunció el niño, antes de salir y trotar calle adelante.

—Ahora vendrá el médico y ayudará a vuestra madre. ¿Qué creéis que será, un niño o una niña? —preguntó a los demás para distraerlos un poco.

—A mí me da lo mismo —respondió María en un susurro—. Pero ya no quiero que tenga más. Le duele mucho.

Esas palabras se le clavaban a una en el corazón. Camila hubo de apretar los puños para contener la pena.

En ese momento tocaron a la puerta y la curandera se acercó a abrir. Don Pedro resoplaba bajo el dintel. Traía la sotana salpicada por la lluvia.

—Buen día, doña Camila. Martín me acaba de decir que su madre... —empezó el párroco, pero calló al ver a los pequeños que empezaban a llorar.

—Buen día, don Pedro —saludó triste—. Martín ha ido a avisar a don Bernardo para que ayude a nacer al bebé.

—Sí, eso me ha dicho. Pasaré a ver cómo está la parturienta —declaró el párroco. Sin más, se adentró en la habitación, donde saludó a doña Alberta.

Camila, en cambio, prefirió quedarse un rato más con aquellos tres pequeños, que hipaban sin dejar de llorar.

«*Pater Noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen Tuum...*», comenzó a rezar en silencio. Su amiga iba a precisar toda la ayuda necesaria para salir de ésa.

Como cada tarde, Pierre esperaba ansioso la llegada de la señorita Juliana. Desde que comenzara a visitarlo con regularidad, tres semanas antes, vivía esperando esos momentos.

Era una joven encantadora y franca. Él le estaba enseñando a jugar al ajedrez y ya empezaba a dar muestras de su talento como estratega. Lo cierto es que le gustaba mucho; hasta se habría permitido el lujo de soñar con una vida junto a ella. Por desgracia, él era un lisiado y ella estaba enamorada de su hermano.

Estaba seguro de eso. No es que ella se lo hubiera confesado. Si no la hubiera visto ruborizarse hasta la raíz del pelo en las pocas ocasiones en que el capitán entraba en la habitación cuando estaba ella, su interés por saber cosas de Armand ya habría sido motivo de sospecha suficiente.

Su hermano, en cambio, no le dedicaba más que unas palabras de cortesía con su habitual seriedad. ¿Cómo podía estar al lado de ella y no caer rendido a sus pies? ¿Acaso era posible que no se percatase de su belleza o de su inteligencia?

Sabía que su hermano no tenía ninguna intención de volver a casarse. No le conocía ninguna relación estable desde que su esposa muriera. El capitán Bonnet solía tomarle el pelo por su celibato. Pero que Armand no se fijase en la belleza de Juliana era, cuanto menos, inconcebible.

La primera tarde en que su llegada coincidió con una visita de Gastón Bonnet, Pierre pensó que la joven caería encandilada por la caballerosidad, el porte y la sonrisa llena de hoyuelos del capitán Bonnet. Fue una sorpresa que apenas le prestara

atención. Claro está que también Armand estaba presente en ese momento.

Pierre suspiró por aferrarse a esas visitas, pese a saber que ella nunca sería suya. Juliana jamás le querría.

Se estaba haciendo tarde; generalmente a esa hora ella ya había llegado. ¿Qué podía estar reteniéndola? ¿Era posible que ya se hubiera aburrido de ir a visitarle, puesto que Armand no daba muestras de interesarse en ella?

Vestido como correspondía y no en camisa de dormir, como hasta el día anterior, se había sentado por primera vez en una silla, junto a la mesa que hacía las veces de escritorio, para jugar la partida de ajedrez. Confiaba en que la señorita Juliana se alegrase al verlo allí sentado, en lugar de en la cama. Esa postura lo hacía sentirse más entero, más hombre. Aunque lo cierto es que, después de esperar tres horas, comenzaba a dolerle todo el cuerpo.

Cuando llamaron a la puerta el corazón se le desbocó. Un instante después su hermano asomó la cabeza y, al ver que estaba solo, entró.

—Veo que no te alegras mucho de verme. —Su desilusión debía de ser palpable—. Evidentemente, esperabas a otra persona —dijo Armand; luego se sentó en la otra silla—. Me alegra ver que al fin te has decidido a salir de la cama. ¿Ya se ha ido la señorita Juliana?

—Hoy no ha venido —gruñó Pierre, incapaz de soportar el desencanto.

—Vaya. Si quieres, puedo jugar contigo —comentó, acariciando una de las figuras de madera—. Ya ni sé desde cuándo no he jugado al ajedrez.

Pierre se alzó de hombros por toda respuesta y se preparó para la partida. Tenía que distraerse para no seguir torturándose con la ausencia de ella.

«¿Por qué no ha venido?»

Camila estaba agotada y con el alma deshecha. Se sentía impotente, rabiosa con las circunstancias. Llevaba todo el día luchando por que el parto se desarrollara con normalidad, pero todo había sido en vano.

Después de comprobar la situación, don Bernardo decidió que no había manera de salvar a la madre y a la criatura. Era necesario escoger entre ellas.

Don Pedro se había inclinado a favor del bebé, argumentando que era un alma sin bautizar y, si moría, quedaría eternamente en el limbo. Camila había tratado de convencerle para que hiciera una excepción, ya que estaban los otros cuatro hijos de la mujer, que necesitaban desesperadamente a su madre. Tampoco se podía saber si ese bebé viviría o no.

—¿Por qué sacrificar la vida de la madre sin tener esa certeza? —había preguntado a don Pedro.

—Es un sacrificio por un alma, muchacha. Si muere el bebé, será voluntad de Dios —sentenció e hizo la señal de la cruz.

—¿Qué pasará con esos niños? ¿Quién cuidará de cinco niños cuando su padre

esté en la mar? La madre es imprescindible para ellos. El bebé no.

—Camila, estáis rayando en la blasfemia —barbotó el cura, enfadado—. Es más importante salvar un alma que...

—Eso decídselo vos al señor Rodrigo, cuando regrese de la mar —le cortó, encolerizada—. Decídselo a sus hijitos, que aguardan asustados a que su madre se salve —masculló entre dientes. No entendía esa locura.

Se había apretado las sienes en un intento de parar el dolor que las atravesaba. Debería haber hecho algo. Pero no hubo manera. Hasta Jacinta se puso del lado del párroco y quiso que salvaran al bebé. Parecía que ella era la única en ver las cosas de otra manera. ¿Se habían vuelto todos locos?

—Jacinta, ¿qué será de tus hijos? Si el bebé vive, ¿quién lo cuidará? —había preguntado arrodillada junto a la cabecera de la cama.

—Ten fe, Camila; todo se solucionará —respondió su amiga en un hilo de voz—. Me has prometido que tú les ayudarás... Dile a Rodrigo que le quiero y que... que no espere mucho para casarse de nuevo. Que piense en los niños...

La curandera estuvo a punto de bufar por lo absurdo de esas palabras.

—¿Quieres que él piense en ellos? ¿Y tú? —pronunció, enfadada—. ¡No puedo creer que te dejes morir y les abandones! —casi gritó, con los puños apretados. Cerró los ojos un instante para tranquilizarse—. Me cuesta aceptarlo —musitó momentos después, sabiéndose vencida.

Jacinta se limitó a mirarla con admisión y pena. Ella habría querido sacudirla para hacerla entrar en razón. No podía dejar a sus hijos de ese modo. No era razonable.

Salieron al pasillo mientras el cura administraba la extremaunción a Jacinta. Doña Alberta y sus otras hijas, la señora Hilaria y la señorita Juliana, no podían dejar de llorar. Se abrazaban entre llantos y abrazaban a los pobres niños.

La curandera, en cambio, no podía llorar; la rabia que la inundaba por dentro no se lo permitía. Apretaba tanto los dientes que temía partírseles.

En cuanto el cura hubo salido del dormitorio, don Bernardo esperó a que Jacinta muriera, desangrada, para acatar su decisión. No hizo falta esperar mucho, ya había perdido mucha sangre. Camila estuvo allí, ayudando a traer al mundo a un pobre bebé que no conocería a su madre, sin dejar de recordar los rostros llorosos y angustiados de Martín y sus hermanitos.

Un rato más tarde el llanto débil de un bebé rasgó el aire. Era una niña. Qué ironía: Jacinta habría estado encantada. Don Pedro corrió a bautizarla, temeroso de que pereciera sin darle tiempo.

Su amiga ya no estaba. Todo había acabado. Las ganas de gritar de cólera burbujeaban en su garganta. Pese a la ira que corría por sus venas, no quiso mirar a nadie mientras aseaba con delicadeza el cuerpo sin vida. Dejó que doña Alberta y sus hijas se encargaran de la recién nacida. Necesitaba estar esos últimos instantes con la que había sido su mejor amiga.

En ese momento, horas más tarde, volvía a su casa, poco menos que corriendo. Se

debatía entre gritar de frustración o llorar de pena. No hizo ninguna de las dos cosas y siguió andando como si le persiguieran los demonios.

«¿Por qué habéis permitido esto? —preguntó, mirando al cielo—. ¿Por qué?»

Armand y Pierre seguían jugando la partida de ajedrez cuando oyeron pasos airados que subían a la buhardilla.

El capitán dejó de prestar atención al tablero, atento a lo que sucedía en el piso superior.

Llevaba todo el día sin ver a la curandera. Durante la cena, a solas, la había echado en falta. Desde aquella primera invitación, tres semanas atrás, se había acostumbrado a compartir las cenas con ella. Eran momentos muy agradables, que le estaban sirviendo para conocerla mejor y para valorarla más aún.

A veces coincidían durante el día, si doña Camila pasaba a visitar a los heridos que aún quedaban. Seguramente ella pensaba que esas coincidencias eran eso: coincidencias, pero no era así. Él solía buscar excusas para pasar más tiempo en el hospital habilitado en el convento de los Dominicos, con la esperanza de verla.

Los soldados estaban encantados de tener a alguien con quien charlar y a quien contar todas sus cuitas; él no tenía otra cosa que hacer, salvo escucharlos. Eso sí: atento a la puerta para ver llegar a la curandera.

Cada día que pasaba se fijaba más en ella. Le gustaba mirar el color ámbar de sus ojos cuando les atravesaba un rayo de luz. El brillo nacarado de su piel. Las formas que revelaba el vestido cuando ella se movía.

Le costaba admitirlo, pero era cierto: la deseaba. Y enfermaba de celos cuando la veía consolar a alguno de los soldados. Las sonrisas de aquellos hombres, cuando ella entraba en el recinto, no le habían pasado desapercibidas. Con gusto se las habría borrado a todos.

Tampoco le gustaba ver cómo se ensombrecía su mirada cuando alguna vez le preguntaba por su difunto marido. Era evidente que aún seguía queriéndolo. Por otra parte, habían pasado sólo ocho meses desde su fallecimiento; era normal que lo añorase, por mucho que a él le doliera.

Se oyó un golpe seco en el techo. O algo peor: alguien se había caído. Sin pensarlo siquiera se levantó dispuesto a salir.

—Tengo que ver si le ha pasado algo a la señora de Gamboa —masculló. Y sin esperar respuesta salió de la habitación de su hermano.

La puerta de la buhardilla estaba cerrada, pero él entró sin llamar. Estaba demasiado preocupado por el golpe anterior como para detenerse en cortesías.

La curandera, de rodillas en el suelo, lloraba amargamente tapándose la cara con las manos. Se había quitado el pañuelo y el pelo le caía desordenado por los hombros. Se preguntó por qué lo llevaría tan corto, pero de inmediato se recriminó por pensar en algo tan nimio cuando ella estaba llorando apesadumbrada.

—¿Os ha ocurrido algo? —preguntó Armand, entrando a zancadas. Se arrodilló a su lado—. ¿Os habéis hecho daño? —La mano que había levantado para acariciarle el pelo quedó en el aire, sin atreverse a tocarla—. Decidme, por favor, qué os ocurre. Si hay algo que yo pueda hacer, sólo tenéis que decirlo.

Ella seguía llorando desconsolada, sin dar muestras de oírlo.

—¡Oh, *sacre Dieu!* —murmuró. Y la atrajo contra el pecho. No podía verla de esa manera sin hacer nada por consolarla, sin tratar de aliviar aquella pena que parecía desgarrarla—. Decidme qué os ha sucedido. ¿Alguien os ha hecho daño?

Tardó un momento en darse cuenta de que ella estaba hablando. Tenía el rostro apretado contra su camisa, por lo que no entendía nada de lo que decía. La separó un poco de sí, con cuidado. Luego se sentó en el suelo para subirla a su regazo. Una vez acomodada a su gusto, prestó atención a sus palabras.

—... la hemos sacrificado. Pobres niños... pobres niños. ¿Qué será ahora de ellos?

—¿A quién habéis sacrificado? —preguntó, curioso; después le entregó un pañuelo.

—A la señora Jacinta. A mi amiga —murmuró entre sollozos, antes de sonarse—. Ahora está muerta y sus hijos... sus hijos están solos... esos pobres niños...

Y volvió a arreciar el llanto.

Ahora entendía la ausencia de la señorita Juliana. Era lógico que hubiera estado al lado de su hermana.

—¿Podéis decirme qué ha ocurrido?

Durante un rato pareció que ella no diría nada. Seguía llorando, aunque ahora en silencio. Abrazarla era como tocar un trocito de cielo; aunque sonaba despreciable, casi agradecía lo que le hubiera sucedido ese día para ponerla así, pues de ese modo podía tenerla en los brazos. Olía a flores y a hierbas, de una manera muy sutil.

—El parto se presentó muy mal —comenzó en un murmullo, apoyando la cabeza en el hombro de Armand. Él imaginó que lo hacía inconscientemente—. El bebé estaba atravesado y no había forma de darle la vuelta para que se colocase bien. Llamamos a don Bernardo y él dijo que era necesario... sacrificar a uno para dar una pequeña posibilidad de vida al otro.

Otra vez guardó silencio. Armand esperó a que se recuperara, sin dejar de acariciarle el pelo; desgarrado entre hacer algo para aliviarle aquella pena o no hacer nada para que siguiera en su regazo.

—Don Pedro se decantó por el bebé y Jacinta le secundó. ¿Podéis creer que ella prefiriese morir? ¿Que fuera capaz de abandonar a sus hijos? —preguntó, desesperada.

—*Oui*. Si ella consideraba que con ello salvaba a su hijo por nacer —reconoció él—. Probablemente, ella pensaba en la salvación de todos sus hijos.

—Pero de ese modo los ha dejado huérfanos. Ahora están solos —musitó secándose los ojos—. Cuando lo sepa Rodrigo... se vendrá abajo. Se querían desde

niños, ¿sabéis? Para él será terrible.

Con estas palabras pareció como si cobrara conciencia de dónde y cómo estaba. Se puso en pie de un salto y se alejó varios pasos. Armand, de repente, se sintió solo; habría querido protestar, pero en vez de hacerlo se levantó con presteza.

Ella se pasó la mano por el pelo. Se sacudió la falda del vestido. Volvió a tocarse el cabello. Enlazó las manos en su cintura. Las separó. Parecía incapaz de quedarse quieta un instante. Tenía la nariz colorada y los ojos, irritados de llorar, estaban más amarillos que nunca. Parecían dos trozos de vidrio: brillantes y transparentes.

—Gracias por vuestra comprensión, capitán. Yo... siento haber... —titubeó azorada, sin mirarle.

Él no podía apartar la vista de aquellos labios voluptuosos y sensuales, que se movían con cada palabra. Habría querido acariciarlos con las yemas de los dedos; con los labios, con la lengua...

«*Dieu doux dans le ciel!* ¿En qué estoy pensando?», se reprochó avergonzado.

—No os preocupéis, señora. —Su voz salió un poco estrangulada—. Me alegra saber que os he sido de ayuda —reconoció sinceramente. La miró un instante, debatiéndose entre quedarse o salir de allí. Optó por esto último. Era la mejor opción. ¿Quién sabía la locura que podría cometer si se quedaba?—. Con vuestro permiso, volveré con mi hermano. Estaba muy preocupado por la ausencia de la señorita Juliana. Le explicaré lo sucedido.

Salió de la buhardilla con el corazón batiendo como un tambor y la entrepierna tensando las calzas.

«*Diable!*»

Pierre movió uno de los peones negros y se concentró en el juego de las piezas blancas. Estaba sentado a la mesa, frente al tablero de ajedrez, jugando solo otra vez. Aburrido e intranquilo. Había intentado leer un rato, pero renunció al darse cuenta de que no dejaba de leer el mismo párrafo sin entender nada.

Desde el funeral de la señora Jacinta, una semana antes, no había vuelto a ver a la señorita Juliana.

Aquel día hubo de conformarse con observarla de lejos. Se había congregado toda la ciudad en la iglesia de Santa María del Coro. Todos apenados por la muerte de la mujer y condolidos por los cinco huérfanos.

Don Pedro ofició la liturgia, alabando el buen carácter de la señora Jacinta, lo buena madre y esposa que había sido. Los feligreses cabeceaban para aprobar aquellas palabras.

Pierre fue a la iglesia en carro. Se había empeñado en asistir a los funerales, pese a que doña Camila no quería que saliera tan pronto de casa. Se ayudó con las muletas que le había preparado su hermano, pero el esfuerzo le dejó exánime.

El verdadero motivo de su presencia allí era ver a la señorita Juliana. Estaba preocupado por ella. Desde que su hermano le explicara lo ocurrido a la señora Jacinta, no dejaba de pensar en ella. Había querido verla para expresarle sus condolencias y su apoyo. Quería decirle que podía contar con él para cualquier cosa, pero sabía que eso nunca se lo diría. Jamás se atrevería a hacerlo.

Durante la hora que duró la misa estuvo haciendo girar el sombrero de su uniforme, a tal punto que doña Camila, sentada a su lado, tuvo que llamarle la atención en varias ocasiones. Fue incapaz de estarse quieto siquiera un momento. Los nervios se lo impedían.

Sólo a ratos prestaba atención a la homilía del párroco; al fin buscó la cabellera rubia oscura de Juliana, unos bancos más adelante. Habría dado cualquier cosa por estar a su lado y consolarla. Por borrar la tristeza, que intuyó, la embargaría. La vio llevarse un pañuelo a los ojos; estaba llorando. Verla así le partía el corazón.

La curandera, en un intento por tranquilizarle, le había apoyado la mano en la manga del uniforme. Él la miró conmovido. Era una buena mujer que se preocupaba por todos, pese a que debía de estar rota por la muerte de su amiga. La noche pasada velando el cadáver le había dejado los párpados morados y los ojos enrojecidos y vidriosos de tanto llorar. Le sonrió y apretó ligeramente la mano para consolarla, antes de que ella la retirase de la manga. La mujer estiró los labios en una imitación de sonrisa, como si comprendiera y agradeciera la intención, pero fuera incapaz de sonreír.

Al salir de la iglesia le había resultado imposible hablar con Juliana. Estaba

extenuado; aun cuando hubiera estado mejor, con tanta gente como esperaba en fila para dar el pésame a la familia, no habría podido aguantar sin desfallecer.

Desde aquel día, la curandera iba a visitar a la familia Urrutia para ayudarles con los niños y le traía noticias casi a diario. Por ella había sabido que la señora Hilaria, la otra hermana, se había comprometido a amamantar a la recién nacida. Esperaban que la niña pudiera salir adelante después del tremendo sacrificio de su madre.

Por su parte, Juliana se estaba ocupando de sus sobrinos, asustados por la falta de su madre. Doña Camila le había contado que Rodrigo, el marido de Jacinta, estaba pescando desde hacía un mes y que no tardaría en regresar. Pierre no podía dejar de ponerse en el lugar de aquel marinero que, al regreso a su hogar, se encontraría con la muerte de su esposa.

—Pobre hombre —murmuró condolido.

En ese instante oyó pasos por las escaleras y, un momento después, llamaron a su puerta.

Gastón Bonnet entró seguido por el capitán Dubois. Pierre trató de incorporarse lo más rápido posible para saludar a su superior con el debido respeto. Osciló sin lograr enderezarse.

«Merde», pensó, humillado.

—Tranquilo, Pierre. Ya no eres militar; no hay razón para que no nos tratemos como antes de que te alistaras —aclaró Claude Dubois.

—Gracias, capi... Gracias, Claude —dijo; luego se sentó pesadamente. Aunque podía caminar cada vez mejor con las muletas, todavía le costaba mantener el equilibrio sobre una sola pierna—. Sentaos, por favor. Imaginaba que me licenciarían... El ejército no necesita lisiados para combatir —añadió con amargura.

—Lo siento, muchacho —declaró Claude, apesadumbrado.

Se le notaba envejecido. El peso de la responsabilidad parecía estar pasándole factura. Era un hombre de cara enjuta; lo que más resaltaba de ella eran sus ojos saltones, de un azul desvaído, y la mandíbula un tanto hundida. Lo conocía desde pequeño, puesto que era vecino y amigo de Armand.

«Ya no lo es», pensó Pierre, entristecido.

—No habrías logrado nada. Estaba resuelto a alistarme —aseguró con sarcasmo.

—Gastón me ha dicho que estás mejor y que empiezas a caminar... —continuó Claude, casi sin parpadear.

—Bueno, poco a poco.

Los dos oficiales se quitaron los sombreros y se sentaron alrededor de la mesa. Gastón, antes de hablar, se colocó los faldones de la casaca para que no se arrugasen con el asiento.

—¿Has vuelto a salir?

—No, aún no. Mi hermano quiere arreglarme una silla de montar para que pueda ir a caballo pese a... —Se señaló el muñón, que seguía vendado bajo las calzas—. No sé si podré hacerlo.

—He podido comprobar que muchos soldados en tu situación regresan a su casa y llevan una vida prácticamente normal —aseguró Claude—. No desesperes, muchacho.

Era más fácil verlo desde fuera. Él no conocía el ramalazo que le atravesaba esa pierna. Las veces que se despertaba por la noche por el dolor en el pie. El pie que le faltaba, pero que le seguía martirizando como si aún estuviera unido al cuerpo. Doña Camila le había contado que a eso se le llamaba «dolor fantasma» y que era normal. Que con el tiempo se le pasaría. Juliana, por su parte, le contó que a su padre, algunos días, le molestaba la pierna que le faltaba. Aunque por lo demás había podido hacer prácticamente de todo; muchas veces iba incluso al frontón de la plaza para jugar partidos de pelota.

—¿Tienes pensado regresar pronto a Auvèrnia? —preguntó Claude.

—No lo sé. Todavía no lo he considerado —declaró Pierre; luego, como pensándolo mejor, añadió—: Esperaré un poco a estar más fuerte. No quiero que mis padres me vean tan...

—¿Ellos lo saben? —indagó Claude.

—No. No se lo he querido decir. Prefiero que se enteren cuando me vean... De lo contrario estarán preocupados por mí y quiero ahorrarles ese pesar.

—Comprendo.

Si el capitán Dubois iba a añadir algo más, quedó interrumpido por la llamada en la puerta seguido de la entrada de doña Camila. Llevaba una bandeja con unos vasos, una botella de sidra y un plato tapado con una servilleta.

—*Bonjour* —saludó—. Traigo un poco de sidra y queso.

Los tres hombres se levantaron con mayor o menor gracia para saludar a la mujer. Pierre se alegró de que ya no mostrara signos de haber llorado. Hasta el día anterior seguía teniendo los ojos hinchados y cuando hablaba con él, después de sus visitas a los Urrutia, siempre terminaba llorando. Se alegraba de ver que se estaba recuperando.

—Buenos días, doña Camila —le correspondió el capitán Bonnet—. No sé si conocéis a mi amigo, el capitán Dubois...

—Recuerdo haberos visto en el convento, pero nunca hemos sido presentados —aseguró ella, avanzando unos pasos para ponerse a la altura de los dos oficiales.

—Es un placer conocerlos por fin, señora. —Claude le besó el dorso de la mano con caballerosidad—. He oído hablar mucho, y muy bien, de vos. Habéis obrado un milagro con Pierre; os estoy agradecido —declaró el oficial.

—Muchas gracias, capitán Dubois, pero no ha sido tanto. Cualquiera habría conseguido lo mismo —añadió ella, humilde.

—Permitidme que discrepe de eso, señora. Me adhiero completamente al comentario del capitán —agregó Bonnet, con su eterna sonrisa—. Estoy seguro de que muy pocas personas tienen la suficiente sabiduría para lograrlo.

La curandera se sonrojó hasta la raíz del pelo y bajó la cabeza, avergonzada.

—Os doy las gracias, pero mucho me temo que estáis exagerando mis conocimientos y os agradecería que, por favor, no siguieseis hablando del tema. — Alzó la vista a los dos capitanes—. Vuestras palabras me resultan extremadamente incómodas —confesó.

—Lo siento si os he importunado, señora; creedme que no era mi intención —dijo el capitán Dubois, arrepentido. Le cedió su silla para que se sentara.

—No, gracias. Sólo venía a traer esta bandeja. Si no os importa, la dejaré para que podáis seguir conversando. Que tengáis un buen día, caballeros. Más tarde volveré para ver cómo estáis —dijo a Pierre. La puerta se abrió antes de que ella la tocara. La joven dio un paso atrás por instinto.

Armand entró en el dormitorio, pero al ver a los oficiales se quedó envarado. Su rostro parecía tallado en piedra. Se miró la mano, que aún sujetaba el pomo de la puerta, como si se debatiera entre terminar de entrar o salir de allí. Apretó varias veces la mandíbula.

—*Bonjour* —saludó con sequedad. Al parecer había decidido quedarse.

Pierre conocía la animadversión que se profesaban Claude y su hermano; sólo esperaba que ese encuentro no terminase en duelo.

—Buen día, *mon ami* —dijo Gastón, el ceño fruncido—. Claude ha venido a ver a Pierre; desde el accidente no había vuelto a verlo. —Calló, esperando alguna respuesta por parte de Armand; al no llegar ninguna, continuó—: Pensaba que estabas en Morlans, supervisando el viaducto...

—Lo estaba. Se acerca temporal y lo hemos dejado por hoy —anunció con acritud.

El silencio que se hizo entre todos acabó por ser opresivo. Pierre les miró a los tres, buscando frenéticamente algo que decir. Su hermano tenía la mirada clavada en su amigo Gastón y el ceño empezaba a oscurecerse cada vez más. Eso no auguraba nada bueno.

—Creo... creo que falta un vaso. Si no les importa, bajaré por otro —murmuró la curandera.

A Pierre le habría gustado poder huir de esa manera. No le gustaba nada el cariz que estaba tomando ese momento. Se sentía culpable porque Claude había ido a verle a él y por eso su hermano se veía en la obligación de admitirle allí.

«¡Cómo me gustaría que arreglasen de una vez sus problemas!», pensó Pierre, desanimado.

Armand no podía creer que Claude estuviera frente a él. No lo había vuelto a ver desde que se marchó a Fuenterrabía; agradecía al cielo esa tregua a sus pensamientos.

No quería ni mirarlo ni hablarle. La última vez que había intentado conversar con él, cuatro años antes, estuvieron a punto de batirse en duelo. La intervención de Gastón evitó que se llevara a cabo.

No comprendía que Claude fuera capaz de pensar que él era un asesino. Se conocían de toda la vida, *mon Dieu!* Era imposible que le considerase tan vil como

para matar a Delphine y al bebé. Era algo inconcebible. Sin embargo, Claude lo creía a pies juntillas. Era un necio.

Gastón había intentado que hablaran en varias ocasiones. Al principio, Armand aceptó aclarar lo ocurrido, pero Claude no estaba dispuesto a escuchar nada; sólo quería venganza: Delphine era su prima y consideraba que debía vengar su muerte.

—Será mejor que me vaya —dijo Claude entre dientes—. Me alegra ver que ya estás mejor, Pierre.

—Gracias —susurró Pierre, cabizbajo.

—Bueno, pues... —empezó Gastón.

—Quédate, Gastón. No hace falta que te vayas por mí —aseguró Claude. Con una inclinación de cabeza, se despidió y se marchó.

Casi al momento, Armand se relajó un poco.

—Deberíais aclarar las cosas. Me duele veros así —murmuró Gastón mirando a su amigo con censura—. Ya es hora de que solucionéis esta desagradable situación.

—Yo no soy el que va difundiendo patrañas por ahí. Empieza a hartarme que me miren con recelo porque me consideren un asesino. No es justo.

—¿Crees acaso que no se lo he dicho ya? —preguntó Gastón, dolido—. No me hace caso. Está completamente seguro de que tú la mataste, por mucho que su muerte fuera declarada accidental. Él piensa que sobornaste a los criados para que declarasen en tu favor.

Armand bufó con desprecio.

—Que piense lo que quiera.

Estaba realmente cansado de todo ese asunto. Quería olvidarlo de una vez por todas, pero la insistencia de Claude en seguir difamándolo por ahí lo hacía imposible.

—Estoy seguro de que si lo hablaras con él... ¡No digas que no! —bramó Gastón, al verle negar con la cabeza—. Han pasado cuatro años. Es tiempo de aclarar las cosas. Dile lo que pasó...

—Lo intenté una vez y amenazó con matarme. Me extraña que no haya sacado una pistola para descerrajarme un tiro, como prometió —recordó con frialdad.

—Estaba trastornado por la muerte de tu esposa...

—*Cré nom de Dieu!* Delphine era mi esposa. Yo era el que estaba trastornado. Murió en mis brazos. —Se pasó la mano por la cara—. Yo no la maté. Aunque algunos crean lo contrario.

Sintiéndose acorralado por los recuerdos, se paseó por la habitación con las manos a la espalda. Todavía veía el cuerpo de Delphine roto por el impacto. Los lamentos de dolor de su esposa y el charco de sangre en el suelo, al pie de la escalera. Estaba perdiendo al bebé que Armand desconocía que esperara.

—Te creo —aseveró Gastón, sacándolo de las cavilaciones—. Siempre hemos sido amigos, los tres. Pienso que si se lo explicaras...

Armand se detuvo y miró a su amigo con seriedad.

—Es cierto, pero si no es capaz de darme el beneficio de la duda, si en primer

lugar me acusa sin preguntar, sin tratar de averiguar la verdad, ¿cómo puedo considerarlo un amigo? —Le clavó la mirada, como retándole a contradecirle.

El capitán Bonnet bajó la cabeza y la sacudió, apesadumbrado.

«Un amigo no se acuesta con la mujer del otro», pensó Armand con rabia.

Fuera el viento soplaba con intensidad y hacía que vibrasen las ventanas.

Una hora más tarde doña Camila regresó a la habitación de Pierre. Él tenía muchas ganas de hablar con ella y el tiempo se le había hecho eterno hasta verla otra vez allí. Gastón y Armand ya se habían marchado.

—¿Habéis visto a la señorita Juliana? —preguntó el joven, ansioso, nada más entrar la curandera—. ¿Está bien?

—Sí, la he visto. Está abatida por la muerte de Jacinta. Sólo hace una semana que ocurrió y aún no lo cree. —La mirada de la mujer se entristeció—. Es muy duro. Y para los pobres niños mucho más.

—Lo imagino. ¿Le reiterasteis mis condolencias? El otro día, en la iglesia, me fue imposible hablar con ella...

—Sí, se lo he dicho y os lo agradece. Me ha comentado que dentro de unos días quizá venga a visitaros. Piensa que, por ahora, no es una visita agradable... —Sonrió con tristeza—. Siento no poder deciros más.

Pierre hundió los hombros, desalentado. Tendría que seguir esperando; se le estaba haciendo muy difícil sobrellevar la ausencia de la señorita Juliana.

Sabía que no estaba siendo razonable. Ella acababa de ver morir a su hermana mayor y sus sobrinos estaban solos. Era normal que no pudiera ir a visitarle. Esas visitas serían lo último en un orden de prioridades, pero no por ello Pierre lo llevaba mejor.

Añoraba su presencia. Su alegría. Su optimismo. Las conversaciones tan animadas que habían mantenido desde que ella comenzó a pasar por allí. La añoraba a ella.

Frustrado, golpeó la mesa, ante el asombro de doña Camila, que lo miró suspicaz.

Se había aprendido cada parte de su rostro de tanto mirarla mientras jugaban al ajedrez; que se mordía el labio superior cuando pensaba en la estrategia a seguir en la partida, o que se retorcía un mechón si veía peligrar sus piezas y que su sonrisa era capaz de iluminar toda la habitación y, por ende, su vida.

Pierre estaba enamorado y le dolía no saber si era correspondido o si, por el contrario, su amada seguía anhelando a Armand. ¡Qué iluso! Por supuesto que era su hermano quien le interesaba.

—Tengo que miraros la herida. Prácticamente está curada, pero no conviene descuidarla —le advirtió la curandera. Comenzó a deshacer el vendaje que cubría el muñón—. Tal vez mañana, si queréis, podáis salir al patio para aprender a caminar sobre el empedrado con las muletas. Ya he visto que os defendéis muy bien sobre

suelo liso.

—Bueno, ya veremos... —murmuró Pierre sin comprometerse.

No tenía ganas de trastabillar como un borracho delante de nadie.

—Os lo decía porque quizá queráis acercaros hasta la casa de los Urrutia para...

—Ya está oscuro para intentarlo ahora —la cortó, ilusionado por esa nueva perspectiva—, pero mañana... mañana será lo primero que haga. Tenéis razón, señora, es conveniente que comience a practicar en suelo desigual.

La perspectiva de visitar a Juliana le infundió grandes dosis de optimismo. Ella le había ayudado cuando más lo necesitaba, él trataría de compensarla.

En el fondo era puro egoísmo: si conseguía alegrarla un poco, él sería feliz.

Estaba tan contento que ni siquiera sintió las manipulaciones en la herida de la pierna.

Camila estaba bañando a Samuel en la cocina mientras Juana preparaba la cena. Fuera el temporal había terminado sin más consecuencias que alguna que otra teja en el patio. Habría que mirar el tejado para reponerlas antes de que volviera a llover; de lo contrario las goteras inundarían la casa.

—La cena estará en unos momentos, señora —anunció Juana.

—Nosotros enseguida acabamos. Vamos, Samuel, hora de secarse.

El niño salió de la bañera y dejó que Camila le secase, confiado. En los últimos días había dado un cambio espectacular. Lejos de esconderse, intimidado por la presencia de los dos hombres en la casa, ahora hablaba con el capitán y subía para estar con Pierre, que le enseñaba a jugar a las damas o al ajedrez. Era como si hubiera dejado atrás el miedo cerval que tenía y comenzara a confiar en los demás.

Camila se sentía feliz por ello y agradecía la paciencia que demostraba el capitán con la infinidad de preguntas que le formulaba Samuel.

El capitán Boudreaux había resultado ser un hombre de una ternura exquisita. Aún recordaba cómo la había consolado una semana antes, cuando ella regresó llorando desde la casa de Jacinta. No habría esperado eso de un hombre de guerra; sin embargo, ya le había visto hacerlo con aquel soldado moribundo el día en que lo conoció, y aún ahora, con los soldados heridos que permanecían en el convento. Si se concentraba, todavía podía rememorar el olor de la piel del capitán a través de la camisa. Cerró los ojos y reprimió el escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Te ocurre algo, Camila? Te has puesto colorada —anunció Samuel; alzó una mano para tocarle la frente y comprobar, como tantas veces la había visto hacer a ella, si tenía fiebre—. La tienes fría; ¿estás enferma?

—No, cariño —respondió con rapidez, abochornada—. Anda, termina de vestirte para que cenes antes de que se enfríe.

—¿Tú esperarás al capitán? —indagó, la voz amortiguada por la toalla con la que se secaba la cara.

—Sí, claro. No creo que tarde en bajar...

—Le he visto antes... Estaba enfadado, pero me ha dicho que no era conmigo. ¿Sabes por qué estaba enfadado? —preguntó el niño, preocupado.

—Creo que no le ha agradado una de las visitas que ha tenido Pierre —dijo Camila, y se preguntó, por enésima vez, de qué se trataba ese desagrado por parte del capitán. Tal vez se lo contase esa noche, durante la cena. Ella no se atrevía a preguntárselo directamente.

Armand, sentado a la mesa frente a la curandera, se dedicaba a mirar las sombras oscilantes del vaso de peltre en el mantel, a la luz de las velas. Ya habían terminado de cenar y la jarra de sidra con la que habían regado la comida estaba vacía desde mucho rato antes.

Ella se entretenía en trocear las pieles de la manzana que había comido de postre. Cada noche, mientras hablaban, se distraía con eso. Era para echárselo a las gallinas. Allá, en Auvernia, su madre también lo estaría haciendo. Parecía que algunas costumbres eran universales.

No pudo dejar de mirar aquellas manos pequeñas y blancas. Las movía con destreza y precisión; sin temblores. Unas manos con las que dibujaba, pintaba, atendía a los enfermos y confortaba (como le había visto hacer con Pierre en varias ocasiones). Se preguntó cuántas cosas más sabría hacer con esas manos.

El tirón en la ingle le avisó de que su imaginación le estaba llevando por derroteros demasiado turbulentos. Era una suerte que la mesa lo cubriera. Llevaba demasiado tiempo sin una mujer. Gastón estaba en lo cierto: no era bueno pasar tanto tiempo célibe. El caso era que, hasta que conoció a esa joven, el celibato no le había resultado tan difícil y doloroso.

«*Sacre Dieu!*», pensó con un gruñido.

—¿Os sucede algo, capitán? —preguntó la curandera; luego lo miró con aquellos ojos, que parecían miel derretida a la luz de las velas—. ¿Necesitáis algo?

«A vos, señora —gimió por dentro—. Sólo a vos».

—No, nada —respondió, en cambio, malhumorado y con la entrepierna en llamas.

—Creo, capitán, que las visitas de esta tarde no han sido de vuestro agrado...

—Eso, por decirlo de una manera suave... —la cortó, sarcástico—. No, señora, no han sido de mi agrado. El capitán Dubois y yo estamos enemistados desde hace tiempo. Ya oísteis lo que vuestro primo vino contando sobre mí. —Esperó a que ella asintiera—. Claude se dedica a instruir a quien sea sobre mi naturaleza perversa.

—¿Les matasteis? —preguntó ella con aplomo.

Armand la miró, asombrado por esa pregunta. Ella se sonrojó, avergonzada, y bajó la cabeza.

—Lo siento, no debí... —se disculpó con la vista clavada en los trocitos de piel

de manzana amontonados en su plato.

Durante un buen rato, Armand se dedicó a mirar los rizos oscuros que se escapaban del pañuelo de la curandera. Se preguntó, como tantas otras veces, por qué llevaba el cabello tan corto. No era cosa de una moda o costumbre del lugar, puesto que otras mujeres lo llevaban largo. ¿Mero capricho?

—No, yo no les maté. Fue un accidente —se oyó decir, sorprendido por esa confesión. No sabía de dónde había salido eso. No había tenido ninguna intención de contarle nada.

La curandera levantó la cabeza con los ojos redondos como platos, tan pasmada como él. Otra vez se quedaron en silencio.

—Ha sido una grosería por mi parte preguntar tal cosa —dijo ella, un rato después—. No debí hacerlo.

—No os sintáis mal por ello, no tiene ninguna importancia —le aseguró con sinceridad. Antes de perder el impulso inicial continuó—: Cuando el duque de Anjou vino a tomar posesión de la Corona española, se hizo patente que iba a necesitar de un ejército que le respaldase contra el archiduque de Austria. A Claude, a Gastón y a mí nos reclutaron y nos trajeron a España para luchar contra los ingleses, austriacos y portugueses —empezó a relatar, confundido por la necesidad de hacerlo. De contárselo todo.

»A mí no me interesaba ser soldado. Yo prefería seguir aprendiendo del carpintero local... *Bon*, eso no importa ahora. —Se pasó una mano por la cara—. Llevábamos cuatro o cinco años combatiendo. No lo recuerdo. Claude recibió carta de sus padres donde le comunicaban que sus tíos de Bretaña habían muerto en un accidente y que la hija de éstos, Delphine, estaba ahora con ellos. Claude sólo había visto a su prima una vez, cuando eran niños; apenas la recordaba. Cerca de un mes después, a él y a mí nos dieron permiso para regresar a casa...

Por un momento, mientras seguía relatándole lo ocurrido años atrás, retrocedió en el tiempo hasta el instante en que vio por primera vez a Delphine. Fue una mañana radiante de primavera; una muchacha cortaba rosas en el jardín de los Dubois. Llevaba un precioso vestido estampado y un sombrero de paja para evitar que los rayos de sol destrozaran la blancura perfecta de su tez. El cabello era tan rubio que, a la luz solar, parecía entremezclado con hilos de plata y oro. Su hermosura cortaba la respiración. Debió de quedarse con la boca abierta, pues ella lo miró y rió, coqueta. En aquel instante se sintió enamorado y pensó que jamás podría vivir sin aquella joven, que su destino era adorarla como a una diosa. ¡Pobre necio!

—La cortejé con ahínco hasta que consintió en ser mi esposa. Antes de que expirara mi permiso, ya estábamos casados.

—¿Cuántos años teníais? —preguntó doña Camila. Había dejado de cortar la piel de manzana y, con las muñecas apoyadas en el borde de la mesa, lo escuchaba absorta.

—Ella tenía diecinueve y yo, veintitrés —respondió sucintamente—. Como yo

aún no tenía casa propia, fuimos a vivir con mis padres y mis hermanos.

—No sabía que teníais más hermanos; creía que... pensaba que Pierre era vuestro único hermano.

—En realidad es así. Tengo dos hermanas; Marie es un par de años mayor que yo y luego está Claire, que es la mediana. Las dos están casadas y sus maridos se hacen cargo de la granja de mis padres —explicó, halagado por el interés que mostraba la joven.

—Debe de ser agradable tener hermanos... —suspiró ella.

—No siempre es así. También hay peleas y roces... pero, en general, tenéis razón: es agradable —murmuró con una sonrisa nostálgica.

Se llevaba bien con sus hermanas; sus cuñados eran hombres de carácter amable y trabajador. Gracias a ellos la granja seguía siendo productiva y prosperaba. Sus padres estaban acompañados y disfrutaban de los cuatro nietos que tenían.

—Una vez casado, ¿no pensasteis en abandonar el ejército?

—Era imposible; estábamos en medio de una guerra —aclaró, sacudiendo la cabeza—. Regresé con mi compañía y pasaba el tiempo esperando el siguiente permiso que me permitiera volver a casa con Delphine. No fueron muchos, en verdad. Tuve que conformarme con las cartas. Le escribía todos los días. A mi alrededor eran pocas las cosas agradables que había, pero le describía los lugares por donde pasábamos, las casas, los puentes, las flores, los animales... Llenaba páginas y páginas con esas descripciones, muchas veces adornadas para que fueran más bonitas de lo que eran en realidad. —Bufó con desprecio hacia sí mismo—. Sus cartas, por el contrario, eran más espaciadas. Alegaba que en la granja siempre había mucho trabajo por hacer y que no tenía tiempo. Yo se lo perdonaba todo y seguía escribiendo.

»No hubo tiempo de conocernos antes de casarnos; después, los pocos días de permiso que conseguía no eran suficientes. Los dos primeros años me hice una imagen de mi esposa que no era la verdadera. La idealicé. —Avergonzado sacudió la cabeza—. Sólo más tarde descubrí su verdadera naturaleza: era una muchacha consentida que estaba acostumbrada a salirse con la suya. Se creía en derecho de hacer lo que le diera la gana, sin preocuparse por nada ni por nadie. Mis padres estaban horrorizados con su comportamiento, pero lo aceptaban porque era mi esposa. Mis hermanas no soportaban su holgazanería.

»Para evitar más enfrentamientos, busqué una casa para instalarnos. Aunque no era lo que yo habría querido, era la única que estaba en venta en ese momento. Con cada permiso el trato era más desagradable. Delphine nunca estaba satisfecha con nada. Me echaba en cara que estaba sola, que la abandonaba. Por más que se lo expliqué, fue imposible hacerle entender que no era dueño de mi vida, que debía obedecer órdenes. Llegó un punto en el cual ignoré los permisos, quedándome en la península, para no vérmelas con ella. Era pura cobardía, lo sé.

Sintió la mano de Camila sobre la suya y se sobresaltó. Intentó obviar el tacto

suave de aquella mano, lo diminuta que se veía junto a la suya; pero aquella simple caricia estaba haciendo estragos en todo su ser. Estaba seguro de que, si se la llevaba a la cara, olería a flores secas. Deseó poder hacerlo. Descubrir si toda ella olía a flores. Al sentir pesadez en la entrepierna apretó la mandíbula, molesto por esa falta de control.

La miró a los ojos y no pudo sostenerle la mirada. Esa mujer le estaba consolando y él... se maldijo por desear... Ella retiró la mano como si adivinara su incomodidad.

—¿Qué ocurrió cuando volvisteis a vuestra casa? —indagó ella pasado un momento.

—Durante aquellos días lo pensé mucho. Reconocía que haberme casado tan precipitadamente fue un error, pero ya nada podía hacer. Así que lo acepté y me propuse hablar con ella para tratar de arreglar nuestro matrimonio. Iba a licenciarme y me dedicaría a trabajar de carpintero. —Sonrió ante el recuerdo—. Le escribí una carta en la que se lo explicaba todo y le comuniqué el día de mi regreso. No me contestó, pero ya estaba tan habituado a eso que no lo tomé en cuenta.

»Una vez que me permitieron regresar, cabalgué casi sin parar y llegué a mi casa de madrugada. Delphine dormía y no quise despertarla. Me fui a otra habitación. Al amanecer oí ruidos en el pasillo y salí a mirar. Mi esposa, con ropa de viaje y cargada con una pequeña maleta, estaba a punto de bajar por las escaleras, lista para huir. Debí de hacer algún ruido porque ella se volvió y me miró asustada. Me acerqué para preguntarle y ella se giró. No sé si se tropezó con la orilla de su capa. Lo cierto es que antes de que pudiera hacer nada para impedirlo, cayó rodando por las escaleras. Su alarido resonó en toda la casa y los criados no tardaron en presentarse.

Doña Camila inspiró, apretándose los labios. Permaneció callada, a la espera. Sus manos, entrelazadas en el regazo, bajo la mesa. Sus ojos ambarinos, clavados en él, esperando. Y él quería contárselo todo. Quería soltarlo y vaciar su alma ante ella. ¿Por qué? No lo sabía. Era una necesidad demasiado fuerte para obviarla.

—Delphine estaba boca arriba, a los pies de la escalera. Los ojos abiertos con sorpresa —murmuró cansado—. Jadeaba de dolor y se agarraba el vientre hinchado. Desconocía que estuviera embarazada.

—Lo siento... ¿Perdisteis a vuestro hijo también?

—No era hijo mío —negó con pesar—. Ella estaba de cuatro o cinco meses y yo hacía más de medio año que no iba por casa...

No se molestó en explicarle que en esa ocasión habían dormido en cuartos separados.

—¡Ah! —acertó a decir; bajó la mirada a sus manos.

Armand recordó la imagen de su esposa. La sangre que manaba entre sus muslos. Los gemidos mientras alumbraba a la criatura allí en el suelo porque no se atrevían a trasladarla por miedo a causarle más daños. Como si tal cosa fuera posible: su cuerpo estaba roto. El bebé a medio formar, más diminuto que una mano, nació con el último suspiro de su madre y murió casi al mismo tiempo, en las baldosas de piedra de la

casa.

—Los enterramos juntos —se limitó a decir.

Aquellos lejanos días se sucedieron en una sensación de irrealidad. De confusión. Extrañamente, en ningún momento se paró a pensar en el amante de su esposa. Comprendía que, cuando la vio al borde de la escalera, ella trataba de abandonarle. ¿Huía sola o la esperaba alguien?

Sus padres pensaron que el bebé era suyo y él no les sacó del error. ¿Para qué manchar la reputación de una muerta? ¿Qué ganaba con ello? El verdadero padre de ese bebé era desconocido y a él no le importaba. Si los criados sabían la verdad, callaron al ver que él asumía la paternidad.

—¿Por qué os acusa de matarlos? ¿No le explicasteis lo ocurrido? ¿Se investigó?

—Mandé llamar a los gendarmes y cuando les conté lo sucedido declararon que había sido muerte accidental. Claude, en cambio, sostiene que yo la maté. Él sabía que nuestro matrimonio no iba bien... Piensa que lo hice para librarme de ella.

—¿Imagino que habréis tratado de hablar con él? —inquirió la curandera.

Armand no pudo evitar que su mirada se clavara en aquellos labios voluptuosos y húmedos. Habría querido ser él mismo quien los mordisqueara. ¿Qué le estaba pasando? Empezaba a comportarse como un muchacho imberbe ante una mujer. Su entrepierna tensaba la tela de los pantalones como si quisiera salir y aliviarse de una vez.

Estaba seguro de que todo había empezado aquella madrugada, cuando la despertó para decirle que Pierre estaba mejor y terminó abrazándola inconscientemente. Desde entonces tenía grabada en la memoria las formas suavemente redondeadas de la joven. Le hormigueaban las yemas de los dedos por acariciarla.

«*Diable!* Llevo demasiado tiempo sin una mujer», pensó antes de levantarse, golpeando la mesa con el puño cerrado.

—¿Capitán? ¿Os ocurre algo? —preguntó doña Camila; se levantó a su vez—. No tenéis buena cara...

—Me marchó... —respondió con sequedad—. Que tengáis buena noche.

Inclinó la cabeza a modo de saludo y salió de la cocina sin mirar. Necesitaba salir de allí lo antes posible. Estaba demasiado excitado para seguir al lado de la mujer y no abrazarla. Se preguntó si ella se había dado cuenta de su estado. Si era consciente del deseo que amenazaba incendiarlo con sólo mirarla.

A primera vista no le había parecido gran cosa con aquel vestido que le quedaba tan grande. Ahora, pese a esos vestidos, la encontraba deseable. Había algo en ella que despertaba su lujuria de una manera vergonzosa. Ese tipo de problemas era nuevo para él; ni siquiera al conocer a Delphine había sufrido un tormento semejante. Nada como el deseo de enterrarse en el cuerpo esbelto de la curandera y perderse en sus ojos dorados como un insecto en una gota de ámbar.

«*Mon Dieu!*»

La deseaba desesperadamente y no podía hacer nada. Ella no estaba preparada para tener una aventura. Pues eso habría sido: una aventura. Él no quería nada más. No volvería a casarse y ella era demasiado buena para ser la amante de nadie. De todos modos no tardarían en marcharse de la ciudad y podría dejar de pensar en esa mujer.

Al momento se sintió molesto; no supo interpretar si por su posible marcha o por dejar de verla.

Sus airados pasos resonaron por las escaleras.

Camila, como cada tarde, estaba en casa de los Urrutia ayudando a la señora Alberta y a la señorita Juliana con los pequeños. Desde el fallecimiento de Jacinta, ocurrido tres semanas atrás, la atmósfera de tristeza seguía llenando la casa de los Urrutia. A través de la ventana de la cocina podía ver a los niños; apáticos, miraban la puerta de la casa de su abuela como si, de un momento a otro, su madre fuera a entrar por ella. No les culpaba por ello. La misma Camila seguía sin creer que nunca más fuera a estar con su amiga de la infancia. Era muy duro.

La señora Alberta y ella estaban en la cocina cambiando los pañales de la pequeña Jacinta. Era un bebé muy dulce y tranquilo, como si supiera lo que sucedía a su alrededor y no quisiera importunar. La señora Hilaria, que en un principio se había brindado a amamantar a la pequeña, se encontró de pronto con que apenas tenía para su propia hija. El disgusto por la muerte de su hermana le había cortado en parte el flujo de leche. Decidieron, entonces, alimentar al bebé con leche de cabra. Y estaba dando buen resultado: la pequeña engordaba saludablemente.

—Esta madrugada ha llegado Rodrigo —susurró la señora Alberta; luego se mordió los labios, mirando a la puerta por si sus nietos oían la conversación—. Primero fue a su casa y, al ver que no había nadie, vino aquí. ¡Ay, Señor! Cuando le dije lo que le había pasado a mi pobre niña... —Rompió a llorar desconsolada.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Camila. Pasó un brazo por los hombros hundidos de la anciana para consolarla. En el otro brazo acunaba al bebé, que ya dormía plácidamente ajena al dolor.

—Se... se fue a su casa. No ha vuelto. No me atrevo a ir allí. —Miró a Camila con ojos suplicantes, llenos de lágrimas—. ¿Os importaría ir? Yo... yo no he vuelto desde... desde que Jacinta... —Arreció el llanto.

—No os preocupéis, señora Alberta. Iré ahora mismo.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, doña Camila; sois muy buena —balbuceó la mujer. Después de secarse las lágrimas con la punta del mandil tomó en brazos a su nieta—. Temo por mi yerno. Esta mañana estaba muy trastornado...

Camila se despidió de los niños y se encaminó a la casa de su amiga, unos edificios más allá. Al llegar tomó aire para darse valor antes de dar un golpe con la aldaba. Como no hubo respuesta volvió a golpear. Por último probó con la puerta, que se abrió sin resistencia.

—¡Rodrigo! —llamó—. ¡Rodrigo!

Se acercó con cautela al oír ruidos en el dormitorio. No era muy decoroso entrar en el dormitorio de un hombre, por muy amigo que fuera, pero eso era fuerza mayor. Él necesitaba ayuda y ella no podía negársela.

Como la puerta estaba abierta se asomó. El panorama era desolador. La luz que

entraba por la ventana iluminaba a Rodrigo de Aguirre sentado en el suelo, contra una de las paredes; la ropa de Jacinta, esparcida a su alrededor. Bebía directamente de una damajuana, abrazado a uno de los vestidos. Su pelo castaño y rizado estaba despeinado, como si se lo hubiera mesado repetidas veces. Tenía la piel curtida por el aire del mar, pero eso no le restaba atractivo. Los ojos pardos, anegados de lágrimas que le bajaban por las mejillas y que él no se molestaba en limpiar. El aire olía a cerrado y a aguardiente.

—Rodrigo...

—¿Jacinta? —susurró el hombre y, esperanzado, levantó la mirada—. ¿Eres... eres tú?

—Lo siento mucho, Rodrigo, sólo soy... Camila —aclaró con el corazón encogido de pena.

Rodrigo enfocó los ojos y volvió a beber; parte del líquido resbaló por la comisura de la boca y empapó su camisa y el vestido. Era evidente que estaba muy borracho.

—¿Por qué? Dime, ¿por qué ha tenido que suceder esto? —Echó la cabeza hacia atrás y la golpeó contra la pared, machaconamente—. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

—La niña estaba atravesada y no se pudo hacer nada para colocarla en su sitio... Don Bernardo pensó... —Se acercó al hombre—. ¡Ay, Rodrigo! Yo me opuse, pero no sirvió de nada. La propia Jacinta quería que la niña viviera a toda costa, y no pude convencerla de lo contrario. Fue lo que ella quiso. —Se abrazó a sí misma—. Había perdido mucha sangre...

Durante un rato él no dijo nada; se limitaba a seguir bebiendo. La curandera se dedicó a recoger las prendas del suelo y a colocarlas en el arcón que estaba a los pies de la cama. Necesitaba hacer algo para serenarse; de lo contrario comenzaría a llorar por su amiga y por aquel hombre destrozado que se abrazaba al vestido de su mujer porque ya no podría abrazarla nunca más.

Cada prenda que guardaba le recordaba algún momento en el que se la había visto puesta. Aquella blusa era la que estrenó en el bautizo del pequeño Martín; le sentaba muy bien y se la veía muy guapa. Acarició los bordados de la prenda antes de guardarla en el baúl con mucho cuidado.

—¿Sabes cuánto he tenido que trabajar para ganar esto? —La voz de Rodrigo la sobresaltó; lo miró. Él le enseñó una bolsa donde tintineaba una gran cantidad de monedas. Agitó la mano repetidas veces, sopesando el contenido—. Yo... yo sólo quería que mi familia viviera con más holgura. Quería poder comprarles lo que necesitaran —sollozó—. Jacinta no estaba de acuerdo conmigo. Ella no quería que embarcase... ¡Santo Dios! ¿Por qué no le hice caso? Ahora, ¿qué tengo? Dime, Camila, ¿qué tengo, qué me queda? Sólo esta condenada bolsa. ¡Estas malditas monedas! —gruñó rabioso.

Antes de que ella pudiera adivinar qué se proponía, lanzó la bolsa contra la pared

de enfrente con todas sus fuerzas. El impacto desconchó la pared, la bolsa reventó y todas las monedas cayeron esparciéndose en todas direcciones con gran estrépito.

Camila dejó las prendas antes de arrodillarse al lado de su amigo. Él lloraba, sacudiéndose con espasmos. Luchó contra el impulso de acariciarle el pelo, de ofrecerle el hombro para que llorara, de consolar ese dolor que parecía desgarrarlo por dentro. No era decoroso.

«¡Dichoso decoro!», pensó, malhumorada; sin más abrazó a Rodrigo, que se dejó acunar como un niño. El capitán Boudreaux, semanas atrás, la había abrazado, la había consolado cuando más lo necesitaba. Ahora era Rodrigo quien necesitaba ese consuelo. No era indecoroso: era comprensivo.

—¿Cómo has conseguido salir adelante sin Cosme? —preguntó el hombre un rato después. Tenía la cabeza sobre el regazo de ella.

—El tiempo todo lo cura... —Le acarició el pelo.

—Sé que él fue un buen hombre. Os queríais mucho... ¿Te acuerdas de él? ¿Aún le echas de menos?

Camila lo pensó antes de contestar.

—No puedes evitar recordar, es parte de tu vida... —dijo al fin—. Tú tienes a los niños. Te necesitan. Están preocupados... Ve a verlos. Abrázalos para que vean que estás con ellos. No les abandones. Ya han perdido a su madre; ¿deben pensar que han perdido también a su padre? Rodrigo, ellos te necesitan.

—¿Qué voy a hacer sin ella? —susurró agotado. Se incorporó un poco para beber otro trago. Después volvió a acomodar su cabeza en el regazo de ella.

—Seguir adelante y cuidar de tus hijos.

Camila, con la cabeza apoyada en la pared, cerró los ojos un momento. Estaba rendida de cansancio y agotada por el dolor.

Armand golpeó la aldaba por tercera vez, pero nadie salió a abrir. Venía de hablar con la señora Alberta. Camila se había marchado de allí varias horas antes. Ella pensaba que ya estaría en su casa. Pero no era así. La curandera no había regresado. Para no preocupar a la anciana, Armand sugirió que tal vez se hubieran cruzado en el camino sin verse.

Demasiado intranquilo para volver a llamar, abrió la puerta y entró en la casa. Estaba silenciosa y oscura. Nadie se había molestado en encender alguna vela para iluminarla. La luz de la luna en cuarto menguante, que entraba por las ventanas, permitía ver lo suficiente para no tropezar con los muebles. No había nadie en la cocina ni en las dos primeras habitaciones. Siguió caminando hasta el siguiente dormitorio.

Había dos personas dormidas. La curandera estaba sentada en el suelo, apoyada en la pared. Con el regazo de ella como almohada dormía un hombre desconocido. Armand supuso que sería Rodrigo Aguirre, el marido de Jacinta. Sospechar eso no

evitó el malestar que le zarandeó el cuerpo y le dejó un regusto amargo en la boca.

En dos zancadas se acercó a la pareja y sacudió a la curandera con más energía de la necesaria.

—¿Qué...? —preguntó ella, somnolienta.

Estaba tan hermosa que casi olvidó que se encontraba con un hombre en una actitud demasiado íntima para su gusto. Casi.

—Levantaos. ¿No os preocupa ahora vuestra reputación? —inquirió con sorna. Se sentía furioso con ella.

—Mi... mi reputación —repitió ella, confundida. Él se limitó a bajar la mirada al regazo de ella y alzó una ceja—. ¡Rodrigo! —exclamó al comprender en qué situación estaba—. Yo... yo. Nos hemos quedado dormidos —terminó.

A pesar de la poca luz, Armand pudo ver el sonrojo que le cubría la cara. Apretó los dientes para controlar la irritación.

—Eso es evidente, señora —murmuró sarcástico. Con la punta de la bota sacudió al hombre, que gruñó sin despertar.

—Está muy borracho...

Armand murmuró un exabrupto mientras se agachaba y cargó en brazos a Rodrigo para llevarle a la cama. El hombre olía como una destilería de aguardiente y murmuraba el nombre de su esposa como una letanía. Se aferraba a un vestido como si fuera un salvavidas. Por mucho que se esforzó, no pudo menos que compadecer a aquel pobre hombre. Acababa de saber que su mujer había muerto.

La curandera se levantó del suelo y corrió a abrir la cama. Una vez que Rodrigo estuvo en ella, procedió a quitarle las botas. Armand la ayudó en la tarea, tratando de no pensar en cómo les había visto al entrar. No quería ver nada pecaminoso en ello, pero no dejaba de darle vueltas al asunto. El modo en que ella tenía su mano posada sobre aquella cabeza. Una cabeza que descansaba sobre sus muslos. Los dos dormidos. Nadie duerme al lado de otra persona a menos que sea de confianza. ¿Cuánta confianza se tenían?

«*Sacre Dieu!* —masculló para sí—. ¿Qué te importa eso? ¿Acaso estás celoso?»

Gruñó tratando de que sus pensamientos no siguieran por ese camino. No estaba celoso. Sentir celos implicaba que... ¡No! No estaba celoso, de ninguna manera. Simplemente le molestaba que ella, la dama virtuosa que había puesto tantas pegas a la hora de darle alojamiento, apareciera ahora en la casa de un hombre y en sus brazos. ¿Era su virtud lo que protegía o, por el contrario, era animadversión contra el invasor?

No lo creía. En los últimos días ella no le había dado motivo para sospechar eso. Habían tenido amenas y entretenidas charlas sobre muchos temas: sobre cómo conoció a don Arturo y cómo terminó salvándole la vida al toparse el galeno con una avanzadilla de ingleses. Ella le contaba sus experiencias como curandera.

—Será mejor que nos vayamos... capitán —musitó la mujer una vez que hubo arropado al durmiente.

Sin decir nada salieron de allí y se dirigieron a la casa de Camila. Armand se arrepentía de haber ido a buscarla. Si no lo hubiera hecho no habría visto... No, era necesario acompañarla a su casa. En los últimos días se habían recibido varias quejas de ciudadanos abordados al anochecer por soldados borrachos.

Aún no se sabía quiénes eran, pero era previsible que el castigo iba a ser ejemplar.

Por ese motivo no quería que la joven regresase sola a su casa. Los soldados llevaban mes y medio ociosos y empezaban a desmadrarse. Era imperioso hacer algo con ellos para mantenerlos activos. No quería más quejas sobre ellos.

—No hacía falta que vinierais a buscarme —dijo ella un rato después—. Sé regresar a mi casa sin ayuda.

—Por supuesto, señora. Pero permitidme que lo cuestione. Después de todo, vos me habíais hecho creer que también sabíais guardar vuestra virtud y...

—Mirad, capitán —masculló ella entre dientes. Pese a la poca iluminación, Armand podía ver el fulgor en los ojos melados de la curandera—. Rodrigo es un amigo de la infancia que acaba de perder a su esposa. Sólo trataba de consolarlo.

—He podido comprobarlo, señora —sentenció Armand aparentando frialdad.

—Tenéis una mente un tanto sucia. Mi consuelo era del todo inocente. Además, capitán, no tengo por qué daros explicaciones sobre lo que hago o no. Si me disculpáis, regresaré sola —terminó, acelerando el paso para alejarse de él.

—Tenéis razón, señora: me importa un bledo lo que hagáis con vuestra vida —dijo al ponerse otra vez a su altura—. Lo he dicho porque si no os llevo a despertar y os encuentran juntos... —Frunció el ceño al cruzársele una idea por la cabeza—. *Sacre Dieu!* Tal vez era eso lo que pretendíais. Ahora que el marido de vuestra amiga es viudo, si os pillaban juntos...

No vio venir la bofetada que le cruzó la cara y resonó en la silenciosa calle.

—Sois un grosero, capitán. No tengo el menor interés en volver a casarme, si es eso lo que estabais insinuando. No estoy a la caza de ningún marido. Ya tuve uno y no necesito ninguno más. Y ahora, si me permitís, prefiero seguir sola el resto del trayecto hasta mi casa.

Con pasos airados y casi corriendo, la curandera se alejó de él como si la persiguieran los diablos. El pañuelo de la cabeza se le había soltado y sus cabellos oscuros flotaban tras ella como un estandarte.

¡Maldición! ¿Qué habría querido decir con eso de que no necesitaba ningún marido más? ¿Se había equivocado al acusarla de haber intentado forzar un matrimonio?

Se llevó la mano a la mejilla, que le quemaba como demonios.

Camila estaba tan furiosa que apenas veía por dónde andaba. Con gusto le habría dado un puñetazo para romperle su distinguida nariz y borrarle esa expresión de burla de su mirada. Esperaba que la bofetada le estuviera escociendo. ¿Qué se creía ese condenado gabacho que era ella? ¿Con qué derecho se atrevía a hablarle de ese modo o a cuestionar sus intenciones?

—¡Patán! —siseó rabiosa—. Cómo se atreve...

Le dolía la mandíbula de tanto apretarla. Ella le consideraba un ser inteligente. Desde que compartían las cenas su primera opinión sobre él había variado ostensiblemente. Él le había demostrado que era amable, que se preocupaba de su hermano y de sus hombres. Era paciente con Samuel y lo más importante: el niño no le tenía miedo.

Le gustaban las conversaciones que mantenían durante la cena, hasta el punto en que se descubría pensando en ellas durante el día y deseando que llegara la noche. ¿Cómo podía cambiar tanto de un momento para otro?

—¡Es un grosero! —masculló—. Un cavernícola sin civilizar.

Le dolía el concepto que tenía de ella. ¿Era posible que la creyera capaz de tender una trampa al marido de su difunta amiga para casarse con él? ¿Por qué clase de persona la tomaba?

Gruñó enfadada consigo misma por haber huido. No debería haberlo hecho. Debería haberle plantado cara.

Que se fuera al infierno. No iba a tolerar que la insultase de ese modo. Mañana le diría que se buscara otro alojamiento; no lo quería en su casa. Pierre podía quedarse, él no tenía la culpa de tener por hermano a Atila el Huno.

—Marchaos al infierno, capitán —gruñó entre dientes. Dio una patada a una piedra y siguió su camino casi corriendo.

Al llegar a la casa de la curandera lo esperaba el despacho de Berwick. Se le ordenaba que reuniese a los soldados heridos que estuvieran en condiciones de regresar y los acompañase a sus hogares.

Armand apretó los dientes por ese pedido. Él no era un acompañante. No le apetecía nada tener que cumplir ese encargo; de ser posible se habría negado. Pero evidentemente, un requerimiento de Berwick era incuestionable.

Con fastidio se dirigió a su dormitorio para preparar las cosas que llevaría. En lo alto de la escalera se topó con doña Camila, que lo esperaba con la determinación pintada en su persona.

—Lo siento, señora, pero no tengo tiempo para oír vuestras quejas; he de prepararme inmediatamente —dijo al pasar junto a la joven.

—Por supuesto que tenéis que prepararos. No voy a tolerar que sigáis bajo mi techo ni un instante más —anunció ella con sequedad—. Preparad vuestras cosas y marchaos de aquí. Por supuesto, vuestro hermano podrá quedarse el tiempo que sea necesario para su total recuperación. A vos os quiero fuera de mi casa. Jamás debí ceder y permitir que entrarais en ella. Por un tiempo habéis conseguido engañarme; ahora sé que sois el energúmeno arrogante que me obligó a admitirle en mi casa. Siempre os estaré agradecida por salvar la vida a mi padre, pero creo que ya he pagado esa deuda —soltó de corrido, como si el enfado le hubiera dado cuerda.

El capitán se paró antes de entrar en su cuarto para dirigirle una mirada enfurecida. Esa mujer era un tormento. Por un momento se alegró del despacho de Berwick; tenía una excusa para perder de vista a esa exasperante mujer.

—No os preocupéis, señora. —Se acercó hasta casi tocarla y clavó los ojos en los de ella—. De todas maneras, tengo que irme. He de llevar a los heridos que puedan viajar a sus respectivos hogares —aclaró Armand. Tuvo el placer de ver el desconcierto de la curandera—. Si no es demasiada molestia para vos, preferiría que Pierre se quedase aquí. Ahora, si me disculpáis, recogeré mis cosas y me trasladaré al convento para comenzar los preparativos del viaje. —Su mirada bajó a los labios entreabiertos por la sorpresa, atraído por ellos. Deseaba besarlos para comprobar si eran tan suaves como parecían. Ladeó un poco la cabeza y se acercó más a la joven. Ya casi podía sentirlos... Entonces retrocedió con presteza, antes de hacer una idiotez—. Que tengáis un buen día.

Se inclinó en una reverencia y entró en su dormitorio antes de que ella pusiese alguna pega a sus planes.

Con esa mujer nunca sabías a qué atenerte. Unas veces era amable y se podía hablar con ella; otras, en cambio, era como una fiera enjaulada.

Sí, definitivamente era buena idea perder de vista a esa curandera del demonio que lo tenía demasiado confuso. ¡Si no hubiera recobrado la razón habría terminado besándola!

«Energúmeno arrogante», recordó. *Cré nom de Dieu!* Esa mujer era como una piedra en la bota.

Pierre, tumbado en la cama, intentaba leer cuando oyó las voces de su hermano y de doña Camila en el rellano de la escalera. Se paró a escuchar, aunque no era necesario hacer ningún esfuerzo: hablaban tan alto que se les oía perfectamente.

No entendía qué les pasaba a esos dos. A veces se comportaban como gallos de pelea y otras veces se les veía amistosos. De no ser porque conocía a Armand, habría pensado que se interesaba por la curandera. Por otro lado, doña Camila seguía enamorada de su marido; al menos eso era lo que juraba la señorita Juliana, y él no había visto nada que le hiciera dudar de tal aseveración.

Ese día, por primera vez desde el fallecimiento de la señora Jacinta, Juliana había ido a visitarlo. Fue un placer volver a verla después de tanto tiempo. Era evidente que había sufrido mucho y que aún sufría. Estaba más delgada y su rostro no tenía la misma lozanía que antes de la desgracia. A pesar de todo, Pierre se sintió feliz de poder conversar un rato con ella. Para él seguía siendo la mujer más hermosa que había conocido.

Le había hablado de su nueva sobrina, que estaba creciendo muy bien y era una niña muy tranquila. De la apatía de los otros sobrinos. De que esa mañana había regresado su cuñado Rodrigo de la mar, aunque no había llegado a verlo. Por lo visto

se había ido a su casa, loco de angustia.

Por desalmado que pudiera parecer, Pierre se sentía agradecido por la oportunidad de poder consolarla. De poder hacer algo por ella; de serle útil.

—Al menos hay algo que un lisiado como yo aún puede hacer —murmuró con sarcasmo. Abrió el libro para continuar leyendo un rato.

Un instante después entró Armand, tras llamar a la puerta. Dejó en el suelo, al lado de la puerta, el petate de soldado que llevaba al hombro.

—¿Cómo te sientes?

—Con una pierna menos —gruñó Pierre sin poderlo evitar. Cerró el libro y lo dejó a un lado, en la cama.

—Al menos no has estado solo toda la tarde. Antes de ir a buscar a esa mujer vi que te acompañaba la señorita Juliana —explicó su hermano con una ceja alzada—. Os vi conversando muy entretenidos. ¿Te gusta esa joven?

—¿A quién no le gustaría? —preguntó, sarcástico—. En cualquier caso, yo no le gusto a ella. Está enamorada de ti.

Armand parpadeó varias veces, confuso.

—Es una mujer agradable y bien parecida. Aunque dudo de que sea yo el objeto de su amor, Pierre. Si te fijas, es a ti a quien viene a visitar.

—Por supuesto, pero con la secreta intención de verte a ti. —Su hermano movió la cabeza, negando ese punto—. Déjalo. Te he oído discutir con doña Camila, ¿qué ocurre?

El suspiro de Armand sonó como un bufido. Lo vio pasarse la mano por la cara, como cada vez que estaba confuso o enfadado.

—He recibido un despacho de Berwick. He de acompañar a los heridos que estén en condiciones de hacer el viaje —respondió al fin, con los brazos en jarras.

—¿Y qué tiene eso que ver con que discutieras con ella? —preguntó, intrigado.

—Ella está enfadada conmigo y me ha echado de la casa. Quiere que me vaya esta noche.

—*Mon Dieu!* ¿Qué le has hecho para que reaccione así?

—La encontré dormida en el suelo con el marido de la señora Jacinta... —Armand se sonrojó. A Pierre le quedó la duda de si era por vergüenza o por rabia—. Insiné que tal vez ella quería que les pillasen así para poder casarse con el viudo.

—*Dieu doux dans le ciel!* ¿Cómo has podido decir semejante cosa? Juliana dice que doña Camila sigue llorando la muerte de su marido —aseguró Pierre, consternado—. No creo que ésa fuera la intención de doña Camila. No me sorprende que te haya echado de su casa: has sido muy grosero con ella. No entiendo por qué te comportas así.

Armand volvió a pasarse la mano por la cara.

—Ciertamente, yo tampoco —replicó—. ¿La señorita Juliana está segura de que doña Camila sigue enamorada de su marido?

—Sí. Me contó que eran un matrimonio envidiable y que, cuando murió su

marido, ella dijo que no volvería a casarse. —Miró a su hermano y lo vio fruncir el ceño, pensativo.

—Bueno, sea como sea, me voy esta noche —comentó Armand—. Le he dicho que te permita quedarte. Ella ya contaba con eso. A menos que quieras unirme a la comitiva.

—Prefiero quedarme. No me siento con fuerzas para enfrentarme a nuestros padres. Que sigan pensando que estoy... entero.

Samuel entró en la habitación como una tromba.

—Buenas noches, capitán, señor Pierre —saludó el niño—. Dice Camila que os vais. ¿Por qué, capitán? ¿Por qué no os quedáis aquí? —Se acercó al capitán y le agarró de la mano.

—Debo acompañar a los soldados heridos a su casa...

—Pero volveréis pronto, ¿verdad? —le cortó Samuel, muy alterado—. ¿No os iréis para siempre? Me prometisteis dejarme montar a *Ange Noir* y si os vais...

—Tranquilízate, muchacho. No creo que me lleve mucho tiempo y te prometo que cuando regrese te avisaré... —Armand, cariñosamente, le revolvió el pelo.

Pierre comprendió que su hermano le había tomado cariño al chiquillo. No era de extrañar, pues Samuel había resultado, cuando les perdió el miedo, un muchachito encantador.

—No hará falta. Esperaré impaciente a que volváis —aseguró el niño, y salió de la habitación con el mismo ímpetu con el que había entrado.

—Dudo mucho de que la maldita curandera sienta la misma impaciencia por que regrese —masculló Armand por lo bajo.

—Deberías disculparte con ella antes de partir. Reconoce que has sido un tanto grosero y arréglalo —le recomendó Pierre, abriendo el libro—. No entiendo por qué te portas de esa manera con ella; cualquiera diría que estás enamorado.

—Deja de decir tonterías, muchacho. No tengo tiempo ni ganas para eso. —La voz de su hermano fue seca y cortante.

—No creo que, llegado el momento, tenga mucha importancia tener ganas o no. Yo no esperaba... —Guardó silencio, sopesando lo que había estado a punto de decir.

—¿Admites, entonces, que estás enamorado de la señorita Juliana? —Armand alzó una ceja.

—Maldita sea, sí, lo estoy —admitió contrariado—. Lástima que no sea recíproco.

—Bueno, hermanito, a ver si cuando regrese ya la has conquistado... —Armand le palmeó la espalda con cariño—. No creo que lo tengas tan difícil como quieres hacerme creer.

—Lo dudo... ¿Para qué querría estar con un lisiado? —preguntó Pierre, abatido—. Sólo es un sueño inalcanzable. Olvídalo, Armand. Lo que importa ahora es que te has comportado de manera deplorable con doña Camila y ella merece que le pidas perdón. No puedes creer seriamente que sea una mujer tan taimada. No es así. No te

vayas sin disculparte.

—Lo pensaré.

—No seas necio, Armand, que no lo eres. Sabes perfectamente que doña Camila es una mujer honorable, incapaz de tender una trampa a nadie —defendió vehemente. Su hermano merecía que le dieran un cachete por insinuar semejante barbaridad.

—¿Desde cuándo los hermanitos riñen a sus hermanos mayores? —preguntó Armand con una sonrisa contrita—. Tienes razón, he sido un grosero... No sé lo que me pasó. Perdí los estribos al verla con ese hombre y, cuando me quise dar cuenta, le estaba gritando...

Armand se pasó la mano por la cara y se mesó el cabello. Se lo veía avergonzado.

—*Bon voyage*. Que tengas un buen viaje.

—Gracias, Pierre. Levanta ese ánimo.

Los dos hermanos se abrazaron. Luego Armand salió del cuarto con su macuto de lona.

Camila estaba en la cocina viendo a Juana preparar unas alforjas con comida para el capitán. La buena mujer no quería que el hombre se fuera sin alimento para el camino.

«Por mí se podría ir sin nada», pensó, aún molesta por cómo la había tratado unas horas antes.

La fiel Juana no sabía nada de eso y se estaba tomando muchas molestias para con ese capitán arrogante y engreído. No veía la hora de que él saliera de esa casa de una vez.

«Nunca tendría que haber entrado, si a eso vamos».

Miró a Juana, que metía los últimos paquetes en las alforjas y barría la cocina con la mirada por si olvidaba algo. Esa mujer lo trataba como si fuera su madre, algo que, desde luego, él no merecía.

—Supongo que podrá arreglárselas sin que llenes más las alforjas, Juana. Hasta ahora lo ha hecho sin tu ayuda —murmuró Camila, malhumorada.

—Lo sé, señora —dijo Juana ignorando su malhumor. Luego suspiró: no encontraba nada más que añadir a las bolsas, que ya estaban a reventar—. Samuel está despidiéndose de ese enorme semental que tiene el capitán. No sé cómo no le da miedo acercarse a él. Guido dice que es un caballo con mucho temperamento...

—Ese pilluelo tiene mano con los caballos y no parece tener ningún reparo con ellos.

—Ahora tampoco parece que les tenga tanto miedo a los hombres. Al menos, no al capitán ni a su hermano —aclaró Juana—. Ya no se esconde de ellos. ¿Habéis visto la cara que ha puesto al anunciarle que el capitán se marchaba? Pobre muchachito, se ha quedado tan triste que creí que iba a llorar de un momento a otro.

—Le ha durado poco esa desolación; cuando ha bajado ya estaba más contento.

—Será cosa del capitán. Él es muy paciente con el niño —aventuró Juana con su habitual optimismo hacia aquel hombre—. No hay muchos que tengan la paciencia

suficiente para tratar a un chiquillo como Samuel.

«No, está claro que no —pensó Camila—. Otro hombre no lo habría tratado así. Es más: hasta ahora ningún hombre lo había tratado con amabilidad y aprecio».

Podía aceptar que el capitán fuera un hombre amable y considerado. Su comportamiento había sido irreprochable con todos, desde Juana a Samuel, pasando por Guido. A todos les había tratado muy bien. Sólo se comportaba como un energúmeno con ella y... ahora estaba a la puerta de la cocina.

—*Bon*, señoras... —comenzó el capitán, después de carraspear. Se lo veía un poco azorado.

—¡Ay! Capitán, os he preparado un poco de comida para que llevéis durante el viaje. Sé que no es gran cosa, pero...

—Mi querida señora. Sé que todo estará muy bueno y os lo agradezco mucho —dijo el hombre; una sonrisa curvaba sus labios—. No deberíais haberos molestado.

Camila le vio hacer con una mueca. ¿Cómo podía ser tan cortés algunas veces y tan odioso otras? Era de lo más irritante.

—Doña Camila... —La estaba mirando; sus ojos, tan azules, clavados en ella. Esperó a que ella lo mirara para continuar—: He sido grosero con vos y os ruego que aceptéis mis más sinceras disculpas. No merecíais mis palabras. Creedme, me siento totalmente avergonzado.

Ella lo miró con la boca abierta como un pez; la cerró en cuanto se sobrepuso de la sorpresa.

—No esperaba una disculpa de vos, capitán —dijo, sincera, cuando se recuperó lo suficiente para hablar.

—Os comprendo, señora. —Él bajó la vista al suelo pero luego volvió a clavársela en los ojos—. No he sido un caballero con vos y lo siento infinitamente. Os debo la vida de mi hermano. Dudo mucho de que sin vuestra ayuda él estuviera así. Por eso os reitero mis más sinceras disculpas y os suplico que perdonéis lo que yo mismo no puedo perdonarme.

Antes de que Camila pudiera hilvanar una frase, el capitán se despidió con una inclinación de cabeza y se fue a la cuadra.

—¡Ah! Señora, ¿no es el hombre más amable que hayáis conocido? —preguntó Juana, soñadora—. ¡Ay! Se ha olvidado de la comida —barbotó al ver las alforjas en la mesa—. Se la llevaré ahora mismo.

La anciana salió corriendo en pos del capitán para entregarle las viandas que con tanto esmero le preparara momentos antes. Camila, completamente confundida por el proceder de ese galo, se quedó en la cocina. Sentía el estómago encogido y el latir desbocado de su corazón. Era algo extraño que nunca le había sucedido antes. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué, de pronto, sentía pena por su marcha? Era un ser odioso, ¿no?

«No hay quien lo entienda», pensó.

La mañana estaba siendo demasiado fría para octubre, aunque ya se acercaran al final del mes. La culpa la tenía ese viento del norte que, inmisericorde, no dejaba de soplar desde el día anterior.

Camila cabalgaba a la derecha de don Bernardo, guarecida para paliar la mayor parte de la fuerza del aire. La velocidad a la que cabalgaban incrementaba el frío. Se dirigían hacia el este, al caserío de los Mendiola. Habían avisado al galeno, pues el hijo más pequeño se había caído del caballo y se había roto una pierna.

—Espero que sea una rotura limpia y se pueda entablillar. No quiero pensar en que la tenga destrozada y haya que amputarle la pierna a un niño de seis años —se lamentó don Bernardo, sofrenando al caballo para dejar pasar la carreta de un quincallero.

Camila, en silencio, se situó detrás de él para dejar sitio al carro. Y oró para que no fuera necesario algo tan drástico. Conocía a Martzelin Mendiola desde su nacimiento y sabía que ese chiquillo era capaz de intentar cualquier proeza sin pararse a pensar en las consecuencias. Pero no merecía terminar por eso sin una pierna.

El quincallero les agradeció el gesto y azuzó al pobre podenco para llegar lo antes posible a la ciudad. Don Bernardo también espoleó su montura para cabalgar tan rápido como antes. Ya habría pasado una hora desde que les avisaran del accidente; la pierna estaría hinchándose por momentos. Eso iba a dificultar el diagnóstico y la opción a seguir.

El mar lamía los arenales y se estrellaba con estrépito contra las rocas lanzando chorros de espuma a bastante altura. Olía a sal. Las gaviotas chillaban sobre sus cabezas, volando hacia el sur para guarecerse en tierra. Seguramente el viento traía mal tiempo. Camila trató de abrigarse más dentro de su capa y de sujetarla mejor para que el aire no penetrara en ella.

Se cruzaron con una casera rezagada que caminaba cargada con verduras y hortalizas para vender. La vieron tropezar varias veces por culpa de sus faldas, que se arremolinaban en los tobillos. Si no iba con cuidado terminaría en el suelo.

Un par de soldados franceses les saludaron al pasar y ellos les devolvieron el saludo sin aminorar la marcha. Se agarró a las riendas, esperaba no caer. No quería mirar al suelo para no marearse.

Un rato después, a los pies del monte Ulía, el aire dejó de ser tan desagradable, permitiéndoles cabalgar más cómodos. Era un alivio poder desplazarse sin tener que agarrar, con las manos heladas, la capa y las bridas al mismo tiempo.

Poco más adelante, al dejar la carretera principal, empezaron a ascender por el camino al caserío Mendiola.

Para Camila ésa era una estación muy bonita. Las hojas de los árboles, verdes todo el verano, alfombraban ahora el camino con mil matices de ocre, rojo y oro. Y las que quedaban en los árboles se mecían con el aire, creando una sinfonía natural. El olor a tierra húmeda invadía los sentidos en aquel camino, flanqueado de piedras cubiertas de musgo.

—He oído que el señor Rodrigo os ha visitado en varias ocasiones... —aventuró don Bernardo—. Se comenta que anda cortejándoos.

—Sí, es cierto que ha venido varias veces, pero no por el motivo que las almas chismosas creen. Jacinta y yo fuimos amigas toda la vida; hablamos de ella —declaró Camila, molesta por las habladurías—. No hay ningún otro motivo oculto.

—Él es un buen partido.

—Don Bernardo, no tengo interés en volverme a casar. —Se volvió a medias para mirarlo—. Preferiría que cambiáramos de tema, si no os importa —solicitó entre dientes.

Era cierto que no quería volver a casarse. Ya había sido suficiente con una vez. Más que suficiente. Ella era feliz así. Tenía todo lo que necesitaba y quería, ¿para qué más? No anhelaba nada de lo que un hombre pudiera ofrecerle.

El recuerdo del abrazo consolador del capitán Boudreaux pasó por su mente, como retándola a negar lo agradable que fuera. Sí, era cierto: lo había sido. No obstante, se negaba a pensar en él y en lo mucho que añoraba su presencia en la casa. Nunca pensó que pudiera echarlo en falta, pero así era.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y volvió a fijarse en el camino.

Continuaron la ascensión hasta que tuvieron el caserío ante ellos. Su estructura de piedra destacaba en el claro. El humo de la chimenea se deshacía en jirones por el fuerte viento y les hacía llegar el aroma de la madera quemada. Un par de perros pastores corrían de aquí para allá ladrando, intranquilos. *Quercus* se puso nervioso y ella temió terminar en el suelo. Alertados por los canes salieron dos jovencitos de diez y doce años, los hermanos mayores de Martzelin, que corrieron a hacerse cargo de los caballos mientras chistaban a los perros para que dejaran de armar alboroto.

Desmontaron. Camila, con su cesta de hierbas, siguió al galeno al interior de la casa. El hogar encendido caldeaba agradablemente la estancia. Una pareja de bueyes asomaba la cabeza por los huecos de la pared del fondo, rumiando con parsimonia la paja del pesebre. A la derecha de la entrada, una escalera llevaba a las habitaciones del piso superior. A la izquierda, la cocina y lugar de encuentro de la familia y los visitantes. Allí sólo estaba la abuela de Martzelin preparando la comida. Agachada, removía el guiso que humeaba en la olla colgada de un gancho. El pañuelo negro dejaba ver algunos mechones blancos como la nieve. Sus ojos acuosos se entrecerraron para ver mejor a los recién llegados; se enderezó con presteza para su edad.

—Buen día, señora Herminia —saludó el médico—. ¿El niño está arriba?

—Sí, sí, don Bernardo. Subid, por favor —dijo la anciana. Él subió rápidamente

las escaleras, sin esperar ni un momento—. Dios es testigo de que ese niño acabará conmigo —barbotó la mujer retorciéndose las manos nudosas contra la cintura—. Doña Camila, gracias por venir. Espero que tenga solución. No quiero pensar en...

—No cumplo con menos, señora Herminia. Quedaos tranquila. Don Bernardo hará todo lo posible. Hay que tener fe. —Le palmeó las manos con cariño—. Subiré; a ver si puedo ayudar.

La señora Herminia cabeceó con aprobación.

Los escalones de madera, desgastados por años de uso, crujieron con cada paso. La barandilla, lustrada por las veces que generaciones de Mendiola se habían deslizado por ella. Camila sonrió, le gustaban esos detalles que hablaban de vivencias, de familia, de anécdotas...

El grito del niño reverberó por todo el caserío. La joven salvó los últimos peldaños a la carrera y entró en la habitación.

Era una estancia orientada al oeste, con un par de camas. No tenía armario; de una vara de madera colgaban varias perchas con prendas infantiles. Allí estaban los padres del niño, además del médico. En una de las camas, el propio Martzelin, vestido tan sólo con una camisa de dormir, gemía desconsolado mientras el galeno le tocaba la pierna.

A simple vista Camila pudo ver que el hueso no había perforado la piel, pero por encima de la rodilla la pierna estaba tan hinchada que dificultaba la exploración. Sintió un extraño hormigueo en las yemas de los dedos; se las frotó. Seguramente estaban entrando en calor, después de lo frías que las había tenido.

—No puedo apreciar dónde está la rotura ni si es limpia o mellada —masculló el galeno—. ¿Cuánto hace que se cayó?

—Fue al amanecer... —comenzó la señora Luisa, la madre de Martzelin, y se mordió los labios.

—Le habíamos prohibido que montase el nuevo caballo porque es un poco arisco y... —dijo el marido por ella; le pasó el brazo por los hombros para confortarla.

—Entonces hace tres horas, lo menos, ¿no? —preguntó don Bernardo, impaciente.

—Sí... sí, señor —aseguró la señora Luisa, entristecida.

El suspiro del galeno fue claramente audible para todos los que estaban en la habitación. Camila sabía que era por la impotencia de no saber más. Le vio estrujarse el puente de la nariz, como si buscase inspiración, y apretar los dientes.

—Doña Camila, ¿podrías mirar vos? —pidió en un susurro—. Está tan inflamada que no sé por dónde empezar.

La joven se acercó a la cama y miró al niño, que hipaba con los ojos llorosos. Tenía el pelo revuelto en la nuca de tanto agitar la cabeza contra la almohada; la parte delantera, en cambio, estaba peinada con esmero. Alguien, seguramente la madre, le había acicalado ante la llegada del médico. Estaba tumbado encima de la colcha; probablemente no soportaría el peso de las ropas de la cama sobre la pierna rota. Las

sábanas tenían bordados en el embozo y no eran las que habitualmente habría en la cama de un niño, menos aún en la de uno tan travieso. No pudo evitar sonreír por la costumbre de adecentar al enfermo y su entorno antes de la llegada del galeno.

Se agachó para tocar la pierna; casi al momento sintió que las yemas de los dedos comenzaban a hormiguar con intensidad. Las retiró y se las frotó, más extrañada que nunca, pero resuelta a no hacerles caso. Tocó la parte tumefacta de la pierna con mucha suavidad para no causar más tormento a Martzelin, un poco por encima de la rodilla.

Como un fogonazo, notó en su propia pierna tal dolor que soltó al niño para agarrarse a la cama y no caer.

—¿Os ocurre algo? —preguntó don Bernardo, preocupado. La asió por los codos para ayudarla a incorporarse—. ¿Os sentís mal?

Camila, confusa por lo sucedido, parpadeó varias veces. El dolor de la pierna ya no era tan intenso. A decir verdad, se estaba localizando en una parte.

—Doña Camila, estáis muy pálida. ¿Seguro que no os pasa nada? —inquirió el galeno con el ceño fruncido—. ¿Preferís sentaros?

—¡Ah! No. No me sucede nada. Estoy bien —aseguró, esbozando una sonrisa, resuelta a convencerle. No estaba preparada para dar ninguna explicación. Tampoco la tenía.

Ahora notaba un pinchazo intermitente a un palmo por encima de su rodilla.

«No puede ser... —pensó, excitada—. ¿Es posible que esté sintiendo en mi cuerpo el dolor de Martzelin?»

Con esa idea en la cabeza volvió a tocar al niño en el punto que señalaba su propia punzada. Con toda aquella hinchazón era algo muy tenue, pero casi podía sentir el borde del hueso roto. Continuó la exploración hasta dar con la otra parte. Aunque no estaba en condiciones de asegurar que no hubiera astillas de hueso sueltas, casi podía creer que era una fractura limpia.

—Aquí están los cortes. —Señaló con los dedos los puntos en la pierna del niño.

—¿Estáis segura? —El galeno, dudoso, colocó las manos en los lugares que había indicado Camila y palpó con cuidado.

Martzelin gritó de dolor. En ese momento la joven descubrió que el paciente no se había quejado mientras ella le exploraba. Con disimulo puso una mano sobre la frente del niño para comprobar si todo era fruto de la casualidad. Al instante cesaron los gritos.

«¡Santa madre de Dios! —pensó, anonadada—. ¡No puede ser!» Luego apretó los dientes: el dolor le atravesaba la pierna de arriba abajo.

—Yo no puedo sentir eso —musitó don Bernardo. Por un momento, Camila pensó que ella había dicho algo en voz alta—. No consigo notar los bordes de la fractura... ¿Estáis segura de que están justo ahí?

—Sí —aseguró, aliviada de saber que el médico se refería a otra cosa. No podía decir lo que estaba experimentando hasta saber con certeza qué era.

—En ese caso, tocadle vos y decidme cómo lo sentís —solicitó el hombre.

Durante un rato, Camila palpó los lugares donde ella notaba la fractura y se lo fue describiendo a don Bernardo, que la escuchaba con sumo interés. Durante todo el proceso, el niño apenas emitió ninguna queja y se dejó hacer, escuchando todo lo que se decía. Ella, por el contrario, notó en su pierna esa exploración y aguantó con mucho esfuerzo.

—Creo, doña Camila, que no podré enderezar esa pierna —anunció el galeno, negando con la cabeza, instantes después—. Está demasiado inflamada para poder colocar los dos extremos. Tal vez sea mejor dejarla así y que se suelde como buenamente pueda. La otra opción es mucho más drástica...

La madre de Martzelin ahogó un grito y se abrazó a su marido. Camila se encogió por dentro. No podía consentir esa barbaridad.

—Podríamos intentarlo antes...

—¿Os imagináis el dolor que vamos a causar a este niño para no conseguir nada? —le cortó el médico—. Es una locura, señora. Me pedís que lo haga a ciegas; yo no puedo notar nada a través de tanta hinchazón. Me sorprende que vos sí podáis hacerlo.

—Intentadlo, por favor. Tal vez no sea tan difícil como suponéis —suplicó Camila, sin entrar en detalles.

Él la miró ceñudo durante tanto rato que la curandera pensó que se iba a negar.

—Está bien, pardiez —masculló el galeno mirando a los padres de Martzelin, que seguían abrazados a unos pasos de la cama—. Necesitaré dos listones de madera de este tamaño —señaló la medida separando las manos un par de palmos—, y vendas para sujetarlos.

La pareja salió de la habitación para cumplir los encargos. En sus miradas entristecidas se podía leer la esperanza. Camila se mordió el labio; ¿no les estaría creando demasiadas expectativas? Si tal vez, con su impetuosidad, no les habría creado una impresión excesivamente benévola para lo que podría resultar al final.

—Espero que tengáis razón, doña Camila. Lamentaría tener que infligir un daño innecesario a esta criatura —dijo el hombre, muy serio—. Supongo que ya habréis pensado en ello...

«¡Dios mío! Por favor, por favor, que no me equivoque», solicitó en silencio.

—Sí, don Bernardo, y estoy rezando para que mi apreciación no sea errónea.

El galeno suspiró antes de masajearse la frente sin dejar de mirar la extremidad maltrecha. Levantó la vista; claramente confuso, clavó los ojos en la joven. Si iba a decir algo, quedó en suspenso por la entrada de la señora Luisa con vendas entre los brazos.

—Las tenía preparadas por si era necesario... con tres niños en el caserío... —parloteó la mujer, nerviosa—. ¿Serán suficientes?

El médico les echó un vistazo y asintió con la cabeza. Un instante después regresó el padre de Martzelin con varios listones.

—No sabía cuál elegir... Así que hacedlo vos, que sabéis más —señaló el hombre. Dejó el atado de maderas en el suelo, a los pies de la cama.

El galeno las ojeó y asintió sin decir nada, al instante miró a Camila.

—Poneos al otro lado y sujetad al niño con fuerza —le ordenó—. Si se mueve no podré arreglarlo. Vos —miró al padre—, acercaos y asid la otra pierna. No quiero que empiece a patalear.

La curandera se colocó tal y como le había pedido y puso las manos sobre los hombros de Martzelin, que se dejó hacer sin ninguna queja. Ella, por su parte, tensó todos los músculos de su cuerpo a la espera del dolor que sobrevendría.

El padre de Martzelin hizo lo propio. Se lo veía asustado.

—Allá voy; sujetadlo.

Camila se preparó para atender al niño, pero con la primera manipulación del galeno se dobló de dolor y terminó arrodillada en el suelo sin soltar los hombros de Martzelin. Quería hacerlo; deseaba soltarle para que desapareciera el tormento que le quemaba. Nadie desea sufrir, era una respuesta muy humana. Pero, por otra parte, debía ayudar a ese pobre niño. Tal vez ella era la única posibilidad de conservar su pierna. Suplicó a Dios la fuerza necesaria para aguantar.

—¿Os sucede algo? —preguntó el hombre, confundido.

—No... no es nada. Un poco de debilidad, nada más —mintió Camila—. Así estoy bien; seguid, por favor.

El galeno no estaba muy convencido, mas continuó con las manipulaciones.

Volver a situar los extremos del hueso en su sitio fue más complicado de lo que parecía y hubo que intentarlo varias veces hasta conseguirlo.

Camila había terminado arrodillada en el suelo al lado de la cama. Tenía la frente perlada de sudor y la pierna le latía como si tuviera vida propia. A duras penas contuvo un gemido de sufrimiento para no alertar a los demás. Seguía sin estar en condiciones de dar ninguna explicación a lo que le estaba sucediendo. Sentía unas ganas inmensas de llorar de gratitud por la posibilidad de haber ayudado. Sin embargo, no podía hacerlo en ese momento; debía aguantar hasta estar sola. Resignada, inspiró hondo varias veces para serenarse.

En vez de levantarse de inmediato, continuó arrodillada hasta que hubo recobrado el aliento; el malestar pasó. Don Bernardo la miraba sin hablar.

La pierna de Martzelin estaba entablillada. La joven rezó en silencio para que sanara bien y sin secuelas. Poco a poco, temerosa, fue retirando las manos de los hombros del niño. No sabía cómo iba a reaccionar, si al dejar de tocarlo le volvería el dolor.

Por el momento no se quejó; Camila, casi recuperada, se separó del lecho. Los padres del accidentado estaban al otro lado, acariciándole, satisfechos por que todo hubiera terminado de la mejor manera. La señora Luisa lloraba en silencio con una trémula sonrisa. El marido se limitaba a palmear la mano de Martzelin, con los ojos sospechosamente vidriosos.

—Os dejo estas hierbas para hacer tisanas. Posiblemente dentro de un rato se sienta dolorido —dijo la curandera antes de colocar una bolsita de tela llena de hierbas curativas en las manos de la mujer—. Si se os acaban, traeré más.

Se sentía agotada y necesitaba salir de allí. Aunque la pierna le molestaba levemente, el tormento sufrido desde que tocara a Martzelin por primera vez la había dejado demasiado desfallecida; quería irse de allí lo antes posible.

—Muchas gracias, doña Camila. Muchas gracias, don Bernardo —agradeció el hombre, visiblemente emocionado—. No sé cómo agradeceros lo que acabáis de hacer por mi hijo.

—No es nada, señor. Cuidadle, que no se mueva de la cama hasta que yo le deje. ¿Has oído, jovencito? —El galeno clavó sus ojos marrones en los grises del niño hasta que el pequeño asintió—. Muy bien. Ahora, doña Camila, será mejor que os lleve a casa; no tenéis muy buen aspecto —murmuró.

Pierre, en la cocina, enseñaba a Samuel las tablas de multiplicar. Llevaba una semana paseando casi con normalidad por la casa. Desayunaba, comía y cenaba allí mismo con doña Camila. Eso le hacía sentirse más humano y no un lisiado. Poder recibir las visitas de la señorita Juliana fuera de su dormitorio también contribuía a sentirse más hombre. Ya no era un enfermo al que hubiera que visitar en el lecho. Por otro lado, que ella siguiera viniendo a sabiendas de que Armand no estaba era bastante placentero y le hacía abrigar unas esperanzas que no debería tener. No era bueno que lo hiciera.

—Señor Pierre, ¿por qué debo aprender estas tablas? —preguntó Samuel, un tanto hosco.

—Son importantes.

—¿Para qué? No sirven de nada —aseguró el niño con los brazos cruzados y marcando el ceño.

—Supongo que querrás saber cuánto te quedará una vez que hayas comprado...

Las palabras de Pierre quedaron en suspenso al oír que alguien entraba en la casa. Samuel encogió la cabeza entre los hombros y se preparó para huir de la cocina a la primera oportunidad. Juana, que estaba remendando unos pantalones del niño, los dejó a un lado y salió a ver qué sucedía en la entrada.

Pierre, por su parte, se levantó con ayuda de las muletas y caminó hasta la puerta de la cocina, intrigado. Como seguía sin enterarse de nada, se asomó a las escaleras, a tiempo de ver que don Bernardo ayudaba a doña Camila a subir los escalones.

—*Mon Dieu!* ¿Qué le sucede a la señora? —preguntó, preocupado.

—No lo sé con certeza. Creo que es agotamiento; deberá descansar hasta que se recupere —teorizó el galeno.

—En un rato estaré mejor. No es necesario que os preocupéis tanto —murmuró la curandera en un hilo de voz.

Ella estaba pálida y ojerosa. La piel le brillaba, cubierta por una pátina de sudor. Tenía un aspecto enfermizo bastante preocupante.

«¿Qué le pasa? —pensó Pierre, inquieto—. ¿Estará enferma?»

La acompañaron hasta su dormitorio. Una vez allí, Juana entró con la joven para ayudarla a acostarse, mientras el médico y Pierre bajaban a la cocina.

—¿Es cierto que sólo es agotamiento? No me ha parecido que estuviera mal estos últimos días —dudó Pierre, intranquilo.

—A decir verdad —comenzó don Bernardo al entrar en la cocina—, esta mañana, cuando hemos salido, estaba bien. Pero después de llegar al caserío Mendiola se ha empezado a sentir mal. Ha estado varias veces a punto de desmayarse. Cualquiera diría que era ella la que tenía la pierna rota, no el niño.

—Es extraño. Quizá se ha resfriado; hoy está el día muy desapacible... —murmuró Pierre antes de sentarse.

Samuel ya no estaba allí, probablemente se había escabullido a la cuadra, pensó.

—¿Creéis que ha podido contagiarse de algo?

—No lo creo. El niño no estaba enfermo. Se había roto una pierna al caer de un caballo. Ninguno de los Mendiola parecía estar mal... —El galeno calló un momento—. Dejadla descansar hasta que se recupere. En el caso de que empeore, hacédmelo saber.

Pierre asintió sin dejar de darle vueltas a todo aquello.

—Señora, tenéis un aspecto lamentable. ¿Seguro que sólo es cansancio? —preguntó Juana mientras terminaba de ayudarla a quitarse el vestido.

—Tranquila, Juana, no es más que eso. Después de echarme un rato estaré mejor —aseguró mientras se acostaba en la cama.

—Tenéis estofado, si queréis comer algo...

—No, gracias; prefiero tumbarme un rato.

—Pero, señora... debéis comer para reponer fuerzas...

—Juana, por favor, déjame descansar un poco y después comeré algo.

—En cuanto os levantéis os tendré preparado ese estofado. ¡Y entonces no admitiré ninguna pega! —dijo Juana saliendo del dormitorio.

Camila no quería dormir. Estaba asustada y emocionada, todo al mismo tiempo. Las lágrimas que había aguantado todo ese tiempo salieron en tropel y ella las dejó manar sin reparos. Realmente no sabía por qué lloraba. Tampoco le importaba el motivo exacto. Era una necesidad que brotaba desde su interior y que necesitaba fluir.

Se arrebujó entre la ropa de cama y siguió llorando durante un rato.

¿Sería ése el don que tenía su padre? Nunca se le había ocurrido preguntarle qué sentía al tocar a los enfermos. O qué hacía para sanarlos. Siempre pensó que llegado el momento él se lo explicaría. Claro, en el caso de que ella fuera la siguiente.

En ese mes se cumplía el año de la muerte de don Arturo. ¿Tendría eso algo que

ver con lo que estaba pasando?

Añoró a su padre. Él habría sabido qué hacer. Ahora no tenía a quién preguntar sobre ello.

Le preocupaba el dolor que había sentido al tocar a Martzelin. ¿Siempre sería igual? ¿Sufriría ella el tormento de los enfermos para poder ayudarles? Desconocía las respuestas.

Al menos la pierna ya no le punzaba y no sentía ninguna secuela del padecimiento de esa mañana. Tal vez sólo duraba un momento y después desaparecía. Tendría que estar atenta a todos los síntomas para aprender a vivir con eso.

Por el momento lo guardaría en secreto. No le diría a nadie lo que había descubierto. No hasta saber cómo se manifestaba y de qué manera. Necesitaba estar segura antes de que lo supiera todo el mundo. Con ese pensamiento se quedó dormida.

Al despertar, un rato más tarde, vio por la ventana que el sol estaba ocultándose. En esa época del año oscurecía antes.

Se desperezó antes de levantarse. Después de lavarse la cara en el lavamanos, se puso el vestido negro que había llevado esa mañana. Se miró en el espejo para acomodarse el cabello dentro del pañuelo anudado en la cabeza. Por fortuna, el llanto no le había dejado los ojos hinchados y no tenía tan mala cara como cabría imaginar. Se calzó los zapatos para bajar a la cocina.

Pierre leía medio tumbado en una silla al lado del hogar. Camila se alegró de verlo tan relajado. Empezaba a comportarse como un joven de su edad. Reía con Samuel y, en general, estaba de buen humor. Algunas veces se mostraba taciturno, con los ojos azules enturbiados de angustia. Afortunadamente, esos momentos eran cada vez más espaciados.

Ella sabía que se entristecía al recordar la falta de parte de su pierna.

Las visitas de la señorita Juliana le sentaban muy bien. Con ella hacía bromas como un jovencito sin preocupaciones. Luego, cuando ella se iba, pasaba un rato taciturno y melancólico.

Camila, que no sabía cómo ayudarlo, dejaba que fuera pasando el tiempo para que las heridas del cuerpo y del alma fueran sanando.

—Buenas tardes, Pierre.

El joven se enderezó con presteza y cerró el libro. Llevaba puestos unos pantalones grises y una camisa blanca. El pelo rojizo estaba recogido en una coleta en la nuca. Se lo veía tan apuesto que Camila sonrió de placer.

—Buenas tardes, doña Camila. ¿Os encontráis mejor? ¿Habéis descansado lo suficiente? —preguntó, interesado—. Don Bernardo estaba preocupado por vos...

—Siento haberos dado tanto desasosiego. Estoy bien. Era falta de descanso. ¿Dónde están los demás?

—Samuel está en la cuadra con Guido. Si siguen cepillando a *Quercus* terminarán por desollarlo. —Soltó una carcajada—. Juana ha ido a misa.

—¿Ha venido la señorita Juliana?

—Sí. Y debo decir que se ha quedado muy afectada al saber que estabais en cama —aseguró Pierre.

—Supongo que tendré que dar muchas explicaciones por una nimiedad —suspiró.

—No es una nimiedad, doña Camila. Realmente se os veía muy enferma cuando os trajo don Bernardo. Yo mismo pensé que estabais...

Unos golpes en la puerta de entrada cortaron la conversación. Camila bajó para ver quién llamaba, mientras Pierre esperaba en la cocina. Abrió la puerta.

Rodrigo retorció los guantes de cuero entre las manos, con cara de preocupación.

—Buenas tardes, Camila; veo que ya estás mejor —barbotó, nervioso—. Mi cuñada Juliana fue contando que estabas enferma y...

—Pasa, Rodrigo. Como puedes ver, no estoy enferma. El cansancio me ha jugado una mala pasada, sin más —aclaró ella—. Siento que hayas tenido que preocuparte por nada.

El hombre suspiró al oírla, aliviado.

—No puedo quedarme. Debo ir a una reunión. Te lo contaré otro día —aseguró antes de salir a la calle otra vez.

La iglesia del Antiguo estaba engalanada con crisantemos amarillos. Hacía rato que había terminado la misa de difuntos y ahora cada familia visitaba las lápidas de sus seres queridos.

Una capa de nubes densas cubría el cielo. En algunos momentos lucía un sol tímido, que reflejaba sus rayos en un mar un tanto embravecido. El aire húmedo y salobre presagiaba tormenta. Las pocas hojas que permanecían en los árboles susurraban con la brisa.

Camila, después de pasar rápidamente por la tumba de su esposo, Cosme de Albistur, y más despacio por la de Jacinta, rezaba frente a la de sus padres. El año anterior los había visitado junto a Cosme; llovía y él no quiso permanecer allí más tiempo del necesario. Tuvo que conformarse con una corta plegaria por sus almas antes de regresar a casa. Recordaba la debilidad, el abatimiento que sentía, una semana después del fallecimiento de su padre. Aún seguía sin creerlo. Algunas veces había llegado a pensar que él entraría por la puerta en cualquier momento.

Había pasado un año. No podía creerlo. Seguía añorándolo y ahora lo necesitaba más que nunca. Necesitaba sus consejos, su apoyo, su entereza..., necesitaba a su padre.

Mientras salía de la iglesia se obligó a no llorar; debía recordar los momentos más felices junto a sus padres. Como si de una señal se tratase, un rayo de sol atravesó las nubes, iluminando una franja en la playa.

Samuel le apretó la mano. Le miró con una sonrisa. Había logrado que el niño la acompañase al templo. Toda una proeza, considerando que nunca había conseguido que la siguiese a ningún lado. Con la otra mano le encasquetó mejor la gorra para que no se le volase con el viento, que se estaba levantando por momentos.

—Buen día, Camila.

La voz de su suegra casi le puso los pelos de punta. Se volvió para mirarla y allí estaba, tan majestuosa como siempre. Vestía de negro de la cabeza a los pies. Su capa y el vestido, con incrustaciones de azabache bordadas, eran muy lujosos. La acompañaban varias de sus hijas, tan emperifolladas como ella. Sus atuendos hablaban de la fortuna familiar. Se alegró de la sencillez de sus propias ropas.

—Buen día, a todas —saludó con una inclinación de cabeza.

Samuel se apretó contra las faldas de Camila; su movimiento no pasó desapercibido para doña Enriqueta. La mirada azul de la mujer se enfrió al instante.

—Veo que sigues con este mocoso... —La mujer cerró los ojos y arrugó la cara como si hubiera comido algo desagradable—. He oído que lo has adoptado pero, por supuesto, no lo he creído. Tú no serías capaz de hacer algo tan... estúpido —barbotó tras pensarlo un poco.

La joven suspiró, tratando de no enfadarse. La semana anterior había visitado, por fin, al notario de la ciudad; era algo que tenía ganas de hacer y que iba dejando de lado por un motivo u otro. Claro, sabía que tarde o temprano la noticia llegaría a oídos de doña Enriqueta.

—Siento desilusionaros, doña Enriqueta, pero esa información es veraz. He adoptado formalmente a Samuel de Gamboa. A todos los efectos es mi hijo —aclaró con firmeza, pasando el brazo por los hombros del niño.

—Por lo visto estás dispuesta a ser el hazmerreír de la ciudad... Aprovechas que mi hijo ya no está entre nosotras para hacer semejantes cosas... Él nunca habría consentido tener a este... a este desharrapado en casa.

«No estaría tan segura», pensó Camila, sarcástica.

—Os pido, señora, que cuidéis lo que decís sobre mi hijo. En adelante absteneos de insultarle si no queréis...

—¡Tu hijo! Sí; llámalo así si eso te hace feliz, muchacha, pues será lo más cercano a un hijo que tengas jamás —siseó doña Enriqueta, los ojos fríos como el acero—. Que tengas un buen día, Camila.

Tras esas palabras, la mujer y sus hijas partieron como en procesión. El rayo de sol había desaparecido; en su lugar, el viento arreciaba contra los visitantes de la iglesia. Mucha gente empezaba a partir presagiando lluvia.

—¿Podemos irnos a casa, Camila? —susurró Samuel sin dejar de apretarle la mano—. No me gusta esa señora. Da miedo...

—Vamos, cariño. En cuanto lleguemos prepararé un chocolate —prometió—. No te preocupes por ella; no puede hacerte daño. No lo permitiré.

El niño asintió con seriedad, sujetándose la gorra con una mano.

Para no inquietar más de la cuenta a Samuel, se mantuvo alejada de la aglomeración. El niño había hecho un gran esfuerzo al aceptar acompañarla y acababa de sufrir el encuentro con doña Enriqueta. Si podía evitarle algún otro, lo haría gustosa.

Tras pasaron la puerta y emprendieron el camino a la ciudad.

—¡Doña Camila! —gritaron unas voces de niños desde atrás—. Esperad...

Al volverse vio a cuatro chiquillos que se acercaban corriendo. Eran Martín y sus hermanos, con el padre a la zaga.

Samuel se quedó detrás, apretado contra las faldas de Camila en un intento de pasar desapercibido.

Los pequeños se abalanzaron para besarla en cuanto estuvieron lo bastante cerca. Los cuatro querían recibir besos y abrazos de la curandera. Una vez satisfechos se quedaron en pie, observando a Samuel, que se asomaba tímidamente desde atrás.

—¿Quién eres tú? —le preguntó María, enroscándose un mechón en el dedo. Sus ojos avellanados miraban sin pestañear.

El niño asomó un poco más la cabeza, pero no contestó.

—Es Samuel, mi hijo —declaró Camila, dispuesta a facilitarle las cosas.

Los recién llegados observaron a Samuel con detenimiento. María inclinó la cabeza a un lado para no perder detalle, sin dejar de retorcerse el pelo. El aire frío le había sonrojado su carita mofletuda.

—¿Sabes lanzar piedras? —indagó Martín con ojos maliciosos—. Ayer maté una rata...

—Es mentira. No le diste —aseguró María, sacándole la lengua a su hermano.

—Bueno, casi le di —aclaró Martín, un tanto azorado—. Es que no dejaba de moverse y...

—Yo he matado muchas... —susurró Samuel, sin separarse de Camila.

—No me lo creo —sentenció María, los brazos en jarras—. Seguro que no les aciertas.

Para sorpresa de la mujer, Samuel se agachó y tomó una piedra del tamaño de un huevo de codorniz. Tras sopesarla varias veces, se giró a mirar a María con un brillo travieso en los ojos.

—¿Adónde quieres que dé? —solicitó, seguro.

Los niños empezaron a señalar distintos lugares: ahora una rama, un pájaro, una roca... Para entonces, Rodrigo ya había llegado hasta ellos y saludó a Camila con una inclinación de cabeza. El pelo ensortijado se le agitaba por debajo del sombrero. Sus ojos, enrojecidos por el llanto, la miraron con tristeza. La visita a la iglesia le había resultado tan dura como a ella.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Rodrigo a sus hijos.

—Padre, éste es Samuel, el hijo de doña Camila. Dice que es capaz de matar una rata, pero es mentira, ¿verdad, padre? —parloteó María.

—Bueno, hija, no tiene por qué mentir. Si dice que es capaz, pues lo será —sentenció agachado frente a la niña y le pasó el dedo por la nariz en una caricia afectuosa. Después se giró para mirar a Samuel, que se escondió tras la curandera. Ignorando ese gesto, preguntó—: ¿Eres capaz de demostrarlo? ¿Podrías dar a aquella rama? —La señaló con la mirada.

El interpelado miró la rama y a la niña que le observaba antes de asentir una vez con la cabeza. Tras apuntar, lanzó la piedra con fuerza. La rama en cuestión se desgarró con el impacto. Camila no pudo menos que mirar a su hijo con orgullo de madre y sonrió al verle enderezarse como un gallo de pelea. Era evidente que estaba perdiendo progresivamente el miedo. Sus ojos negros brillaban, satisfechos.

Los hijos de Rodrigo le empezaron a palmear la espalda para felicitarle por su buena puntería.

—¿Puedes enseñarme a lanzar la piedra así? —solicitó Martín, emocionado.

—A mí también —exigió María casi a la vez.

—A ti no. Eres una niña —menospreció su hermano mayor—. Las niñas no hacen eso.

—¿Por qué no? —preguntó María, beligerante—. ¿Me enseñarás, Samuel?

—Pues claro que no... —dijo Martín con hosquedad.

La curandera vio que su hijo titubeaba durante un rato, mientras los ojos de la niña se iban empañando poco a poco. El niño se mordía el labio, indeciso, sin dejar de mirar a María con fascinación.

—Vale. Te enseñaré —afirmó al final.

María se lanzó contra él para abrazarlo, riendo a carcajadas, sin notar la confusión de Samuel, que no sabía dónde poner las manos y parpadeaba, asustado.

—Cuando sea mayor me casaré contigo —sentenció la niña, muy seria, pasado un instante—. ¿Podré hacerlo, padre?

Rodrigo miró a la curandera, azorado, antes de agacharse para ponerse a la altura de su hija.

—Bueno, cariño, tendrán que pasar unos años hasta que puedas hacerlo y tal vez... cambies de opinión...

—No lo creo, padre. Me casaré con Samuel —repitió, los ojos avellanados fijos en los negros del niño, que la miraba hechizado—. ¿Verdad que nos casaremos?

—Claro que no. ¿Para qué querría casarse contigo? Eres una niña... puag —remachó Martín con cara de asco.

—No sabes nada de nada. Cuando yo sea mayor nos casaremos —vaticinó, terca. Luego, en vista de que Samuel no decía nada, añadió—: Seré tan hermosa que no podrá resistirse. Ya lo verás.

—¡Tonterías! —exclamó Martín sin ceder; luego, desdeñando los vaticinios de su hermana, se dirigió a su nuevo amigo—. Samuel, ¿me enseñas a lanzar piedras?

Los adultos, sobrecogidos por la seguridad de aquella niña de siete años, se miraron con una sonrisa tímida. Los cinco niños se enfrascaron en una lucha por recoger la mayor cantidad de piedrecillas para aprender a lanzar.

—Es la primera vez que veo a Samuel jugar con otros niños —murmuró Camila, optimista—. Me alegra verlo así.

—Parece un buen muchacho...

—Lo es, créeme. Es el hijo que cualquier madre desearía —aseguró, orgullosa—. Será un buen hombre.

—Eso espero. Si va a ser mi yerno...

Los dos rieron como niños y al momento se avergonzaron de actuar así a la puerta de la iglesia. Camila miró alrededor por si los que salían en ese momento les hubieran pillado en esa desvergonzada muestra de descortesía, pero nadie parecía mirarles; estaban demasiado ocupados en resguardarse del aire como para fijarse en nada más.

Miró a Rodrigo, apabullada, y vio que tenía el mismo aire de culpabilidad que ella. Sólo había pasado mes y medio desde que falleciera Jacinta, pero allí estaban los dos, riéndose como si nada les preocupara o importase. Cerró los ojos, abochornada por ese mal comportamiento. Al instante sintió la mano de Rodrigo que le apretaba el brazo.

—Ella sería feliz si nos viera alegres. —Las palabras susurradas de él casi la hicieron llorar—. Jacinta habría sido la primera en soltar la carcajada si hubiera oído

a su hija hablar con tanta seguridad de su futuro.

—Lo sé. Y eso hace que sea más difícil aceptar que ya no está —admitió Camila, cabizbaja.

—Yo debo aceptarlo por el bien de mis cinco hijos. Ellos necesitan que sea fuerte. No puedo permitirme el lujo de flaquear, por mucho que desearía abandonarlo todo... —reconoció Rodrigo, tomada la voz—. Mi suegra me está animando para que vuelva a casarme...

Camila sofocó una exclamación de sorpresa, pero al pensarlo reconoció que era algo normal. Generalmente, los viudos con hijos se casaban antes de un año. Todos tenían la necesidad de buscar una madre sustituta para sus vástagos. Saberlo no aliviaba la sensación que eso le provocaba. A paso lento, echó a andar en dirección a la ciudad. Él se situó a su lado y adaptó el paso al suyo. Los niños les siguieron, a la vez que continuaban sus prácticas de lanzamiento de piedras.

—¿No dices nada? —le preguntó Rodrigo más tarde, al ver que guardaba silencio—. ¿Qué piensas?

—Tiene razón; tus hijos necesitan una madre y tú, una esposa. Es que me parece tan pronto... Jacinta me pidió que te animase a ello —recordó, desolada—. Pensaba que sería bueno para los niños y para ti. Los pequeños necesitan una madre que se ocupe de ellos cuando regreses a la mar...

—No tengo pensado volver —aclaró Rodrigo con rapidez—. El último viaje me reportó muchas ganancias y no tengo ninguna necesidad de volver a navegar. Jacinta y yo teníamos pensado abrir una cantina... Estaba muy ilusionada con ello. Habíamos encontrado el local adecuado para el negocio y... —Apesadumbrado, sacudió la cabeza—. No sé qué hacer, ahora que ella no está. Supongo que intentaré abrir la cantina yo solo.

—Me habló de ello —declaró—. Siempre podrás contratar un ayudante.

—Sí, aunque no será lo mismo.

Unos pasos se acercaban por detrás; al girarse encontraron a Aurelio de Gamboa, que venía deprisa.

—Buenas tardes, Camila, señor Rodrigo —saludó al llegar hasta ellos.

—Buenas tardes.

—Esperaba para acompañarte a casa y no te he visto salir... —murmuró Aurelio, un tanto molesto.

—No sabía que me estabas esperando. La verdad es que no te he visto en el templo; pensaba que no habías ido —dijo Camila, sin sorprenderse por la actitud enfurruñada de su primo—. De todos modos, te agradezco que pensaras en acompañarme, pero no es necesario.

—Aun así, te haré compañía. Quisiera preguntarte algo cuando lleguemos a tu casa —anunció. Sin más, comenzó a caminar en esa dirección.

Camila y Rodrigo le siguieron, sin decir nada, hasta llegar a la Puerta de Tierra. Una vez dentro de la ciudad, Rodrigo se despidió de ellos para ir con los niños a casa

de su suegra. Samuel regresó con Camila y caminó en silencio el resto del trayecto: Aurelio no estaba incluido entre las personas con quienes no tenía reparo en hablar.

El último tramo lo hicieron casi a la carrera, pues en ese momento comenzó a llover con fuerza. Las gotas rebotaban en las piedras; enseguida se formaron charcos, que fue necesario ir sorteando entre saltos, pegados a las fachadas de las casas para evitar el agua que resbalaba desde los tejados. Había oscurecido con rapidez; ya era de noche cuando llegaron a la casa.

—No entiendo por qué has tenido que adoptar a ese niño. ¿No te bastaba con alimentarle? —preguntó Aurelio, una vez que se hubieron secado e instalado en la buhardilla.

Los dos estaban sentados a la mesa mientras Camila ordenaba varios manojos de plantas secas para meterlos en los albarelos^[1], con el nombre de la planta escrito en el exterior. Samuel se había quedado en la cocina, disfrutando de una taza de chocolate con Juana, Guido y Pierre.

—No quería que se criase sin familia. No merece eso.

—Pero no sabes quiénes fueron su madre ni su padre. No sabes qué sangre corre por sus venas...

—Es un buen chico —aclaró ella, concentrada en colocar las plantas en sus botes correspondientes.

—Podría ser hijo de un loco y...

—Basta —masculló entre dientes, perdida la paciencia—. Me sorprende que tú, precisamente, vengas a criticar eso. Creía que, al estar en una situación parecida, serías más tolerante. Veo que estaba equivocada, pues tienes los mismos prejuicios que los demás.

La cara de Aurelio se había puesto escarlata. Camila no supo interpretar si era por vergüenza o por enfado. En cualquiera de los dos casos, estaba demasiado dolida por las palabras de su primo para prestar atención a ese detalle. ¿Por qué todo el mundo se apresuraba a criticar a Samuel, cuando él era la parte inocente? No entendía ese afán por cuestionar el nacimiento del niño. Él no tenía culpa, pero todos estaban empeñados en que pagase por ello. Se levantó, dispuesta a ordenar cada bote en el armario destinado a tal fin.

Miró a su primo, que seguía en silencio. Estaba cabizbajo; Camila pensó que, probablemente, ella también lo había herido al recordar su bastardía y el estado de su madre, un tanto delicado. Le remordió la conciencia por haber sido tan brusca.

—Lo siento, Aurelio. No quería herirte. Es que tus palabras... —empezó a disculparse.

—No importa. Al fin y al cabo eso es lo que soy, ¿no? —murmuró con amargura—. ¿Quién sabe cómo era mi padre? Era un vendedor ambulante que permaneció en la ciudad el tiempo suficiente para seducir a mi madre y que salió como una centella

en cuanto supo que yo venía en camino. No sé nada más de él.

—Tú no tienes la culpa de ello.

—¿Y eso a quién le importa? Para los demás sólo soy un bastardo. —Sonrió con sorna—. Qué pareja hacemos: yo bastardo y tú estéril. No hay mujer que quiera casarse conmigo y ahora que se sabe de tu imposibilidad de tener hijos... tampoco tú tienes posibilidades de volver a casarte. Si al menos tuviera el don...

Camila había apretado los dientes ante las palabras de su primo. Sabía que posiblemente nunca podría tener hijos, pero que se lo recordasen era amargo.

—Creo que tengo el don —susurró antes de darse cuenta de que lo estaba confesando por primera vez.

—¿Qué has dicho? —indagó, interesado—. ¿Desde cuándo lo sabes?

Le relató la visita al caserío Mendiola y lo que sintió al atender al pequeño Martzelin.

Su primo la escuchó en silencio, asintiendo con la cabeza de vez en cuando para demostrar que seguía su relato con interés.

—Te pido, por favor, que no le cuentes a nadie lo que te he dicho. Quiero mantenerlo en secreto —solicitó Camila. Aurelio asintió con la cabeza mientras se rascaba el mentón.

Ella no quería que nadie lo supiera para no crear falsas esperanzas. Quizá no fuera tan importante como lo había sido en su padre. Quién sabe si en ella se desarrollaba del mismo modo. Sólo lo había sentido ese día y acaso no volviera a darse. Por otro lado, tenía miedo de lo que pudieran pensar los demás. Tal vez no lo aceptasen con la alegría y permisividad con que aceptaron el don de su padre. Siempre podía haber quien se asustara y lo creyese brujería.

—Por lo que veo, ese don no tiene prejuicios a la hora de elegir a la persona —dijo, pensativo.

—Bien parece que no. Mi suegra se ha cansado de decirme que jamás lo podría tener por mi esterilidad, puesto que nunca podría pásarselo a ningún hijo. Supongo que tú serás el próximo... —resolvió, alzando los hombros.

—No estaría tan seguro... —vaticinó con desilusión.

Camila, sentada en la cama de Samuel, terminaba de contarle un cuento para que se durmiera. Las actividades de esa tarde habían dejado al niño agotado, pero muy alegre.

Le pasó la mano por el pelo renegrido para peinarle el flequillo. Era un chiquillo adorable y cariñoso. En las últimas semanas se había abierto a todos los ocupantes de la casa. Le veía hablar con Juana sin problemas. Jugaba con Pierre e incluso admitía que el joven galo le diera lecciones de aritmética, una materia que empezaba a gustarle. No había vuelto a esconderse por los rincones cuando alguien entraba en la casa, aunque no por ello dejaba de mantenerse apartado de los desconocidos.

Esa tarde había jugado con otros niños por primera vez y la experiencia parecía haberle gustado. Tal vez, ahora que sabía cómo era, quisiera salir a jugar con otros muchachos de su edad. Ojalá fuera así y aprendiera a divertirse como un niño normal. Que pudiera recuperar algo que le fue negado en sus primeros años de vida.

Volvió a tocarle el pelo y Samuel abrió los ojos.

—Me he divertido mucho con Martín y con... María —dijo, titubeante.

—Lo sé. Se te veía muy feliz con ellos. —Sonrió Camila.

—¿Sabes? Me gustaría tener hermanos. Martín dice que son un incordio, pero creo que lo dice sólo para fastidiarles...

La joven agachó la cabeza ante esas palabras. Era algo que no estaba en su mano darle y se entristeció. Quizá más adelante pudiera adoptar a otro niño.

—... en el fondo está encantado con ellos —terminó el niño, ajeno al pesar de Camila.

—Seguro que es así. Ahora duérmete. Mañana podrás ir con ellos, si quieres. Te mostraré dónde viven.

—¡Será estupendo, Cami... madre! —rectificó—. Creo que ahora debería llamarte madre, ¿verdad? —preguntó, indeciso.

—Por supuesto que sí, si tú quieres —murmuró Camila, sobrecogida por la sensación de oírse llamar de ese modo—. Puedes hacerlo, si te apetece.

—Lo haré. Ahora creo que me voy a dormir. Quiero estar descansado para enseñarles a lanzar piedras... María es buena tiradora... Mejor que Martín... Pero no se lo diré a él, para que no se ofenda... —La voz del pequeño se fue perdiendo hasta que se quedó dormido.

Ella, con los ojos húmedos, se agachó para darle un beso en la frente y aspiró el aroma de romero del jabón con que se había bañado de pie en el patio. Soltó una pequeña carcajada, a medio camino entre la risa y el llanto. Pese a que el capitán no estaba en la casa, Samuel seguía lavándose de esa guisa cada vez que llovía lo suficiente para permitirle hacerlo.

No quería pensar en el capitán y menos en él desnudo, lavándose en el patio. Lo evitaba desde el mismo día que se fue. Los sentimientos que ese hombre le inspiraba eran un completo embrollo. Por mucho que se negase a admitirlo, le echaba de menos. Añoraba las cenas y las charlas. Si bien era cierto que ahora cenaba con Pierre, por alguna extraña razón no era lo mismo. Las conversaciones eran diferentes; las opiniones también. Pierre era un joven encantador, pero su forma de ver la vida no era la de un hombre y eso se notaba en sus ideas.

Se preguntó dónde estaría el capitán en ese momento. Si ya habría cumplido con el cometido de acompañar a los heridos hasta sus hogares. Había transcurrido casi un mes desde que partió y aún no tenían noticias de él.

No quería recordar el último día que había pasado en la casa. El modo en que se despidieron. La discusión, cuando fue a buscarla a casa de Rodrigo y les vio allí. No quería hacerlo pero, sin embargo, lo hacía, y para su vergüenza, más veces de las que

habría querido admitir.

«*Os suplico que perdonéis lo que yo mismo no puedo perdonarme*». No había olvidado sus últimas palabras antes de marcharse. Le daban vueltas en la cabeza como una noria.

Era un hombre un tanto extraño. Su carácter oscilaba entre una amabilidad exquisita y unos malos modos totalmente aborrecibles. ¿Tenía su carácter fluctuante algo que ver con las circunstancias de la muerte de su esposa?

Se arrepintió de haberlo echado de la casa. Habría debido esperar, en vez de dejarse llevar por su mal genio. Al fin y al cabo, él se habría marchado de todos modos a la misión que le habían requerido.

«¿Cómo iba a imaginarme que tenía carta de Berwick? —se reprochó en silencio—. Tendría que haber contado hasta diez antes de gritarle que se fuera de aquí».

Cuando regresara ya no podría invitarle a volver, pues estaría muy mal visto. Pierre estaba recuperándose muy bien y pronto no serían necesarios sus cuidados. Ya no tenía sentido que siguieran en su casa. Saberlo le dejó un poso extraño por dentro. De alguna manera se había acostumbrado a tenerlos allí; volver a la rutina de antes del asedio se le hacía, cuanto menos, aburrida.

—Tú también les echarás en falta, ¿verdad? —preguntó a Samuel a sabiendas de que el niño estaba dormido y no le contestaría—. Te has aficionado a jugar con Pierre y a que él te enseñe aritmética...

Definitivamente, los extrañaría.

A lomos de *Ange Noir*, Armand contemplaba la ciudad amurallada a los pies del monte Urgull. El mar se estrellaba, encrespado, contra las rocas al pie del monte y de la muralla oriental. Los barcos amarrados en el puerto se mecían con el vaivén del agua. Varias carretas maniobraban en la Puerta de Tierra, seguidas de las caseras que, cargadas con grandes canastos de mimbre, entraban en la ciudad para vender sus verduras y entregar, lavadas y planchadas, las ropas que se hubieran llevado los días anteriores.

Todo estaba igual que antes de su partida, salvo que ahora hacía más frío y la nieve coronaba las montañas cercanas. Los árboles habían perdido sus hojas y presentaban una apariencia desnuda y desolada bajo los rayos del sol de diciembre, cuyo fulgor disminuía el frío de la mañana.

Varios niños, ajenos a la baja temperatura, corrían por la arena jugando con las olas que iban a parar a la playa mientras unos perros serpenteaban entre ellos; sus ladridos se mezclaban con el sonido de las risas. Los mariscadores, dedicados a rascar en la arena para buscar la cosecha de almejas, de vez en cuando se incorporaban para reñir a los chiquillos, que con sus carreras entorpecían su labor.

Costaba creer que unos meses atrás, en ese mismo sitio, se apostarían los soldados para asediar la ciudad. Que esa misma arena donde ahora rastrillaban absorbiera la sangre de los heridos. De no ser por la brecha abierta en la muralla, testigo fiel de esa batalla, nadie lo hubiera pensado.

Sobre el castillo del monte Urgull, la brisa mecía la enseña francesa, alborotaba las crines de los caballos y hacía ondear las capas del capitán Boudreaux, del cabo y de los dos soldados que le acompañaban.

Armand se quitó el sombrero para colocarse mejor el pelo, que se le venía a los ojos y le cegaba. Se sentía un tanto excitado ante la perspectiva de volver a ver a su hermano. Imaginaba que, en los dos meses pasados desde su partida, habría aprendido a caminar con soltura ayudado por las muletas. ¿Cuánto tiempo necesitaría para que se le cicatrizase completamente el muñón? Entonces él podría fabricarle una pata de palo que le diera más autonomía. Tendría que preguntárselo a don Bernardo. Confiaba en que Pierre, al no verse obligado a utilizar las dos manos para caminar con las muletas, se sentiría mucho mejor. Eso era lo que más deseaba. Quizá de ese modo le remordiera menos la conciencia y pudiera mirar a su hermano sin reprocharse su parte de culpa.

Le habría gustado pasar por Auvernia y visitar a su familia, pero temía dejar entrever lo ocurrido a Pierre. No se veía capaz de explicarle lo sucedido a nadie de su familia; menos aún si el propio Pierre no estaba allí para tranquilizarlos. Mejor esperar a que su hermano volviera a casa para que lo descubrieran. No había razón

para decirlo antes.

Camila, con la cesta de hierbas y remedios, esperaba a que don Bernardo pasase para acompañarla. Esa mañana visitarían a los dueños del caserío Mendiola para ver la evolución de Martzelin. Había pasado casi mes y medio desde que el niño se cayera del caballo. En sus visitas anteriores habían comprobado que el fémur soldaba bien.

Cada día comprendía más y mejor el don que descubriera en casa de los padres de Martzelin. Los episodios de dolor, angustia, desasosiego y temor experimentados en los días posteriores, cada vez que había tocado a los pacientes, comenzaban a remitir. Ahora lo sentía, pero de una manera más tenue; lo bastante intenso para localizar la zona afectada pero sin sufrir igual que el enfermo. Sólo en algunas ocasiones se permitía absorber ese dolor para aliviarles: cuando era necesaria alguna manipulación, como en el caso de Martzelin, o cuando estaban próximos a la muerte.

El día anterior, el señor Pedro, el herrero, había caído en la fragua. Era un anciano que se empeñaba en seguir trabajando al lado de su hijo y de su nieto, pese a que los temblores de las manos ya no le permitían realizar bien la tarea. Ellos no le dejaban hacer ningún trabajo muy pesado, pues el señor Pedro ya no estaba para esos trotes, pero para que no se sintiera inútil le consentían hacer cosas que no requirieran destreza. Aquella mañana, mientras su hijo y su nieto iban a entregar unas rejas, el anciano decidió herrar al caballo, algo que le estaba completamente prohibido. Por algún motivo desconocido, el caballo lo lanzó de una coz contra la fragua. Los vecinos corrieron a socorrerle, alertados por los gritos desgarradores, pero el mal estaba hecho; las quemaduras que tenía el señor Pedro eran demasiado graves como para que sobreviviera.

Pese a que enseguida avisaron a don Bernardo y a Camila para que fueran a asistirle, ya no se podía hacer nada por el pobre anciano. Sus familiares lloraban ante la visión de aquella carne achicharrada y el sufrimiento que estaba padeciendo el hombre, tumbado en la cama boca abajo, pues tenía la espalda completamente calcinada.

Camila se había sentado junto a él para tomarle de la mano y mirar aquel rostro marchito vuelto hacia ella. Casi al instante, un dolor abrasador la había dejado al borde del desmayo; dejó de tocarle y el sufrimiento cesó.

La respiración del anciano era rápida y superficial; una lucha para llevarse aire a los agotados pulmones. Con renuencia, pero dispuesta a aliviar el tormento del pobre hombre, volvió a sujetarle la mano. Pese a estar preparada, el dolor fue abrasador. Batalló para no soltarle y luchó con todas sus fuerzas para no desmayarse. Con los dientes apretados, había empezado a sudar por el esfuerzo y el sufrimiento. Combatió el tremendo deseo de apartarse, de alejar aquella terrible tortura. Debía aguantar. Por el bien del moribundo, debía resistirlo. Rezando en silencio pidió fuerzas para

aguantarlo y no dar muestras de lo que le estaba sucediendo.

El anciano abrió los ojos azules, velados por nubes de vejez, y clavó la mirada en ella. Parpadeó varias veces, como si no creyera lo que estaba pasando. Después, al comprenderlo, esbozó una sonrisa desdentada, tan dulce que partía el corazón, y cerró los ojos, como si se hubiera dormido. Su respiración se hizo más pausada, más lenta y suave. Ella se concentró en aquellas inspiraciones regulares e hipnóticas para resistir el tormento. El tiempo se hizo eterno, como si se hubiera detenido. Ahora la que acezaba era ella. Y, de pronto, el anciano expiró; una lágrima solitaria resbalaba entre los pliegues de sus mejillas arrugadas.

Camila esperó para soltarle la mano. Ya no sentía dolor: sólo vacío y una gran paz. Se alegraba de que el señor Pedro se hubiera ido sin sufrir. Había merecido la pena absorber el dolor para aliviarlo.

Don Bernardo se ofreció a acompañarla a su casa. Ella no pudo negarse, pues en realidad se sentía agotada.

En el camino, el galeno le preguntó directamente si ella estaba desarrollando el don de su padre. Camila no pudo menos que admitirlo.

Habría querido mantenerlo en secreto tanto tiempo como fuera posible. Pero comprendía que después del episodio del día anterior en el lecho de muerte del señor Pedro, la noticia correría por toda la ciudad y nada podría hacer para evitarlo. Sólo esperaba que la nueva situación se tomara bien y que no le crease problemas. La superstición estaba muy arraigada en la gente y, a veces, una chispa era suficiente para desatar el miedo.

Se miró en el espejo de la entrada para colocarse mejor el pañuelo; se alegró de que, por fin, su pelo hubiera crecido lo necesario para poder hacerse una trenza decente y no esa cola de rata que había exhibido hasta entonces.

Se estaba preguntando qué retendría al galeno cuando oyó relinchar a *Quercus*, que estaba atado en la calle. Inmediatamente después tocaron a la puerta. Al abrirla encontró a don Bernardo, que esperaba con el sombrero en la mano.

Armand ignoraba dónde iba a dormir. Recordaba perfectamente que la última noche pasada en la ciudad la curandera lo había echado de su casa. Dudaba mucho de que, tras su disculpa, ella hubiera cambiado de parecer y le permitiera regresar. En cualquier caso, prefería buscar alojamiento en otro lado.

La atracción que había sentido por ella era demasiado peligrosa. Los dos meses transcurridos habían hecho muy poco para mitigar ese deseo. ¡Cómo ansiaba conseguirlo! Quitarse esa obsesión de su cabeza; no la necesitaba y ella podría convertirse fácilmente en eso.

«Si es que no lo ha conseguido ya».

Durante el viaje no había podido dejar de pensar en la curandera. Pero se decía que era porque seguía intrigado por muchos detalles de ella y a él no le gustaba tener

enigmas sin resolver. No había nada misterioso en ello. Nada que ver con el deseo, aunque cada vez que la recordaba tuviera una erección. Eso era producto de un celibato demasiado largo. Una lástima que las pocas mujeres que había visto en el camino no le parecieran apetecibles. A todas les sacaba defectos: unas eran muy bajas; otras, demasiado pechugonas; una olía a curtidos; la otra, a pescado; la hija del tabernero era muy fea... Casi gruñó. El cabo y los soldados lo habían mirado de una manera un tanto extraña mientras subían a los cuartos superiores de las posadas para aliviarse con las mozas. No había duda: ellos sospechaban que sus gustos se inclinaban hacia los hombres.

«¡Si supieran la verdad!»

El problema era que deseaba ver a la maldita curandera en cada una de ellas, y no lo lograba.

Era una pena que fuera tan virtuosa y tan fiel a la memoria de su amado y difunto marido. De lo contrario, habrían disfrutado los dos y, probablemente, a él se le habría pasado esa obsesión.

Estaba convencido de que una vez que hubiera satisfecho ese ataque de lujuria que lo asaltaba cuando recordaba alguna parte del cuerpo de la curandera, se sentiría mejor. No podría estar siempre emulando a Príapo. No era sano, no era bueno y era tremendamente incómodo y doloroso.

«Ya estás pensando otra vez en ella», rumió malhumorado. Y se acomodó mejor en su montura para evitar roces en una parte bastante sensible de su anatomía. A ese paso quedaría lisiado de por vida.

Debía alejarse de ella. Supuso que en la casería de Ayete habría sitio para él. Si mal no recordaba, Gastón estaría allí. Siempre era bueno saludar a un viejo amigo. Con un último vistazo a la ciudad, se encaminó hacia el oeste. El cabo y los dos soldados le siguieron sin decir palabra. Si les extrañaba que hubieran cambiado el rumbo, se lo callaron.

El paseo hasta la casa de los Urrutia le había cansado, aunque no tanto como los primeros días. Pierre estaba contento con su progreso. Odiaba las muletas, pero debía utilizarlas para caminar y moverse de un lado para otro.

Al llegar, antes de llamar a la puerta, se quitó el sombrero; tras pasarse la mano por el pelo y comprobar el aspecto de sus ropas, se encasquetó el tricornio, dispuesto a esperar. Samuel le imitó, mirándole de reojo. El niño iba todos los días a jugar con los hijos del señor Rodrigo; era la excusa perfecta para que Pierre pudiera visitar a la señorita Juliana.

Enseguida, la criada de los Urrutia les abrió la puerta.

—Buen día, Serafina. ¿Están los niños aquí? —preguntó enderezándose sin la ayuda de las muletas.

La criada, asintiendo, se apartó un poco para dejarlos pasar. Tras cerrar la puerta

les acompañó hasta la sala de recibir, donde les indicó unas sillas donde sentarse. Los dos se quitaron los sombreros con presteza.

Samuel estaba tan impaciente por jugar con Martín y sus hermanos que no paraba de moverse en la silla.

—Cualquiera diría que tienes el baile de san Vito, *mon ami* —susurró Pierre.

—Es que hoy Martín me va a enseñar el arco que le regaló su padre —aseguró el niño con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Habéis visto alguna vez uno?

Sonrió ante esa efusividad que desprendía el muchachito.

—Mi hermano me preparó uno hace muchos años... —comenzó Pierre.

—¿De verdad? ¿Creéis que cuando venga me podrá hacer uno a mí también? —preguntó, esperanzado.

—No lo sé. Cuando regrese deberás preguntárselo tú. Y ahora deja de moverte tanto, que vas a desgastar los pantalones y la señora Alberta te reñirá por arruinarle el tapizado de las sillas.

Samuel estaba a punto de protestar cuando entró la señora Alberta, seguida por los cuatro niños. Pierre se levantó caballerosamente; sintió una inmensa satisfacción al ver que podía hacerlo con un mínimo de destreza. Odiaba sentirse torpe y se esforzaba por moverse con agilidad.

—Buen día, señor Boudreaux, Samuel... —saludó la mujer—. Sentaos, señor. Niños, podéis ir a jugar.

Los cinco pequeños salieron tan rápido como podían hacerlo sin correr, para que la señora Alberta no les castigase. Antes de cerrar la puerta ya estaban parlotando a toda velocidad sobre arcos y flechas. Sus voces se fueron perdiendo conforme se alejaban de allí.

—Buen... buen día, señora Alberta —saludó Pierre. Se sentó otra vez, molesto por haber titubeado al hablar.

—He pedido a Serafina que nos traiga un chocolate. Sé que a vos os gusta mucho —aseguró ella.

—He de decir... señora, que me he aficionado desde... desde que estoy aquí. —Parpadeó con nerviosismo—. Antes... apenas lo probaba.

Siempre que estaba con la madre de la señorita Juliana le ocurría lo mismo. Se trababa al hablar y le costaba hilvanar una frase completa sin titubear como un colegial. Su afán de impresionar a la mujer le estaba resultando muy difícil. Para calmarse hizo girar el sombrero entre las manos un par de veces.

—En la ciudad no podemos vivir sin él. Nos hemos acostumbrado tanto a tomarlo que, si faltara... no quiero ni pensarlo. —Negó con la cabeza efusivamente—. No comprendo cómo en otros lugares pueden estar sin él. Procuero que mi despensa esté siempre bien provista. Eso ha evitado que durante el asedio me viera privada de tan exquisito manjar.

Pierre, pensando en el paradero de la señorita Juliana, se tragó un suspiro. Preguntárselo directamente a la madre era impensable, pero la incertidumbre lo

estaba matando. ¿Sería posible que hubiera salido y no se encontrara en la casa? ¿Y si no regresaba antes de que él y Samuel se fueran?

Hasta ese día siempre había estado en la casa cuando él iba de visita. Tal vez se hubiera cansado de hablar con él...

—Y... decidme, señor Boudreaux, ¿sabéis algo de vuestro hermano? —indagó la señora, sobresaltándolo—. ¿Cuánto tiempo hace que se marchó?

—Ya hace dos meses, *madame* —se apresuró a responder, apretando los dientes al comprender el porqué de ese interés. Notó el rubor que se extendía por toda su cara. Podría haber apostado a que tenía las orejas como dos tomates maduros—. No he recibido ninguna carta suya, pero no es de sorprender: habrá estado muy atareado yendo de un sitio para otro. Imagino que no tardará en regresar...

Por momentos deseó que Armand no regresara en una buena temporada. Era evidente que la señora Alberta apuntaba a su hermano como futuro yerno. Y él no tenía nada que hacer ante eso. ¿Cómo reprocharle que prefiriese un marido para su hija con todas sus partes intactas a un lisiado?

Amargado por su situación, bajó la cabeza y se sumió en contemplar los dibujos de la alfombra. Presentía que la tarde se le iba a hacer muy muy larga.

Camila, en la buhardilla, reponía en su cesta de remedios las plantas que había consumido. Le gustaba tenerla siempre repleta por lo que pudiera necesitar, pero el día había sido muy ajetreado y apenas le quedaban en la cesta.

Se sentó un rato con la vista perdida en las vigas del techo. Estaba cansada, pero se sentía satisfecha con la labor de esa jornada. Primero habían ido hasta el caserío Mendiola para ver a Martzelin. El niño estaba lo suficiente curado como para retirarle el entablillado. Debería hacer ejercicio para volver a fortalecer la pierna, aunque eso no era problema para un muchachito tan inquieto. Sus padres no podían estar más agradecidos por la resolución de la caída; en muchas ocasiones, accidentes así terminaban con una amputación. Ver que no era necesario les tenía impresionados y felices. No tenían más que palabras amables y de agradecimiento para don Bernardo y para ella.

Después se acercaron a los caseríos que estaban cerca del pasaje de San Pedro. Atendieron bronquitis, una quemadura y dolores varios. El don se había manifestado cada vez que tocaba a un paciente; de esa manera lograba determinar con rapidez la enfermedad que le aquejaba. Era particularmente efectivo en los niños de corta edad, los cuales, la mayoría de las veces, no eran capaces de explicar dónde o cómo les dolía. Al sentir el mal en su propio cuerpo, Camila podía diagnosticarlo con certeza.

No sabía si era así como lo había sentido su padre. Nunca hablaron de ello y ella no le preguntó. Tal vez porque, en vida de don Arturo, a ella jamás se le pasó por la imaginación que pudiera ser la siguiente portadora del don. En ciertos casos el don se había saltado una generación. Solía ocurrir cuando el portador moría a edad

avanzada, dejando un nieto o nieta lo bastante mayores como para asimilarlo. Sea como fuere, debería haberse interesado más. Ahora tendría más datos y no se encontraría tan perdida.

Atender a los pacientes de esos caseríos les llevó toda la mañana y las primeras horas de la tarde. Cuando regresó a su casa empezaba a declinar el día.

Pierre y Samuel no estaban allí. Sospechó que habrían ido a la casa de los Urrutia. Era un placer saber que el niño tenía amigos con los que jugar. Cada tarde venía contando las aventuras que habían disfrutado. Era tal su alegría y efusividad que hacía imposible creer que no hubiera vivido siempre igual.

En ese momento llamaron a la puerta de la buhardilla.

—Adelante —dijo, antes de levantarse de la silla—. Buenas tardes, Rodrigo —saludó cuando éste abrió la puerta.

El hombre entró en la estancia y se quitó el sombrero. Se lo veía muy elegante y atractivo. Aún lucía ojeras, pero empezaba a tener mejor color; incluso ya no parecía tan triste.

—Buenas tardes, Camila. He venido con el señor Pierre y con Samuel. Juana me dijo que estarías aquí.

—Estaba preparando la cesta para mañana. ¿Qué tal estás?

—Bien. En realidad, quería hablarte de algo... —anunció nervioso, sin dejar de dar vueltas al sombrero.

—Anda, siéntate y me lo cuentas. Parece algo importante.

Rodrigo obedeció. Primero sujetó el sombrero en su rodilla derecha, después lo pasó a la izquierda y seguidamente le dio vueltas de un lado para otro sin dejar de mirarlo. Era evidente que estaba alterado. Levantó la vista para clavar sus ojos castaños en ella. Camila sonrió, esperando a que se decidiera a hablar. No tuvo que esperar mucho, ya que su amigo, muy entusiasmado, se lanzó a relatarle lo que había hecho.

—¿Recuerdas que te conté que quería abrir una cantina? ¿Que, incluso, ya había encontrado el local adecuado? —preguntó y, sin esperar respuesta, continuó—: Pues hoy he ido al notario a firmar las escrituras de ese local. Estoy deseando empezar a prepararlo... Me siento eufórico. Deberías verlo... Es muy grande y luminoso. —Gesticuló con las manos para dar más énfasis a sus palabras—. Tiene un patio interior con un roble en medio. Me imagino varias mesas debajo... —Calló un instante, la mirada ensombrecida. Las manos abiertas sobre la mesa. Se las miró, absorto—. Cómo me gustaría que lo viera Jacinta. No sabes cuántas veces imaginó nuestra cantina.

—Me habló de ella. Estaba deseando abrirla. —La curandera le apretó la mano—. No te preocupes; ella estará contenta por ti. Es bueno que abras esa cantina. Estoy segura de que te irá bien.

—Gracias, Camila. No sabes cuánto agradezco tus palabras. —Sonrió y sus ojos avellanados sonrieron también—. Me gustaría enseñártelo. Ahora está muy sucio,

pero en cuanto lo limpie me gustaría que lo vieras... ¿Vendrás?

Por momentos su actitud radiante le recordó al antiguo Rodrigo; al que conocía desde niña.

—Por supuesto que sí. Después de cómo me lo has descrito, no veo la hora de ir a verlo con mis propios ojos. Me alegro mucho por ti —añadió. Con un último apretón, le soltó la mano.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Pierre un tanto malhumorado; luego, con desgana, se sentó a la mesa de su cuarto.

—Esta mañana —respondió Armand alzando una ceja—. ¿Son cosas mías o detecto una cierta animosidad? ¿No te alegras de verme, *mon frère*? —Se acercó a la ventana y observó la luna menguante. Un halo alrededor y el brillo intenso de las estrellas vaticinaban que esa noche sería particularmente fría; por la mañana, el agua de los abrevaderos tendría una capa de hielo.

—No es eso... es... —Agitó la mano con desgana—. ¡Bah! Olvídalo, no es nada.

Armand dejó de mirar por la ventana y se sentó a la mesa al lado de su hermano. Desde su llegada lo encontraba afligido y, en algunos momentos, hosco. No sabía qué le estaba ocurriendo, pero estaba seguro de que le pasaba algo.

Él, en cambio, estaba contento de volver a verlo. Pierre había ganado peso y se lo veía saludable; brusco, pero saludable. Llevaba el pelo un poco más corto y los mechones rojizos brillaban con la luz de los candiles que había sobre la mesa. Lo vio pasarse la mano por el cabello una y otra vez, irritado, hasta dejarlo casi de punta.

—¿Qué te sucede? —preguntó, preocupado—. ¿Te duele...?

Pierre no le respondió. Justo cuando Armand pensaba que no lo iba a hacer, le habló.

—No, no me duele la pierna. —Apretó los labios—. ¿Has amado a alguien alguna vez sabiendo que es una pérdida de tiempo, que ella nunca te corresponderá? —Su mirada azul estaba ensombrecida por la desilusión.

«Así que es eso», pensó Armand.

—¿Estamos hablando de la señorita Juliana?

—¿De quién si no? —masculló Pierre con sarcasmo. Se golpeó la frente con el puño—. No me quiere. Tanto su madre como ella tienen puesta la mira en ti.

—Eso no puede ser verdad, *mon frère*. Apenas he cruzado un par de frases con ella. Estoy seguro de que estás equivocado —aclaró Armand, molesto por la situación.

—Esta tarde he ido a su casa con Samuel...

—¿Con Samuel? —le cortó intrigado—. Desconocía que el niño se aventurase fuera de aquí.

Pierre frunció el ceño, como si no comprendiese a qué se estaba refiriendo su hermano, y se alzó de hombros.

—Desde hace un mes le acompaño todas las tardes a la casa de los Urrutia, para que juegue con los hijos del señor Rodrigo. Es un arreglo que a mí me viene muy bien: por un lado hago ejercicio y por el otro tengo una excusa perfecta para visitar a la tía de los niños. Claro que sería fabuloso que dicha tía se interesase por mí, no por mi querido y gallardo hermano —terminó con acritud.

—No me has contado qué ha ocurrido esta tarde —le acicateó Armand.

—Hoy ella no estaba. La he esperado en vano. He aguantado una conversación tonta y banal con su madre para hacer tiempo y poder verla, pero ha sido inútil: ella no ha venido —dijo amargamente.

—¿Dónde estaba?

—Creo que ha ido a visitar a su hermana...

—Bueno, y eso ¿qué tiene que ver conmigo? —indagó extrañado.

—Su madre me ha preguntado por ti. Quería saber si tenía noticias tuyas y cuándo ibas a regresar... —Frunció el labio para mostrar el desagrado que sentía—. Es evidente que, en cuanto sepa que has vuelto, intentará echarte el guante.

Armand ahogó una carcajada con un fuerte carraspeo. Veía a su hermano tan abatido que no quería enfurecerlo más.

—¿Y qué ha sido de tu eterno optimismo?

—Supongo que me lo amputaron junto con la pierna. —El sarcasmo estaba a la altura de su malestar—. Lo siento, *mon frère*, pero no me siento con ganas de ser optimista. Por otro lado, no tengo muchos motivos para serlo, ¿no crees?

—¡Estás vivo! No muchos pueden decir eso —sentenció Armand, serio—. No eres el primero al que le amputan una pierna. Muchos antes que tú han sufrido la misma suerte y han salido adelante sin problemas. Eres afortunado, aunque tú te obstines en negarlo. —Le palmeó la espalda para darle ánimos—. Mañana la verás.

Al oír que alguien subía corriendo por las escaleras, se quedaron escuchando. Enseguida se abrió la puerta de la habitación y una mancha borrosa cruzó el cuarto para abalanzarse contra Armand.

—¡Capitán, capitán! ¡Habéis vuelto! —exclamó Samuel, sin soltarse del cuello—. He visto a *Ange Noir* en la cuadra y me he puesto tan contento... Tenía ganas de que vinierais. El señor Pierre me ha dicho que, cuando él era pequeño, le hicisteis un arco. ¿Creéis que todavía os acordáis de cómo se hace uno? ¿Me haríais uno a mí? Martín tiene uno muy bonito...

Armand, incapaz de aguantar un instante más, soltó una carcajada y abrazó al muchachito, que no dejaba de parlotear. Sí que había cambiado, el chiquillo... Incluso le veía más alto. Quizá sólo era que no estaba atemorizado como antes, pero el caso es que se lo veía mucho mayor. Y, sobre todo, más alegre.

—Sí, aún me acuerdo de cómo se hace un arco. —Le revolvió el pelo—. Tendremos que ir a buscar lo necesario...

—¿Cuándo? ¿Cuándo? —le cortó Samuel, saltando de un pie a otro—. ¿Mañana?

—No lo sé... —La desilusión se pintó en la cara del niño—. Haremos una cosa:

en cuanto tenga un rato libre vendré a buscarte y nos vamos a buscar los materiales, ¿te agrada?

—¡Sí! —gritó entusiasmado, y volvió a abrazarlo con fuerza—. Subiré a decírselo a mi madre.

Antes de que pudiera preguntarle nada, Samuel había salido corriendo del cuarto y oían sus pasos apresurados por la escalera.

—¿Su madre? —inquirió, confundido.

—Doña Camila. Lo adoptó hará poco más de un mes —le aclaró Pierre—. Él la llama madre.

Asintió con la cabeza sin saber qué decir. Se alegraba de que ella se hubiera decidido a adoptar al pequeño.

«*Probablemente sea el único hijo que llegue a tener*». Las palabras de la curandera regresaron a su memoria; por un breve instante se apenó por ella. Por extraño que pareciera, sentía que ella sería feliz con un montón de hijos alrededor.

Era una lástima que siguiera tan fiel a la memoria de su difunto marido; habría sido una buena madre.

—¿No dices nada? —preguntó Pierre, mirándole a los ojos—. ¿Acaso te molesta que lo haya adoptado?

—¿Por qué habría de molestarme? Hace tiempo ella me comentó que pensaba hacerlo. Y me alegro de que por fin se haya decidido.

—¿Son conjeturas mías o hay un «pero» implícito en tus palabras? —indagó Pierre, suspicaz.

—No hay ningún «pero» —se defendió, incómodo—. Quizá me cueste imaginarla sola el resto de su vida.

—¿Por qué? Tú piensas hacer lo mismo; ¿qué diferencia hay? —Como Armand no le contestara, siguió hablando—: De todos modos, no creo que se quede sola...

El capitán esperó a que continuara. Su hermano, en cambio, decidió considerar las vetas de la madera de la mesa más interesantes que lo que iba a decir, pues se quedó mirándolas como si no hubiera nada más importante. Armand siguió esperando, pero al ver que Pierre no tenía la menor intención de seguir, apretó los dientes.

—*Sacre Dieu!* ¿No vas a terminar de contar lo que estabas diciendo? —masculló. Ante la sonrisa ufana de su hermano, estuvo a punto de lanzarse contra él—. Lo estás haciendo a propósito.

—Claro, no sólo yo voy a sufrir. Vale, vale, te lo cuento —añadió a todo correr al verle incorporarse en la silla—. Decía que no creo que doña Camila se quede sola porque desde hace un tiempo pasa muchos ratos con el señor Rodrigo. De hecho, ahora está con ella en la buhardilla...

Armand trató de que los celos que le atravesaban no fueran evidentes para su hermano, quien seguía hablando ajeno a su malestar. No necesitaba que él se burlara todavía más. No quería pensar ni imaginar. Sintió unas ganas irreprimibles de subir y ver con sus propios ojos qué estaban haciendo allí. Le volvió a la mente la imagen de

la curandera sentada en el suelo, con la cabeza del tal Rodrigo sobre su regazo. *Non!* No quería pensar en ello.

—... y su suegra quiere que se vuelva a casar —terminó Pierre.

«¿Qué está diciendo?»

—¿Quién se tiene que casar?

—¿No has oído lo que te he dicho? No. Es evidente que no te has enterado de nada. —Pierre hizo un gesto de desgana—. La suegra del señor Rodrigo; quiere que se case. Los cinco niños necesitan una madre. Ahora los están cuidando entre ella y la señorita Juliana, pero ese arreglo no puede durar indefinidamente...

—¿Y qué tiene eso que ver con la curandera?

—Mira que estás espeso, hermanito —diagnosticó, más animado—. Creo que la elegida es doña Camila.

A punto de negar esa posibilidad, por el vano de la puerta, entró el crujir de los escalones. Instantes después, Samuel volvió como una tromba al dormitorio, seguido esta vez por la dueña de la casa y el señor Rodrigo.

Ella vestía de negro, como siempre, pero ese vestido, al contrario que los otros, le sentaba muy bien. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo y varios mechones rizados le rozaban la cara. Su hermosura le hizo gemir por dentro. Camila sonrió al entrar, con esa sonrisa de labios plenos; Armand se inclinó en un saludo para no seguir mirándola, embobado. Evidentemente su deseo por ella no había disminuido como él pensaba. Por el contrario, estaba muy lejos de eso. *Diable!*

—Veo que ya habéis regresado, capitán Boudreaux. ¿Qué tal os ha ido el viaje? —preguntó la curandera.

—Muy bien, señora. —Se le había secado la boca. ¿Desde cuándo ella tenía esas curvas?

—Me alegra, capitán. ¿Os... os alojaréis con nosotros o...?

¿Eran cosas suyas o la joven estaba nerviosa? Sintió satisfacción al pensar que ella también se alteraba en su presencia. Tal vez recordase que lo había echado de la casa y se azorase por la situación. ¿Creería ella que tenía intención de obligarla a alojarlo?

—No debéis preocuparos, señora —se apresuró a tranquilizarla—. He encontrado acomodo en la casería de Ayete. Ya no hay problemas de alojamiento para los soldados —aclaró, mirando de soslayo al señor Rodrigo.

Ella bajó la vista, ruborizada, e inmediatamente volvió a mirarle con aquellos ojos ambarinos que cortaban el aliento. ¿Había suspirado?

—Perdonad mi descortesía, capitán. Aunque os conocéis, nunca habéis sido presentados formalmente —se disculpó ella. Y procedió a presentarlos.

Los hombres inclinaron la cabeza a modo de saludo. Durante un instante nadie dijo nada, como congelados en el tiempo.

—El capitán me va a hacer un arco —barbotó Samuel rompiendo el silencio.

Como si de una señal se tratara, todos volvieron a moverse, saliendo del hechizo.

—Es la hora de cenar. Rodrigo, ¿te quedarás? —preguntó doña Camila mirando al viudo.

—No, gracias, Camila. Mi suegra y mi cuñada me esperan junto a los niños para cenar y ya se ha hecho tarde —se disculpó el hombre con presteza—. Ha sido un placer conoceros, capitán; Samuel habla mucho de vos. —Inclinó la cabeza antes de salir de la habitación.

—Y vos, capitán, ¿cenaréis con nosotros?

Ahogó un suspiro de satisfacción. Ya pensaba que no se lo preguntaría nunca.

—Si no es mucha molestia... estaré encantado.

—Madre, ¿ya te he dicho que el capitán me va a hacer un arco? —preguntó Samuel con los ojos brillantes de felicidad.

—Sí, unas... —doña Camila fingió contar—, unas doce o trece veces —contestó riendo.

Armand no pudo evitar fijarse en lo hermosa que estaba cuando reía. ¿Eran cosas suyas o había cambiado mucho desde que la viera por última vez? Ahora se la veía más alegre, como si la maternidad le diera todo aquello que había anhelado. Tal vez era la posibilidad de casarse con el señor Rodrigo lo que ponía ese brillo en sus ojos. ¡No! Ella le había dicho que no quería volver a casarse. Seguía enamorada de su difunto esposo.

Bebió otro sorbo de la sidra con la que habían regado la cena y jugueteó con los reflejos que hacía el vaso sobre el mantel. ¿Habría cambiado ella de opinión y ahora deseaba casarse? Se le contrajo el vientre sólo de pensarlo. Para su sorpresa, no le gustaba nada esa posibilidad.

—¿Pasaste por Auvernia? —La voz de su hermano le sacó de sus reflexiones.

—No. Preferí no ir a visitar a nuestros padres. Ya sabes que nunca pude mentirles y temí que me sonsacaran lo que te ha pasado —explicó mirando a Pierre—. Creo que es mejor que se enteren cuando regreses...

El joven apartó la mirada, pero no antes de que Armand pudiera ver que se le había ensombrecido. Era evidente que los sentimientos por la señorita Juliana eran más fuertes de lo que había pensado en un principio; su hermano estaba profundamente enamorado.

—¿Tienes pensado volver? —indagó con suavidad—. ¿O prefieres quedarte?

—Tengo que regresar a Auvernia, por supuesto. ¿Qué podría hacer aquí un lisiado como yo? —contestó con rabia. Luego, percatándose de que no estaban solos, miró sonrojado a la curandera—. Lo siento mucho, doña Camila.

—No os preocupéis, Pierre —sonrió ella—. Hay muchas cosas que se pueden hacer sin necesidad de tener las dos piernas. Os sorprendería saber cuántas. Aún quedan natillas, ¿os apetece otro poco, capitán? —preguntó para cambiar de tema. Armand comprendió que ella se había dado cuenta del malestar de Pierre e intentaba

suavizar el ambiente.

—No, gracias, señora. He cenado mucho.

—Yo sí quiero, madre —aseguró Samuel tendiéndole el cuenco vacío.

—Tú siempre quieres más, pequeño goloso —le amonestó con evidente cariño antes de servirle otra ración—. Entonces, capitán, el viaje os ha ido bien. No encontrasteis ningún contratiempo.

Armand la vio dejar la cuchara de servir sobre la fuente del postre y luego llevarse a la boca uno de los dedos, manchado de natillas. No pudo evitar mirar fascinado cómo se adaptaban sus labios a la forma del dedo y notó un tirón en la ingle. ¿Sería consciente de lo seductora que estaba de ese modo?

Ella se sonrojó furiosamente al descubrir que era observada. No, no lo era. Nadie podía ruborizarse a placer.

—Lo... lo siento, capitán. Sé que... que no es decoroso, pero es que las natillas son uno de mis postres favoritos —alegó, colorada hasta las orejas.

—No os preocupéis —masculló molesto por lo que Camila despertaba en él. *Mon Dieu!* Debía buscarse una mujer lo antes posible—. Seguimos el itinerario sin problemas pese a la lentitud con la que avanzábamos —relató, buscando una manera de distraer su atención de la joven—. Fue una suerte que en esos días no nevara; de lo contrario nos habríamos visto en serias dificultades. La vuelta ha sido mucho más rápida —aclaró, satisfecho por poder hablar con ella. Lo había echado de menos, más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Cuántos heridos llevasteis a su casa, capitán? —preguntó Samuel.

—Treinta soldados.

—¿Estaban muy malheridos? —indagó, expectante.

—Samuel, no molestes al capitán —le amonestó doña Camila.

—No os preocupéis, no me molesta —aseguró, sincero, y procedió a contarle los pormenores del viaje. Cualquier cosa por alargar su estancia en la casa y por cambiar de rumbo sus lujuriosos pensamientos.

La mañana estaba siendo particularmente fría. Camila se arrebujó mejor entre la ropa de cama, robando un momento más de aquel dulce calorcillo, antes de levantarse. Esa noche había helado. Su aliento formaba nubes de vapor al salir de la boca. Realmente hacía frío en la habitación y le estaba dando mucha pereza abandonar el lecho.

Ese día no tenía ninguna visita programada con don Bernardo; por lo tanto, podía remolonear un poco más. Justo cuando decidió hacer justamente eso, oyó ruidos en la cocina: Juana ya estaba levantada. Entonces se avergonzó de pretender quedarse más tiempo en la cama cuando la anciana sirvienta trajinaba junto al fogón.

Con un suspiro retiró las sábanas; se levantó para lavarse lo más rápido posible y empezar a vestirse antes de que se le escarchara todo el cuerpo. El agua del aguamanil, fría como un témpano, le activó la circulación y la puso en movimiento.

Una vez aseada y vestida, aguzó el oído para comprobar si Samuel se había levantado ya o seguía durmiendo. Sonrió con cariño; al recordar la noche anterior estuvo a punto de soltar la carcajada. El niño había estado de lo más parlanchín con el capitán y con Pierre. Sin duda, la llegada del oficial le había alegrado. ¿Cómo reprochárselo, si ella recordaba perfectamente el vuelco que le había dado el corazón al verlo en el cuarto de Pierre? Y eso, aun sabiendo que estaba allí, pues Samuel se lo había comunicado poco antes.

No quería dar importancia a la decepción experimentada al saber que tenía otro alojamiento. Le habría gustado que siguiera en la casa, pese al hecho de que eso desataría todo tipo de rumores.

«Deja de pensar tonterías; cualquiera podría pensar que estás interesada en él».

Acalló la voz de su conciencia dedicándose a arreglar su habitación. No le gustaba pensar en eso, pero le resultaba imposible no hacerlo.

Durante la cena no había podido dejar de admirar el porte del capitán galo. El uniforme le daba una apostura imponente. Los nervios por tenerlo de nuevo en casa le impidieron comer.

Cuando se acercó, caballeroso, a sujetarle la silla para que ella se sentara, se sorprendió de haber olvidado lo alto que era. Daban ganas de apoyarse en él.

«No pienses bobadas».

Samuel le asaeteó con mil y una preguntas de todo tipo; ella hubo de llamarle la atención varias veces para que no siguiera molestando al capitán, pero el oficial, restándole importancia, se las respondió con claridad y sin problemas. Ese hombre debería haber tenido hijos; evidentemente sabía tratarlos. Y con Samuel era cariñoso. No cualquier hombre habría aceptado compartir la mesa con el hijo de una prostituta, por mucho que éste hubiera sido adoptado. Eso hablaba muy bien del capitán

Boudreaux.

Decididamente debía dejar de pensar en él.

Juliana vigilaba a sus sobrinos, que jugaban en la playa. Lucía el sol y eso contribuía a que el frío no fuera tan intenso. En las zonas en sombra aún se veían los restos blanquecinos de la helada que, a primeras horas de la mañana, lo había cubierto todo.

Los niños correteaban, asustando a las gaviotas que se atrevían a posarse en la arena y obligándolas a levantar el vuelo entre graznidos.

Se mordió el labio inferior, preocupada por que su estratagema no tuviera éxito. La actitud de Pierre la tenía confundida. Todos los días iba de visita con el pretexto de acompañar a Samuel. Hablaban de cosas sin importancia bajo la atenta mirada de su madre, que no perdía detalle. Él le dedicaba miradas de soslayo que la confundían aún más, pues no sabía cómo interpretarlas.

Añoraba aquellas partidas de damas y de ajedrez. Desde que dejara de visitarlo no habían vuelto a jugar una partida. Más que el juego en sí, lo que añoraba eran esas conversaciones a solas con él.

El día anterior se había hecho la fuerte y a la hora en la que solía llegar Pierre con el niño se marchó a casa de su hermana. Necesitaba pensar. Quería confiarle a Hilaria sus sentimientos por el joven galo.

Si bien era cierto que había comenzado las visitas por ver al capitán Boudreaux, poco a poco el objetivo de dichos encuentros terminó siendo el hermano. No sabía cuándo se produjo el cambio y tampoco le importaba; el hecho era que quien le interesaba de verdad, de quien se había enamorado, era de Pierre Boudreaux. Y el muy tonto lo ignoraba.

Su hermana le había propuesto que fuera a pasear por la playa. Su madre se negaría a ir, pero permitiría que ella fuera por el bien de los niños. Cuando Pierre apareciera con Samuel, su madre no tendría más remedio que decirle dónde estaba y... Pero algo no estaba saliendo bien: Pierre no había aparecido por allí y a ella se le estaban helando los pies, parada frente al agua como un mascarón de proa.

Tal vez Pierre no se sintiera a gusto caminando por la arena.

—¡Qué insensible eres! —se reprochó—. Seguro que no se siente capaz de caminar por la playa con las muletas...

Molesta por no haber considerado esos detalles, golpeó una caracola con la punta de la bota. Era una idiota; por esa tontería se quedaría sin verle por segundo día consecutivo. Debería haberlo pensado antes.

—¡Samuel!

El grito de sus sobrinos la sobresaltó y dio un respingo que la hizo trastabillar en la arena. En el último momento recuperó el equilibrio, con lo que evitó dar con su trasero en el suelo. Los niños corrían como locos hacia las dos figuras que se

acercaban caminando desde las murallas.

Notó que se ruborizaba; el corazón empezaba a latirle a un ritmo desbocado. ¡Pierre!

«Gracias, Dios mío», rezó en silencio; con una sonrisa bobalicona y temblorosa se dispuso a esperarlo.

Él caminaba con dificultad por la arena blanda; Juliana le vio dirigirse a la orilla, buscando la estabilidad de la arena húmeda. El pelo rojizo, que asomaba bajo el sombrero, se agitaba con la brisa marina. Las mejillas, sonrosadas por el frío y el esfuerzo. ¡Qué guapo era!

Ella apretó las manos contra la cadera y esperó, impaciente, a que él llegara a su altura. Los niños ya corrían como locos, sin más problemas que evitar mojarse los zapatos con las olas que lamían la orilla. Se retorció las manos a la espalda, incapaz de quedarse quieta.

—Buenas tardes, señorita Juliana. Vuestra madre me dijo que hoy habíais venido a la playa... —murmuró él, nervioso.

—Los niños... necesitaban un poco de aire fresco —aclaró—. ¿Qué tal estáis hoy?

—¡Ah! Muy bien, dadas las circunstancias.

Los dos se quedaron callados, mirando a los chiquillos. Pierre se quitó el sombrero y le dio varias vueltas entre las manos antes de volvérselo a poner. Ella se sujetó un mechón claro que se le había escapado de la trenza; ahora que lo tenía allí no sabía qué decirle.

—Ayer regresó mi hermano... —anunció Pierre, la mirada puesta en el horizonte.

—No lo sabía. ¿Qué tal está? —preguntó por cortesía—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Parece ser que sí...

—¿Qué hacíais antes de alistaros? —le cortó, con los ojos clavados en él.

Durante un parpadeo, Pierre la miró con la boca abierta. La cerró y la volvió a abrir como si fuera a decir algo, pero no lo hizo.

—Si os he incomodado lo siento. Me preguntaba si, ahora que ya no sois soldado, podríais volver a vuestro antiguo trabajo, cualquiera que haya sido. —El rubor cubrió el rostro de la muchacha de una manera adorable. Era tan hermosa que le dolía el corazón con sólo mirarla.

—No os preocupéis por ello. Es simplemente que me ha sorprendido vuestra pregunta. En realidad ayudaba a mis padres en la granja y daba clases a los niños de la aldea. Supongo que volveré a hacerlo cuando regrese... —¿Eran cosas tuyas, o la mujer había palidecido de repente? Tal vez pensaba que su hermano regresaría también—. Mi hermano seguirá en la ciudad hasta que Berwick decida lo contrario —se apresuró a tranquilizarla—. No debéis temer que se marche pronto —añadió entre dientes.

—¿Y por qué debería temer que se fuera? El capitán Boudreaux no es nada para mí —replicó levantando la barbilla.

—Lo siento, señorita Juliana. Pensé... pensé...

—¿Qué es, si puede saberse, lo que pensasteis? —preguntó, la mandíbula apretada.

—Perdonad mi torpeza. Pensé que mi hermano os agradaba.

—Por supuesto que me agrada; ¿por qué no? No es mal parecido. Es caballeroso y serio. Pero no me agrada más que otros, si es lo que insinuabais. —Los ojos avellanados, brillantes por el enfado. Realmente estaba preciosa.

—Creo —bajó la mirada al suelo—, creo que he interpretado mal vuestro...

—¿Mi qué? Vamos, hablad de una vez.

—Os habéis puesto pálida cuando he dicho que mi hermano tendría que regresar...

—Estáis equivocado, señor, no me habéis dicho que vuestro hermano fuera a marcharse —barbotó ella—. Me habéis dicho que... ¡Vos regresaríais a vuestra granja!

—¿Cómo? —atinó a preguntar, anonadado—. ¿Me estáis diciendo que mi hermano... que no estáis interesada en mi hermano?

Juliana negó con la cabeza y frotó la arena con el zapato. Tenía las manos entrelazadas en la cintura; habría parecido serena de no ser porque sus nudillos estaban blancos de tanto apretarlos.

—No entiendo... ¿Acaso no os dais cuenta de que estoy lisiado? —La pena y la rabia se mezclaban en su voz.

Juliana se acercó un paso hasta quedar prácticamente a un palmo y le dio golpecitos con el dedo índice en el pecho. Pierre se afianzó con las muletas para no caer atrás en la arena.

—¿Sois obtuso o lo estáis haciendo deliberadamente? ¿He de escribirlo para que lo comprendáis mejor? ¡Virgen santa! ¿Es que, por ventura, toda vuestra hombría, vuestro orgullo, vuestra sabiduría, vuestro corazón, estaban en ese pie y sin él no sois nada? No sé qué he podido ver en vos... —Furiosa, se dio la vuelta para alejarse de él—. ¡Niños! Nos vamos.

—¿Ya? Pero si Samuel acaba de llegar... —protestaron sus sobrinos a coro.

—Os veréis mañana —dijo sin perder la calma.

—Señorita Juliana, os ruego que me perdonéis. No me acostumbro a verme sin una pierna y, por ende, me cuesta imaginar que alguien pueda ver algo más que un lisiado cuando me mira —reconoció, avergonzado.

—Pues entonces sois más tonto de lo que creía —masculló sacudiéndose unas inexistentes manchas de arena de la falda.

—Yo... yo os amo, Juliana. Tanto que me duele el alma, pero no puedo ofreceros gran cosa. Miradme... —Abrió los brazos, dejando que las muletas cayeran a ambos lados, y se quedó allí, de pie, frente a ella con los ojos brillantes—. Sólo soy...

—Si volvéis a repetirlo, os atizaré con una de vuestras muletas. Os he contado que a mi padre le faltaba una pierna y jamás le oí quejarse por ello. Trabajó en el

caserío como uno más hasta que murió. Es posible que vuestras quejas obedezcan más al miedo a hacer algo que a no poderlo hacer. Pensadlo un poco mientras os lamentáis por vuestra pierna; quizá descubráis la verdad. —Lo miró de arriba abajo, condescendiente, antes de volverse a sus sobrinos—. Vamos, niños; cuando lleguemos os haré un chocolate. Samuel, puedes venir, si quieres. Hasta otro día, señor. —Inclinó la cabeza a modo de saludo; luego, con garbo, comenzó a alejarse por la playa seguida de los cuatro chiquillos.

—¿No te vas con ellos? —preguntó Pierre a Samuel, al ver que permanecía a su lado.

—No quiero dejaros solo, señor —declaró el niño, muy serio, antes de recogerle las muletas de la arena.

Pierre no quitó ojo a la figura que se alejaba con la majestuosidad de una reina. Se sintió estúpido por dejarla marchar después de su declaración. Si las circunstancias fueran otras, estaría de rodillas rogándole que se casara con él. En las presentes, era imposible. No podía condenar a una joven tan magnífica a vivir con un lisiado que no tenía nada para ofrecerle. Saber que ella sentía algo por él era tan maravilloso como lamentable por lo incorrecto.

Un jinete se aproximaba; al llegar junto a la joven se paró y le dedicó unas palabras. Era el capitán Gastón Bonnet, su cabello rubio era inconfundible. Pierre reconocía que no tenía derecho a sentir celos, pero aguantó la respiración hasta que el oficial reanudó la marcha para acercarse a él, que seguía parado en el mismo lugar. El alma le sangraba por dentro.

Armand, sentado frente a Gastón, tamborileaba con los dedos sobre el mantel a la espera de que les sirviesen la cena. Otros seis oficiales ocupaban la gran mesa y se entretenían en una animada conversación en la que no participaban ni Gastón ni él.

El comedor de la casería de Ayete era amplio y estaba muy bien iluminado por varias arañas cuajadas de velas. El cocinero no destacaba por su habilidad, pero sus preparados eran, cuanto menos, comestibles.

—He visto a Pierre... —comenzó Gastón; después se recostó en el respaldo de la silla con aire indolente—. Ciertamente... estaba en la playa con el niño de doña Camila.

—No sabía que era capaz de caminar por los arenales. Me alegra saber que va mejorando —dijo Armand con una sonrisa—. Ayer le vi mucho más ágil. Me preocupa su carácter, tan distinto a lo que él era. Está enfurruñado. A veces puedes atisbar el bromista que fue, pero la mayor parte del tiempo es su antítesis.

—*Mon ami*, de eso te quería hablar. —Gastón abandonó el respaldo para acodarse en la mesa. Su cara, provisionalmente seria—. Primero he visto a la señorita Juliana. Iba como si se la llevasen los demonios. O como si quisiera tener un encuentro con ellos. —Guiñó un ojo, sonriendo de medio lado—. No sé qué les ha ocurrido. —Se

golpeó un lado de la nariz para dar énfasis a lo que estaba diciendo—. Pero sus desavenencias eran evidentes.

—¿Qué te hace pensar algo así? —Visiblemente interesado.

—Pierre era la misma imagen de un condenado a muerte y ella... Debo admitir que me habló con cordialidad, mas sus ojos echaban chispas. ¿Qué crees que les haya podido pasar?

—No lo sé. Hoy no he visto a Pierre. Ayer, ya te he comentado, estaba enfadado y deprimido. Se siente inútil por lo de la pierna. No dejo de recordarle que... —Golpeó la mesa con un puño. Los otros oficiales se volvieron para ver qué sucedía—. No es nada —les dijo; los hombres continuaron con su conversación—. ¿Por qué tuvo que sucederle a él? ¿Por qué no a mí? Odio lo que le ha pasado y comprendo su pesar, su desolación. Sólo tiene diecinueve años. *Sacre Dieu!*

Se pasó una mano por la cara.

—Culparte no llevará a nada. Pierre debe aprender a vivir y no dudo de que lo conseguirá. No puede haber cambiado tanto. —Negó con la cabeza—. Su optimismo era legendario. No he conocido a alguien tan alegre y extrovertido. Salvo a ti. *Mon ami*, recuerdo que tú también eras más agradable antes de casarte...

—No empieces otra vez con eso. Estábamos hablando de mi hermano; deja en paz mi vida —le amonestó Armand con el ceño fruncido.

—Bien parecería que es cosa de los hermanos Boudreaux, eso de volveros ceñudos y desagradables con la edad —vaticinó Gastón, mostrando los hoyuelos.

—Gastón, si quieres conservar ese bello rostro para seguir atrayendo a las féminas, te rogaría que dejases de provocarme innecesariamente —le amenazó, tormentosa la mirada.

El interpelado levantó las manos, rindiéndose.

—Precisamente... después de cenar he de encontrarme con una dama viuda que...

—*Dieu!* ¿Es que nunca descansas?

—Ya tendré tiempo cuando me muera. Mientras tanto... —insinuó el oficial, con su eterna sonrisa y un brillo diabólico en los ojos.

El local era tal y como le comentara Rodrigo: enorme y luminoso. Aún quedaban por limpiar algunas zonas y retirar algún que otro escombros, pero ya se podía imaginar cómo quedaría. Camila se paseó, admirándolo todo y tratando de vislumbrar el resultado final.

El suelo de madera, en buenas condiciones, se extendía por todo el local. Las paredes de piedra tenían restos de pintura descascarillada; sin duda necesitaban un buen enlucido. Un par de chimeneas, en esquinas opuestas, caldearían el lugar. En el techo no se veían signos de goteras; era buen presagio. Dos ventanas, a ambos lados de la puerta, permitían el paso de luz desde la calle. Enfrente, otra puerta se abría a un patio interior, donde se vislumbraba el tronco de un árbol.

—¿Sólo han pasado tres días desde que lo compraste y ya lo tienes casi limpio? Sin duda has trabajado a destajo... —aseguró Camila a su amigo, con una sonrisa—. Es un buen local. Verdaderamente has hecho una buena compra.

Rodrigo recorrió, satisfecho, todo el perímetro con la mirada.

—Fue Jacinta quien lo eligió. Estaba encaprichada con él y yo, sinceramente, hasta ayer no vi lo que ella intuyó desde el principio —admitió él—. Me alegro de haberme decidido... Ven, quiero explicarte dónde irán las cosas. —La asió de la mano para situarla de espaldas a la puerta, como si acabara de entrar—. A la izquierda pondré la barra para servir; aprovecharé esa chimenea para poner la cocina; la otra la dejaré para calentar el lugar. —Movié las manos para dar énfasis a lo que estaba diciendo—. Quiero que haya mesas y sillas en abundancia. Las sacaré al patio siempre que el tiempo acompañe. Ven, verás qué roble hay.

El entusiasmo de Rodrigo era contagioso. Lo cierto era que el sitio merecía ese arrebató y más.

Salieron al patio, empedrado con cantos rodados que dibujaban formas geométricas en el suelo. En los costados, varias dependencias, probablemente las cuartos. En el centro, un roble extendía sus ramas hacia el cielo.

—En verano, las hojas darán sombra y frescor... ¿Te lo imaginas? —preguntó, entusiasmado.

—Claro que sí. Ya tengo ganas de verlo en marcha.

—¿Sabes que Jacinta tenía la intención de preparar chocolate para que las mujeres pudieran entrar? —Sonrió con tristeza—. Yo no estaba de acuerdo con ella, pues, ¿para qué querríais entrar? Vosotras soléis reunir os cada tarde en las casas... Ella aseguraba que sería bueno para todos si en este lugar pudieran entrar hombres y mujeres sin estorbarse unos a otros. No sé si se podrá conseguir, pero me gustaría servir chocolate —terminó, guiñando un ojo.

—Eres un hombre emprendedor, Rodrigo; me alegro por ti. Sé que te irá bien y

que en poco tiempo necesitarás ayudantes para servir a la avalancha de clientes. —
Sonrió, feliz por su amigo.

Rodrigo la miró intensamente antes de desviar la vista. Camila, confusa, caminó por el patio y se arrebujó en la capa. Comprobó subrepticamente que su amigo continuaba en el mismo sitio, sin moverse, como si estuviera decidiendo algo. Casi con seguridad estaba imaginando cómo quedaría todo después de los arreglos. Estaba ilusionada por él.

Miró hacia el cielo cubierto de nubes. Un tímido rayo de sol se abría paso por entre ellas. Imaginó que ese rayo era su amiga, mirando el local que su marido trataba de preparar tal y como lo habían acordado. Sonrió. Una sonrisa agrídulce que le entibió el corazón. Pronto se cumplirían los tres meses desde su muerte. A veces pensaba que había pasado más tiempo; otras que era cosa del día anterior. Seguía añorando su presencia, aunque la intuía en cada uno de sus hijos.

—Camila...

Rodrigo estaba a su espalda. No le había oído acercarse y no pudo evitar un respingo. Se volvió para mirarlo. Estaba muy serio; miraba para todos los lados, pero a ella no.

—Me gustaría hablar contigo —dijo al fin. Su tono, demasiado solemne, la desconcertó. Esperó, nerviosa—. Como Jacinta ya no... —Volvió a callar. Se pasó la mano por el pelo y los rizos se alborotaron—. Mi suegra me ha pedido en muchas ocasiones que me case. Los niños necesitan una madre... Me he negado porque no puedo olvidar a mi esposa. Tú sabes cuánto la quería...

Camila asintió, los nervios a flor de piel. Se arrebujó mejor en la capa. Empezaba a sospechar las intenciones de Rodrigo. No quería que sucediera. Deseaba que él callase, que no dijera nada más. Dar marcha atrás en el tiempo y salir del local nada más verlo.

—No creo que sea capaz de amar a otra mujer. Sé que en estos meses no has podido olvidar a tu esposo. Siempre has dicho que nunca te volverías a casar... Créeme: te comprendo perfectamente. —Sus ojos castaños reflejaban el dolor que estaba sufriendo—. Por eso me atrevo a pedirte que te cases conmigo.

Camila se abrazó bajo la capa, incapaz de decir una sola palabra. ¿Qué podía contestar? Se aventuró a mirarle y le sorprendió ver que él estaba tan confundido como ella.

—No te inquietes. No busco una compañera de cama; al menos, no en este momento. Necesito una madre para mis hijos; sé que tú les quieres y que ellos te adoran. Después de la suya propia, no podría desear una madre mejor para ellos. Eres mi amiga; sospecho que una unión entre nosotros sería provechosa. Si eso te preocupa, estoy dispuesto a dar mi apellido a Samuel.

—Yo... no sé qué decir... Me halaga tu propuesta, pero...

—No me rechaces. Al menos, piénsalo. Sé que te gustan los niños y que hubieras deseado tenerlos. Ésta puede ser tu oportunidad de hacerlo.

—Dudo que pueda tener hijos, Rodrigo —declaró cabizbaja.

—Ésa es una de las razones por las que te elijo a ti: no deseo más hijos de los que ya tengo. No quiero volver a pasar por el terror a que mueras en el parto como... Jacinta. —Se agachó para poder mirarla a los ojos—. Por favor, prométeme que vas a pensarlo.

Camila se limitó a asentir con la cabeza; luego se marchó, casi sin mirar por dónde caminaba.

Deseaba poner tierra de por medio, alejarse de allí. Poder pensar o, mejor aún: no pensar en nada. Realmente no sabía cuál de esas cosas ansiaba. Con cada paso se sentía más confusa. Recordaba la promesa hecha a Jacinta: que cuidaría de sus hijos. ¿Acaso eso suponía casarse con Rodrigo?

Continuó hacia su casa sin detenerse a charlar con las personas que se cruzaban a su paso en esos momentos. No era capaz de entablar una conversación con nadie. Era primordial estar sola, aunque también habría querido compartir su dilema con alguien, pedir una opinión... No tenía con quién hacerlo. Si hablaba con Juana, ella le aconsejaría que se casara con Rodrigo, pues era un buen hombre. Don Bernardo le diría lo mismo. Pierre era demasiado joven; no se habría sentido cómoda hablándolo con él.

Al abrir la puerta de su casa, ésta chocó contra alguien que iba a salir. Eso pareció devolverla a la realidad. El capitán Boudreaux se frotaba la frente, allí donde la puerta le había golpeado. Su corazón aceleró los latidos al verlo.

—¡Lo siento mucho, capitán! —se disculpó—. Venía... venía distraída y... Venid conmigo; os daré un unguento de árnica para evitar que os salga un morado —parloteó avergonzada y aún más nerviosa de lo que ya estaba antes de llegar.

—No creo que sea necesario, señora.

—Por favor. —Le tembló la voz—. Me siento terriblemente culpable por mi descuido. Dejad que al menos os lo cure... —Sonaba suplicante, pero no le importó.

—Está bien... si así lo deseáis... —claudicó él con una leve sonrisa.

Camila abrió la puerta que daba al consultorio de su padre y encendió varias velas con el pedernal. Buscó el frasco del unguento en la caja de las medicinas, contenta por que ese gesto ayudase a olvidar sus tribulaciones.

—Pasad, por favor, y sentaos en esa silla —le indicó sin mirarle. El capitán obedeció en silencio—. Esta pomada evitará que se os inflame —murmuró mientras se volvía para atenderle. Le entregó el frasco para tener las dos manos libres—. Sujetad esto, si hacéis el favor.

Después de apartarle un mechón de la frente, con la otra mano procedió a extenderle la pomada con movimientos circulares. Su piel era cálida al tacto y más suave de lo que habría pensado. Recordó el día que lo conoció, cuando le vio con el torso desnudo mientras don Bernardo le curaba la herida del brazo; el deseo de tocar aquellos músculos era tan fuerte ahora como lo fue entonces.

«Deja de pensar en esas cosas», se reprendió en silencio.

Los ojos del hombre, increíblemente azules, la miraban casi sin pestañear. Se fijó en lo oscuras y densas que eran sus pestañas y anheló tocarlas. Dejó que su mirada bajase hasta los labios del capitán, suavemente delineados. Reparó en la fina cicatriz, apenas visible, que cruzaba el labio superior bajo la distinguida nariz. ¿Qué pasaría si la tocara? ¿Notaría el relieve tan fino? Un escalofrío por la espalda reprimió el impulso. Pese a que le habría gustado continuar frotando la crema, tuvo que parar. No era decoroso seguir tan cerca de él; menos con esos pensamientos tan pecaminosos.

—Creo... creo que con eso es suficiente. Espero que no os salga morado para que no se note... —murmuró para tranquilizar sus nervios. Notaba que se estaba sonrojando otra vez.

—No os preocupéis más. Ha sido un accidente —declaró antes de ponerse en pie y entregarle el frasco—. Yo también iba distraído.

¡Se iba a marchar! A Camila se le encogió el corazón. No podía dejar que se fuera; necesitaba hablar con alguien; él le había demostrado que era una persona inteligente y práctica. ¿Qué pensaría de la proposición de Rodrigo?

—Capitán... quisiera contaros algo... —susurró, mirándole a los ojos, antes de perder aplomo.

—Vos diréis, *madame*. —Si su actitud lo confundía, no dio muestras de ello.

—Sentaos, por favor. —Le ofreció la misma silla que había ocupado hasta momentos antes. Se acercó a la puerta para cerrarla y se sentó en otra—. Estoy muy confundida y no sé a quién recurrir.

—Estoy a vuestro servicio; si puedo ayudaros en algo, no dudéis que lo haré —declaró el galo con seriedad. Y por fin un deje de preocupación se reflejó en sus palabras. No era tan frío como trataba de aparentar.

Camila se miró las manos, entrelazadas en el regazo, y volvió a clavar la vista en él. Se mordió los labios, sin saber cómo empezar.

—¿Queréis tomar algo? ¿Coñac? —preguntó, insegura. Ante la negativa del capitán suspiró con fuerza, pero de todos modos se levantó para buscar, en uno de los armarios, la botella y un par de vasos. Vertió el licor en uno de ellos y dio un sorbo. Al momento sintió que los ojos se le humedecían y le quemaba la garganta. Tosió un par de veces para aclarársela—. Esta tarde me han pedido matrimonio...

Él la miró estupefacto, parpadeando varias veces, como si no creyera lo que oía.

—Tal vez sí me apetezca beber...

—Lo suponía. —Le sirvió una generosa cantidad—. Era de mi padre. Suelo utilizarlo con fines medicinales, cuando tengo que hacer alguna cura excesivamente dolorosa. Hasta ahora no lo había probado...

Volvió a beber del suyo, dejando que el licor resbalase por su garganta y la fortaleciese con su calor. Ya no quemaba tanto; casi empezaba a cogerle gusto.

—Vuestro padre sabía elegir el coñac; no hay duda de que éste es excelente —murmuró él tras beber un sorbo.

La curandera asintió antes de empezar a hablar:

—Aquí es algo habitual que un viudo con hijos se case rápido. Rodrigo tiene cinco hijos muy pequeños que necesitan una madre... —empezó a decir, y se interrumpió con la mirada perdida en la llama de la vela que estaba sobre la mesa.

—Y él ha pensado en vos para ello —acabó por ella.

—Sí. Nos conocemos de toda la vida; nos llevamos bien...

—¿Qué problema hay, entonces? —preguntó entre dientes. Parecía molesto.

—No quiero volver a casarme —aseguró ella con certeza.

—¿Tan enamorada estáis de vuestro difunto marido?

—No. No lo estoy. Dejé de estarlo mucho antes de que muriera —declaró, serena.

—Pero... yo pensaba que vuestra negativa a casaros era por eso. Cuando os lo pregunté nunca lo negasteis. —Era evidente que estaba confundido.

Camila lo pensó. El capitán le había contado lo que sucedió con su esposa: ¿por qué no corresponderle? Pese a que muchas veces se comportaba de manera autoritaria, parecía un hombre honesto del que una podía fiarse. Y ella necesitaba contárselo a alguien. Necesitaba un consejo. Bebió otro sorbo antes de hablar.

—Lo que os voy a decir no se lo he dicho nunca a nadie —comenzó con cautela—. Sé que, para la ciudad entera, mi matrimonio con Cosme de Albistur fue poco menos que un cuento de hadas. Nunca he querido desmentirlo, pues la verdad es demasiado vergonzosa para soportarla. —Calló para ordenar las ideas.

—¿Qué sucedió? —Armand susurró la pregunta como si quisiera instarla a continuar.

Camila tomó aire y empezó:

—Cosme de Albistur era el octavo hijo de doña Enriqueta. Su hijo adorado. Su preferido. Tanto la madre como las siete hermanas se desvivieron por complacerle, hasta hacer de él un niño mimado y un adulto caprichoso y autoritario.

»Al ser el único hijo varón, su familia lo apremiaba para que se casara y tuviera hijos que perpetuaran el apellido Albistur. Cosme tenía treinta años cuando decidió casarse conmigo. Yo era la más parecida a su ideal: menuda y no excesivamente curvilínea. —Se sonrojó y bebió otro sorbo para paliar el bochorno—. Me cortejé castamente hasta que accedí a ser su esposa.

Recordó todo como si acabara de suceder. La desastrosa noche de bodas. La espera en el dormitorio, que compartirían desde esa noche. Los nervios y la excitación por lo que iba a suceder.

Se había bañado y vestía un casto camisón de batista con el canesú bordado. Su esposo entró, un tanto borracho por los muchos brindis secundados desde que terminara el almuerzo ofrecido por sus padres. Torpemente se quitó la ropa y apagó la única vela que ardía en un rincón. Camila, pensando que lo hacía en consideración a su inocencia, había sonreído, agradecida.

Un momento después, al notar que el colchón se hundía por el peso de su marido, se preparó —si es que podía prepararse de alguna manera— para lo que iba a suceder.

Imaginó que Cosme la besaría de un momento a otro. Durante sus meses de

noviazgo apenas lo había hecho y siempre habían sido besos intachables, que no llegaban a acelerar el corazón de la muchacha.

En efecto, Cosme la besó. Al principio fue un toque de labios con labios, pero poco a poco se volvió más audaz e instó a la joven a que abriera la boca. Camila, deseosa de complacerlo, la abrió para él. Su marido introdujo la lengua con tanto apremio que estuvo a punto de provocarle arcadas. Pese al desagrado, consintió en los avances de Cosme. Puesto que ella no tenía madre, esa misma tarde su suegra le había hablado de los deberes que debía cumplir como esposa; el primero de ellos, complacer a su marido en todo y dejarle hacer.

Aunque en un principio no le gustó esa nueva manera de besar de Cosme, terminó por encontrarlo agradable y, tímidamente, trató de imitarlo. La boca del hombre sabía a coñac. Parece que lo hizo bien, pues él emitió un jadeo de sorpresa y satisfacción. Eso le dio más alas para continuar con valentía; le acarició el cuello y los hombros. Era muy delgado, casi podría haberse dicho que escuálido. Se le marcaban los huesos de las clavículas; los hombros estaban apenas redondeados por los músculos y se le podían contar las costillas sin problemas. Naturalmente, vestido parecía más gallardo, gracias a los rellenos que se hacía poner en los trajes. De alguna manera Camila se sintió decepcionada, pero amaba a su esposo y lo demás no era importante.

Cosme, excitado por las caricias de la muchacha, la obligó a ponerse de espaldas delante de él. Camila no entendió bien qué pretendía, pero al preguntárselo Cosme la mandó callar, para terminar de colocarla tal y como él quería: a cuatro patas sobre la cama.

Sin mucha ceremonia, le alzó el camisón y la penetró con fuerza desde atrás.

Camila pensó que el dolor la rompería en mil pedazos. No gritó, temiendo que la oyeran quienes aún seguían en la habitación de abajo. Tras morderse el labio para aguantar, sin quejarse, aquella invasión de su cuerpo, dejó que el sabor de la sangre llenara sus sentidos.

Cosme, ajeno al sufrimiento de su mujer, continuó embistiéndola a ritmo creciente hasta que, sudoroso, se dejó caer en la cama con un rugido satisfecho.

—La... la primera vez... siempre duele. Mañana... mañana quiero que te cortes el pelo —le dijo con voz gangosa, momentos antes de quedarse dormido.

Camila se había arrastrado fuera de la cama y, sin encender ninguna vela, se lavó con el agua de la jofaina.

—Lo siento mucho. ¿Qué sucedió después? —La pregunta del capitán la sacó de sus evocaciones.

—Estábamos casados y digamos... que no fue lo que esperaba —declaró. Al ir a beber descubrió que el vaso estaba vacío. Lo relleno y bebió el licor ambarino.

Regresaron los recuerdos. La confusión; aquello no podía ser verdad. Había visto la cara de muchas mujeres después de casarse y parecían felices. ¿Cómo podrían estarlo si tenían que sufrir semejante dolor por las noches? Él le había dicho que la primera vez siempre dolía, ¡ojalá que estuviera en lo cierto!, no sería capaz de

soportar tanto dolor.

Cuando se hubo secado, regresó a la cama y trató de dormir. La respiración ruidosa de Cosme, junto con el temor de que quisiera repetir lo que había hecho antes, la impidió relajarse lo suficiente para poder hacerlo.

A la mañana siguiente estaba molida. Se levantó magullada. Al ver el agua de la palangana teñida de rojo, sofocó el grito para no molestar a su esposo, que aún dormía. Se vistió enseguida, antes de que él se despertara. Las sábanas las retiró más tarde, para lavarlas junto con el camisón, manchado de sangre.

—¿Podrías cortarme el pelo? —le había preguntado a Juana aquella mañana.

—¡Válgame el cielo! ¿Por qué queréis hacer semejante cosa? —había protestado la mujer, sorprendida—. Tenéis un pelo precioso...

—Mi marido desea que me lo corte.

Camila pasó aquel día tratando de agradar a su esposo, pero temiendo que llegara la noche. Ésta llegó y, con ella, los requerimientos de su marido. Tenía razón: no le volvió a doler tanto como en la noche de bodas, aunque no por ello había dejado, en ningún momento, de parecerle desagradable y algo denigrante.

Se quitó el pañuelo y pasó la mano por el cabello. Algunos rizos rebeldes se escaparon de la trenza. Miró al capitán con timidez.

—Quiso que me cortara el pelo. Una vez que lo hice, no dejó que me volviera a crecer más allá de los hombros. Juana se encargaba de cortármelo por debajo de las orejas cada vez que crecía demasiado.

—Tenéis un pelo precioso. Brillante y espeso. Me recuerda a la piel de las castañas... —Él pareció tan sorprendido por haber dicho eso, como ella de escucharlo. Los dos bebieron con sed repentina. Armand carraspeó—. ¿Cómo murió vuestro esposo?

El calor que caldeó el vientre de Camila se debía más a las palabras del capitán que al licor.

—Esa noche había salido, como muchas otras después de los primeros meses de casados. Se dirigía a las tabernas del puerto, donde podía encontrar los placeres que buscaba —empezó a decir, esta vez sin callarse nada—. Para mí eso era un alivio; significaba que me dejaría en paz. Nunca conté a nadie lo que ocurría en el dormitorio. Ni siquiera a Jacinta. Me daba mucha vergüenza. —Bebió para darse valor—. Primero fue el cabello. Cosme insistía en que lo llevase corto. Después me obligó a vendarme el pecho para ir a dormir. Consentir que mi marido me utilizase para desahogarse era bochornoso y humillante. Rezaba cada día para quedarme embarazada y para que él fuera a visitar el prostíbulo del puerto, donde vivía su amante.

Armand Boudreaux escanció más coñac en los vasos. Aunque no decía nada, su mirada turbulenta y los labios apretados hablaban de su creciente enfado. Camila sintió el impulso de besar aquellos labios y acariciar con la lengua la cicatriz que le marcaba el labio superior. Se contuvo a duras penas para no hacerlo. ¿Cómo sería

hacer el amor con un hombre así? Su cuerpo reaccionó a esos pensamientos, sus entrañas se contrajeron y notó que se humedecía. Antes de hacer algo que la pusiera en evidencia, continuó con el relato:

—Días antes de morir, Cosme había estado más animado que de costumbre. Eso significaba que tenía un nuevo amante o que, por fin, se había reconciliado con el de siempre. Yo sabía de esa relación, que se remontaba diez años atrás; me lo contó el propio Cosme, al año de casados, una noche en que estaba borracho porque su amante le había abandonado tras una riña. Si alguna vez albergué la idea de que tarde o temprano mi marido terminara queriéndome, aquella noche me desengañé. Mi esposo amaba a un hombre y jamás me querría a mí. Lo acepté con resignación. Mientras siguiera entusiasmado con su amante, a mí me dejaría tranquila. A decir verdad y por fortuna, cada vez eran más las veces que me ignoraba. —Sonrió sarcástica, mientras clavaba la mirada en los brillos del vaso en la madera de la mesa—. Aquella noche se marchó temprano y yo cogí un libro, dispuesta a disfrutar de esa tranquilidad. Horas antes del amanecer envié a Guido para que ayudara a Cosme a regresar a casa. A veces bebía tanto que luego era incapaz de encontrar el camino. Seguramente, otra vez su amante y él habrían tenido una riña de enamorados. Me levanté y me vestí para esperarlo. Estaba resignada a la vida que me había tocado en suerte. Me había casado enamorada, pero el matrimonio destruyó ese amor. En aquel momento no sentía más que pena por ese hombre, que debía ocultar sus verdaderos sentimientos a los ojos de los demás y al que estaba atada de por vida.

»Me preparé para los llantos de borracho con los que aparecería. Sólo rezaba para que no despertase a nadie. Una hora más tarde aún no habían regresado; comencé a sentirme intranquila. Guido sabía dónde encontrarlo; yo no imaginaba qué podía demorarlo tanto. Salí a la puerta y atisbé al fondo de la calle por donde tenían que venir. Entre la penumbra del amanecer distinguí a Guido; venía corriendo como si le persiguiera una jauría de perros hambrientos. Con grandes aspavientos me instó a que lo siguiera. Cerca de la puerta del Mar encontramos a Cosme tirado en el suelo, con el pantalón en los tobillos y el pecho destrozado a puñaladas. A su lado yacía un hombre con la garganta degollada; en la mano derecha aún sujetaba la daga con la que había cometido el crimen y se había suicidado; la otra estaba entrelazada con la de Cosme.

—*Sacre Dieu!* No sabéis cuánto lo siento, *madame*.

—Yo no, capitán. No lo siento en absoluto. Si alguna vez sentí pena por él, aquella noche acabó —aseguró con dureza. Volvió a beber. Notaba que el licor estaba subiéndosele a la cabeza, pero no le importaba. Se sentía bien—. Unos gemidos que provenían del callejón oscuro me advirtieron de que no estábamos solos. Me acerqué para ver quién lloraba. Era un niño de unos siete años, con una camisa sucia por toda vestimenta, que nos miraba con los ojos desorbitados por el miedo. Por las manchas de sangre seca que tenía entre los muslos era fácil adivinar qué había sucedido.

—*Mon Dieu!* ¿Samuel? —preguntó, pasándose la mano por la cara antes de

apretarla en un puño fiero.

—Sí. Fueron tales el asco y el desprecio que me sentí ahogar. Había aceptado que Cosme tuviera un amante masculino, que le gustasen los hombres, pero no podía aceptar que utilizara a un niño para su propio placer. Pese a que ya llevábamos tres años casados, aún conservaba vivo en mi mente el dolor de mi noche de bodas. No quería pensar en el dolor de ese niño. Estaba escandalizada. Con una frialdad de la que nunca me hubiera creído capaz, pedí a Guido que trajera al magistrado; mientras tanto, coloqué el pantalón a mi marido y separé las manos de los amantes. Retiré la daga y de una patada la envié más allá. Les quité los monederos. Quería que pensaran que había sido un atraco. Nadie debía saber la verdad. En cuanto al dinero, días más tarde lo dejé en el cepillo de la iglesia, para los pobres.

»Una vez hecho todo, me dirigí al niño, que seguía mirando los cadáveres, conmocionado. Le pregunté si tenía padres y él negó con la cabeza. Si alguien cuidaba de él. Volvió a negar. Se me partía el corazón al verlo tan desamparado. Sin dudarlo, me lo traje a casa —terminó, conteniendo las lágrimas.

El capitán la escuchaba sin decir una palabra, pero sus ojos tormentosos iban endureciéndose por momentos.

—*Madame*, en estos instantes daría diez años de mi vida por estar un instante con vuestro marido.

Camila esbozó una tenue sonrisa y le acarició el puño, que descansaba en la mesa.

—Sois una buena persona, capitán.

Lo dijo en serio. Pese a ser un soldado, ella no lo creía capaz de hacer las maldades de su marido.

Volvió a preguntarse cómo sería hacer el amor con él.

Armand sintió aquella caricia como si fuera una llama que le quemaba, pero de la que no podía ni quería escapar. Mirando los ojos dorados de aquella mujer tan sorprendente sintió que podría ahogarse en ellos. Quiso hacerlo, pero eso era imposible. No le quedó más remedio que retirar la mano para no seguir sintiendo el tormento de ese roce.

—¿Qué tiene que ver vuestro matrimonio con el señor Rodrigo? —preguntó, tratando de distraer los pensamientos que le asaltaban.

—¿No lo entendéis? —El aire salió trémulo de los labios entreabiertos de la curandera—. Es lo mismo...

—¿Pensáis que...? —barbotó, escandalizado.

—No, no es eso. Cosme me eligió porque era lo menos femenino que podía encontrar; Rodrigo, porque sus hijos me quieren y yo les quiero; porque sabe que sería una buena madre para ellos... —Al pasarse la mano por el pelo, su trenza se deshizo aún más. Los rizos castaños captaron la luz de las velas, brillando como el satén. Se levantó para caminar por el cuarto, con las manos unidas por delante. Los nudillos, blancos de apretarlos—. Ninguno de los dos. Ni Cosme lo hizo en su día ni ahora Rodrigo me busca por mí misma. Nadie me ve como una mujer. Ni siquiera vos. «Me gustan las mujeres con carne en los huesos» —imitó, con labios temblorosos.

Armand, avergonzado, se levantó también y se puso frente a la curandera, obligándola de ese modo a detener su deambular. La tomó de la barbilla con delicadeza antes de mirarla a los ojos.

—No lo dije de verdad... Sólo buscaba molestaros por no querer aceptarnos en vuestra casa —confesó, las mejillas coloradas—. Estaba tan asustado por lo que le había sucedido a Pierre... y vos os negabais a... Creedme: no lo dije en serio.

Pensativa, se mordió el labio inferior. Armand, al imaginar cómo sería morder ese labio voluptuoso, qué se sentiría al saborearlo, sintió un conocido tirón en la ingle. Tal vez debiera empezar a orar para que su erección cediera antes de que lo pusiera en evidencia.

Seguía sujetándola por la barbilla. Su mirada bailoteó entre los ojos, brillantes como gemas, y los labios entreabiertos de Camila. Una boca maravillosamente tentadora. Sin darse cuenta empezó a acortar la distancia que les separaba. Necesitaba besarla con una intensidad que dolía. Volvió a mirarla a los ojos, por si detectara algún signo de temor o de repugnancia, pero no halló nada de eso.

Con los párpados cerrados posó los labios sobre los de la curandera, suave y dulcemente; se apartó un instante antes de abrir los ojos y mirarla. Ella mantenía los suyos cerrados, a la espera de que siguiera; Armand no se demoró más. Esta vez su

beso fue más exigente, más intenso. Notó la suavidad de los labios voluptuosos. Exquisitos y deseables. Era mucho mejor de lo que había imaginado. Cálidos como un rayo de sol en invierno.

Sintió las manos de Camila en el cuello, en el pelo. La retuvo por la cintura, sujetándola contra él. Su cuerpo se amoldó a las formas femeninas, con tal facilidad que bien parecieran estar hechos el uno para el otro.

Tal y como imaginara tantas veces, mordisqueó el labio inferior; la sensación sobrepasaba con creces sus expectativas más chifladas.

Cuando ella abrió la boca, Armand no pudo evitar que se le escapara un gemido. Camila le tocó la lengua, primero con timidez y más tarde con audacia. Sabía a coñac, a pasión. Profundizó el beso como si quisiera embriagarse con su sabor. Hechizado por aquella mujer de ojos melados, no quería parar jamás.

Poco a poco se fue separando: primero su cuerpo, su lengua, su boca... Abrió los ojos, pesados de deseo y pasión. Necesitaba mirarla. Ella también respiraba con premura. El beso los había trastornado a ambos. No quiso resistir la tentación de pasarle el dedo pulgar por los labios húmedos y entreabiertos.

—Armand... ¿me deseáis? —No supo qué lo excitaba más, si su nombre pronunciado por aquella boca tentadora o la pregunta en sí—. Responded, por favor...

—¿Cómo podéis preguntarme eso? ¿Acaso no lo habéis notado?

—¿Eso es un sí? —Los ojos de ella clavados en los suyos.

—*Sacre Dieu!* Por supuesto que sí. Os deseo tanto que duele —gimió—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Si me voy a casar por conveniencia, dudo de que pueda llegar a sentir alguna vez la pasión que otros experimentan. Rodrigo no me desea a mí. Ama a su difunta esposa. Sólo anhela una madre para sus hijos —aclaró, con la voz espesa por el licor—. Tal vez seáis la única posibilidad de yacer con un hombre que me pretenda por mí misma.

—Habéis bebido demasiado coñac y no sabéis lo que me pedís... —murmuró entre dientes, debatiéndose entre tomar lo que ella le ofrecía o ser un caballero y no abusar de su embriaguez.

Mientras se pasaba la mano por la cara, dio un paso atrás para separarse de esa tentación. Buscando serenarse, miró el cuarto, la mesa con la vela, las dos sillas, el catre donde, seguramente, don Arturo y ahora Camila atendían a los heridos, los armarios con puertas de rejilla para las medicinas, un aguamanil...

—No os pido un compromiso. Sé que no queréis volver a casaros... En realidad, yo tampoco quería...

—Entonces, ¿por qué lo hacéis? —la cortó, encarándose a ella. No sabía la razón, pero no le gustaba la idea de que ella se casara.

—Por Samuel. Él necesita un padre. Luego está la promesa que le hice a Jacinta en su lecho de muerte: juré que cuidaría de sus hijos. —Le agarró por las solapas de

la casaca—. Si me deseáis tanto como decís... Capitán, hacedme el amor... Por favor. Quiero tener, al menos por una vez, la certeza de que he sido amada por mí, no como un mero recipiente o un pobre consuelo a falta de alguien mejor. Mañana me comprometeré con Rodrigo y le seré fiel, pero esta noche soy libre de hacer lo que anhelo... y eso sois vos... —terminó con fiereza.

Mon Dieu! ¿Sabía esa mujer lo que le estaba pidiendo?

—Mañana, cuando los efectos del licor se hayan evaporado, os arrepentiréis —vaticinó, cabizbajo—. No puedo aprovecharme de vuestro estado.

—¡Por el amor de Dios! No estoy borracha; sé muy bien lo que os estoy pidiendo y mañana no me arrepentiré. No me avergoncéis más, haciendo que os lo suplique. —Separándose de él, comenzó a desabrochar su vestido sin dejar de mirarle—. No soy una doncella sin experiencia; soy una viuda que os necesita y os desea a vos... Armand...

«*Oh, Dieu!*»

Si en algún momento había albergado la esperanza de poder negarse a esa extraña y atrayente petición, su nombre susurrado en los labios de ella le anularon toda la sensatez.

De una zancada se puso a su altura. Con manos un tanto temblorosas, la tomó de la cara, mirándola a los ojos. Luego, despacio, acercó los labios a los suyos.

—Camila... —musitó, antes de besarla con ansia.

La parte de él que aún batallaba por mantener la cordura se perdió en cuanto las manos de ella abrieron la parte delantera del vestido, borrando cualquier traza de prudencia que pudiera quedarle.

Absortos como estaban el uno en el otro, no oyeron que alguien abría la puerta y volvía a cerrarla.

Samuel les había oído hablar a través de la puerta; luego, silencio. Quería saber qué estaba pasando y abrió la puerta para espiarlos. Su madre y el capitán, abrazados, se estaban besando. Satisfecho, cerró la puerta con cuidado para que no se dieran cuenta. Sofocando la risa con una mano, subió a su dormitorio. Esa noche, su madre no le narraría un cuento, pero seguro que al día siguiente tendría algo mejor que decirle.

Le había entristecido que el capitán no viviera con ellos en la casa. Lo echaba de menos, no sólo por *Ange Noir*. Añoraba las cosas que le contaba. Quería que le hiciera un arco, pero más que eso: quería ayudarle cuando lo hiciera, estar con él. Ahora sería posible. No veía la hora de que él volviera a la casa.

Pensó entrar en el cuarto del señor Pierre y contárselo. Tal vez así se alegrara un poco. Desde hacía unos días estaba muy triste y enfadado. No sabía qué le pasaba. Era posible que la señorita Juliana tuviera algo que ver. La otra tarde le había parecido que estaban molestos. Martín le había dicho que, después de abandonar la

playa, la oyeron llorar en su habitación. María estaba segura de que la culpa la tenía el señor Pierre, por ser tan tonto, pero él no creía que el gallo fuera tonto.

La verdad, no sabía qué pensar de esos dos.

Resolvió dejar de pensar en ellos. Cuando se metió en la cama, sólo recordaba la imagen de su madre y el capitán abrazados. Las mujeres como su madre sólo abrazaban al marido. No eran como las mozas de la casa donde nació. ¿Querría decir eso que iban a casarse? ¿Podría llamar padre al capitán? Se lo preguntaría el próximo día que lo viese. No veía el momento. Y se quedó dormido con una sonrisa de satisfacción.

Camila también habría sonreído si no hubiera estado tan ocupada con los besos de Armand. Nunca había conocido unas sensaciones tan turbadoras y placenteras. Era demasiado apasionante, tanto que asustaba, pero por nada del mundo dejaría de abrazar a ese hombre. El roce ocasional de sus manos en los pechos, al bregar para terminar de quitarle el vestido, la estaba volviendo loca. Su olor, su sabor...

Enredó los dedos en el pelo del capitán. Era suave y maleable. Necesitaba tocarle la cara, el cuello. De pronto le estorbó la casaca y comenzó a desabrochársela con impaciencia. El deseo la acicateaba. Quería sentir su piel bajo las manos. Tocar los músculos que viera aquella tarde de agosto y que tanto la habían atormentado. Acariciar el vello oscuro que le recorría el pecho, el vientre y se perdía por la cinturilla de sus pantalones.

«He bebido demasiado coñac —pensó—. De lo contrario, no pensaría en estas cosas».

Eran demasiados botones; no tenía paciencia para desabrocharlos todos.

—Esperad. —Armand debió de adivinar su frustración, pues, una vez que el vestido cayó a los pies, él mismo terminó de desabrocharse la casaca.

Tras quitarse el cinto con el sable, lo dejó sobre la mesa sin mirar. Contagiado por esa misma prisa, se quitó la casaca, que terminó en el suelo. El chaleco siguió el mismo camino.

Camila, enardecida, tiró de los faldones de la camisa para poder introducir las manos y acariciarle la piel. Los músculos esculpados, duros y cálidos al tacto, ondularon bajo las yemas.

«¡Virgen santa!» Notó la entrepierna húmeda y palpitante.

Gimiendo con cada roce, Armand le fue soltando los lazos que cerraban el escote de la camisola. La diferencia de altura se puso de manifiesto al comenzar a besarla en el cuello e ir bajando hasta la clavícula y más allá.

Con un gruñido la sentó sobre la mesa, apartando de un manotazo la espada, que cayó al suelo con un repiqueteo de metal. La vela se tambaleó y su llama estuvo a punto de extinguirse con un suave siseo. Armand, al parecer, no estaba conforme con esa postura, pues la cogió en brazos y la llevó hasta el catre sin dejar de besarla.

Allí, tumbada en el camastro, con la camisola resbalando por un hombro, los pechos casi al aire, las medias hasta los muslos y los zapatos aún puestos, se sentía como una cortesana —si es que las cortesanas se exhibían así— esperando a su amante. No se cubrió; no era tiempo de pueriles vergüenzas. Ella le había pedido que le hiciera el amor y ahora no podía mostrar la turbación que la asaltaba por momentos.

—Sois hermosa y deseable. No lo dudéis nunca. —Armand, arrodillado frente a ella, la recorrió con la mirada. Sus ojos azules, más oscuros que nunca, prometían placeres y goces que ella deseaba sentir, con tanta premura que dolía.

Camila notó aquellos ojos clavados en los pechos y sus pezones se irguieron, anhelando ser acariciados. El roce de la suave batista de la camisola era más de lo que podía soportar. Gimió.

«¡Tócame!», quiso gritar, pero no se atrevió.

Él la besó en los labios, en las mejillas, en el mentón. Bajó por el cuello, demorándose en las protuberancias de las clavículas, en el hueco entre ellas. Armand continuó provocándole escalofríos de placer cuando llegó hasta la curva suave de un pecho. Camila por poco gritó al sentir su lengua sobre el pezón endurecido. Sentía la sangre correr por las venas a una velocidad increíble. Jamás habría creído que algo así pudiera ocurrirle. Casi no podía respirar por la excitación que inflamaba su cuerpo. Empezaría a arder en cualquier momento.

—Quiero veros desnudo —musitó, tirándole de la camisa. ¡Qué osadía! Sin duda, había bebido demasiado coñac.

Hervía. Era como licuarse por dentro. Notaba pulsaciones en zonas donde nunca habría pensado que pudiera notarlas. Y quería más... mucho más... La prenda salió volando, casi sin desabrochar. Al parecer, él tenía tantas ganas como ella y no podía esperar.

Trató de soltarle los botones de la bragueta, pero sus manos temblaban tanto que era una tarea titánica.

—*Madame*, si seguís tocándome así, me temo que no llegaré muy lejos. —Las palabras del galo salieron estranguladas. Se separó un poco para mirarla.

—Lo siento...

—¡No! —la cortó—. No te disculpes. ¿Acaso no comprendes lo que me haces sentir? Estoy inflamando por ti. Me siento como un jovenzuelo en su primera experiencia. Te deseo con tanta ferocidad que me cuesta contenerme.

Con los ojos fijos en ella, primero le quitó la camisola; luego le fue bajando los calzones con morosidad, dejando que resbalaran por los tobillos hasta caer al suelo con un suave frufurú. Después deslizó las manos por las piernas, enfundadas en las medias; soltó las ligas despacio, como saboreando el momento; las fue deslizando por las piernas sin apartar la vista de ella. Queriendo observar todas sus reacciones.

Camila, ruborizada, quiso apartar la mirada. El efecto del coñac empezaba a disiparse. Ya no se sentía tan desinhibida como instantes antes.

—No te avergüences —solicitó Armand, sujetándola por la barbilla con suavidad—. No tienes por qué.

Extrañamente, aquellas palabras le devolvieron el coraje perdido y volvió a mirar aquellos ojos, oscurecidos por la pasión.

Los dedos callosos del capitán se demoraron en la piel de los muslos, trazando círculos que se acercaban y alejaban de la unión de sus piernas. La sensación era tan poderosa que Camila empezó a respirar con dificultad. De pronto sintió aquellos dedos entre sus piernas; la impresión le hizo ahogar un grito. Armand apesó sus labios en un beso arrollador, mientras la seguía acariciando.

Ella ardía. Los movimientos de esos dedos, dentro y fuera, acabaron con los restos de su cordura. Obnubilaron su mente, hasta que no fue capaz de pensar en nada. Sólo sentía. Notaba en el cuerpo una urgencia que nunca antes había experimentado. Sus caderas se movían como con vida propia. Quería algo, ignoraba qué. Los jadeos se hicieron más rápidos, al unísono con el placer que creció con fuerza intensa. Elevándose, implacable. Hasta que estalló, dejándola saciada y laxa.

Le vio bajarse los pantalones y la ropa interior. A la luz de la vela, Camila pudo admirar el cuerpo robusto y bellamente cincelado del capitán. Los músculos que le cubrían el torso y los brazos. El vello oscuro, donde anidaba... Enrojeció hasta la raíz del pelo.

Cuando Armand se echó a su lado, el recuerdo de Cosme cruzó por su mente, asustándola por momentos. Como si intuyera su malestar, él la besó con ternura en la frente, en los párpados, la boca... Camila se relajó contra aquellos brazos, que la sujetaban con delicadeza. De nuevo volvía a palpar y a desear más.

Antes de que pudiera emitir un suspiro, sintió que la penetraba lentamente. Su cuerpo aceptó gustoso esa invasión, haciéndole descubrir, por fin, aquello que había anhelado en el último rato, sin saberlo.

Todas las sensaciones que creía colmadas regresaron más intensas, si cabe. Se incorporó para aferrarse a él y acompañarle en cada embestida. Lo necesitaba con un apremio que asustaba; él parecía sentir lo mismo. Los movimientos se hicieron más rápidos, más profundos. El armazón del catre gemía con cada envite, amenazando con desmoronarse en cualquier momento.

Ajenos a ello, se besaron con ansia y desesperación. Ella le clavó las uñas en la espalda, presa de unos estremecimientos devastadores. Y cuando creyó que sería incapaz de sentir más, de llegar más lejos, un temblor la convulsionó, mordiéndose el labio para no sollozar de gozo.

Inmediatamente después, Armand, con un último movimiento, salió de ella y se derramó sobre su vientre con un grito contenido, antes de tumbarse a su lado.

—*Mon Dieu, mon Dieu, mon Dieu!* —repitió en un suspiro instantes después—. Dime que no he sido sólo yo...

—Si te refieres a tocar el Cielo... No has sido sólo tú —murmuró, voluptuosa—. Gracias por este regalo, Armand. —Su mirada, seria.

—¿Quieres decir que te conformas con esto? ¿Que el que te haya tomado sobre un catre sin haberme quitado siquiera las botas te satisface al punto de no desear nada más? —preguntó, la risa bailoteándole en los labios—. Créeme, para mí esto no es lo más satisfactorio. Aunque he de admitir que ha sido... como tocar el Cielo.

La besó en los labios. Un beso rápido. Se incorporó para abotonarse los pantalones. Luego tomó la toalla del aguamanil para limpiar el semen que brillaba en el vientre de Camila. Una vez satisfecho, volvió a besarla y comenzó a recoger la ropa de ambos.

«¡Por el amor de Dios! ¡Se va a marchar!», pensó Camila. El corazón le dio un vuelco.

—¿Te vas...? —Tratando de que la súbita tristeza no se transparentase en sus palabras, y se levantó para comenzar a vestirse.

—¿Cómo podría, sin haberte demostrado lo que es hacer el amor? Para lo que tengo en mente, considero que una cama es lo más adecuado. Un catre no es lo suficiente grande para los dos... ¿Crees que podremos llegar a tu dormitorio sin alertar a nadie? —Una sonrisa lujuriosa le cruzó la cara.

Para Armand, las primeras luces del amanecer llegaron demasiado pronto. Habría deseado que esa noche durara eternamente.

Ya vestido, se sentó en la cama para contemplar a Camila, que dormía con los labios entreabiertos en una sonrisa dulce. El cabello, extendido sobre la almohada, brillaba como la seda. Pensó desnudarse y despertarla para volver a hacerle el amor otra vez. Como si las veces que lo habían hecho esa noche hubieran sido insuficientes.

«¡Maldición! Ya no hay tiempo», pensó, contrariado.

Debía marcharse antes de que se despertaran en la casa y lo descubrieran allí. No quería manchar la reputación de Camila.

Se agachó para besar aquellos labios hinchados y rojos por los besos compartidos. Le decepcionó que ella no despertara. Secretamente habría deseado que Camila lo hiciera y le devolviera el beso una vez más.

No quería pensar en ello. No era lo más indicado. Con un suspiro de frustración, salió del cuarto.

En la cuadra, *Ange Noir* le recibió relinchando. Al parecer estaba contento de verle. Tras ensillararlo, partió en dirección a la Puerta de Tierra.

Las calles desiertas estaban cubiertas por un manto de escarcha blanquecina. Con su aliento y el del caballo se formaban nubes de vapor. Mantuvo la montura al paso para evitar que resbalase en el hielo. En uno de los patios, un gallo anunció el nuevo día; a éste le siguieron varios por toda la ciudad. Hora de levantarse.

El soldado que guardaba la Puerta de Tierra estaba encogido de frío, resguardado en la capa. En cuanto le vio acercarse se enderezó para franquearle el paso. Un vistazo a las charreteras y al color de su sombrero bastaron para que le dejara pasar con un saludo.

Sobre las Peñas de Aya, los montes de granito que coronaban el paisaje por el este, los primeros rayos de sol doraban las cumbres. Giró al oeste por el arrenal y dejó que el caballo trotara a sus anchas, camino a la casería de Ayete, precedido de su propia y alargada sombra.

Aún no podía dar crédito a lo ocurrido esa noche con Camila. Ni en sus sueños más lujuriosos habría imaginado que pudiera llegar a experimentar todo lo que había sentido con ella. La primera vez, sobre el catre, pensó que todo era fruto de su larga abstinencia. Pero después, en la cama, comprendió que no era un hecho fortuito; estar con esa mujer no tenía nada que ver con sus otras experiencias. Nada en absoluto. Y eso le asustaba más de lo que hubiera querido admitir. ¿Qué significaba?

—Veo, por esa sonrisa satisfecha, que por fin te has decidido a abandonar los votos de celibato... —Las palabras de Gastón le devolvieron a la realidad: ya estaba

en el patio de la casería de Ayete y no sabía cómo había llegado hasta allí—. ¿No es así? ¿Ha sido con alguna moza que conozco?

—No sé de qué me hablas —murmuró Armand, molesto por las insinuaciones de su amigo.

Se apeó del caballo y lo condujo, andando, hasta la cuadra.

—¡Ah! Vamos, *mon ami*. No pretendas tomarme por tonto. Llegas al amanecer, con la ropa arrugada, sin afeitarse y un aire de quien ha degustado los placeres más carnales de la Tierra. ¿Crees que me voy a tragar tu mentira? —La sonrisa con hoyuelos se ensanchó. Le guiñó un ojo—. Precisamente... ayer estuve...

—No me interesa, Gastón. Tengo que hacer muchas cosas esta mañana...

—No lo dudo. —Le siguió hasta la cuadra y se apoyó con indolencia en un poste, mientras Armand desensillaba al caballo—. ¿Qué tal tu hermano? ¿Hablaste ayer con él?

—Sí.

—¡Ah! Vamos, Armand. No empieces con monosílabos. ¿Qué te contó? ¿Está mejor o aún sigue deprimido?

—Sigue triste y amargado. Ayer apenas me habló. —Empezó a pasar la almohaza por el pelaje negro del corcel.

—Precisamente, empiezo a pensar que es un rasgo característico de los Boudreaux, porque tú, querido amigo, no eres muy dicharachero que digamos. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Supongo que tendrá que ver con cierta señorita Juliana...

—¿Qué sabes tú de eso? —Lo miró con suspicacia.

—Lo que he podido observar al verlos juntos. Pierre pone ojitos de cordero degollado en cuanto se menciona el nombre de esa muchacha. Cualquiera puede darse cuenta; no hace falta ser demasiado espabilado —terminó, con otro de sus guiños.

Armand asintió, sin dejar de cepillar al caballo.

—En cualquier caso, me complace que tú hayas decidido prescindir de esa aura casi de castidad a la que nos tenías acostumbrados desde que murió Delphine.

—Gastón, te sugiero que dejes ese tema... —murmuró entre dientes. No quería oír el nombre de su difunta esposa. Tenía el sabor dulce de Camila en los labios; no quería contaminarlo por ese recuerdo amargo.

—¿Por qué? ¿Cuándo dejarás de torturarte por ello? Cualquiera diría que realmente la mataste tú...

—Estás llegando al límite de mi paciencia, capitán Bonnet. Te repito que no sigas por ahí.

—Maldita sea, Armand. Llevo tiempo intentando hablarte de...

—*Cré nom de Dieu!* —Se volvió, echando chispas por los ojos—. No quiero que la menciones nunca más. ¿Entiendes? ¡Nunca más!

—Algún día tendrás que escucharme, te guste o no, *mon ami* —aseguró Gastón,

muy serio; luego, con una inclinación de cabeza, se marchó a grandes pasos de la cuadra. El cabello rubio, ondeando al viento.

—Tranquilo, *mon Ange* —susurró Armand; su enfado había puesto nervioso al temperamental caballo.

Camila no despertó hasta bien entrada la mañana. En la almohada, impresa la huella de la cabeza de Armand, mudo recordatorio de lo que había sucedido esa noche. No se arrepentía de nada. En todo caso, de no volver a vivir otras noches como la pasada.

«¿Cómo iba a imaginar que sería así?», pensó, sorprendida.

Notaba una dulce languidez en todo el cuerpo. De no ser por la dolorosa certeza de que aquella noche sería la última, bien habría podido sentirse feliz y satisfecha.

Recordó las caricias de Armand, sus besos... Su organismo reaccionó en respuesta a esos pensamientos. Comenzó a notar un peso caliente en el vientre, cuyo calor empezaba a extenderse por cada miembro. Los pezones, tan duros que el mero roce de la sábana le provocaba escalofríos. ¡Virgen santa! Era necesario dejar de recordar esas cosas.

Se estiró para desperezarse, como una gata saciada, y se levantó, dispuesta a dejar de pensar en lo sucedido. De lo contrario no sería capaz de concentrarse en nada.

Mientras se lavaba y vestía aireó el cuarto. Se recogió el pelo en una trenza; por una vez, no protestó cuando varios mechones indisciplinados se escaparon de ella. El capitán le había dicho que tenía un pelo precioso; tal vez no debería esconderlo tanto.

Hizo la cama con rapidez; el olor de las sábanas le evocaba demasiados recuerdos que no quería rememorar en ese momento. Quizá debiera retirarlas para lavar, pero esa jornada no era día de lavado y, de seguro, despertaría las sospechas de Juana. Mejor no tentar a la suerte. Con esa mujer nunca se estaba segura; era demasiado perspicaz.

No tardó en tenerlo todo recogido y salió del cuarto.

En la cocina, Samuel dibujaba en un pizarrín lo que parecían arcos. Juana estaba picando verdura para la comida, mientras Guido se entretenía con la navaja y un trozo de madera. El silencio, roto tan sólo por los ruidos que cada uno hacía para realizar su trabajo. Supuso que Pierre aún estaría en el dormitorio.

—Buen día... —les saludó con una sonrisa.

—¡Madre! Ya te has levantado... ¿Estás bien? —preguntó Samuel, abandonando el pizarrín junto a la chimenea y saltando para abrazarla.

—Vaya, si cada vez que se me pegan las sábanas voy a recibir un saludo tan efusivo, trataré de dormirme más a menudo. —Le besó en la frente y le revolvió el pelo—. ¿Qué haces?

—Estoy preparando modelos de arco para cuando el capitán me lo haga. ¿Nos vas a decir cuándo volverá a vivir con nosotros?

Camila, confundida, parpadeó antes de hablar.

—¿Qué te hace pensar que volverá a vivir aquí? —indagó con cautela.

—Es que ayer vi cómo os abrazabais —aclaró, inocente—. Os vais a casar, ¿no?

La curandera se ruborizó furiosamente; su bochorno adquirió tintes extraordinarios cuando Juana clavó sus ojitos sapientes en ella. Si alguna vez había deseado que se la tragara la tierra, nunca con tantos motivos como en ese momento.

¿Cuándo les había visto Samuel? ¿Qué habría visto exactamente?

«¡Dios mío! Estaba tan absorta en Armand que no me di cuenta de nada más», pensó, avergonzada.

—Así que les viste abrazados... ¿Cuándo fue eso? —preguntó Juana, sin dejar de cortar la verdura, fingiendo sólo un leve interés.

—Ayer por la noche. Cuando me iba a dormir. Abrí la puerta de la consulta para dar un beso a Cami... digo, a mi madre, y los vi... Sabía que ella estaba allí porque vi luz por debajo de la puerta —explicó de corrido—. Llamé pero no me oyeron. — Samuel rió por lo bajo.

«¡Madre del amor hermoso! ¡Nos podría haber pillado!», se recriminó Camila.

—Pues lo tenías muy callado, muchacho. No has dicho nada hasta ahora —le reprochó la anciana.

—¡Ah! Porque pensaba que mi madre daría la noticia...

—Vaya... Entonces, señora, ¿cuándo volverá el capitán aquí? —indagó, los ojos entrecerrados, clavados en Camila.

—No volverá. Lo que ayer vio Samuel no era un abrazo de ese tipo. Era...

—¿Qué era? —Juana arrastró la pregunta.

—Pues... al abrir la puerta de la calle coincidí con el capitán, que pasaba por allí, y le golpeé en la frente. Pasamos a la consulta para curarle... y cuando se levantó de la silla, donde le había curado la frente... perdió el equilibrio —improvisó, roja como la grana.

¡Estaba mintiendo como una bellaca! ¿Qué pensaría Samuel de ella?

Juana la miró sin pestañear. Luego recogió las verduras en un plato y las llevó a la olla que colgaba de un gancho sobre las llamas de la chimenea, sin dejar de menear la cabeza con desaprobación. Una vez tapada la olla, se volvió para mirar a su hijo y al niño.

—Samuel, Guido, ¿habéis comprobado si las gallinas han puesto? —sugirió la anciana.

Los interpelados se miraron entre sí y, con un encogimiento de hombros, salieron al patio dispuestos a hacer lo que les había dicho.

—Y ahora, señora, ya que estamos solas, ¿me podréis contestar a una simple pregunta que me está intrigando demasiado? Esa pérdida de equilibrio ¿le duró hasta el amanecer? —inquirió, ladeando la cabeza como un pájaro curioso—. Señora, soy una anciana; mi sueño es ligero y escaso. Oí los pasos mesurados del capitán cuando bajaba por la escalera y, un momento más tarde, el relincho de ese enorme caballo

negro que tiene.

Camila, visiblemente avergonzada, se sentó en la silla que Samuel acababa de abandonar. Debería haber previsto que su indiscreción se sabría tarde o temprano. ¿Quién iba a pensar que sería más temprano que tarde? Bajó la mirada a las manos apretadas en el regazo.

—No pretendo deciros lo que debéis o no hacer con vuestra vida. Sé que no tuvisteis un matrimonio fácil... No, Guido nunca me ha dicho nada, pero yo le oía cada vez que salía a buscar a vuestro esposo, a altas horas de la noche —aclaró ante la expresión asombrada de Camila—. Nunca dije nada porque parecíais aceptarlo sin quejaros. Esto es distinto. El capitán no es vuestro marido y, que yo sepa, no os ha propuesto casamiento; de lo contrario ya lo habríais dicho, ¿no es cierto?

—No es lo que parece... —murmuró la curandera, volviendo a fijar la vista en sus manos—. No pretendo casarme con el capitán. Ayer el señor Rodrigo me pidió matrimonio...

—¡Válgame el cielo! ¿Y por eso yacisteis con otro hombre? —preguntó, escandalizada. Sus mejillas regordetas temblaron de indignación—. Señora, si no queréis que a esta pobre vieja se le pare el corazón, sacadme de esta ignorancia.

—Es que es muy vergonzoso decirlo... —se excusó, colorada, sin apartar los ojos del regazo.

—¡Tonterías! Anoche no tuvisteis ninguna vergüenza en retozar en la cama. Ahora tampoco debéis tenerla.

Camila tomó aire a duras penas y se llevó un puño a la boca, sin saber qué contarle a su sirvienta.

—Rodrigo necesita una madre para sus hijos; no necesita una esposa —comenzó—. Mi matrimonio con Cosme no fue... —Tragó saliva—. Sé que con Rodrigo será un arreglo de conveniencia y...

—¿Y...?

—No habrá intimidad entre nosotros. Anhelaba saber lo que era estar con un hombre —terminó, con la cara ardiendo.

—Entonces, pese a lo sucedido anoche, pensáis casaros con el señor Rodrigo. —No fue una pregunta.

—Sí —respondió, escueta sin atreverse a mirarla.

—¡En el nombre del Cielo! ¿Por qué? Si sabéis que será un matrimonio de conveniencia, por qué casarse. No necesitáis de un hombre que os mantenga y os proteja. Entonces, ¿por qué?

—Samuel necesita un padre. Y le prometí a Jacinta que cuidaría de sus hijos.

—No creo que ésas sean razones valederas para atarse a otra persona. Bien podéis cuidar de esas criaturas sin necesidad de casaros con el padre.

—Ya he tomado la decisión. Hoy le diré a Rodrigo que acepto su ofrecimiento. Estoy segura de que Samuel estará encantado con sus nuevos hermanos y yo tendré cinco hijos más para alegrar mi vida. Me conformaré con ello. No creo que sea un

futuro desagradable.

—Yo no he dicho que lo fuera. Pero me pregunto, señora, si después de la noche pasada seguís pensando, de verdad, que os conformaréis con esa vida —inquirió la anciana con sabiduría.

—¿Quién dice que con el tiempo no se establezca algún tipo de intimidad entre Rodrigo y yo? —susurró ella, para acallarla, sabiendo que nunca podría estar con otro hombre del mismo modo que con Armand.

—¡Por todos los santos! ¿Es que os habéis vuelto tan promiscua que lo mismo os da un hombre que otro? —barbotó Juana, la cara congestionada por el horror—. ¿No sentís, acaso, nada por el capitán?

—Me siento atraída por él. No lo puedo negar, pero... No es él quien me necesita.

—Y, ¿qué sentís por el señor Rodrigo?

—Cariño de hermanos. Nos conocemos desde años...

—Vamos, que no sentís lo mismo que por el capitán —declaró Juana con las manos entrelazadas en la barriga, tan seria como un sargento—. ¿Me equivoco, señora?

—No... —Suspiró, repentinamente cansada—. No quiero discutir contigo, Juana, y deseo que aceptes mi boda con el señor Rodrigo...

—¿Con el padre de Martín y de María? —preguntó Samuel, asustado, con los ojos abiertos como platos. Acababa de entrar en la cocina con Guido pegado a los talones.

—Me ha pedido que me case con él y me ha dicho que te dará su apellido, como si fueras hijo suyo. —Se arrodilló junto al niño—. ¿No te parece una idea fantástica? ¡Tendrás hermanos! Seremos una gran familia —explicó, tratando de sonreír—. ¿Te parece bien?

Samuel la miró sin decir nada, perdido todo el brillo de sus ojos. Asintió imperceptiblemente con la cabeza y se marchó de la cocina, arrastrando los pies.

¿Cómo había podido confundirse tanto? Él creía que se iba a casar con el capitán. No es que tuviera ningún problema con el señor Rodrigo; le tenía aprecio y era el padre de sus amigos, pero...

Se preguntó si Martín y María conocerían las intenciones de su padre. Y si era así, ¿qué pensaban de eso?

De alguna manera, Samuel sabía que debería estar contento con la perspectiva de tener hermanos y un padre; no obstante, por alguna razón que desconocía, no era así. ¿Era egoísta por desear otra cosa? Sólo había pasado poco más de mes y medio desde su adopción. En aquel momento había pasado de ser un niño huérfano y sin apellidos a tener una madre que lo quería y a pertenecer a una familia respetada en la ciudad. ¿Se le había subido a la cabeza y ahora quería más? ¿Era un egoísta?

Llamó a la puerta del señor Pierre. Esa mañana aún no le había visto y esperaba

que le diera las lecciones de aritmética.

—Pasad... —se oyó desde el otro lado de la puerta.

Samuel entró en el cuarto. El señor Pierre estaba leyendo al lado de la ventana. Seguía tan triste como el día anterior. ¿Qué les pasaba a los adultos? No les entendía.

—Buen día, señor Pierre —saludó, cabizbajo; después de cerrar la puerta se quedó apoyado en ella.

—Buen día, Samuel. ¿Qué te trae por aquí? ¿No me dirás que te empieza a gustar hacer cuentas? —preguntó con algo de sorna.

—No es eso... Es que... mi madre... —Rompió a llorar.

El joven se acercó hasta el niño, que se estremecía acongojado, caminando con las muletas. Le abrazó para calmar el llanto.

—Anda, ven a sentarte en mi regazo —le pidió. Y le dio un empujoncito para que obedeciera—. Vamos, muchacho. Cuéntame qué le pasa a tu madre.

Samuel esperó a que el galo se sentara para encaramarse en su regazo como un bebé. ¿Era posible sentirse desdichado cuando tenía al alcance lo que había anhelado toda su vida? Por lo visto: sí.

—¿Qué le ocurre a doña Camila? —indagó el señor Pierre—. ¿Está enferma?

—Se... se va a casar... —comentó, la voz entrecortada por el llanto.

—¿Con quién?

—Con... con el señor... Rodrigo... Me... lo ha dicho... hace un... momento. Dice... que él me adoptará... y que... mis amigos... serán mis... hermanos...

—¿Y qué problema hay con eso?

—Es... que yo... es que yo quería que fuera el capitán... —barbotó, antes de que los sollozos no le dejaran hablar.

—¿Querías que mi hermano se casase con doña Camila? —preguntó. Había sorpresa en su voz.

—Sí... después... de verles ayer... pensé...

—¿Les viste ayer? ¿Qué quieres decir? —le cortó.

—Se... se abrazaban... y se... besaban... Creía que... se querían... y que... se iban a... casar... Pensaba... que el... capitán... volvería a vivir con... nosotros.

Los dos se quedaron en silencio. El niño llorando, desconsolado; Pierre rumiando sobre el tema.

Un rato más tarde, Pierre seguía acariciando el cabello del niño, que hipaba sobre su pecho. La noticia le tenía consternado. ¿Qué era aquello de que los había visto besándose? Debía hablar con su hermano lo antes posible. Necesitaba sonsacarle lo que estaba sucediendo. ¿Se habría tomado libertades con la dueña de la casa? No lo creía posible; su hermano tenía un código de conducta demasiado noble como para hacer algo tan ruin. Entonces, ¿qué había visto el niño?

Sospechaba que a Armand, por mucho que intentara negarlo, le interesaba la

curandera. Más que interesarle: estaba enamorado de ella. Seguro. ¿Cómo, si no, se comprendían esas reacciones desmesuradas cuando estaban juntos? Y luego, el beso que Samuel decía haber visto la noche anterior...

Era una pena que aún no pudiera montar a caballo; la distancia hasta la casería de Ayete era demasiado larga para hacerla caminando con las muletas. Si pudiera conseguir un carro...

La impaciencia le corroía por dentro: era necesario hablar con Armand para aclarar ese asunto. No comprendía bien cómo era posible que Samuel les viera besarse la noche anterior y hoy doña Camila dijera que se iba a casar con el señor Rodrigo. No lo entendía. ¿Acaso tenía alguna lógica?

Esperaba que a lo largo de la jornada su hermano le hiciera una visita.

Una cosa buena tenía la preocupación por Armand y lo sucedido el día anterior: le dejaba poco tiempo para amargarse por lo que no podía ser en su propia vida.

—Como sigas haciendo eso terminarás por destrozar el tapiz —vaticinó la señora Alberta, mientras Juliana clavaba con saña la aguja en el bordado—. Si no quieres bordar, será mejor que lo dejes para otra ocasión. Sería una pena que, después de tanto trabajo como ya tienes hecho, lo estropearas por un mal momento.

Con un suspiro, Juliana dejó el bastidor en las rodillas. Era incapaz de centrarse en algo con tranquilidad. Desde que, tres días antes, había declarado a Pierre sus sentimientos, el mal humor y la vergüenza iban de la mano. No lo había vuelto a ver. Casi era mejor, porque no sabía cómo reaccionaría cuando lo tuviera enfrente.

Se mordió el interior de la mejilla, concentrada en no recordar aquellos momentos vividos en la playa. Era en vano, pues los tenía grabados a fuego en su cabeza y no dejaban de presentarse en cualquier ocasión para torturarla.

¿Qué demonio se le había metido en el cuerpo para declararse a Pierre? Debería haberse guardado sus sentimientos hasta saber que él haría algo al respecto. Desde luego, no esperaba que él también se declarase, pero que, después, se negara a comprometerse.

¿Cómo podía ser tan obtuso e intransigente? ¿Y cómo podía ella estar enamorada de un hombre así?

—No sé qué es peor: que lo asaetees con la aguja o que lo estrujes con las manos... —murmuró su madre con aire de reproche—. Mira, Juliana, antes de que la despedaces será mejor que pongas en orden lo que sea que te está carcomiendo.

Miró la labor que apretaba entre las manos; estaba arrugada, con los hilos enredados. ¡Qué desastre!

—Madre... —empezó, indecisa, alisando el tapiz—. Cuando conocisteis a mi padre, ¿aceptabais lo de su cojera?

La señora Alberta miró a su hija con suspicacia. Frunció el ceño, inclinando la cabeza a un lado y, cuando pareció quedar satisfecha con lo que estaba viendo, fijó

los ojos en su bordado.

—No del todo —contestó, continuando con la labor—. Trabajaba en lo que le ofrecían como cualquier otro y hasta jugaba a pelota en el frontón, pero no salía a cortejar a las chicas como los demás.

—Entonces... ¿Cómo conseguisteis casaros?

—Le pedí a mi padre que lo contratara en el caserío... —aclaró, colorada; luego se pasó el dorso de las manos por las mejillas arrebatadas.

—¡Ah! ¿Tardó mucho en declararse? —indagó Juliana, interesada.

—Él trataba de evitarme como si yo tuviera la peste. —Los ojos brillaron de picardía—. Yo sabía que estaba interesado en mí, pero si esperaba a que se me declarase, me haría vieja antes.

—Yo creía que nunca había tenido problemas con que le faltase una pierna...

—Y no los tenía... salvo en lo tocante a casarse y formar una familia. El muy tonto creía que ninguna mujer estaría dispuesta a casarse con él. —Para realzar sus palabras soltó un bufido muy poco femenino.

—¿Qué hicisteis para convencerlo?

—¿A qué viene tanto interés por esa vieja historia? —inquirió, sospechando.

—Vaya, madre, ¿acaso no puedo preguntar e interesarme por el noviazgo de mis padres? —La sonrisa inocente no engañó a la señora Alberta.

—Mira, muchacha: bien sé lo que de verdad te interesa. Es el señor Boudreaux, ¿verdad? Así que deja de andarte con rodeos y habla claro.

—Pierre... digo el señor Boudreaux, cree que no tiene nada para ofrecer. Yo le he dicho que no es así, pero...

—¿Le quieres? —cortó la madre.

—Sí.

—En ese caso tendrás que convencerlo. Así que a qué esperas, sé que él está loco por ti. Ningún hombre vendría para acompañar a un chiquillo que es capaz de venir solo, si no es porque le interesa ver a alguien. ¡Tendrías que haberle visto la cara, al pobre, cuando se enteró de que no estabas en la casa! ¡Y cuando se le hizo la hora de marcharse, sin que tú regresaras de donde tu hermana! —Sonrió con picardía.

—No es tan fácil... Él pensaba que me interesaba su hermano... y yo... le dije que no era así... —pronunció, entre sollozos—. Él confesó que... que me... me quería... pero... ¡Ay, madre! ¿Qué puedo hacer?

—Anda, muchacha, deja de llorar, que se te hinchará la cara. Y mira que si viene...

—No, madre... no vendrá... ahora... Samuel viene solo...

—En cualquier caso, será mejor que te seques esas lágrimas, te refresques un poco y dejes de pensar que está todo perdido. Si yo conseguí que tu padre se casara conmigo, tú conseguirás lo mismo de ese gabacho tuyo, por muy renuente que sea al matrimonio.

Juliana la miró como si de pronto estuviera ante una milagrera. Consiguió esbozar

una trémula sonrisa. ¿Era posible que Pierre entrara en razones? Se acercó a su madre y la abrazó.

—Bueno, bueno, jovencita, deja de achucharme tanto, que terminarás arrugándome el vestido —protestó la señora Alberta sin convicción, mientras le devolvía el abrazo.

Camila se había acercado hasta el local de Rodrigo. Necesitaba hablar con él antes de perder el valor.

Lo halló terminando de encalar una de las paredes; las otras ya estaban acabadas y su blancura daba luz al lugar. Nada más verla, bajó del andamio y se quitó un viejo sombrero de fieltro para peinarse con la mano los rizos castaños.

—Buen día, Camila; qué sorpresa verte por aquí —saludó sonriendo—. ¿Qué te parece como está quedando?

—Buena tarde, Rodrigo. Parecen hechas de merengue... Dan mucha luz. Hasta parece más grande. —Se giró para mirarlo todo—. Quedará un local precioso —añadió riendo.

—Mi suegra me ha preparado algo de merienda; ¿quieres acompañarme? —preguntó, caminando hasta unos cubos—. No creo que hoy haga más. Dejaré que termine de secarse y mañana buscaré a maese carpintero para que me construya la barra.

Camila le miró mientras él se lavaba las manos y la cara. Se sentía cómoda con él. Desde luego no le provocaba ese nerviosismo que sentía cada vez que estaba cerca de Armand. Ni el deseo de besarlo, acariciarlo...

«Debes dejar de pensar en él —se reprochó en silencio—. No es con el que te vas a casar».

Se sonrojó al recordar la noche pasada. ¿Podría olvidarla alguna vez? ¡Jamás!

—¿Sucede algo? Te has quedado muy callada...

—¡Ah! No. Sólo pensaba... —declaró, sin entrar en detalles.

—Hablando de pensar —comenzó, a la vez que se secaba con una toalla—. ¿Has considerado mi proposición?

—Yo... sí. —Ya no había vuelta atrás: debía contestar—. Lo he pensado y... acepto.

—Me alegro. —Colgó la toalla de un clavo y se acercó a la joven—. Te prometo que no te arrepentirás... No soy un hombre complicado. Nos llevamos bien; no hay razón para temer que nuestro matrimonio sea un fracaso.

—Lo sé —musitó, repentinamente triste.

Rodrigo la tomó por la barbilla. Por un momento, el pánico se apoderó de la curandera. ¡Iba a besarla! No estaba preparada para eso. Cerró los ojos con fuerza al ver que él acercaba su cara.

Cuando notó en la frente los labios de su amigo, ahora su prometido, estuvo a

punto de desmayarse de alivio. No era buen augurio que la asustara tanto la intimidad entre ellos. ¿Qué pasaría si, después de la boda, Rodrigo quisiera hacer el amor con ella? El estómago le dio un vuelco y ella trató de serenarse. No tenía por qué repetirse lo sucedido con Cosme. Rodrigo no era así. Jacinta siempre suspiraba de satisfacción cuando hablaba de él.

«Ella estaba enamorada —recordó, contrita—. Es lógico que para ella todo fuera placentero».

—Ya te dije que nuestro matrimonio sería nominal. No te forzaré a hacer nada que no quieras. —Las palabras del hombre la sobresaltaron; abrió los ojos. Él estaba junto a la chimenea, recogiendo unas alforjas del suelo—. Sé que tienes tan pocas ganas como yo de ir más lejos; por lo tanto, lo dejaremos ahí. Tal vez algún día... Pero te repito: no te forzaré.

—Gracias, Rodrigo. Saberlo me alivia enormemente —confesó, más tranquila.

—Lo imaginaba. Y ahora vamos a ver qué ha preparado mi suegra. No sé tú; yo tengo hambre —reveló, comenzando a vaciar las alforjas.

—Imagino que sabes que no nos podemos casar enseguida —comentó Camila, un rato más tarde—. Aún no ha pasado el año de duelo por Cosme y...

—Lo sé, Camila. Pero hablaré con el párroco; seguro que nos hacen una dispensa especial, por el bien de los niños —vaticinó él—. No sería el primer caso.

—¡Ah! —suspiró, triste, sin saber qué pensar.

Pierre, sentado a la mesa de su dormitorio, trataba en vano de leer. Era incapaz de concentrarse el tiempo suficiente para entender lo que ponía en el libro. No había cambiado de página desde que comenzara, un par de horas antes, y seguía sin saber qué estaba escrito en ella.

Malhumorado, dejó el ejemplar en la mesa y se mesó el pelo. No podía seguir de esa manera; terminaría volviéndose loco. Pensaba que, con dejar de verla, la olvidaría. ¡Pobre iluso! Su ausencia la volvía más deseable; empezaba a desesperar por estar con Juliana.

Samuel acababa de marcharse solo a la casa de los Urrutia, para jugar con sus amigos; desde lo ocurrido en la playa, dos semanas atrás, Pierre se negaba a acompañarlo. El niño andaba cabizbajo por la casa, como si hubiera perdido la alegría infantil que lo acompañaba en los últimos meses. Daba pena verlo tan deprimido.

El domingo anterior doña Camila había anunciado que se casaba con el señor Rodrigo. La noticia era la comidilla de la ciudad, más aún al afirmar que sólo esperarían lo que tardasen en publicarse las amonestaciones. Algunos, los menos, quisieron ver un desprecio por la difunta esposa, que aún no llevaba un año muerta.

La señora Alberta había comentado a todo el que quisiera escucharla su satisfacción por que ese matrimonio se celebrara lo antes posible: cinco criaturas necesitaban una madre con urgencia. Eso había callado los rumores malintencionados y nadie había osado emitir ningún desprecio por las prisas de los novios.

Pese a que ahora contaban con el beneplácito de los ciudadanos, doña Camila no parecía muy entusiasmada con la boda. Armand le contó, el mismo día del anuncio, que la curandera se casaba para dar un padre a Samuel y una madre a los hijos de su difunta amiga. Ante la pregunta del supuesto beso que Samuel había presenciado, Armand se había cerrado en banda, sin hacer ningún comentario.

No sabía qué pensar de su hermano. Sospechaba que sus sentimientos por la curandera eran muy fuertes, pese al aparente conformismo de que se casara con otro hombre. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué no hacía nada?

Suspiró pesadamente; sacó un pliego de papel de un cajón de la mesa y el tintero y la pluma del otro. Escribiría a sus padres. Solía enviarles una o dos cartas al mes para que no se preocupasen. Les hablaba de San Sebastián, de la casa donde estaba alojado, de la dueña, de Samuel; de todo... menos de la amputación. No se sentía con fuerzas para revelarles eso. Quizás en la siguiente misiva... pero aún no. Era demasiado pronto. No estaba preparado.

En la casería de Ayete el ambiente empezaba a enrarecerse. Gastón no dejaba de

observar a su amigo Armand y no salía de su asombro. Apenas salía del cuartel y, desde luego, casi no se acercaba a la ciudad desde que dos domingos atrás se había presentado al amanecer en un estado que dejaba entrever su noche licenciosa.

Gastón le había dado la sorprendente noticia de que la curandera se casaba con el marido de su difunta amiga y él, impertérrito, le comentó que su hermano se lo acababa de decir. Sólo la tensión de su mandíbula denotaba que no era del todo inmune a esa novedad. Pero por mucho que le pinchó, no logró sonsacarle qué pensaba sobre esa boda.

Ahora lo veía entrenando con otro soldado. Los aceros resonaban en el patio. Pese al frío de diciembre, los dos luchaban en camisa. Llevaban el tiempo suficiente para que de sus cabezas y de las camisas, adheridas al cuerpo, se levantaran nubes de vapor. Ninguno de los dos daba muestras de cansancio. Alrededor se habían congregado más soldados que, entusiasmados con las apuestas levantadas, animaban a los combatientes sin pudor.

Gastón observó que el joven soldado no era rival para la destreza de su amigo, su astucia y sus años de experiencia en el combate. Se preguntó por qué Armand tardaba tanto en desarmarlo. Había tenido varias ocasiones de hacerlo; ¿qué lo detenía?

Un vistazo a su expresión le mostró que su amigo se estaba divirtiendo y no tenía prisa por acabar.

«He olvidado lo mucho que le gusta practicar con la espada», pensó con una sonrisa traviesa.

—Parece que estás un poco viejo para estos cachorros. —Alzó la voz para que Armand le oyera sin problemas—. Tal vez has perdido fuerza con la edad...

Un instante después se oyó el repiqueteo de una espada al rebotar contra los adoquines. El soldado tenía las manos alzadas, rendido. El resto de sus camaradas intercambiaron el dinero de las apuestas.

—¿Deseas probar, tú mismo, qué tal están mis fuerzas? —inquirió Armand con una ceja levantada.

—¿Por qué no? Creo que necesitas unas clases magistrales de destreza —comentó, mientras se quitaba la casaca y desenvainaba la espada con una floritura—. Siempre fui mejor que tú.

—Siempre fuiste un presumido, Gastón —declaró Armand con una mueca, sin llegar a sonreír del todo.

Los dos comenzaron a lanzarse fintas con maestría. Los soldados volvieron a rodear a los combatientes y esta vez las apuestas subieron como la espuma.

—Siempre pensé que habías aprendido esgrima con algún maestro de baile —le provocó Armand, sonriendo ante la desenvoltura de su amigo.

—Nunca sabes, *mon ami*, cuándo unos pasos te sacarán de un apuro. Y por otro lado, se ve uno más gallardo y apuesto. —Una sonrisa con hoyuelos le cruzó la cara—. ¿No lo crees así?

—Ahora no hay mujeres ante las cuales quieras presumir, pavo real. Puedes

luchar como un hombre en lugar de danzar como si estuvieras en una pista de baile —recomendó, parando una estocada particularmente peligrosa.

Sin duda alguna, Armand se estaba divirtiendo y él también. Gastón arreció con el ataque, para poner en un aprieto a su oponente, y rió al ver que éste le devolvía estocada por estocada y finta por finta con igual fuerza.

Los hombres ampliaron el círculo para darles más margen, sin dejar de apostar y lanzar gritos de ánimo. La lucha calentó la sangre de Gastón. Siempre le había gustado pelear contra Armand, pues su fuerza y destreza igualaban la suya. Los dos habían aprendido junto a Claude, pero este último peleaba con menos nobleza y con él nunca sabías a qué atenerte.

—Bien parece que empiezas a flaquear... ¿Demasiadas mujeres, Gastón? —La pulla de Armand divirtió a la soldadesca, que hizo gestos obscenos para divertimento de todos.

—Nada de eso, *mon ami*. Mi fortaleza es indestructible... dentro y fuera de las sábanas.

Las risotadas reverberaron en el patio.

—Dime de qué presumes y te diré de qué careces...

Un quiebro a la derecha, seguido de una estocada.

—No es mi caso, *mon ami*. No presumo de nada que no sea cierto. No tengo la culpa de haber sido bendecido con los dones del mismísimo Apolo, ni de que las mujeres me encuentren irresistible...

—Algún día encontrarás una mujer inmune a esa belleza tuya y te desesperarás por conseguirla. Sólo espero estar ahí para verlo.

—No creo que llegue ese día... no hay de qué preocuparse. Nunca me he desesperado por conquistar a una mujer. ¿Qué me dices de ti? —inquirió Gastón. Armand le devolvió la estocada.

—¿De mí?

—Sí, *mon ami*. Pensaba que te interesaba la curandera y... se va a casar... con otro...

Armand redobló el ataque, sin restos de la camaradería que habían disfrutado hasta ese momento.

—¡Basta ya de cháchara y dediquémonos a lo que importa! —bufó, tormentosos los ojos azules.

Fueran cuales fueren los sentimientos por la curandera, era evidente que era más serio de lo que había previsto. Resolvió no provocarle más; menos aún cuando tenía una espada en la mano con la que podía despedazarlo sin problemas.

Continuaron el combate, pero ya sin risas ni pullas. Hasta los soldados perdieron parte de su entusiasmo inicial.

Terminaron agotados y en tablas. Como siempre.

Armand se lavó y cambió su ropa sudada por una limpia. Se estaba poniendo las botas cuando se acercó Gastón. Estaba todo acicalado y, como de costumbre, con el uniforme impoluto. Las mujeres le trataban bien y competían entre ellas para complacerle y mantener limpias sus pertenencias.

—Hoy bajan los caseros para vender los productos de la huerta y los animales en la ciudad. Unos soldados y yo vamos a ir, ¿nos acompañas?

—No. Pensaba quedarme en el cuartel leyendo un poco.

—Si no te conociera, pensaría que te estás escondiendo —anunció Gastón frunciendo el entrecejo.

—¿Qué tontería es ésta? No tengo ningún motivo para esconderme...

No quiso pensar en Camila. No era conveniente.

—Pues entonces ven con nosotros —le cortó Gastón con los brazos cruzados sobre el pecho y la barbilla alzada—. Si no vienes, me harás pensar que tienes miedo de bajar a la ciudad. Es posible que no quieras encontrarte con...

—*Je sais perdre!* Iré —claudicó—. ¡Me rindo!

Gastón era capaz de estar insistiendo hasta el día del Juicio Final. Era preferible salir y acabar con su insistencia lo antes posible.

—Te esperamos en la cuadra. —Sonrió. Por un momento, Armand estuvo tentado de borrar de un puñetazo esa sonrisa burlona llena de hoyuelos.

En el fondo temía ir a la ciudad y encontrarse con Camila. Desde aquella noche había conseguido evitarla en un intento de olvidar lo ocurrido. ¡Pobre tonto! Si durante el viaje por Francia no había sido capaz de dejar de pensar en ella, ahora, después de haber probado sus besos y sentir lo que era sumergirse en ella, era quimérico no tenerla en sus pensamientos día y, sobre todo, noche.

Por más que intentaba apartarla de su cabeza, era imposible. Los recuerdos de aquella noche estaban grabados a fuego en su mente y en su cuerpo. Nunca habría pensado que pudiera ocurrirle algo así. Ni siquiera con Delphine había sido de ese modo.

Se había casado enamorado, pero esos sentimientos eran más platónicos que otra cosa. Sí, había deseado hacer el amor con ella, aunque de una manera casi inmaculada, si es que algo así era posible.

Con Camila sintió desde el principio algo más fuerte, más lujurioso. Desde aquel sábado su deseo por ella no había hecho más que aumentar hasta torturarlo. Saber que en breve iba a casarse con el señor Rodrigo era atroz. La mera idea lo trastornaba. Sus sueños estaban poblados de imágenes de ellos dos desnudos... Gimió como si los viera en ese momento.

—*Sacre Dieu!* Si llego a saber que acostarme con ella traería estas consecuencias... —siseó, pasándose la mano por la cara y el pelo.

Soltó una carcajada sarcástica al darse cuenta de que pagaría un precio aún mayor

sólo por pasar otra noche con ella. Por volver a sentir sus labios y su cuerpo pegado a él. Por volver a tocar aquella piel blanca salpicada de pecas. Por besarlas una a una hasta el amanecer...

La erección era tan fuerte que temió no poder montar en *Ange Noir* sin morir de dolor. La imagen de Camila casada con Rodrigo contribuyó a paliarla lo suficiente para no sentir las pullas de Gastón cuando lo viera en ese estado.

Envainó la espada en el cinto y se dirigió a la cuadra a zancadas, con los dientes apretados.

—Vaya, Armand, pensaba que, después de todo, no vendrías...

—Calla y pongámonos en camino antes de que esa feria de la que tanto hablabas se haya acabado —ordenó Armand, acomodándose en la montura.

La carcajada de Gastón resonó en la cuadra y fue el incentivo que tuvieron para espolear los caballos y salir hacia la ciudad.

Lo tenía todo ordenado. Nunca su buhardilla había estado tan limpia y recogida. Los ramos de plantas, que se secaban desde el verano, ya estaban guardados en sus respectivos cajones. Los morteros de piedra, alineados en una balda. La mesa, reluciente bajo la luz que entraba por el lucero del tejado.

Camila tamborileó con los dedos en la mesa, buscando algo en que entretenerse. Tras la visita del casero que le tenía arrendadas las tierras se había sumido en un frenesí de limpieza. Más que de limpieza, era de hacer cualquier cosa para no tener las manos ociosas y la mente dominada por los recuerdos de cierta noche y de cierto capitán galo.

A veces, durante lo que duraba un parpadeo, pensaba que había sido un error pedirle aquello; tal vez hubiera sido mejor seguir ignorando el placer que podía experimentar con un hombre. Su ignorancia en esos temas la había mantenido más cuerda y serena todos esos años; sin embargo, todas esas nuevas sensaciones la torturaban cada noche cuando intentaba inútilmente dormir. Suspirando por sus caricias y sus besos.

Se preguntaba si con Rodrigo sería igual, pero una parte de ella se negaba a creerlo. No era posible, cuando el mero pensamiento de que él la besara la descolocaba. Quería mucho a Rodrigo, eso era cierto; no obstante, era el mismo cariño que podría sentir por un hermano. No había nada carnal en ello. No como...

—¡Por el amor del Señor! Tengo que dejar de pensar en él. Me voy a casar en unos días. No es decente pensar... y menos desear a otro hombre —murmuró, golpeando con los puños repetidas veces la mesa.

Por mucho que lo intentaba —y lo intentaba con fuerza— no conseguía arrepentirse de lo ocurrido. De lo único que se lamentaba era de no poder repetir la experiencia con Armand otra noche más. Para comprobar que lo sucedido no era una casualidad y que podía volver a sentir lo mismo.

«No te engañes: lo que de verdad te gustaría es pasar más de una noche», se reprochó en silencio. Su cuerpo palpitaba de deseo. Era vergonzoso.

—¡Basta!

—Perdona, Camila. ¿Te molesto?

Ella se volvió para ver quién había hablado. Rodrigo esperaba, quieto, en el hueco de la puerta.

—¡Ah! No, claro que no... —titubeó, con la certeza de estar sonrojada hasta la raíz del pelo—. ¿Llevas mucho tiempo ahí? —indagó, temerosa de que hubiera oído sus palabras anteriores.

—No, acabo de llegar. He tocado a la puerta, pero en vista de que no contestabas y oía golpes dentro... Espero que no te moleste. ¿Qué hacías?

—Na... nada.

Él la miró suspicaz.

—Si estás nerviosa por la boda, no deberías estarlo —le aconsejó—. Mi suegra y Juliana han estado limpiando la casa y retirando la ropa de... Jacinta. Luego... ya te encargarás de organizarlo a tu gusto. Hacemos bien, no debes preocuparte por eso.

Camila no pudo evitar el escalofrío que le recorrió la espalda. ¿De verdad hacían bien? ¿Era lo correcto?

«Sí, se lo prometí a Jacinta».

—Venía a buscarte para ver si quieres ver la feria que se ha montado en la plaza. Han bajado desde los caseríos y tienen los productos expuestos —explicó Rodrigo con una sonrisa—. He pensado que te gustaría verlo. He dicho a mis hijos que les llevaría, pero que primero vendría a buscarte por si quieres acompañarnos.

No tenía ganas de ir, pero quedarse en casa equivalía a seguir machacándose la cabeza con imágenes que era mejor olvidar. ¡Como si fuera tan fácil!

—Está bien. Si esperas un momento, me prepararé enseguida.

—Estaré en la cocina...

Camila bajó a su cuarto para cambiarse el vestido por otro más elegante. Ahora que se iba a casar no tenía por qué seguir usando vestidos informes que ocultaran su cuerpo. Sacó del arcón uno de brocado negro, con encaje blanco en los puños y el escote. No se veía mucho bajo la capa; aun así, le hacía sentirse bien saber que lo llevaba. Se calzó las mejores botas y se hizo un moño bajo, muy pulcro.

En la cocina estaban Pierre, Juana y Rodrigo. Este último sonrió al verla... del mismo modo que hubiera sonreído aunque fuera vestida con un saco de harina. No la veía como mujer; desde luego, no era como debía verla su futuro marido. No pudo evitar sentirse desilusionada.

«¿Qué esperabas? Sabes que sigue enamorado de Jacinta y que a ti te ve como su amiga de siempre; una madre sustituta para sus hijos —pensó, un poco melancólica—. Es mejor así. Eso es lo que quieres, ¿no?»

¿Era lo que quería? Realmente desconocía lo que deseaba. No sabía nada.

Sí lo sabes.

«No, es cierto».

Lo sabes, reconócelo. Viste uniforme y es francés...

«¡Basta!», gimió por dentro.

—Doña Camila, estáis muy hermosa... —anunció Pierre, que estaba leyendo junto al fuego. Ella se alegró al ver que había salido de su habitación; últimamente pasaba demasiadas horas encerrado allí, solo.

—Ya era hora, señora, de que vistierais como os corresponde y dejarais de parecer una escoba vestida —dijo Juana con su habitual espontaneidad.

—Gracias. Hoy es día de feria y... —se justificó, ruborizada—. ¿No vais a ir, vosotros?

—Más tarde. Dejaré la cena preparada para cuando regresemos —aseguró Juana—. Quiero ver qué gallinas traen. No nos vendría mal un par de ellas, ahora que somos más. Y necesito comprar un cordero para la cena de Nochebuena. Este año vuestro arrendatario no ha traído ninguno.

—No; ha sido un excelente año y me ha pagado toda la renta anual en monedas —aclaró Camila—. ¿Y vos, Pierre? —Se volvió al joven.

—No lo creo...

—Os vendría bien salir un rato. Hace un día muy agradable. Lleváis varios días sin salir y conviene que hagáis ejercicio —explicó preocupada por el semblante taciturno de Pierre—. Animaos y venid con nosotros.

—No creo que...

—Vamos, vamos. Joven, en un día como éste no debéis quedaros en casa. Preparaos y salid a divertirlos —lo cortó Juana—. Un hombre joven, como vos, debe salir de jarana con el resto.

—Animaos, señor Pierre. Lo pasaréis bien —añadió Rodrigo.

El joven galo les miró con los labios apretados, sin saber qué hacer. Camila podía ver la indecisión en su mirada. Se acercó a él y le quitó el libro de las manos.

—Éste puede esperar a que regreséis. Ahora venid con nosotros. Será divertido.

—Eso es, muchacho. Seguro que hay malabaristas y saltimbanquis —aseguró Juana con una sonrisa de lado a lado que distendió su cara arrugada—. El libro estará ahí cuando volváis.

Con un bufido, que era más por salvar su orgullo que por verdadero fastidio, Pierre se levantó.

—Vale. Iré. Supongo que si no lo hago, Juana estará insistiendo hasta que lo consiga —dijo antes de salir de la cocina.

—Luego estaréis agradecido por haber salido —vaticinó la sirvienta con las manos entrelazadas sobre el vientre orondo. Sus ojitos pardos brillantes de satisfacción.

—Lo dudo... —masculló Pierre desde el pasillo.

—Hace días que no sale y casi no habla con nadie. Su hermano sólo le ha visitado un par de veces en las últimas semanas... La señorita Juliana ya no viene por aquí...

—informó Juana entre susurros—. Ese muchacho necesita salir y airearse un poco.

—Qué extraño, que su hermano no haya venido a verle —comentó Rodrigo.

—Estará ocupado... —murmuró Camila, rezando para no sonrojarse y no mirar a Juana, por si ella detectara el rubor.

No quería pensar en el motivo de la ausencia de Armand. Lo cierto era que, en su afán de no pensar en él, no se había parado a averiguar la razón de ese alejamiento. ¿Y si ella era la culpable? ¿Temía, acaso, que volviera a insinuársele? ¿Que volviera a solicitar sus...?

«¡Santo Dios! ¿Qué pensará de mí?»

Con un sordo gemido de vergüenza se dedicó a arreglar los puños del vestido.

—Sí, es de lo más extraño. El capitán siempre se ha preocupado de su hermano. No entiendo el porqué de ese distanciamiento. ¿Creéis, señora, que habrán discutido? —indagó Juana con cinismo—. ¿O será por otra cosa?

—No creo que eso nos incumba... —siseó molesta por los remordimientos. ¡Su lujuria había separado a los hermanos! No necesitaba que la anciana se lo hiciera ver—. Será mejor que esperemos a Pierre en la puerta. Hasta luego, Juana.

No quería ser tan brusca, pero se sentía mal por las consecuencias de su petición a Armand. Ella sólo le había pedido esa noche... Sin embargo, él podría pensar en la posibilidad de que se repitiera si volvía por allí. Sobre todo, después de lo desinhibido de su comportamiento.

«¡Imaginaré que estoy obsesionada! —se torturó en silencio—. ¡Qué humillación!»

¡Jamás había debido pedirle que le hiciera el amor! Pero... Era una mala persona, puesto que, en el fondo de su alma, no se arrepentía de esa noche. ¿Se arrepentiría él?

Armand le había demostrado que la deseaba con la misma desesperación. ¿Temería él sucumbir otra vez? ¿Seguiría sintiendo el mismo anhelo de estar con ella? ¿De repetir esa noche?

Imaginar que era así la calentó por dentro y su vientre se licuó con el recuerdo. Contuvo el suspiro de placer que pugnaba por salir de sus labios y se abrazó con fuerza.

—¿Te sientes mal?

La preocupación de Rodrigo la hizo sentirse sucia. ¿Estaría, en verdad, obsesionada?

—No. Es sólo que tengo ganas de salir. Supongo que los niños estarán impacientes por que les llevemos a la feria —improvisó, sintiéndose cada vez más inmoral.

Ahora estaba comprometida con Rodrigo y debía serle fiel. Recordar los besos y las caricias de otro hombre no era lo más honesto. Era necesario dejar de anhelar algo que ya no podría ser. Miró subrepticamente a su futuro esposo y se mordió los labios.

Rodrigo era un hombre alto, de hombros anchos y cuerpo compactado por el arduo trabajo en el mar. No era guapo en el amplio sentido de la palabra; más bien,

atractivo. A Camila le gustaban la bondad que se leía en sus ojos castaños y las patas de gallo, por pasar tanto tiempo escudriñando en la mar. Se preguntó si alguna vez podría sentir por él algo más que el simple cariño de amigos. Si algún día podría estremecerse con sólo mirarlo.

«Él no te quiere para eso. Así que deja de soñar», se recriminó.

Oyeron el paso disparate de Pierre, que bajaba la escalera. Un momento más tarde el gallo llegó a la entrada. Se había cambiado de ropa y peinado con esmero el cabello rojizo.

—Bien, pues ya podemos ponernos en marcha.

Tras las palabras de Rodrigo salieron a la calle.

Camila rezó por pasar el día sin pensar demasiadas veces en Armand.

Juliana daba los últimos toques a su falda negra para que los pliegues cayeran con gracia. No sabía por qué se estaba preparando, si no iba a salir.

Su cuñado había ido a buscar a doña Camila para llevarla a la feria. Después vendría a buscar a los niños, que jugaban con Samuel en el patio. Le alegraba saber que se casarían. Su hermana habría estado de acuerdo con esa boda. Sabía que Rodrigo aún penaba por la muerte de Jacinta, pero por el bien de los niños era importante que volviera a contraer matrimonio lo antes posible.

Con respecto a la curandera, reconocía que había sido la mejor amiga de su hermana y que adoraba a sus sobrinos. Dudaba de que estuviera enamorada de Rodrigo. Probablemente aún lloraba la muerte de su esposo.

Su cuñado les había explicado, a su madre y a ella, que esa boda era de conveniencia y que esperaba, con el tiempo, llegar a amar a Camila. Ellas ya lo habían imaginado, pues si alguna vez hubo un hombre enamorado de su esposa, ése era Rodrigo. Seguramente, si no hubieran tenido hijos, él nunca se habría vuelto a casar.

«¿Alguna vez alguien me querrá con el mismo ardor?»

Bufó ante esa estúpida pregunta. No era si alguien la querría. La pregunta era si Pierre la querría con ese ardor. Si la amaría lo suficiente como para superar la falta de su pierna.

Llevaba dos semanas sin verlo. Casi quince días que se le habían hecho eternos. Él no había vuelto a acompañar a Samuel y ella, desde luego, no fue más por la casa de la curandera. No era cuestión de seguir humillándose declarando su amor a alguien que, obviamente, no tenía ningún interés por ella. Al menos, no el suficiente.

Se acercó al capazo donde descansaba la pequeña Jacinta. Era un bebé dulce y tranquilo. Apenas lloraba, como si no quisiera importunar. La niña estaba despierta y movía los ojos siguiendo las vigas del techo. Era tan parecida a su madre que partía el corazón. Sin hacer caso de la premisa de no coger a los bebés para que no se acostumbren a los brazos, tomó a su sobrina y la acunó. Se vio recompensada por una

sonrisa sin dientes seguida de un gorjeo. Era una pena que su hermana no pudiera disfrutar la dicha de tener a su hija en los brazos. Se había sacrificado para que esa pequeña criatura viviera. Reprimió las lágrimas, pues sabía que si sucumbía ya no sería capaz de parar en un buen rato.

Oyó la puerta de entrada y la voz de su cuñado llamando a los niños. Un instante después entraba en la sala.

—Buen día, Juliana. He venido a recoger a los niños... ¿Le pasa algo a... la niña? —preguntó Rodrigo. En esos meses nunca la había llamado por su nombre. No lo culpaba, si tomaba en cuenta las circunstancias del nacimiento.

—¡Ah! No... Simplemente tuve la necesidad de abrazarla un poco —declaró. Abrió desmesuradamente los ojos al ver quiénes acompañaban a su cuñado—. Por favor... pasad, no os quedéis a la puerta. Buen día a todos.

—Buenas tardes, señorita Juliana —saludaron Pierre y la curandera casi a la vez.

Los recién llegados se sentaron en los sillones, alrededor de una mesa baja, mientras Juliana llamaba a su madre para que se reuniera con ellos. A los niños se les oía jugar en el patio, al parecer ajenos a los visitantes.

La señora Alberta no tardó en reunirse con ellos. Detrás llegaba Serafina, la sirvienta, con una bandeja llena de pastas y vino dulce para agasajar a las visitas; la dejó en la mesa y salió discretamente.

—¿Le pasa algo a la pequeña? —inquirió su madre.

—No, sólo me apetecía abrazarla un poco; es tan tranquila que a veces olvidas que hay un bebé en casa...

—Es cierto, pero de cualquier forma no conviene que se acostumbre a los brazos; de lo contrario no habrá quien la calme una vez que se la deje en su cuna —aseguró la señora Alberta—. Harías bien en dejarla en el capazo, Juliana —ordenó con sutileza. Luego se volvió a la curandera para preguntarle—: ¿Vais a la feria? A los niños les gustará... y Dios sabe que esos niños necesitan un poco de alegría.

—Será bueno para ellos —convino Rodrigo—. ¿Quieres acompañarnos, Juliana?

—No... no creo que sea adecuado... —balbuceó mientras devolvía a la pequeña Jacinta al capazo—. ¿Qué dirá la gente? Hace poco más de tres meses que...

—No vas a un baile, hija. Sólo acompañas a tus sobrinos a la feria. Nadie se atreverá a poner eso en tela de juicio —vaticinó su madre. Con un movimiento rápido de ojos le señaló a Pierre, que permanecía mudo sentado en el sillón—. Los niños estarán encantados de que los acompañes...

—Sí, señorita Juliana... Venid con nosotros —solicitó doña Camila.

Si continuaba negándose, ellos continuarían insistiendo y no deseaba eso. Miró subrepticamente a Pierre, pero él tenía la mirada fija en los dibujos de la alfombra como si no le importara lo que ella decidiera. Apretando la mandíbula con rabia, resolvió salir. Si a él no le gustaba que se uniera al grupo, pues que se fastidiase. Estaba cansada de penar por él.

—Está bien, saldré.

Notó con satisfacción que él levantaba la vista hasta ella y que la volvía a bajar rápidamente. Después de todo no era inmune a su decisión. Percibió que su corazón latía más deprisa y más alegre que un instante antes. No todo estaba perdido.

Las calles de la ciudad eran un hervidero de gente. Había puestos donde se vendía desde calzado de cuero, alpargatas, prendas de lana cruda, aperos de labranza o ropas de lino, hasta frutas y verduras del tiempo. En la plaza habían habilitado un cercado donde estaban expuestas las vacas rojizas características de la región y alguna que otra holandesa. Caballos de tiro, bueyes, cabras, ovejas, gallinas rojas, pavos, conejos...

Los caseros vendían o trocaban sus mercancías por otras que necesitaran. Algunas mujeres preparaban talos, una especie de torta de harina de maíz tostada en una plancha sobre el fuego que luego rellenaban con un trozo de chistorra, chorizo frito o queso.

El herrero había montado un tenderete y exhibía espadas, espadines, dagas y cuchillos varios. A juzgar por la cantidad de personas que estaban mirando, tenía mucho éxito.

Armand miró alrededor por si veía a su hermano. Había ido a la casa a visitarlo, pero no estaba.

—Vaya, capitán, ¿cuánto tiempo que no os veía? Parece que habéis estado muy ocupado, pues no habéis venido a visitar a vuestro hermano —le había dicho Juana, que salía en ese momento para hacer unas compras en los puestos de la feria.

El capitán sabía que había sido vano su intento de no evidenciar ninguna emoción. La anciana le había escrutado con sus ojillos oscuros como si pudiera verle hasta el alma, haciéndole sentir como un chiquillo pillado en falta. Se preguntó por enésima vez, desde que se toparan con la criada, si ella intuía la razón de ese distanciamiento.

Empezaba a creer que sí, porque a esa mujer no se le escapaba nada.

—Mira, Armand, por allí he visto a Pierre —aseguró Gastón señalando a un grupo entre los que rodeaban a los saltimbanquis—. Ahora lo tapa el hombre de la casaca negra.

Los dos se encaminaron hacia allí. El resto de los soldados que iban con ellos se habían ido al puerto en busca de otro tipo de placeres. Ya cerca, la muchedumbre que observaba a los bufones comenzó a dispersarse en busca de otras distracciones.

—¡Capitán Boudreaux! ¡Capitán! —Samuel corría hacia ellos con los brazos abiertos y una sonrisa capaz de iluminar una habitación—. ¡Qué contento estoy de veros!

Cuando estuvo cerca, el niño casi se le tiró a los brazos, pero se contuvo en el último momento y su mirada perdió parte de la dicha. Como si se apagara una luz en su interior.

—Pensaba que estabais enfadado conmigo... No habéis venido por casa y me prometisteis que haríais un arco... —murmuró contrito.

—Lo siento, Samuel. No lo recordaba. No estoy enfadado contigo. ¿Por qué habría de estarlo, si no me has dado motivos? —Le revolvió el pelo con cariño y el chiquillo le sonrió de nuevo—. ¿Te han gustado los bufones?

—¡Sí! Son muy ágiles, ¿verdad, madre? —preguntó a Camila, que se había acercado mientras hablaban.

Armand dedicó a los recién llegados una inclinación de cabeza a modo de saludo. El señor Rodrigo y Camila le correspondieron de la misma manera. Ella esbozó una sonrisa tenue y algo turbada. El sonrojo que le cubría la cara se perdía bajo el escote de su vestido. Un escote demasiado generoso para el gusto de Armand. Estaba tan hermosa que quitaba el aliento. No era el único que se había percatado de eso: Gastón también la miraba con apreciación.

La capa abierta de la curandera dejaba entrever un vestido que se ajustaba al pecho como un guante y mostraba unas formas que él ya conocía... ¡Maldición! Cierta parte de su cuerpo, bastante díscola por cierto, presionaba contra las calzas. Por fortuna, la casaca y el chaleco del uniforme eran lo suficientemente largos como para ocultarlo.

Un codazo de Gastón le sacó del trance en que estaba sumido. ¿Era posible que se hubiera quedado embobado mirando a la joven? Sí, sin lugar a dudas. La sonrisa irónica de su amigo así se lo decía. El deseo de borrarla de un puñetazo ya empezaba a ser habitual. Apretó la mandíbula hasta que temió partirse los dientes.

—Permitidme deciros, mi querida doña Camila, que esta tarde estáis particularmente hermosa —afirmó Gastón con una reverencia—. Debe de ser que os sienta bien estar prometida. Enhorabuena, *madame*.

El gruñido de Armand casi fue audible.

—Gra... gracias, capitán Bonnet. —El sonrojo de la curandera se intensificó con furia—. Supongo que no conocéis a mi... prometido.

Mientras ella les presentaba, el señor Rodrigo rodeó la cintura de Camila con actitud posesiva. Armand se contuvo para no chirriar los dientes y apartarle el brazo de golpe.

«Es su prometido, tonto, tiene todo el derecho de ponerle el brazo donde le dé la gana —rumió con furia—. En unos días estarán casados y podrá acariciarla tanto como desee».

Intentó con todas sus fuerzas ignorar los celos que empezaban a torturarle con saña. Él no tenía derechos sobre ella ni jamás los tendría.

Nunca debió acostarse con Camila. Antes soñaba en cómo sería poseerla, estar dentro de ella. Ahora que ya lo sabía, esos sueños eran un suplicio, un tormento desgarrador. *Merde alors!*

—No sabía que vendrías a la ciudad... —Las palabras de Pierre, un tanto sarcásticas, le devolvieron a la realidad—. Creía que estabas muy ocupado...

«*Mon Dieu!* ¿Acaso todos están confabulados para amargarme el día?», pensó Armand.

—Gastón insistió hasta que acepté —contestó escueto—. Yo tampoco pensaba que te animarías a salir...

Pierre enrojeció, acusando la pulla. Reconocerlo no le dio ninguna satisfacción y se arrepintió de hacerle pasar un mal rato a su hermano.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Armand para suavizar las palabras anteriores.

—Voy tirando —fue la escueta respuesta.

El capitán miró entonces en derredor y vio a la señorita Juliana, que hablaba con sus sobrinos y con Samuel. La mirada de la joven era demasiado triste para pasarla por alto. Seguramente su hermano seguía tratando de alejarla de él. Pobre tonto.

—Me alegra volver a veros, señorita Juliana. No recuerdo cuándo fue la última vez que coincidimos. —La saludó con su mejor sonrisa.

—Es cierto, capitán. Hemos estado enfrascados en demasiadas ocupaciones. Me alegra ver que regresasteis bien de vuestro viaje.

—Y yo de que sigáis tan bella como siempre.

—Vaya, gracias, capitán Boudreaux. Sois muy amable —balbuceó, sonrojada.

—No es amabilidad, señorita, sino la verdad.

Ella le miró, confundida. Armand no quería darle una falsa impresión; simplemente trataba de alegrarla un poco y borrar la tristeza de su semblante. Ella pareció entenderlo con sólo mirarle; una chispa de comprensión brilló en sus ojos pardos.

—¿Habéis visto qué feria han montado? ¿Hacen algo así donde vivís? —indagó la muchacha con entusiasmo.

—Sí, claro, pero si queréis saber más sobre ello, deberéis preguntarle a Pierre; él sabe más que yo de esas cosas —aclaró. Esperaba que su hermano interviniera en la conversación. Luego les dejaría solos.

—¡Ah! Bueno, tampoco es que me interese mucho, la verdad —dijo, súbitamente desinteresada—. Habladme de vuestro viaje por Francia. —Para sorpresa de Armand, ella le pasó la mano por el hueco del codo y echó a andar por entre el gentío, casi arrastrándolo detrás.

Él miró por encima del hombro para ver si el resto les seguía y al ver que todos iban a la zaga, incluido Pierre, taciturno y huraño, se dedicó a adornar los días pasados en su país. Le vendría muy bien para distraer sus díscolos pensamientos de Camila.

Su hermano era tonto si dejaba escapar a una muchacha como ésa. ¿Cuándo se daría cuenta?

La cena de Nochebuena ya estaba preparada. El aroma de la comida, que subía por la escalera, abría el apetito. Camila terminó de peinarse frente al espejo de su cuarto, se recogió el pelo en un moño y lo dejó sin cubrir. Llevaba el mismo vestido que el día de la feria. De momento era el único que se ajustaba a su figura. Estaba arreglando los otros para volverlos a poner a su medida. Reservaba uno de terciopelo negro para el día de su boda. Con la muerte de su amiga tan reciente, no sería correcto llevarlo de otro color. El mero pensamiento de ese día, que se acercaba inexorable, bastó para deprimirla. No habría debido ser así, pero le era imposible alegrarse. Tenía la sensación de llevar un peso enorme sobre los hombros y, algunas veces, hasta le parecía que le faltaba el aire.

Un vistazo a la cama, a través del espejo, y el recuerdo de la noche en que Armand y ella habían hecho el amor allí regresó para torturarla. Se pasó el dorso de la mano por las mejillas para refrescarlas y la sensación la remontó a esa noche. Volvió a verse en los brazos de Armand; a sentir su piel, algo más oscura que la suya. Casi notó el sabor de sus besos; se humedeció los labios. El relieve de esa cicatriz, apenas visible, sobre el labio superior; sus manos, que la hacían desear y sentir cosas que nunca antes había anhelado.

Jadeó al sentir como si una bola de fuego se hubiera instalado en su vientre y le irradiara calor hacia todas las zonas del cuerpo. Era bochornoso percibir la humedad entre sus muslos y el deseo abrasador que la consumía por dentro.

«¡Ay, Virgen santa! No quiero sentir esto. No puedo sentirlo».

Se iba a casar con un hombre y ansiaba en secreto a otro. ¿En qué la convertía eso? ¿Tendría que vivir el resto de su vida culpándose por desear a Armand? Le había parecido muy fácil pensar, cuando se lo comentó Juana a la mañana siguiente, que con el tiempo podría llegar a intimar con Rodrigo; ahora, simplemente le parecía algo que nunca podría llegar a suceder. Ella no querría. La idea le resultaba casi desagradable; comprendía que jamás lo desearía del mismo modo que al capitán.

Hubiera sido preferible no haber conocido nunca una dicha, una sensación, un goce tan grande como lo que había experimentado aquella fatídica noche. De esa manera no tendría nada con lo que torturarse hasta el día de su muerte.

Lo peor de todo era reconocer que, en realidad, estaba enamorada de Armand. Pese a que desconocía cuándo se había producido ese sentimiento, era cierto. Tan certero que dolía. La otra tarde, al verlo con la señorita Juliana colgada de su brazo, había sentido unas ganas salvajes de separarlos a puntapiés. Hubo de apretar los dientes para no hacerlo. Había querido engañarse justificando su actitud con la tristeza que notó en los ojos de Pierre al ver a su hermano con Juliana, pero en el fondo sabía que no era por eso por lo que rabiaba. Estaba celosa, tanto que daba

miedo. Por mucho que había tratado de no aparentar los pensamientos destructivos que le pasaban por la cabeza, temía que Rodrigo lo hubiera sospechado.

—Otra cosa más de la que sentirme culpable —murmuró contrita.

Había querido recordarse aquella tarde que, tarde o temprano, Armand abandonaría la ciudad para seguir combatiendo en otros lugares. La sensación de vacío al imaginar su marcha casi le había provocado vértigo. Pero entendía que eso era lo mejor: cuanto antes se fuera, antes podría empezar a olvidarlo.

«¡Como si fuera tan fácil!», pensó con dolor.

Se paseó por la habitación como una gata enjaulada. Nerviosa e irritable a partes iguales. Armand no tardaría en llegar con el capitán Bonnet. Les había invitado a pasar la Nochebuena en la casa.

—Los pobres estarán en el cuartel... Deberíais invitarlos para que pasen con nosotros esa noche tan especial —había sugerido Juana después de regresar de la feria—. Su hermano se encuentra aquí; qué menos que los reunamos... ¿No lo creéis así, señora?

No había tenido más remedio que aceptar. Si no lo hubiera hecho, la sirvienta habría empezado a sospechar demasiadas cosas. Así que subió a su dormitorio, escribió una invitación para Armand y otra para su amigo y las envió al cuartel con la esperanza de que tuvieran una excusa para no ir.

Los dos habían aceptado la invitación.

Rodrigo cenaría en la casa de los Urrutia con la señora Alberta, Juliana y los niños.

Camila también había invitado a su primo Aurelio y a su tía Eulalia, pero como cada año rechazaron el ofrecimiento.

Por esas fechas, su tía Eulalia caía en una melancolía que la obligaba a guardar cama. Su salud mental era cada vez más inestable. Había sido por Navidad cuando conoció al vendedor ambulante que la dejó embarazada y salió huyendo. Don Arturo había tratado de ayudarla, aceptando lo ocurrido y no menospreciándola por su situación (después de todo era su hermana) pero ella nunca soportó el rechazo de que era víctima por parte de sus padres y de la mayoría de los ciudadanos.

Lo sentía por los dos; sospechaba que para Aurelio no era nada fácil convivir con una madre que le miraba como si fuera el único causante de su desgracia y que tenía episodios de locura cada vez más frecuentes.

—Madre, ¿estás preparada? —preguntó Samuel entrando después de golpear la puerta—. Empiezo a tener hambre...

La mirada del niño era clara y sin sombras. Casi podría decirse que había quedado atrás ese miedo cerval que opacaba sus pupilas. La casaca de paño azul marino y el chaleco gris perla, a juego con las calzas azules, le hacían parecer mayor. Los zapatos, por una vez, brillaban como espejos.

—¡Ay, Samuel! Estás creciendo tanto que siempre tienes hambre. Anda, ven y deja que te abrace. —Tras abrazarlo con fuerza lo separó para mirarlo bien—. Estás

muy guapo, mi cielo. Ya no tardaremos en empezar a cenar. Aún no han venido... — El sonido de cascos de caballo en el empedrado del patio cortó lo que iba a decir—. Ve... ve a recibir a nuestros invitados. Yo... yo bajaré ahora mismo —ordenó, repentinamente nerviosa.

—¡Sí! Quiero enseñarle al capitán todo lo que he conseguido cantando villancicos.

Ese día había salido con Martín y María a cantar villancicos casa por casa por toda la ciudad; en cada una de ellas les habían regalado nueces, avellanas, frutos secos y alguna que otra manzana. Los niños habían regresado encantados con el botín. Camila también había estado regalando lo mismo a todos los niños que se acercaban entonando canciones navideñas. Era una costumbre.

El niño salió corriendo y ella se quedó otra vez sola en el cuarto, estrujándose las manos. Deseando bajar para ver al capitán. Temerosa de evidenciar los sentimientos por él.

«¿Por qué todo es tan complicado?»

Eres tú quien lo hace complicado.

«No tengo más remedio...»

¿No lo tienes o no lo quieres tener?

Ofuscada consigo misma, bajó para atender a sus invitados.

Pierre paseaba de un lado a otro frente a la puerta de la casa de los Urrutia, custodiándola como un soldado. No se decidía a entrar otra vez; no obstante, era incapaz de marcharse sin acabar lo que tenía pensado.

Había estado ocupado toda la tarde. Primero visitó a uno de los maestros de la ciudad: don Fernando, un señor casi anciano, famoso por sus malas pulgas. Al menos eso les había oído decir en varias ocasiones a Martín y a su hermana María.

El hombre, en cuando descubrió que eran colegas de profesión, le atendió gustosamente. Pierre iba a ofrecerse para trabajar como maestro en el caso de que hubiera una vacante. Para su satisfacción, la había: uno de los maestros se había marchado de San Sebastián cuando se corrió la voz de que venían las tropas francesas.

Don Fernando le hizo un sinfín de preguntas sobre su antiguo puesto en la escuela, allá en Auvernia. Más preguntas para comprobar los conocimientos del joven galo y pareció quedar satisfecho: Pierre se defendía lo bastante bien con el idioma como para dar clases en castellano. Podría comenzar en enero, en cuanto terminasen las fiestas de Navidad. El sueldo, como el de cualquier maestro, no era muy jugoso, pero al menos tendría algo con lo que empezar.

Una vez arreglado ese asunto y envalentonado por su buena suerte, se había encaminado a la casa de los Urrutia para hablar con la señora Alberta y con Juliana. La dueña de la casa le mandó pasar a la sala, donde su hija atendía a la pequeña

Jacinta, y los tres tomaron asiento.

Enseguida, la señora Alberta, arrellanada en el sofá, ordenó a la sirvienta traer unas pastas. Juliana acunaba al bebé, ignorando al joven. Pierre frunció los labios, nervioso; sin decidirse a hablar. Desconocía cómo iba a reaccionar Juliana después de haberla rechazado él en la playa. La tarde de la feria lo había desdeñado abiertamente; hasta paseó del brazo de Armand como si eso fuera lo que más deseaba en el mundo. Mientras tanto, él casi había muerto de celos al verla así. Aguantó, sintiéndose despreciado, el paseo por los puestos de la feria. La risa de la muchacha era como una daga, pues no era él quien la hacía reír. Si no hubiera resultado más patético aún, se habría echado a llorar.

El carraspeo de la señora de la casa le había devuelto a la realidad. Demasiado tiempo en silencio, para las buenas maneras.

—Yo... yo... —No supo cómo empezar. Avergonzado por lo mal que lo estaba llevando, se levantó y, con una torpe reverencia, se dirigió a la puerta. Estuvo a punto de colisionar con la criada, que venía cargada con la fuente de pastas y la botella de vino dulce.

«*Sacre Dieu!*»

Era un patán. Maniobrando con las muletas había logrado salir de la casa con un mínimo de dignidad.

Ahora seguía a la puerta, hablando consigo mismo para resolver si volvía a entrar y esta vez decía lo que pretendía decir o, por el contrario, regresaba a la casa de doña Camila como un completo fracasado.

Esto último no podría ser. Amaba demasiado a Juliana como para perderla por cobardía. Debía entrar y declararse, si quería seguir viviendo con honor.

Golpeó la puerta; inmediatamente la sorprendida criada se la abrió, para escoltarle hasta la sala donde seguían sentadas la dueña y su hija. El bebé dormía en el capazo, con la tranquilidad de los inocentes.

La señora Alberta abrió la boca, pero Pierre decidió que, si no empezaba a hablar, perdería la valentía. Así que, sin ningún miramiento y sin sentarse siquiera, se lanzó.

—Señora Alberta. Temo que mis modales anteriores no han estado a la altura del decoro y de la buena educación. Os ruego que me perdonéis y me permitáis explicaros lo que me ha traído de nuevo a vuestra casa. —Tomó aire y se quitó el sombrero—. Vengo de hablar con don Fernando, que me ha dado trabajo en la escuela. Comenzaré al finalizar la Navidad. No; por favor, dejadme terminar —dijo al ver que la señora de la casa abría de nuevo la boca—. Sé que me he portado muy mal con vuestra hija, la señorita Juliana. —Se atrevió a mirarla y se encogió por dentro al ver que ella seguía absorta en el dibujo de la alfombra—. Puedo asegurar, señora, que la quiero tanto o más que a mi propia vida. —Volvió a fijar su vista en la madre—. Y aún sin entender qué ha podido ver ella en mi persona, creo que ella siente algo por mí. O al menos lo sentía... —Rezó por que el cariño de Juliana no fuera voluble, antes de continuar—. Por eso me he atrevido a venir a vuestra casa y solicitar

humildemente la mano de vuestra hija.

Las dos mujeres ahogaron un grito. Pierre fue incapaz de levantar la vista de su sombrero; lo estaba estrujando entre las manos. Dejó de hacerlo y comenzó a darle vueltas. Notaba el rubor que le cubría hasta las orejas y deseó tener una tez más oscura que lo ocultase. Alzó la mirada y, con un rápido parpadeo, recorrió a las dos mujeres que seguían sentadas y lo miraban a su vez con la boca abierta.

«*Mon Dieu!* Esto no pinta bien...», pensó, acongojado.

Había sido un necio al creer que Juliana seguiría queriéndolo pese a su deplorable comportamiento. Ya era sorprendente que lo quisiera lisiado y todo. ¿Cómo podría seguir queriéndolo cuando la había tratado con tanta descortesía?

Apretó la mandíbula y negó con la cabeza. No había nada que hacer. Dejó de dar vueltas al sombrero por miedo a que se le cayera al suelo. Las manos le temblaban violentamente. Sería mejor que se marchase mientras pudiera manejar las muletas.

El sonrojo era tan intenso que notaba el calor emanando de la cara. No quería pensar en el aspecto ridículo que tendría allí de pie, en medio de la sala de visitas: lisiado y tan rojo como un tomate maduro. Haciendo acopio de dignidad. Se enderezó para salir de allí.

—Madre... —oyó que murmuraba Juliana. Clavó los ojos en ella, sorprendido—. Decid algo...

—Bien... esto... joven. Vuestra declaración... —La señora Alberta calló un instante—. Vuestra declaración ha sido, si me permitís decirlo, toda una sorpresa. Desconocía vuestros sentimientos hacia mi hija. Me complace saber que habéis encontrado trabajo y que habéis pensado en ello antes de venir a solicitar su mano...

—Madre... —suplicó Juliana.

—Bien, hija, estas cosas no se hacen con prisa. No se puede dar una respuesta...

—¡Sí, acepto! —barbotó la joven; incapaz de esperar, se levantó como una centella para correr hacia él.

Pierre tuvo el tiempo justo para volver a exhalar el aire, que desconocía estar reteniendo, antes de notar en el cuello los brazos de su amada Juliana.

—Juliana, hija... eso es totalmente impropio... no es decente —gimoteó la señora Alberta, sin demasiada convicción—. Es necesario guardar unas normas de decoro...

—¡Ay, madre! Me voy a casar, dejadme disfrutar de este momento. No todos los días vienen con una proposición de matrimonio... A Pierre no le importa, ¿verdad?

Pierre fue incapaz de contestar. Se sentía en la gloria. ¡Juliana le había aceptado! No sabía si reír o llorar de felicidad.

El vino de Burdeos era exquisito. Había traído de Francia varias botellas y las tenía guardadas para el momento propicio. ¿Qué mejor momento que la cena de Nochebuena? Armand se alegraba de haberlas descorchado: todos parecían estar disfrutándolo tanto como él. Juana, sentada a su derecha, tenía las arrugadas mejillas

coloradas como manzanas y sus ojos oscuros chispeaban de alegría. Guido y Samuel, a su izquierda, lo habían probado un poco aguado. Pierre había regresado de dondequiera que hubiese estado con el aspecto de haberse bebido una bodega entera. Sentado a la derecha de Camila, sonreía beatíficamente como si en sus manos tuviera el secreto de la felicidad eterna, la cura de la peste o la solución para la paz. Era toda una novedad verlo así, después de haber observado el ceño que empezaba a caracterizarle. Se preguntó qué o quién habría obrado el milagro. De cualquier forma le estaba agradecido por ese cambio. Era maravilloso ver feliz a su hermano, para variar.

Gastón sonreía, pero eso no era ninguna anomalía; su amigo siempre encontraba algo por lo que sonreír. Que esas sonrisas fueran dirigidas a Camila, le gustaba menos. Que ella le correspondiera del mismo modo, le hacía hervir la sangre y convertía el excelente vino en vinagre en su estómago.

«*Merde alors!*»

Camila, sentada frente a él a la cabecera de la mesa, estaba hermosa. Demasiado bella. La luz de las velas que adornaban la mesa le doraba la cara, resaltando las pecas de su nariz. Sus ojos ambarinos brillaban como topacios y, en las pocas veces que ella se dignaba apartarlos de Gastón y los dirigía hacia él, le hacían desear perderse en ellos para siempre.

Llevaba puesto el mismo vestido que la otra tarde, sólo que en esta ocasión, sin la capa que lo cubriera en parte, se podía apreciar la exquisita silueta de su pecho. Los recuerdos que suscitaba esa forma le estaban volviendo loco.

Necesitaba quitársela de la cabeza; era una tortura constante que no conducía a nada bueno. Rellenó su copa y bebió un trago para mitigar el ardor que amenazaba con consumirlo, sin apartar los ojos de la curandera. Ella reía de algo que le acababa de contar Samuel.

—Precisamente... debo decir que no conocía a nadie que invitase a la servidumbre a su mesa... —comenzó Gastón y se estiró los puños de la camisa por fuera de la casaca—. Me ha sorprendido, pero confieso que me parece una hermosa idea.

—Como os he explicado antes: sólo en estos días consigo que me complazca; el resto del año se niega en redondo —declaró Camila—. Juana es para mí como una madre.

—Cada uno debe aceptar su puesto, señora, y por mucho que queráis obviarlo, yo soy una simple criada —aseguró la anciana con seriedad.

—Es mi deber contradeciros, Juana: vos sois todo menos simple —remachó Armand, sincero—. Durante mi estancia en esta casa me habéis tratado tan bien como podría haberlo hecho mi propia madre.

—Vaya, capitán, haréis que esta pobre vieja termine llorando como una tonta. No he hecho nada extraordinario...

—Eso es cuestión de opiniones —la cortó y palmeó su mano con cariño.

Juana sorbió por la nariz, clavando sus ojos acuosos en los de Armand con una mirada cálida y cariñosa. Una sonrisa le distendió las arrugas de la cara y sonrojó aún más sus mofletes.

—Don Cosme no quería... —murmuró Guido, para sorpresa de todos.

—Guido, no debes decir esas cosas... —le amonestó su madre, frente a él, repentinamente seria.

—Pero... pero es verdad... —Sacó la barbilla, terco.

—Déjale, Juana. —Camila miró a la anciana—. Tiene razón. —Guido mostró una sonrisa, complacido—. Mientras mi padre vivió, mi esposo consintió a regañadientes compartir la mesa con ellos. La Navidad pasada, mi padre había fallecido y Cosme se negó a que comieran con nosotros —añadió, sonrojada, mirando el plato—. Ahora que no está, he decidido volver a las viejas costumbres.

«Ese Cosme era un imbécil», pensó Armand con asco; bebió otro trago.

—Muy loable de vuestra parte, debo decir, señora —alabó Gastón. Y alzó la copa vacía como si brindara por ello.

Por un rato todos guardaron silencio. Armand contempló a la curandera. El sonrojo seguía cubriendo su rostro y la piel del escote que dejaba a la vista el vestido. Demasiada piel, a su entender. Distinguió la miriada de motas oscuras que salpicaban esa parte y recordó cómo había buscado constelaciones entre sus pecas la noche que...

Dejó la copa en la mesa con un golpe seco. Empezaba a ser enfermizo. Bastaba con mirar una parte de su cuerpo para que mil recuerdos volvieran para torturarlo. Cada vez que ella se llevaba la copa a los labios la recordaba bebiendo para buscar fuerzas y contarle lo de su esposo. Y eso le conducía inevitablemente a lo ocurrido después.

La miró, cuestionándose si ella sufriría el mismo tormento que él. Lo dudaba. Nada en su serena postura evidenciaba que por dentro anhelase algo de él. Sólo le había pedido una noche y eso era lo que habían tenido. ¿Cómo presentir lo que eso iba a comportar para su salud mental? ¿Cómo sospechar que hacer el amor con ella podría convertirse en una sed que sólo la reiteración de ese acto sería capaz de calmar? Pero no era sólo eso. No era lujuria lo único que Camila despertaba en él. Era algo a lo que temía ponerle nombre. Hacerlo implicaba tomar decisiones que no estaba seguro de poder tomar.

Su matrimonio con Delphine no había sido un dechado de felicidad, aunque se casó enamorado de ella. ¡No! Enamorado no. La idolatraba; la adoró desde el momento en que la vio por primera vez. Pero no la amaba; nunca la amó. Al menos, no con la misma intensidad con la que amaba a Camila. Sólo ahora lo comprendía...

—Puesto que ya hemos terminado esta espléndida cena... —empezó Pierre, levantándose—. Tengo que hacer un anuncio... He encontrado trabajo... y la señorita Juliana... me ha hecho el honor de aceptar ser mi esposa —titubeó eufórico. Sus ojos brillaban de dicha.

—¿Qué? —graznó Armand sin poder contenerse.

—¿No te alegras?

—Por supuesto que sí. Es sólo que... *Sacre Dieu!* Me ha sorprendido. Te felicito, *mon frère* —dijo con sinceridad—. Te deseo toda la felicidad. Sin duda te la mereces. —Se levantó para abrazarlo—. *Félicitations*, Pierre.

—*Merci, mon frère*. —Los ojos, sospechosamente húmedos—. Quiero brindar por mi futura esposa, aunque no esté aquí en este momento. ¡Por Juliana, el amor de mi vida!

Todos secundaron el brindis entre risas de complicidad.

—*Mon ami*... parece que el aire de diciembre es propicio para despertar en algunos el deseo de casarse —murmuró Gastón—. Espero que esto no sea una epidemia. En ese caso me vería en la tesitura de tener que desertar para huir de esta ciudad. No tengo ningún interés en contraer matrimonio...

—Capitán Bonnet, yo no hablaría muy alto, por si acaso... —dijo Juana y se llevó la copa a los labios—. ¿Quién sabe lo que le deparará el futuro?

—¡Ah, no! —Agitó las manos para enfatizar su negativa—. Yo no soy de los que se casan. Eso se lo dejo a doña Camila y a Pierre.

—Felicidades, Pierre. La señorita Juliana es una muchacha encantadora. No podríais haber elegido otra mejor —conjeturó Camila—. ¿Habéis fijado ya una fecha?

—No. Todo ha sido muy rápido y tenía que regresar para cenar... —murmuró ruborizado e incapaz de guardar su alegría—. Mañana buscaré un momento para poder hablar con ella y... la fijaremos. Espero que no quiera un noviazgo largo.

La sonrisa amplia de Pierre reflejaba la dicha que sentía.

—A vos, doña Camila, os queda poco para vuestra boda. ¿Estáis nerviosa? —indagó Gastón.

—Realmente no. Mi caso no es el mismo. Ésta será mi segunda boda y...

—No creo que, por muchas veces que una persona se case, pierda la capacidad de asustarse ante algo de tal magnitud —sentenció Armand con amargura. Aunque se negara a creerlo, sabía que ese disgusto era por la proximidad del enlace de Camila—. Tal vez habría que buscar la razón en una falta de perspectivas o de...

—Me atrevería a decir, capitán Boudreaux, que mis nervios o la falta de ellos no son tema de conversación adecuado para la cena de Nochebuena —cortó la curandera con los ojos brillantes de cólera y algo más que él no supo interpretar—. La que se casa soy yo y las razones por las que lo hago son exclusivamente mías, capitán. No veo por qué tengáis algo que decir al respecto.

—¡Tal vez más de lo que vos creéis! —gruñó Armand; tuvo la satisfacción de verla palidecer y después ruborizarse con furia, al otro lado de la mesa. Sabía que se estaba comportando de una manera irracional, pero le resultaba imposible detenerse—. No creo que casarse para cumplir el deseo de una mujer moribunda sea una razón valedera para contraer matrimonio...

—Me niego a seguir hablando de eso. Mis motivos, como ya he expresado antes, son sólo de mi incumbencia, capitán. Os agradecería que dejaseis el tema. —La mirada, tan fría como su tono.

El aire habría podido cortarse entre ellos. Estaba enfadado y con gusto se habría levantado para arrasar con todo lo que aún quedaba en la mesa para desahogar su malestar.

—Se acerca la hora de la misa del Gallo —anunció Juana con regocijo, y le palmeó la mano a Armand—. Tenemos que ir a rezar por el nacimiento del niño Jesús. Un buen momento de hacer rogativas, capitán. —La anciana le guiñó un ojo, sonriendo como un gato satisfecho.

«*Sacre Dieu!*»

No estaba prestando atención a la misa. Don Pedro hablaba desde el púlpito con fervor, pero ella no era capaz de entender nada de lo que decía. Su mente se empeñaba en revivir cada instante de la cena que había tenido lugar unas horas antes.

El hecho de que Armand estuviera casi a su lado no contribuía, precisamente, a tranquilizarla. Apretó las manos, unidas contra la cintura, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Jamás había pensado que la decisión de casarse con Rodrigo fuera a costarle la tranquilidad de espíritu. Desde que aceptara su oferta no había tenido un momento de sosiego. A decir verdad, no era desde ese momento que las cosas se habían torcido, sino desde el instante atroz en que suplicó al capitán que le hiciera el amor. ¿Cómo se le había ocurrido semejante locura?

No volvería a beber ningún licor en su vida. Sin eso, nunca habría tenido la osadía de pedírselo. En menudo lío estaba metida: amaba a uno y se casaba con otro.

Debió de hacer algún movimiento brusco, pues el capitán Bonnet, que estaba entre los dos, se volvió hacia ella con una mirada de interrogación. Camila trató de sonreír, aunque estaba segura de que le había salido una mueca. El hombre pareció satisfecho, pues volvió a mirar al púlpito; don Pedro continuaba su alegoría sobre el nacimiento del Señor.

«No creo que casarse para cumplir el deseo de una mujer moribunda sea una razón valedera para contraer matrimonio...»

Las palabras de Armand seguían reverberando en su mente con terquedad. No quería darle la razón, aunque las cosas no estaban saliendo como ella esperaba. Ninguno de los implicados en el próximo enlace parecía muy satisfecho con el acontecimiento. Rodrigo alternaba la apatía con la complacencia; algo lógico, tomando en cuenta el reciente fallecimiento de su amada esposa. Las cosas entre ellos habían cambiado. Era como si hubieran perdido esa confianza de la que gozaban antes de la proposición, y ahora se trataban casi con frialdad.

En algunos momentos, Rodrigo se mostraba posesivo con ella; generalmente, cuando había otros hombres presentes. Fuera de eso, su trato era poco más o menos

como el de un extraño.

Pero no podía echarle la culpa a él. Las pocas veces en las que habían estado solos, ella había temido a cada instante que Rodrigo iniciara avances más íntimos, pues la sola idea la perturbaba. Desconocía la razón. A veces pensaba que era porque siempre que lo miraba lo recordaba junto a su amiga Jacinta y se sentía usurpadora. Otras veces, le venía a la memoria la noche pasada junto a Armand y la nostalgia le jugaba malas pasadas. ¿Cómo podría hacer el amor con Rodrigo, en el caso de que él se lo pidiera, si era inútil todo intento de olvidar a su amante? Sí, él le había dicho que el matrimonio sería de conveniencia y que no habría intimidad entre ellos, pero ¿cuánto tiempo aguantaría sin querer tener relaciones con ella? Siempre había oído que los hombres no podían estar mucho tiempo célibes y que... Se estremeció de aprensión al imaginarlo.

Luego estaban los niños; salvo los pequeños, ni Martín ni María parecían muy contentos de que ella fuera su madrastra. La querían, estaba segura, pero al parecer la preferían antes como amiga que como madre.

Y por último estaba la razón primordial para esa boda: Samuel.

El niño no había protestado, aunque lo notaba taciturno. Si bien iba a jugar con Martín y sus hermanos, ya no lo hacía con tanto júbilo como antes. Quería hablar con él. Preguntarle qué le parecía tener a Rodrigo como padre y a sus amigos como hermanos. Algo se lo impedía; tal vez el temor a que le dijera lo poco que le complacía esa idea. ¿Y si era así?

Respiró con fuerza, pues se sentía ahogar en la iglesia. Necesitaba salir de allí lo antes posible. El humo de las velas y el fuerte olor a incienso la molestaban. La altura de las bóvedas sobre su cabeza la estaba mareando. Miró alrededor, buscando a Samuel, que se había instalado en otro lado de la iglesia junto a sus amigos, la señora Alberta, la señorita Juliana, Pierre y Rodrigo.

Debía salir de allí. El corazón latía como loco.

—Disculpadme, capitán Bonnet, pero me voy a mi casa —anunció al sorprendido galo.

—Señora, permitidme que os acompañe. No son horas para andar sola por ahí —susurró.

—No hace falta, gracias —le cortó. Y tras hacer una genuflexión y santiguarse, salió sin mirar atrás por el pasillo hasta la calle.

El frío era menos intenso que al llegar a la iglesia. El cielo, encapotado, presagiaba nieve. Aún no había acabado de ponerse los guantes cuando cayeron los primeros copos. Se cubrió bien con la capa y comenzó a caminar con rapidez para llegar a su casa lo antes posible.

La calle estaba desierta. La mayoría de los ciudadanos se habían dado cita y repartido entre las dos iglesias de la ciudad. El silencio era ensordecedor, tanto que casi se podía oír cómo se posaban los cristalinos copos en el suelo. Extendió la mano y enseguida el guante quedó cubierto por multitud de trocitos de hielo que brillaban a

la luz mortecina de los faroles. Echó a correr; su casa no estaba lejos y quería llegar para refugiarse junto al fuego.

—¡Camila! —oyó que la llamaban. Se giró, aminorando la marcha, y vio que Armand la seguía caminando a zancadas, con la capa ondeando hacia atrás. Al verlo, su corazón comenzó a latir con fuerza otra vez. ¡Virgen María, cómo lo echaría de menos!—. Espera, por favor. Gastón me ha dicho que regresas a tu casa. ¿Te encuentras mal? —Su rostro mostraba preocupación genuina.

—No podía estar ni un instante más allí dentro —confesó antes de pensarlo siquiera. Y continuó caminando, pero más despacio. Deseaba alargar ese momento. No quería separarse de él—. No hacía falta que vinieras; sabes que mi casa no está lejos. Ya casi he llegado...

—Comprendo —musitó él—. Déjame que te acompañe el resto. Quiero hablar contigo... He de pedirte disculpas por mi deplorable comportamiento de esta noche. No tendría que haberte hablado así. Estás en tu derecho de casarte con quien quieras y por los motivos que creas. No soy quién para reprochártelo.

—Me alegra que lo entiendas así —dijo en un murmullo.

—Lo comprendo, *oui*. Lo cual no significa que lo acepte... —siseó entre dientes—. Lo siento. No sólo creo, más bien sé, que estás cometiendo un error.

Camila se paró para enfrentarse a él.

—Me voy a casar... con Rodrigo —dijo, más por convencerse a sí misma que por convencerlo a él.

Lo miró y apretó los labios. Allí, bajo la nieve que empezaba a caer con más intensidad, el capitán tenía un aspecto magnífico. Sus ojos azules brillaban con energía, parpadeando para desprenderse los copos que se le pegaban en las pestañas. Un copo solitario se le posó en el labio inferior; Camila hubo de agarrarse a la capa para no retirárselo con sus propios labios. Aquello ya no podía ser, estaba prometida...

—*Cré nom de Dieu!* Camila... pues en ese caso, no me mires así —protestó, rabioso—. Estoy haciendo un esfuerzo titánico para no tomarte y tú no lo pones fácil si me contemplas como... —Se pasó la mano por la cara y la curandera pudo observar que le temblaba. Era tan vulnerable como ella. Saberlo fue como un bálsamo.

Sin poder contenerse, le tomó de aquella mano temblorosa y se la llevó a los labios. El gemido de Armand fue tan puro que a Camila se le aflojaron las rodillas.

—*Au diable!* —farfulló el hombre; con la otra mano la sujetó por la nuca para besarla con ímpetu.

Camila, agarrada a las solapas de la casaca de Armand para no caer, por poco lloró de satisfacción. Sabía que eso no estaba bien. Que ella debía ser fiel a su futuro esposo, que...

Ahondó el beso para no seguir oyendo a su conciencia, que la instaba a parar. A comportarse con decencia.

No podía hacerlo. Necesitaba sentir los besos, el abrazo... Anhelaba a Armand como nunca había deseado nada ni a nadie en el mundo. Sólo era un beso, nada más. Un beso. El último...

Armand había perdido la noción del tiempo pero tenía claro que no podían seguir besándose en medio de la calle; tarde o temprano alguien podría verlos y no quería que la reputación de Camila quedase empañada por su culpa. Acarició su rostro, frío por el aire nocturno, y retiró los copos adheridos a su cabello. Debía parar. Ella deseaba casarse con... No era capaz ni de pronunciar ese nombre sin sentir que se le desgarraba el corazón por los celos.

Por mucho que se obstinase en negar la evidencia: estaba enamorado de Camila.

«*Mon Dieu!*», quiso gritar. Necesitaba despejar su mente para analizar sus sentimientos.

—Debemos parar... Puede vernos cualquiera... —vaticinó, con el aliento entrecortado.

Reanudaron la caminata, manteniendo una distancia prudencial por temor a tocarla y empezar de nuevo.

La nieve había empezado a cubrir el suelo y crujía a cada paso. Los copos, delicados como plumas, caían flotando a su alrededor. Era una sensación irreal y sobrecogedora. Sus huellas, grabadas en el niveo manto, como callados testigos de su paso. El aliento se condensaba en vapor y flotaba ante sus caras. El humo de las chimeneas impregnaba el aire con su olor a madera quemada. Las puertas de cada casa, adornadas con coronas de acebo, eran espectadoras de su desasosiego. Todo era quietud y calma.

Ya estaban frente a la casa de Camila. Ella sacó una llave del bolsillo de su capa y abrió la puerta. Armand no quería que entrase. No quería perderla. No aún.

—Puedes...

—Yo...

Hablaron los dos a la vez.

—Empieza tú —cedió Armand. Los ojos clavados en ella.

—Quería decirte que, si quieres, puedes pasar... Bueno, a menos que desees volver a la iglesia... —titubeó; la mirada, en un punto por detrás de Armand.

—Si no te importa, prefiero quedarme contigo. Ha sobrado un poco de vino...

Camila abrió la puerta del todo para dejarle pasar. El interior estaba iluminado por una lámpara de aceite que titiló con el aire frío del exterior.

Se quitaron las capas salpicadas por la nieve y las colgaron del perchero, a la entrada. Armand colgó también el sombrero. Tratando de no mirar cómo se le ajustaba el vestido a Camila, fijó la mirada en sus enrojecidas mejillas. Su piel, salpicada de pecas, parecía de alabastro; sus ojos, brillantes como piedras preciosas.

La siguió hasta la cocina. En la chimenea aún ardía un gran tronco. Le recordó al *Bûche de Noël* de su país.

—Creía que el Tronco de Navidad era una costumbre francesa —comentó sin poder evitarlo.

—¿Vosotros también? Yo pensaba que era algo de aquí.

—Es evidente que compartimos muchas costumbres —aseguró él con una sonrisa—. Mañana *ma mère* limpiará la chimenea y guardará las cenizas. Dice que son sanadoras.

—Sí. Nosotras haremos lo mismo, pero dejaremos unas pocas para que duren en el hogar todo el año.

—¿Cómo? —preguntó, confundido.

—Es sencillo: nunca limpiaremos la chimenea del todo. De ese modo nos aseguramos de que siempre queden cenizas de este tronco.

Guardaron silencio. Armand se acercó y prendió una ramita para encender un par de candiles con los que iluminar la cocina. Camila había cogido la botella de la fresquera y puesto dos copas en la mesa antes de indicarle que se sentara.

Ninguno de los dos habló mientras repartía el vino y tomaban el primer sorbo. Era un silencio que no le molestaba en absoluto. No sentía la necesidad de llenarlo con palabrería inútil. Estaba a gusto, sencillamente porque estaba con ella. Y eso era lo que más quería en el mundo: estar a su lado.

Observó las manos temblorosas de la mujer. Nunca las había visto temblar; siempre le había maravillado su pulso firme. Ni cuando él le gritó para que atendiera a Pierre, ni durante el peor de los enfrentamientos que habían tenido, ni siquiera entonces le temblaban.

—¿Qué te sucede realmente? —Le sujetó las manos—. ¿Qué te preocupa tanto?

—No lo sé —musitó cabizbaja—. Supongo que es la boda...

—Así que, después de todo, sí te pone nerviosa. —Trató de bromear.

—Me siento tan confundida... No sé qué hacer... —Se desasió de las manos de Armand y puso los codos en la mesa para sujetarse la cabeza—. Me estoy volviendo loca de tanto pensar en ello.

—¿En qué piensas? ¿Te arrepientes de la boda? —preguntó, esperanzado. Camila se limitó a suspirar repetidas veces sin contestar—. Por favor, dime si puedo ayudarte...

—Tengo que resolverlo yo sola y no sé qué hacer... —Lo miró con aquellos ojos que le robaban el aliento—. ¿Qué puedo hacer?

—No te cases. No puedes hacerlo sin estar segura de que eso es lo que deseas —sentenció con dureza.

—Pero debo hacerlo... Se lo prometí a...

—¡Maldita sea, mujer! —Se levantó con presteza, arrastrando la silla hacia atrás—. No me vengas con ésas. Casarte por una promesa hecha a una moribunda no es un motivo válido. —Notaba crecer el enfado dentro de sí. Volvió a sentarse.

—No es sólo por eso. Están los niños... Necesitan una madre. Y, sobre todo, está Samuel —recalcó con seriedad.

—Entonces, ¿qué problema hay? —Estaba furioso y bebió el contenido de su copa de un trago. El estupendo vino de Bourdeaux le supo a vinagre—. Si quieres ser como *Jeanne d'Arc*, estás en tu derecho. Sacrifícate por el bien de los demás.

—No quiero ser Juana de Arco. ¡El problema soy yo! —casi gritó Camila—. ¡Eres tú! Si no te hubiera pedido... Ahora es tarde y no puedo dejar de pensar en... aquella noche y en... ¿No lo entiendes? —Los ojos anegados en lágrimas—. Estoy perdida.

Armand se levantó, repentinamente esperanzado, y se puso a su lado.

—En ese caso, ¿por qué continúas con la boda? —La sujetó por la barbilla, obligándola a mirarlo—. Dime, ¿por qué te casas?

—Debo hacerlo —susurró.

—¡No! No tienes por qué hacerlo —bramó, otra vez frenético; de un tirón la puso en pie para besarla apasionadamente.

Ella se puso rígida y cerró los labios con fuerza. Él deseaba que le correspondiera de igual modo, de lo contrario no tendría ningún sentido continuar con ese beso. Rezando para que se relajara, la besó con ternura en las mejillas, en los párpados, en la frente. Regresó a los labios y con infinita suavidad posó los suyos.

Camila se relajó por fin, ahondando en el beso. Armand sintió sus manos en el cuello, sujetándolo para impedir que se separase de ella. ¡Como si tal cosa fuera posible!

Por su parte, él la apretó contra sí; deseaba sentirla. Su erección palpitaba de deseo y amenazaba con derramarse de un momento a otro en los pantalones. Aquello no podía ser. Se separó un poco de ella; lo justo para poder besarla con comodidad en el cuello, en las clavículas, en el hueco que las separaba. Bajar por el escote que subía y bajaba al compás de la respiración agitada de Camila.

Se llenó de su olor a flores y plantas. Aspiró con avaricia; quería emborracharse con ese aroma. Jamás podría volver a pasar por un campo de flores sin recordar el olor de esa mujer. Lo llevaba en la sangre desde el momento en que la había abrazado por primera vez.

Llevó una mano al pecho turgente de Camila y el jadeo de ella casi lo volvió loco.

—Creo... que será mejor... que vayamos a tu habitación... Déjame que te haga el amor, Camila. Déjame que te ame como mereces... —murmuró junto a su oído.

—Creí que... no me lo ibas... a pedir nunca... —declaró ella, la voz entrecortada por la pasión.

Armand soltó una carcajada, dichoso; antes de que ella pudiera protestar, la alzó en los brazos para subirla en volandas al dormitorio. No podía perder más tiempo; la deseaba tanto que dolía. Camila, más práctica que él, tomó uno de los candiles para alumbrar el camino.

Subió los escalones de dos en dos; al entrar cerró la puerta de la habitación con el pie. No quería soltarla ni un momento. Le dolían las yemas de los dedos por las ganas de tocarla otra vez; de volver a sentir aquella piel tan suave, que lo tenía trastornado

desde que la acariciara por primera vez. Estaba seguro de que nunca tendría bastante, de que nunca podría saciar esa ansia de estar con ella.

Debía convencerla de que olvidara esa absurda idea de casarse con otro. Sería una locura que lo hiciese.

Sin apartar los ojos de los suyos, la dejó resbalar, pegada a él, hasta que Camila tocó el suelo con los pies. Cuando ella colgó el candil del gancho al lado de la puerta, la estancia quedó bañada con el fulgor dorado y oscilante de la llama.

—No sé tú —comenzó Armand con voz enronquecida—, pero yo me muero por tocarte. Me tiemblan las rodillas como a un muchacho inexperto.

—No eres el único —aseguró Camila, llevando las manos a los botones brillantes de la casaca—. Quiero verte desnudo. Deseo sentir tu piel junto a la mía —anunció, temblorosa.

Esas trémulas palabras fueron un acicate. De no ser por el castigo que le esperaba de presentarse en el cuartel de esa guisa, hubiera arrancado los botones de la casaca para quitársela cuanto antes. Ya no podía esperar. La prenda cayó al suelo, seguida del chaleco y la camisa. El aire frío de la habitación le erizó el vello del pecho y fue casi un bálsamo para el calor que lo abrasaba por dentro.

Camila ya se había soltado los cordones del vestido y lo había dejado deslizarse por su cuerpo con un suave frufurú, hasta que terminó en el suelo como los pétalos abiertos de una rosa negra. Detrás fueron las enaguas. Desató, entonces, el lazo que cerraba el escote de su camisola, que se abrió y resbaló hasta unirse a las prendas que le rodeaban los pies.

Su hermosura le dejó casi sin respiración. Pese a que la había visto la otra noche, no se acostumbraba a ello. ¿Lo haría alguna vez? No. Estaba seguro.

Las pecas del cuerpo de Camila resaltaban con la luz del candil. Más tarde, cuando se hubieran saciado, cuando sus cuerpos ya no dieran más de sí, las besaría una a una y trazaría constelaciones con ellas.

Camila, despierta, abrazaba a Armand, mientras él le deslizaba morosamente las esbeltas manos por el cuerpo. Se habría sentido feliz si lo que habían hecho no estuviera mal. Ella no era una buena mujer; era una adúltera que retozaba en los brazos de un amante días antes de contraer matrimonio con otro. ¿Acaso había perdido el juicio? ¿Dónde quedaba su moralidad? ¿Dónde su vergüenza?

Envidió la situación de Pierre y Juliana, que se iban a casar enamorados. ¿Cómo sería eso? ¿Cómo sería saber que ibas a unirme para toda la vida a un hombre al que amabas y que te amaba?

Los días previos a su boda con Cosme habían sido una dicha constante. Nada que ver con estos otros.

«¿Acaso quieres que Rodrigo te trate igual que Cosme? —se reprochó en silencio—. Desde luego que no».

Era una tontería, pues no tenían nada que ver uno y el otro. Rodrigo nunca sería capaz de hacer las abominaciones a las que Cosme la había sometido.

El problema era ella, que se sentía más como un reo a la espera de la sentencia que como una novia. Suspiró, derrotada.

—¿Qué te sucede, *ma petite*? —susurró Armand; luego se separó un poco para mirarla a la cara—. ¿Estás preocupada? —Tumbado de costado, con la cabeza apoyada en la mano y el codo firmemente anclado en el lecho, la sujetaba por la barbilla con suavidad mientras le rozaba la cara con los nudillos. Los ojos azules, adormilados por los restos de la pasión, se ensombrecieron al mirarla—. ¿Piensas en cómo le dirás a Rodrigo que anulas la boda?

Camila parpadeó, confundida por la conclusión a la que había llegado él. Se oyó un gallo en la lejanía. Un aviso de que su tiempo se había acabado.

—No voy a anular la boda...

—*Mon Dieu, madame!* ¿Vas a seguir con eso después de lo sucedido esta noche? —siseó, colérico.

—No grites; harás que nos oigan todos... —pronosticó, asustada, y se cubrió el pecho con la sábana.

—Me importa poco si nos oyen. No vas a casarte con él —sentenció saliendo de la cama—. No lo consentiré. *Non!*

A la luz del candelabro, que habían dejado encendido, el cuerpo de Armand era magnífico. Bien proporcionado y musculoso por el ejercicio diario. Varias cicatrices lo marcaban y hablaban de los peligros a los que se había expuesto en la guerra. El pelo revuelto le caía por la frente y le daba un aspecto peligroso. La sombra de la barba y la cólera que podía leerse en sus ojos no contribuían a mejorar esa impresión. Quiso acariciarlo, tal como lo había hecho durante esas horas en las que se amaron con frenesí. Pero él se apartó con brusquedad y la miró con rabia.

Ese gesto fue como un puñetazo y Camila por poco se dobló de dolor.

—No, *madame*. No permitiré que me vuelvas a tocar como si fuera un muñeco para tu disfrute —bufó, rabioso—. Cuando dejaste que te hiciera el amor, creía que ya habías tomado una decisión al respecto. Te tomaba por una mujer de principios, pero veo que no es así. No, si eres capaz de acostarte conmigo sólo por placer y a sabiendas de que te casarás con otro. ¿Tienes pensado repetirlo cuando estés casada? —Había furia y dolor en su voz.

—Me insultas, Armand. —La garganta, seca por la angustia.

Él comenzó a vestirse con rudeza, sin mirarla.

—Te insultas tú misma al continuar con esta farsa.

—No lo entiendes... —comenzó.

—No, Camila, no lo entiendo —cortó Armand. Sus ojos, fríos como el mar en invierno—. Será mejor que te busques a otro con el que retozar entre las sábanas, porque yo... —Calló un momento con las manos crispadas en la casaca que trataba de ponerse—. *Merde!* —Dejó caer las manos a los costados, hundiéndose los hombros y

agachó la cabeza. La prenda cayó al suelo con un susurro—. ¡Vaya tontería! No puedo siquiera imaginarte en brazos de tu futuro esposo sin morir de celos. ¿Cómo podré imaginarte en los brazos de un amante? —declaró, rendido.

Camila se levantó, arrastrando la sábana para tapar su desnudez. El cuarto estaba helado, pero en su dolor no lo notaba. Quería abrazarlo para consolarlo y consolarse ella misma. Se sentía rota por dentro. Dividida entre lo que consideraba un deber y su propia felicidad. ¿Qué podía hacer?

—Yo te quiero... —musitó, llorosa; se acercó a él sin llegar a tocarlo.

—Entonces, señora mía, eres peor de lo que imaginaba —desaprobó—. Si de verdad sientes algo por mí, no deberías casarte con otro. Eres doblemente infiel: a tu futuro esposo y a ti misma.

La frase llegó cargada de reproche.

—Hice una promesa...

—¿Qué fue lo que prometiste? —La sujetó por la parte superior de los brazos con firmeza, como si quisiera zarandearla pero sin llegar a hacerlo—. ¿Le dijiste a tu amiga que te casarías con su marido? ¿Fue ésa tu promesa?

—No... —Camila tragó aire y bajó la cabeza—. Le prometí que cuidaría de sus hijos.

—En ese caso, ¿para qué necesitas casarte con Rodrigo? ¿No has pensado que le estás robando la posibilidad de encontrar a otra mujer que lo quiera de verdad? ¿Que lo ame? —Ella notó la caricia de los pulgares en los hombros—. ¿O que cierras la ocasión de que alguien te ame a ti? —Armand miró al techo como si buscara inspiración. Expuesta la piel de la garganta hasta el cuello de la camisa. Lo vio tragar varias veces antes de que volviera a bajar la vista y clavase en ella sus ojos azules, brillantes de emoción—. Te quiero, Camila. Te amo tanto que duele... Me prometí no volver a enamorarme jamás, sin saber que aún no lo había estado nunca. En algún momento, en estos cuatro meses, te has metido en mi piel, en mis huesos y en mi alma. Saber que te vas a casar con otro me está matando. —La soltó para agacharse y recoger la casaca del suelo. Se la puso, abrochándola con destreza. Se ató el cinto con la espada a la cadera—. Anoche, al notar tus dudas, quise convencerte amándote. Creí que de esa manera te darías cuenta de lo que ibas a perder. Eres una mujer apasionada. No habías tenido la oportunidad de descubrirlo hasta ahora, pero lo eres. No creo que puedas vivir sin esa pasión, Camila. Y pensaba que haciéndotelo ver recapacitarías y anularías esa absurda boda. Pero veo que estaba equivocado...

Camila se abrazó a sí misma y, aturdida, se sentó en la cama. Miraba al suelo sin ver realmente nada. Las palabras de Armand dolían. No quería escucharlas. Hubiera preferido que la abrazase; notar el calor de su cuerpo. Sabía que eso ya no podía ser y esa certeza era atterradoramente dolorosa.

La puerta de su habitación se abrió y volvió a cerrarse. Armand se había marchado... Se había llevado el candil, dejando la habitación a oscuras. Cruel analogía de cómo iban a ser sus días una vez que él se fuera de su vida y de la ciudad.

Tiritó, repentinamente helada.

Se dobló en dos y comenzó a llorar en silencio. Lágrimas amargas que le quemaban la garganta.

Al pedirle que le hiciera el amor, lo había hecho sin considerar que él pudiera enamorarse de ella y, menos aún, que pudiera terminar haciéndole daño. Creyó que sólo era deseo... ¡Qué inconsciente había sido! Al final los dos se habían enamorado y los dos iban a sufrir las consecuencias de esa petición.

Él tenía razón: si pese a todo contraía matrimonio, sería infiel con los dos. Con Rodrigo, por amar a otro hombre en secreto —sin contar lo sucedido esa misma noche—; con ella, por traicionar a sus verdaderos sentimientos. ¿En qué lugar la dejaba eso?

Con todo, debía casarse con él. Debía ser consecuente con su promesa, aunque fuera lo más difícil que hubiera hecho nunca. Aunque fuera igual que morir por dentro, debía hacerlo. Estaba obligada, pero ¿por qué tenía que doler tanto?

Amaba a Armand. Eso era cierto. Lo quería con todo su ser; pese a todo debía casarse con Rodrigo.

Si el corazón podía partirse en dos, sin duda el suyo lo había hecho.

Samuel esperaba pacientemente frente a la puerta del dormitorio del capitán. Al llegar, después de la misa del Gallo, habían visto su capa en la entrada cuando llegaron. Recordó que Juana había sonreído y chasqueado la lengua. Eso quería decir que estaba contenta. Se lo veía hacer cuando un postre le salía bien o cuando él no alborotaba por la cocina.

Él también estaba contento; chasqueó la lengua para practicar, mientras esperaba a que se despertara el capitán.

El capitán Bonnet también había llegado con ellos para recoger su caballo. Cuando vio que *Ange Noir* aún estaba en la cuadra, le guiñó un ojo, soltó una carcajada y se marchó silbando una canción. Era un hombre muy raro; ¿por qué se había reído al ver el caballo del capitán? ¿Pensaba que se había ido andando?

Samuel casi no había dormido de los nervios que tenía por hablar con el capitán Boudreaux. Necesitaba contarle lo que pensaba. Estaba seguro de que sólo él podría solucionarlo.

Un gallo cantó a lo lejos: no tardaría en amanecer. Seguro que el capitán estaba a punto de levantarse, y Samuel no quería que se marchase sin hablar con él. Se recostó contra la pared, tratando de mantener los ojos abiertos, pero le pesaban demasiado y los cerró.

—Sólo será un momento... no voy a dormirme... —musitó antes de hacer precisamente eso.

Armand salió del cuarto de Camila con el cuerpo y el alma doloridos.

Las horas pasadas con ella habían sido mejores que la vez anterior. Sólo a última hora se había estropeado todo.

«*Sacre femme!*»

No podía admitir que pudiera ser tan obcecada y terca. Con gusto habría vuelto a entrar en ese dormitorio para demostrarle lo equivocada que estaba si creía poder vivir sin pasión. Se pasó la mano por la cara en un intento de aclarar sus ideas. Tenía que hacer algo para impedir que cometiera una locura que los condenaría a los tres. Tal vez debería hablar con el señor Rodrigo para...

Ver un bulto frente a la puerta le hizo dar un respingo. Lo iluminó con el candil y descubrió que era Samuel. Estaba profundamente dormido. Presentaba una imagen tan tierna que Armand hubo de tragar saliva para no emocionarse.

¿Qué podría estar haciendo ese chiquillo allí, en lugar de estar arropado en su cama? Colgó el candil de un gancho en la pared y, con cuidado para no despertarlo, se agachó para alzar en brazos al niño.

Samuel tan sólo parpadeó antes de acomodarse contra el pecho del capitán. Lo llevó en brazos a su dormitorio en penumbras, lo metió en la cama y lo arropó con ternura.

—Chshh. Duérmete que aún no es de día —lo arrulló al notar que empezaba a despertarse.

—¡Capitán! —chilló, medio dormido y se sentó en la cama como un resorte—. Me he dormido... *Merde alors!*

—Calla, no grites y no hables tan mal; sólo conseguirás que Juana te lave la boca con jabón.

—Pero ¡capitán...! —volvió a gritar.

—Vas a despertar a todo el mundo. ¿Qué hacías dormido en el suelo? —Acarició su cara adormilada.

—Tenía que veros, capitán —respondió, ansioso—. Tengo que contaros... —Armand se sentó en la cama, dispuesto a escuchar al jovenzuelo—. Yo no quiero que mi madre se case...

«Yo tampoco», estuvo a punto de decir.

—Eso es algo que tiene que decidir ella...

—Lo sé, pero es que no creo que ella quiera hacerlo... —admitió Samuel con tristeza—. Ya no se ríe tanto como antes. ¿No debería estar contenta? Yo no quiero que se case con el señor Rodrigo. No me gusta que María sea mi hermana... Ella dice que los hermanastros no se pueden casar, que es pecado...

Armand trató de no reír. No quería que pensase que se estaba riendo de él.

—¿Acaso ya tienes decidido que vas a casarte con ella?

Samuel se sonrojó con la mirada gacha.

—Bueno, yo no lo he decidido. Lo decidió ella el día que nos conocimos... Dice que cuando sea mayor será tan guapa que querré casarme con ella. —Alzó los hombros como dando por sentado que eso ocurriría con el tiempo.

—Creo que deberías hablarlo con tu madre lo antes posible...

—No sé cómo decirle eso... —Lo miró suplicante—. No quiero que el señor Rodrigo sea mi padrastro...

—¿Tienes algún problema con él? —inquirió el hombre, alarmado. Por nada del mundo consentiría que hicieran daño a ese niño—. ¿Te ha molestado?

—No. Es un hombre serio, pero me trata bien... Es que yo... es que a mí...

—Anda, muchacho. Me lo puedes decir, no va a pasar nada. —Le abrazó, sentándolo en su regazo. El niño se dejó hacer y se recostó contra su pecho, confiado—. ¿Qué es lo que pasa?

—Yo quiero que vos seáis mi padrastro —confesó Samuel; se mordió los labios.

Armand se quedó en silencio, incapaz de decir nada, conmovido al saber que ese niño le elegía como padre. Le abrazó y le revolvió el pelo antes de besarle en la coronilla con ternura. Tenía un nudo en la garganta. Aguantó con mucho esfuerzo para no romper a llorar como un chiquillo.

—Comprendo que aún no sé leer muy bien, y que me cuesta escribir... El señor Pierre me ha dicho que estoy mejorando mucho y que cuando empiece la escuela estaré al mismo nivel que Martín y los otros niños... Pero prometo aprender más y veréis que puedo ser un buen hijo y que... ¡Por favor, capitán! Decid que sí —suplicó Samuel. En la penumbra del cuarto era visible el brillo de los ojos oscuros anegados de lágrimas—. Pedidle a mi madre que se case con vos. Yo creo que le gustáis... Se pone nerviosa cuando estáis en casa y, además, os vi besarla. Eso es importante. Ella no es como las chicas del puerto.

El capitán apretó los ojos en un intento inútil de evitar que se le escapasen las lágrimas y sorbió por la nariz. El nudo en la garganta le oprimió aún más, mientras el corazón le bombeaba como un tambor de galera.

«*Oh, mon Dieu!*», pensó, conmovido.

—Samuel, me siento honrado de que quieras que sea tu padre. Eres un buen muchacho y un orgullo para cualquier padre que se precie. Créeme si te digo que no te querría más si fueras hijo mío de verdad, pero no está en mi mano. Es tu madre quien debe decidir...

—Pero... es que ella no sabe... no sabe que... yo no quiero que se case con él... —terminó entre sollozos desgarradores—. Por favor, capitán...

Armand lo acunó entre afligido y ensalzado por las palabras de Samuel. No podía decepcionar a ese chiquillo. Quizá no estaba todo perdido. Tal vez había una posibilidad de que Camila cambiara de opinión y se aviniera a razones. No podía ser tan necia de no escuchar a su hijo.

Con esa esperanza, se levantó con el niño en brazos y regresó al cuarto de Camila, dispuesto a lo que fuera para que se casara... con él.

Juana, atenta, escuchó los pasos que volvían a cruzar el pasillo del piso superior. Sospechaba que eran los del capitán Boudreaux, que regresaba al cuarto de la señora. ¿Qué se traían esos dos entre manos?

No podía negar que un matrimonio entre ellos contaría con su aprobación más sincera. No era que el señor Rodrigo le desagradase, no era eso. Lo consideraba un buen hombre, pero no el ideal para doña Camila. Ella necesitaba al capitán.

Había tenido que morderse la lengua para no expresar su descontento por la boda. Al fin y al cabo, ella no era más que una simple criada —por mucho que el gallo, en un alarde de caballería, dijese lo contrario— y su opinión no contaba para nada.

Le extrañaba mucho que la señora actuase de una manera tan impropia de ella. Su decoro, hasta entonces, había estado por encima de cualquier maledicencia. No entendía por qué ahora se comportaba de ese modo, totalmente ajeno a su personalidad. ¿El capitán le interesaba más de lo que ella admitía? Por supuesto: de lo contrario no habría accedido tan alegremente a meterlo en su cama, estando comprometida.

Si de algo estaba segura era de que ese hombre estaba realmente enamorado de ella. No había más que ver cómo se había puesto durante la pasada cena. Si eso no eran celos, ella no sabía nada de nada.

Chasqueó la lengua, satisfecha, y sus ojillos oscuros brillaron de regocijo.

Y luego, al volver de la iglesia, había visto las dos capas juntas colgando del perchero. Como un presagio. Seguro que esos dos no se habían limitado a hablar del nacimiento del Señor, frente a las copas de vino —las había visto encima de la mesa—. Probablemente su señora ya había cambiado de opinión respecto de casarse con el hombre equivocado.

Era terca, sí, pero no la consideraba tonta.

Retiró la ropa de cama y se levantó con torpeza. Cada día le costaba más salir del lecho. Era la cruz de la edad. Ya no podía disfrutar en la cama de ninguna manera. ¡Ah, si viviera su amado Fermín y tuvieran veinte años menos!

—Calla, vieja chocha. No son cosas para pensar en el día de Navidad —se amonestó con un cacareo—. Más te vale que te laves y te vistas, si no quieres terminar más tiesa que un madero.

Cojeó hasta el aguamanil y aguzó el oído; le había parecido oír a Samuel. ¿Qué haría ese muchacho levantado a esas horas? Más le valía salir para la cocina lo antes posible. Si había noticias, esperaba enterarse pronto.

La luz mortecina del amanecer se colaba por los postigos de la ventana. Camila los abrió para ventilar la estancia y, aturdida como estaba, casi ni se fijó en el manto blanco que cubría todo el paisaje. Al tiritar de frío, pese a las varias capas de ropa, se abrigó mejor con su chal de lana. El llanto le había hinchado los párpados y no

deseaba que nadie la viera en un estado tan lamentable. Recogió un puñado de nieve del alféizar, después de repartirla entre las dos manos se la llevó a los ojos.

Casi tuvo ganas de volver a llorar. ¿En que lío estaba metida?

—En ninguno. He de casarme con Rodrigo por el bien de los niños y no hay más que decir —murmuró aparentando firmeza.

Llamaron a la puerta y ella dio permiso para entrar.

La luz del pasillo formó una figura geométrica en el suelo de la habitación. Cuando vio entrar a Armand, Camila gimió por dentro. Enseguida se recobró, asustada al ver que traía a Samuel en brazos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada; sólo queremos hablar contigo —aseguró el hombre con seriedad—. Repítele lo que me has dicho —conminó al niño.

—Yo... esto... —Samuel carraspeó y se acercó a la oreja del capitán—. Creo que sería mejor que estuviese de pie para decirle eso... —Su voz se oyó claramente, por mucho que intentara hablar quedo.

El galo se apresuró a cumplir los deseos del jovenzuelo y los dos se quedaron firmes frente a Camila. El hombre con los brazos al costado, y el niño rascándose la cabeza.

—¿Tienes los ojos mal? —preguntó Samuel mirando a su madre con inquietud—. ¿Has llorado?

—No... es de... del frío —mintió ella con remordimientos—. ¿Qué querías decirme?

—¡Ah! —masculló, desconfiado—. No quiero que te cases... No quiero que María sea mi hermanastra.

Ella le miró sin saber qué decir, sorprendida por la confesión de su hijo.

—¿Le has obligado tú a que diga eso? —inquirió, furiosa, los ojos clavados en el capitán—. No me parece que sea lo más adecuado...

—Él no me ha dicho nada, madre. —Samuel se apresuró a defenderlo y hasta se puso delante del hombre—. Yo se lo he explicado y él me ha pedido que viniera a decírtelo. De verdad, madre, no quiero que te cases con el señor Rodrigo.

—Perdonad mis suposiciones, capitán —se disculpó antes de agacharse junto a su hijo. Debería empezar a pensar antes de hablar—. Él ha prometido darte el apellido y criarte como hijo suyo. Sé que estaremos bien. —Quería convencerlo y convencerse a sí misma.

—¡Pero es que yo no quiero que él sea mi padrastro! —chilló el niño, enojado; golpeó el suelo con el pie.

—Creía que... pensaba que te gustaría tener un padre y... hermanos... —susurró, confundida.

—¡Y es verdad! Lo quiero, pero no así... no ellos... —confesó; la mirada gacha.

—No sé qué decir, Samuel...

Se incorporó y se abrazó, perpleja por las palabras de su hijo. Lo había visto

ensimismado y un poco taciturno, pero nunca pensó que no estuviera de acuerdo con esa boda. Se asomó por la ventana, ciega al paisaje.

—Camila... —La voz de Armand la sacó de sus cavilaciones—. No sé si es el mejor momento... Tal vez debería esperar. Sé que cuento con la aprobación de Samuel, pero...

La mujer se volvió, observándole con atención. Él estaba visiblemente nervioso. Pestañeaba al tiempo que miraba a los lados, como si no pudiera decidirse a terminar lo que había empezado a decir. Era extraño verlo tan alterado. A decir verdad, no había vuelto a verle tan angustiado desde que lo conociera en el convento, junto a Pierre. Preocupado o furioso, sí. Atormentado, no.

Samuel tomó la mano del capitán, como si tratara de darle apoyo, y tiró de ella. Armand lo miró, extrañado.

—Decídselo, capitán —solicitó el niño ante la mirada asombrada del hombre—. Por favor...

—*Mais oui...* —comenzó Armand. E inspiró antes de fijar la mirada azul en ella—. Desde que murió Delphine, mi esposa, juré que no volvería a cometer el mismo error. Jamás me casaría... Han pasado cuatro años en los que me he creído a salvo de semejante despropósito...

—Decídselo... —Samuel acompañó esta orden con otro tirón.

—Eso intento, hijo... —aseguró, apretándole la mano. Miró nuevamente a Camila—. Cuando te conocí, no podía imaginar que me obligarías a romper esa promesa... Era algo impensable. Pero ya ves, aquí estoy... tratando de pedirte que te cases conmigo...

Camila no podía creer lo que estaba oyendo. Armand le estaba pidiendo matrimonio como si fuera un reo conducido al cadalso. ¿Qué esperaba que contestase? Ella tampoco habría imaginado que casarse con ella fuera casi un castigo. Se abrazó con más fuerza. Se sentía helada por dentro y por fuera.

—¿Qué contestas? —indagó. En sus ojos podía leerse la ansiedad y el temor.

—¿Qué esperáis que os conteste? —preguntó, dolida—. ¿Podría, acaso, daros una respuesta afirmativa después de oíros decir que os estoy obligando a pedirme en matrimonio? —Los ojos, fijos en los de él—. Desde luego que no.

—Comprendo que la elección de mis palabras no ha sido la adecuada... —trató de excusarse Armand.

—No os equivoquéis, capitán. Vuestras palabras no han hecho sino hacerme comprender que mi decisión de casarme con Rodrigo es la acertada —siseó con frialdad—. No os preocupéis... Tampoco yo volveré a cometer el disparate de solicitar nada de vos.

—No me he explicado bien... —empezó el galo, contrito, y se acercó un paso, arrastrando consigo al boquiabierto Samuel—. Quería decirte que...

—No hace falta que digáis nada más, capitán Boudreaux. Habéis sido muy claro y convincente. Ahora, si me perdonáis, he de ayudar a Juana a preparar la comida de

Navidad. Si aún deseáis venir... la invitación sigue en pie.

La cara de Armand era un poema de incredulidad, incomprensión y furia.

—En ese caso, señora... que paséis un buen día —ladró, soltando la mano del niño, que los miraba de hito en hito. Y salió.

Samuel la miró. La decepción podía leerse en sus ojos oscuros.

Camila se sintió desfallecer y rogó tener la suficiente fuerza para soportar su destino. ¿Por qué tenía que ser tan difícil?

Por segunda vez aquel amanecer, Armand salió del cuarto de Camila como si lo llevaran los demonios.

De todas las mujeres tercas, tozudas y exasperantes del mundo, había ido a enamorarse de la peor de todas. ¿Qué esperaba ella que le dijese? Había sido sincero. Era cierto que juró no volver a casarse, ¿qué problema había en decírselo? Había creído que se sentiría orgullosa de saber que ella era tan importante para él como para hacerle romper el maldito juramento. Por lo visto no lo había tomado así. ¿Acaso era tan complicado? Por lo visto sí.

Bajó la escalera casi corriendo. Necesitaba alejarse lo antes posible de allí. Su mente se dividía entre subir y pedirle de otro modo que se casara con él, o estrangularla por seguir con esa estúpida idea de hacerlo con el maldito Rodrigo.

—Buen día, capitán —saludó Juana, que salía de su dormitorio en ese momento.

—Buen día, Juana.

—Veo que no traéis buena cara. ¿La señora sigue en sus trece? —sondeó la sirvienta, con la cabeza ladeada como un pájaro curioso.

—*Oui* —contestó escueto, sin fingir que no había entendido la pregunta.

—¿Ya le habéis pedido matrimonio?

—¿Cómo sabéis...?

—Mi querido capitán, no cometáis el error de confundir vejez con ignorancia —dijo Juana sonriendo sarcástica.

—Jamás me rebajaría a pensar tal cosa de vos, señora —rió, momentáneamente animado por la sinceridad de la anciana—. Me ha rechazado.

—¡Por el amor de Dios! Más nos vale idear algo para que esa testaruda muchacha entre en razones antes de que sea demasiado tarde —aseguró con las palmas unidas como si rezara—. No tenemos demasiado tiempo, capitán. Es necesario obrar deprisa... Siempre fue muy tozuda, pero entrará en razones.

—Dios os oiga. —Armand besó la frente de la mujer y bajó a la cuadra en busca de *Ange Noir*. No creía que fuera posible hacer cambiar de opinión a Camila. Estaba empezando a sospechar que ella era la reina de la tozudez.

La nieve cubría las calles. Las únicas huellas que se veían a esas horas eran las que dejaba a su paso el caballo. Se arropó con la capa y se encasquetó mejor el sombrero. *Ange Noir* tenía ganas de cabalgar. Preveía que, en cuanto abandonaran las murallas y salieran al exterior, le costaría retener al brioso corcel.

Saludó al soldado que montaba guardia junto a la puerta y dejó que el caballo marcara el ritmo sobre la nieve que cubría la playa. Hacía frío, tanto que el aliento se condensaba en una nube blanca delante de él. Enseguida comenzó a salir vapor del cuerpo del caballo; incluso de él mismo, al empezar a sudar por la cabalgada. El

gélido y cortante aire le azotó la cara y le ayudó a atemperar su enfado. Era de lo más irritante no saber qué hacer para convencerla. ¿Debía dejar que cometiera la estupidez de casarse con el hombre equivocado? No, no podía. Era imposible.

Si al menos supiera que el señor Rodrigo la amaba... Pero estaba convencido de que sólo la necesitaba para atender a sus hijos. ¿Qué clase de vida insulsa y triste les esperaba? Rodrigo, recordando el amor de su difunta esposa, y ella... ¿Se acordaría de él? ¿Soñaría alguna vez con ellos haciendo el amor? ¿Añoraría la pasión que, por escasos momentos, habían vivido juntos?

De una cosa estaba seguro: él jamás lo olvidaría.

Antes de darse cuenta había llegado a la casería de Ayete. Se oía un ligero trajín de soldados y el patio ya estaba cubierto de huellas. Puesto que no quería hablar con nadie, se dirigió a la cuadra directamente. Por fortuna sólo estaban los caballos. Tras secar el sudor de *Ange Noir* para que no se enfriara, lo cepilló a fondo antes de arroparlo con una manta. El rocín le dio un envite juguetón como si le agradeciera semejantes atenciones.

—De nada, amigo.

—¿Ahora hablas con los caballos? ¡Qué cosas tiene el amor! —Gastón, que entraba en la cuadra, se llevó una mano al pecho y suspiró teatralmente.

—*Bonjour*, Gastón —saludó con sequedad. No estaba para aguantar las pullas de su amigo.

—Vaya, vaya, *mon ami*... Pensaba que, después de quedarte en casa de doña Camila, te habrías levantado de mejor humor. Veo que estaba equivocado...

—No tengo ganas de bromas. —Lo miró con seriedad, esperando que Gastón captara la indirecta y le dejara en paz.

—Bueno, *cher ami*, eso no es ninguna novedad, ¿no crees? —Era evidente que su amigo no tenía ganas de perder la ocasión de importunarle—. Por tu alegre mirada, me atrevo a suponer que la boda sigue en pie...

—Déjalo, te repito: no tengo ganas de bromas.

—Debo admitir que, después de lo ocurrido con tu esposa... bueno, pues que habrías escarmentado y que no volverías a caer en... —Se encogió de hombros—. Siento decirlo, *mon ami*, pero estás perdido. Has vuelto a sucumbir. Y me atrevo a asegurar, por esa felicidad que te delata, que con todo el equipo. ¿No se lo has dicho aún?

—*Sacre Dieu!* ¿Es que todo el mundo sabe lo que siento? —barbotó, agitando la cabeza—. Esto es de locos.

—Entonces..., ¿se lo has dicho? —indagó Gastón, ignorando con descaro las palabras de Armand.

—*Merde alors!* Sí. Se lo he dicho y me ha rechazado. ¿Ya estás contento? ¿Aclara eso tus dudas? ¿Satisface tu curiosidad? ¡Maldito cotilla!

Se alejó a grandes zancadas de la cuadra. Necesitaba asearse, cambiarse de ropa, un afeitado y... una sogá con la que acabar con su vida.

—No me lo puedo creer. Precisamente... —Al llegar a la puerta de la casa Gastón estaba a su lado, como si no tuviera otra misión que hostigarlo—. Juraría que no le eres indiferente.

—No quiero seguir hablando de ese tema —masculló.

—Lo entiendo... pero es que no deja de asombrarme que te haya rechazado. Más aún, después de pasar la noche con ella. Es muy extraño.

—¡Gastón! —bramó Armand, al borde de perder los estribos—. Si no me dejas en paz, te haré tragar la lengua.

—No creo que puedas, *mon ami*. Pero si tanto te place intentarlo... —Sin más preámbulos, se quitó la casaca; tras colocarla doblada sobre uno de los peldaños de la entrada, sacó su espada y se puso en guardia con su dichosa sonrisa llena de hoyuelos—. Que no se diga que no te dejo intentarlo.

Armand lo miró, estupefacto. Sin duda, Gastón había perdido la cabeza.

—¿Te acobardas? —preguntó Gastón con voz de falsete. Y agitó las pestañas como una damisela coqueta—. ¡Uy, uy, uy! Hemos perdido la valentía.

—Tú te lo has buscado, maldito entrometido —murmuró. Con calma se quitó la capa, la casaca, el sombrero y lo dejó en un montón, junto a la ropa de su amigo. Estaba cansado. Apenas había dormido, demasiado ocupado en otras cosas. Recordarlo sólo sirvió para enfurecerlo más aún.

El sonido de los aceros quebró el trájín mañanero del patio. No tardó en formarse un nutrido grupo de soldados con ganas de apostar y de amenizar el rato. En el cuartel escaseaban las diversiones; cualquier cosa que aliviara el aburrimiento era bienvenida.

—Nada como desgastar el mal humor con una espada en la mano, ¿no crees, *cher ami*? —dijo Gastón un rato después. Y le guiñó un ojo con picardía.

Sin duda, le había estado provocando para que se desahogara.

—No me cabe la menor duda, capitán Bonnet —aseguró con una sonrisa en los labios—. Pero te rogaría que no tentases a la suerte; no sea que te veas privado de ese apéndice tuyo tan parlanchín.

—Precisamente... estoy muy orgulloso de ella. ¿Quizá precises de sus servicios para convencer a tu reticente dama? —Los soldados rieron por lo bajo. Una fría mirada de Armand sirvió para que las risas terminaran en discretas toses—. No te enfades, Boudreaux. No es culpa tuya. Si quieres te puedo enseñar un par de...

—¡Quieres callarte de una vez y atender a lo que estamos! —gritó, lanzando un par de fintas bastante peligrosas—. Estoy cansado de tanta cháchara.

«Cansado de que todo el mundo conozca mis problemas».

—*Bien sûr* —convino, parándolas y endilgándole otras—. Vaya humor que tiene el capitán esta mañana. Cualquiera diría que las cosas no le han salido como quería.

—*Sacre Dieu!* ¿Nunca sabes cuándo callar?

—¡Ay de mí! Sólo trato de no aburrirme mientras dejas que te desfogues un poco —aseguró Gastón con una sonrisa de lado a lado.

«El día menos pensado se la borraré de una vez por todas», pensó Armand sin convicción.

Por fin había terminado la misa del día de Navidad. A Camila, angustiada como estaba, se le había hecho eterna. La vergüenza por lo ocurrido la noche anterior era tan grande que creía llevar escrito su pecado en el pecho, a la vista de todos.

Jamás había pensado que pudiera ser infiel, pero lo había sido. Había traicionado a Rodrigo como una mujer amoral y sin respeto. No podía echar la culpa al vino, pues no había bebido tanto. La culpa era enteramente suya. Su lascivia la había conducido a acostarse con un hombre en vísperas de su boda con otro. Debía confesar su pecado y aceptar la penitencia lo antes posible; de lo contrario terminaría por enfermar.

Salió del templo con la cabeza gacha, incapaz de mirar a nadie, por si descubrieran su deshonor.

El sol reverberaba en el manto blanco caído durante la noche. Alrededor se oía el constante gotear de los aleros y el susurro de las pisadas en la nieve blanda. Los vecinos se felicitaban antes de partir hacia sus casas, cuidando de no resbalar.

Camila saludó a su tía Eulalia y a su primo. La señora tenía el mismo aspecto melancólico de siempre. Según solía decir su padre, su hermana había sido una muchacha jovial y alegre, pero era así desde que su amante había huido tras dejarla embarazada. Mirando ahora a su tía, con su vestido pasado de moda y ese rostro macilento que ni el frío reinante lograba colorear, costaba imaginársela como la joven lozana que fue.

—Aurelio me ha dicho que has desarrollado el don... —musitó como sin fuerzas.

—No sé decirlo, tía Eulalia. Unos días está y otros no —admitió Camila.

—¿Cómo es eso? Imaginaba que una vez que lo descubrirías... —esbozó Aurelio, confundido.

—Desconozco el proceso. Nunca se me ocurrió preguntarle a mi padre qué sentía ni cómo —manifestó, pesarosa—. Confieso que ahora me vendría bien saber más. Algunas veces toco a un paciente y lo siento; otras, en cambio, no es así. Creo que todo depende de lo que necesite el paciente en sí.

—En cualquier caso, el don no se ha perdido y sigue pasando de unos a otros —afirmó Aurelio con su habitual sequedad.

—Sí. Ha permanecido en la familia Gamboa desde tiempos remotos —recordó la tía Eulalia—. Podrías haberlo heredado tú, hijo.

—No lo creo —musitó Aurelio, apesadumbrado.

—No quedamos más Gamboa que nosotros —insistió su madre, la mirada ensoñadora—. Si Camila muriera, tú serías el siguiente.

—¡Madre! No debéis decir esas cosas —masculló Aurelio, y miró avergonzado a su prima—. Lo siento, Camila.

—No importa —aseguró ella sin darle importancia. Sabía que no lo había dicho

con mala intención.

—No te preocupes, querida. Eres muy joven para que te pase nada. —Le dio unas palmadas en la mejilla con aire ausente—. Dame un beso, sobrina. Estoy agotada y, pese al sol, hace demasiado frío para estar aquí parados —confesó la mujer con debilidad—. He de prepararme por si acaso... él viene —añadió en un susurro conspirador. Su tía empezaba a dar muestras de la locura que la poseía en ocasiones—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —repitió Camila. Y les dio un beso a ambos.

Les vio marcharse. La tía Eulalia, agarrada del brazo de Aurelio, por si patinara en la nieve. Se preguntó por enésima vez si su tía habría caído en esa locura melancólica si los que la condenaron al ostracismo no lo hubieran hecho o, si por el contrario, esa demencia era más por la pérdida de su amor que por el menosprecio. Se conolió por su primo; era difícil vivir con una persona en un estado tan oscilante.

No les había dicho toda la verdad sobre el don. En las últimas semanas no había vuelto a sentir nada. Como si hubiera desaparecido. Tal vez era porque no estaba pasando un buen momento. Su cabeza giraba en torno a la boda y a los sentimientos contradictorios que le despertaba. Seguramente el don regresaría cuando todo volviera a la normalidad. O tal vez nunca lo hiciera, pues ella ya no era una persona honesta y buena. Reconocerlo fue triste y demoledor.

Se acercó a Samuel, que estaba algo aparte, apoyado contra la fachada de la iglesia, cabizbajo. El niño la ignoró, mirándose los pies. Camila se abrigó más con la capa, pero eso no sirvió para evitar el frío interior.

Desde lo ocurrido esa mañana en su dormitorio, el niño se había mantenido separado de ella. Era doloroso.

—¿Por qué no puede ser el capitán mi padrastro? ¿Por qué tiene que serlo el señor Rodrigo? —le había preguntado con lágrimas en los ojos después de que Armand, furioso, abandonara el cuarto—. ¿No quieres al capitán?

—No es eso... —había intentado explicarle, pero no encontró las palabras adecuadas para hacérselo comprender y guardó silencio.

Después de echarle una mirada llena de rencor, Samuel se había marchado corriendo. Ahora seguía hosco, con el ceño obstinadamente fruncido. Contra su costumbre, no se había juntado con Martín y con María.

—Samuel, vamos. Se hace tarde y Juana nos estará esperando para comer —dijo Camila tratando de poner un tono animado.

El niño se limitó a separarse de la pared y comenzó a andar, arrastrando los pies en dirección a la casa. Ella le siguió, abatida. ¿Por qué tenían que ser así las cosas?

—Camila, espera... —La voz de Rodrigo les detuvo. Ella se giró, nerviosa. No estaba preparada para enfrentarse a él—. ¿Podría ir esta tarde a visitarte?

—Por supuesto que sí —contestó sin mirarlo a los ojos—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad. Nos veremos luego... ¿Te sucede algo? Te noto triste —sondeó el hombre, mirándola con atención.

—No... es sólo que no he dormido bien —alegó, sin faltar a la verdad. La mala conciencia la hizo enrojecer con furia.

—Anoche, cuando salías de la iglesia, me preocupé por ti, pero me quedé más tranquilo al ver que el capitán Boudreaux te acompañaba. No era bueno que fueras sola.

Camila sintió que se ponía enferma por la vergüenza y los remordimientos. ¡Cómo odiaba haberlo engañado! Era una pérdida. Una mala mujer. ¿Cómo había sido capaz de hacerlo?

—Yo... me dolía la cabeza y el olor a incienso me estaba mareando —musitó, con las manos apretadas en el borde de la capa.

Rodrigo cabeceó, al parecer satisfecho, y se volvió para reunirse con sus hijos y el resto de la familia, dejando a Camila angustiada por la mentira.

«La culpa es una emoción terriblemente amarga».

Pierre se despidió de su prometida para unirse a Camila y a Samuel.

—Es espantoso andar con muletas sobre la nieve —anunció al llegar trabajosamente hasta ellos. Su sonrisa competía en luminosidad con el sol que alumbraba ese día—. Si no os importa caminar un poco más despacio, os acompañaré hasta vuestra casa. Samuel, si alguna vez te rompes una pierna, procura que no sea en invierno.

Desde el día anterior, Pierre había dado un cambio radical. Su compromiso con la señorita Juliana le había llenado de tal felicidad que parecía resplandecer como el fuego.

Camila se alegraba por él, desde luego, pero no podía evitar notar un poso de envidia por no poder sentir lo mismo.

«No quieres sentirlo. De lo contrario habrías aceptado la proposición de Armand», se recriminó.

¿Qué proposición? Él no quiere casarse, en realidad. Es sólo para que no lo haga con Rodrigo.

Tenía que parar, si seguía dando vueltas al asunto de la boda perdería la razón. Pero no podía dejar de hacerlo. Desde que aceptara casarse con Rodrigo, sencillamente le era imposible dejar de preguntarse si era lo correcto. No podía dormir por la noche; si lo conseguía, sólo era para tener pesadillas que, pese a no recordarlas, le dejaban una sensación de angustia que le costaba hacer desaparecer.

¿Cómo podía olvidar los ojos censuradores de Samuel, esa mañana? Debería haberse dado cuenta del cariño que su hijo estaba tomando a Armand. Él había sido el primer hombre al que no había tenido miedo. Y el capitán también parecía tenerle aprecio.

¿Y si se estaba equivocando al suponer que casarse con Rodrigo era lo mejor para todos?

Se volvería loca de tanto pensar en ello.

En todo caso, anular un compromiso no significaba que aceptase el otro. Quería al

maldito galo con toda su alma; no obstante, jamás consentiría un matrimonio obligado por una de las partes. Y de momento, para el capitán era una obligación y un despropósito.

La comida de Navidad transcurrió sin incidencias, salvo por la escasa conversación que, de no ser por Gastón y su fuente de anécdotas sobre Armand, al parecer inagotable, habría sido inexistente.

Pierre les miraba a todos con aire soñador. Para Armand era estupendo volver a verlo como era antes del accidente. Se alegraba por él y deseaba que esa felicidad le durase siempre. Se lo merecía: era un buen chico.

Samuel, en cambio, lo miraba con ojos acusadores, como si él fuera el culpable de la situación.

Cré nom de Dieu! No era él quien había rechazado la propuesta. Era Camila quien no quería.

Tras beber un sorbo de coñac, Armand dejó la copa en la mesa. Miró a la causante de tanta tristeza y en el fondo se compadeció de ella. Se la veía tan infeliz que casi le hacía olvidar su propio desconsuelo. Casi.

De no ser por ese deseo irresistible de contemplarla, habría rechazado la invitación. Quizá debería haberlo hecho. Tal vez no tendría que haber ido. Verla y saber que en unos días se iba a casar con otro era más de lo que un hombre podía aguantar. Era un infierno. Le daban ganas de bramar de dolor y rabia.

Llamaron a la puerta de entrada y Juana salió a abrir. Un momento después regresó, seguida del señor Rodrigo, y se marchó a la cocina.

Pese a la situación, era incapaz de sentir antipatía por él. Parecía un buen hombre y estaba seguro de que sabría cuidar de Camila y de Samuel. Saberlo no le aliviaba gran cosa: más bien le hacía rechinar los dientes, pues Armand podría cuidarlos tan bien o mejor que ese hombre. Daría la vida por ellos.

—Buenas tardes, Rodrigo —saludó Camila con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Siéntate a la mesa. ¿Quieres algún licor?

Para alguien que no la conociera bien, estaba actuando como buena anfitriona. Otros, sin embargo, notarían la crispación en su voz y la falta de brillo en sus ojos ambarinos.

Una parte de Armand se alegraba de saber que ella no lo estaba pasando bien. Otra, en cambio, sufría por ella.

—Un poco de coñac estaría bien, gracias —solicitó el recién llegado. Y se sentó frente a Armand.

—No he tenido la oportunidad de felicitaros por vuestro compromiso... —empezó Gastón con su eterna sonrisa—. Por lo visto, el feliz acontecimiento será la próxima semana.

—Sí, así es. Muchas gracias, capitán Bonnet —agradeció Rodrigo, sincero.

—Supongo que vuestros hijos estarán contentos de tener a doña Camila como madrastra. ¿No es cierto? —continuó Gastón, ajeno al rubor que se extendía por el rostro y el cuello de la curandera.

—Bueno, la verdad es que no hemos hablado de ello. Están demasiado afectados por la muerte de su madre —dijo Rodrigo. Bebió un sorbo del licor sin mirar a nadie. En sus ojos se apreciaba la tristeza.

—Es comprensible. Precisamente... les costará recuperarse de una pérdida tan grande —se conolió Gastón dejando el vaso de sidra en la mesa.

Armand no entendía a qué venía tanto interés por la boda. A él, el mero hecho de oír mencionarla le hacía rechinar los dientes. Tampoco a Camila, a juzgar por la expresión de temor que presentaba, le agradaba más. ¿Qué estaba tramando Gastón?

—Es cierto. Por eso es bueno que Camila se ocupe enseguida de ellos. Eso les tranquilizará —añadió el viudo; se llevó la copa a los labios.

—Al menos, hasta que tengan otros hijos... —sugirió Gastón con indolencia.

El recién llegado enrojeció y se atragantó con el coñac.

Armand empezaba a preocuparse seriamente por las verdaderas intenciones de su amigo. Crispó las manos bajo la mesa. La impaciencia ganaba terreno en su cabeza. Le daban ganas de tapar la boca de su amigo con algo, preferiblemente con una bosta de caballo.

—Por ese lado no hay problema. No tenemos pensado tener más hijos.

—Sería una pena para doña Camila no tener sus propios hijos...

«¿Es que este idiota no va a parar de decir sutilezas hasta que ofenda a alguien?», pensó Armand, furioso.

Rodrigo apretó la mandíbula, claramente molesto por el interrogatorio, y apuró lo que le quedaba en la copa de un trago.

—No creo que Camila eche en falta más hijos cuando tendrá cinco... digo, seis para atender —rectificó, sirviéndose más coñac.

—Claro, claro.

Tanta aquiescencia por parte de Gastón no era bueno. Ahora estaba seguro de que su amigo tramaba algo. ¿Qué era? Tuvo ganas de darle una patada por debajo de la mesa para que no hablara más. Presentía que el señor Rodrigo estaba llegando al límite de su paciencia.

Camila, con la mirada gacha, pasaba el dedo por las rugosidades de la tela del mantel. Ya no estaba ruborizada; su piel era de una palidez enfermiza. Retiró la mano y Armand pudo ver que temblaba. Era evidente que algo la preocupaba sobremanera. Ya no podía verle las manos, pero estaba convencido de que las tendría apretadas en el regazo.

—De todas formas, doña Camila aún es joven y podría...

«¡Por el amor de Dios! ¿Este hombre no sabe cuándo cerrar su maldita boca?», pensó Armand, agarrando el borde de la mesa para no estrangularlo. Hasta Pierre parecía contener el aliento ante la falta de tacto de Gastón.

—¡No! —casi gritó Rodrigo. Y de golpe dejó la copa, otra vez vacía, en la mesa. Lanzó una mirada furibunda a Gastón antes de hablar—. Permittedme que os aclare una cosa, capitán Bonnet: no creo que sea de buen tono que se hablen de esas cosas en la mesa. Por otro lado, ya que tanto insistís en saberlo, Camila no puede tener hijos; ésa es una de las razones por las que me caso con ella. Así que dejad de hablar del asunto.

La mujer gimió, sofocada por las palabras de su futuro esposo.

—Cuánto lo siento, doña Camila, permitidme que me disculpe. Lo desconocía... —titubeó Gastón, un tanto azorado.

«Maldito patán. Por fin se ha dado cuenta de la insensatez de su charla».

—No os preocupéis, capitán Bonnet, estoy acostumbrada... —La mirada de ella, opaca y como sin vida—. Si no les importa, me gustaría hablar con el señor Rodrigo... ¿Te importaría acompañarme a la consulta? —solicitó al contrito viudo.

Los dos salieron del comedor y les oyeron bajar las escaleras para ir a la consulta.

Armand no salía de su asombro; desconocía que Camila no pudiera tener hijos. Ahora comprendía la razón por la que quería casarse por el bien de los niños con tanto empeño. Se pasó la mano por la cara y miró a su amigo.

El maldito sonreía de oreja a oreja, sus estúpidos hoyuelos marcados a cada lado, y jugaba con los reflejos que el vaso proyectaba en el mantel. Tan indolente como si lo que había sucedido fuera lo más normal y agradable del mundo.

—¿Qué es lo que te causa tanta diversión? ¿No ves lo que has conseguido con tu boca? —preguntó con ganas de zarandearlo para que dejara de sonreír satisfecho.

—¡Ah, *mon ami*! Precisamente... creo que deberías darme las gracias en lugar de mirarme como si quisieras asesinarme —anunció el muy idiota; se escanció más sidra, perezoso.

Armand, incapaz de seguir sentado ni un momento más, se levantó para mirar por la ventana. Al volverse, con las manos unidas a la espalda, se alegró de que Samuel hubiera salido tras finalizar la comida y estuviera con Guido en la cuadra. No habría sido agradable para el niño presenciar semejante despropósito. Miró a su compañero, que seguía bebiendo, indolente, sentado con un brazo sobre el respaldo de la silla. De vez en cuando emitía tenues risitas como si fuera feliz. No podía soportarlo. Se retorció las manos en la espalda e inspiró con fuerza para tranquilizarse.

—Gastón, somos amigos desde niños, pero en este momento estoy pensando en acabar con esta amistad de una vez por todas. Lo que has hecho esta tarde no es para agradecer. Has avergonzado a Camila y puesto en un aprieto a su... al señor Rodrigo. —Apoyó una mano en el borde de la mesa, al lado de Gastón—. *Sacre Dieu!* ¿Es que no puedes respetar que te haya invitado en el día de Navidad? ¿Así correspondes a su invitación? ¿Por qué tenías que insistir?

—Eres un obtuso, Armand. —Los ojos verdes de Bonnet se clavaron en los de Armand con fijeza y, desilusionado, movió la cabeza—. Pero no me sorprende. Estás tan enamorado que no eres capaz de ver más allá —expresó sin tapujos, regresando a

su expresión risueña.

¿Qué le pasaba a su amigo? ¿Había perdido la cabeza? Se paseó por el comedor como un loco. Sin dejar de pensar en lo ocurrido y deseando saber de qué quería hablar Camila con Rodrigo.

—Te juro, Gastón, que estoy conteniéndome para no hacerte picadillo —siseó Armand, lanzándole una fiera mirada—. Te recomiendo encarecidamente que te guardes tus pensamientos si no quieres que...

—Di lo que quieras, *cher ami*. Al final tendrás que darme las gracias —aseguró Gastón con calma, sin perder esa sonrisa que empezaba a crisparle los nervios—. Tal vez debería irme...

—Ni lo sueñes. Te quedarás aquí para dar la cara cuando Camila regrese y...

—Calla, alguien sube —indicó Gastón. Y de inmediato se sentó erguido, con elegancia.

Pierre les miraba a uno y a otro con la boca abierta. Armand habría jurado que se contenía para no sonreír también.

Esperaron. Con el corazón en un puño esperaba ver entrar a la mujer y enterarse de qué había sucedido.

—Bueno... pero ¿dónde están la señora y el señor Rodrigo? —preguntó Juana al entrar en el cuarto.

—Doña Camila decidió que quería hablar con él... —informó Gastón guiñando un ojo a la anciana.

—¿Cómo ha sido eso? —Juana se acercó a la mesa; su interés era palpable—. ¿Qué ha pasado?

Para sorpresa de Armand, Gastón pidió a la anciana que se sentara a su lado y comenzó a relatarle todo el episodio, aderezando uno y otro comentario con sonrisas, risas y hasta guiños. Hasta Pierre participaba de la conversación, tan animado como un niño con zapatos nuevos.

Juana escuchaba embelesada, asintiendo con aprobación. ¿Acaso todos se habían vuelto locos? No podía creerlo.

—Vaya, capitán Bonnet, habéis sido muy pícaro. Me alegra ver que los galos también tienen sangre en las venas —aprobó la mujer, cabeceando enérgicamente—. Mi difunto marido era así. El don de la palabra tenía, mi Fermín. Sí, señor.

—No creo que eso sea aplicable a Gastón, Juana. Más bien tiene el don de meter la pata y de avergonzar a los demás —murmuró Armand con sequedad—. Lo que ha hecho no tiene nombre.

—Vaya, capitán, no seáis tan desagradecido... Veréis como todo termina bien —vaticinó la anciana, feliz.

—Permitidme deciros que lo dudo. Lo único bueno es que cuando regresemos al cuartel le voy a dar una lección de esgrima que no olvidará.

—¡Ah, *mon ami*! Dudo de que eso suceda —remachó su compañero, orgulloso.

—Sé que no debería haber dicho eso, Camila. No sé qué me ha ocurrido. Me sentía atosigado por ese capitán y... —trató de disculparse Rodrigo.

Ella lo miró, compadecida. Él estaba verdaderamente avergonzado por su conducta. Se pasó la mano por el pelo repetidas veces, hasta que su rizado cabello escapó en todas las direcciones. Camila sintió el impulso de peinarlo, como hacía con Samuel o con Martín, que tenía el mismo tipo de cabello que su padre, pero se contuvo. No era adecuado. Además, era ella la que debía pedirle disculpas: le había faltado de una manera rastrera e imperdonable.

—Últimamente estoy muy susceptible. Mis hijos casi no me hablan; no sé qué hacer con ellos. No sé qué les pasa y eso me asusta —admitió, triste—. Aunque eso no justifica mi deplorable proceder.

—Samuel tampoco me habla como antes —comentó Camila, pensativa; luego aspiró con fuerza para darse valor—. Realmente, no me importa que lo hayas dicho. Al fin y al cabo, es casi de dominio público que soy estéril. —Se llevó las manos a la cintura y las entrelazó con fuerza—. No es de eso de lo que quería hablar contigo.

Él la miró con sorpresa. Estaban sentados alrededor de la mesa donde, casi un mes atrás, le había pedido a Armand que le hiciera el amor. No quería pensar en ello. No en ese momento. Evitó mirar el catre para no recordar aquello que habían hecho sobre él y luchó en vano para no sonrojarse.

—Tú dirás, Camila...

—Me pediste matrimonio y me siento halagada de que pensaras en mí. —Tomó aire—. Siempre te he tenido un gran aprecio... —Lo miró un momento y bajó la vista a la mesa.

—Ese aprecio es mutuo.

—Lo sé. Por ese motivo tengo que rechazar tu oferta.

—No lo entiendo. Si dices que me aprecias, ¿qué problema hay en casarnos? —preguntó, perplejo.

—Seguramente, en este momento te parecerá algo imposible, pero ¿quién te dice que con el tiempo no te enamorarás de otra mujer? Si estás casado conmigo...

—Dudo de que pueda enamorarme otra vez. —Su voz sonó triste—. ¿Y si lo hiciera de ti?

—No lo creo —auguró Camila con sinceridad.

Rodrigo suspiró y le alzó el mentón para mirarla a los ojos. Durante una eternidad no dijo nada; se limitaba a observarla con detenimiento. Cuando Camila estaba a punto de echarse a llorar por su silencio, Rodrigo sonrió. Una sonrisa lenta y tierna que le llegó al corazón.

—Me parece que el problema no es que yo me enamore más adelante, Camila. El

problema es que tú ya te has enamorado de otro —declaró, acariciándole la nariz como solía hacer con sus hijos—. Supongo que el afortunado es el capitán Boudreaux. Hoy parecía como si le hubieras dado de comer hiel. Me alegro por ti, Camila. Me alegro de verdad. Aunque sigo pensando que haríamos un buen matrimonio.

Ella abrió la boca, atónita por las palabras de su amigo. Dejó de sentir el peso que le aplastara los hombros durante los últimos días. No tendría que casarse, después de todo.

—Somos amigos, Rodrigo, pero no creo que podamos vivir como matrimonio. Ambos sabemos que ni tus hijos ni Samuel están muy satisfechos con la boda —confesó ella, apenada.

—No creo que tú seas el problema —dijo, adivinando la razón de su pena—. Imagino que la pregunta que me hizo María, al hablarles de nuestra boda, tiene mucho que ver —explicó Rodrigo.

—¿Qué preguntó?

—Si los hermanastros podrían casarse... Al parecer sigue convencida de que cuando sea mayor lo hará con Samuel. —Se alzó de hombros y puso los ojos en blanco—. Con lo tenaz que es, terminará siendo tu nuera.

Los dos rieron. Rodrigo se levantó para darle un abrazo fraternal. Y, por primera vez, Camila no temió que fuera a besarla. Reconocer eso desató su llanto; terminó llorando sobre el hombro de Rodrigo.

Lloraba de alivio por la cancelación de la boda. Por la comprensión de su amigo. Lloraba por su amiga muerta y los niños huérfanos. Por haber faltado a la promesa. Por no ser capaz de amar a ese hombre tan comprensivo y atento...

Lloró tanto que dejó de saber por qué lloraba.

Permanecieron abrazados hasta que ella dejó de hipar y se tranquilizó.

—Lo siento... —murmuró.

—¿Qué sientes? ¿Haberme dejado casi ante el altar o mojarme la chaqueta? —bromeó Rodrigo. Le guiñó un ojo—. Es posible que tengas razón; será mejor que espere para volver a contraer matrimonio. Contrataré a una mujer para que me lleve la casa y me dedicaré a poner en marcha el negocio y a atender a mis hijos. Me necesitan.

—Me alegro por ti.

—Creo que deberíamos volver, por si tu amado capitán ha decidido matar a su amigo. Si le decimos que la treta de Bonnet ha sido efectiva, tal vez le perdone la vida. Ese galo ha conseguido sacarme de quicio —añadió sonriendo.

—No es de extrañar que Jacinta te quisiera tanto. Eres un hombre encantador —aseguró Camila, sincera—. Espero que pronto alguna mujer sepa valorarlo.

Lo deseaba de verdad. Más aún cuando seguía teniendo el peso de la falta en su pecho. Lo había engañado y el remordimiento era monumental.

—Rodrigo, debo confesarte... —empezó, temblorosa—. He hecho algo

vergonzoso...

—No importa, Camila —la cortó poniéndole un dedo sobre el labio—. Hemos roto el compromiso. Ya no tiene importancia.

—Te he sido infiel —murmuró, abochornada, mirando el suelo. Pese a la vergüenza debía decírselo.

—Lo imaginaba.

Camila alzó la vista, sorprendida por sus palabras. ¿Cómo era posible que lo imaginase? ¿Tanto se le notaba?

—Yo...

—He visto cómo te mira el capitán Boudreaux. Sé que él está enamorado de ti. Y a juzgar por cómo te comportas cuando estáis juntos, el sentimiento es mutuo —aclaró Rodrigo con serenidad—. Anoche, durante la misa del Gallo, le vi salir detrás de ti y esta mañana te he notado muy rara. Que ahora quieras romper el compromiso y que quieras confesarme algo... sólo me ha llevado a una conclusión. No era una deducción difícil.

—Lo siento mucho, Rodrigo —declaró humillada—. Sé que mi comportamiento ha sido escandaloso. Jamás pensé que yo pudiera hacer algo tan deshonesto.

—No sigas. Ya no importa. No estamos prometidos.

Camila empezó a llorar de nuevo. No podía evitarlo. La bondad de su amigo no tenía límites, lo cual hacía de su comportamiento algo todavía más bochornoso.

—No llores. Sé que no me has engañado por lujuria. Eso no podría perdonártelo —apuntó acariciándole el pelo—. Desde que conocí a Jacinta me costaba mucho mantenerme alejado de ella. Cada vez que me marchaba a la mar era un suplicio. Me dolía el cuerpo por lo mucho que la necesitaba. A ella le pasaba lo mismo; me lo contó muchas veces. No hay nada como abrazar a la persona amada, sentir su piel, notar el latir de su corazón o la tibieza de su aliento. Si tú sientes lo mismo por el capitán, comprendo tu comportamiento y no lo censuro. Sé que, de habernos casado, no habrías vuelto a hacerlo. —Camila negó con la cabeza, incapaz de articular ni una palabra—. Me alegro de que me lo hayas dicho y de que hayamos roto el compromiso. Te aprecio; habría sufrido mucho de saber que, estando casados, tus sentimientos por el francés eran tan fuertes. Anda, deja de llorar. Se te hincharán los ojos.

Si había una persona en el mundo que mereciera encontrar otra vez el amor, ése era Rodrigo. Su ternura y humanidad eran impresionantes.

—¿Te ha pedido que te cases con él?

—Sí, pero lo he rechazado —admitió Camila, sonándose la nariz—. Él no quiere casarse.

—Eso no tiene sentido. Si te ha pedido matrimonio es que se quiere casar.

—No. Lo considera un sacrificio.

—Si realmente no quisiera pasar por el altar, no te lo habría pedido —alegó Rodrigo—. Créeme. Ese hombre no está pensando en sacrificios ante la posibilidad

de casarse contigo.

«¡Cómo quisiera creerte!», pensó Camila.

En el comedor, Armand, Gastón y Juana esperaban el regreso de la dueña de la casa y su prometido. Pierre ya se había ido a visitar a la señorita Juliana. Se lo veía inquieto por estar con ella. Armand no lo censuraba; él también estaba impaciente por que Camila regresara de una vez.

Se paseaba intranquilo por la estancia con las manos a la espalda; un rictus serio le ensombrecía el semblante. Le tenía preocupado el modo en que Camila le había expresado al señor Rodrigo su deseo de hablar con él. ¿Qué querría decirle? ¿Tendría algo que ver con lo sucedido la noche anterior? Se pasó la mano por la cara y retomó sus paseos. ¿Sería capaz de confesarle lo ocurrido? ¿Qué pasaría entonces?

Abrió los paneles de la ventana; fuera empezaba a oscurecer. Los restos de nieve, en el patio, refulgían fantasmales a la luz de las velas que escapaba por la ventana. No había vuelto a nevar pero, a juzgar por las nubes que cubrían el cielo, no tardaría en empezar nuevamente. El frío comenzaba a colarse en la estancia, de modo que cerró la ventana y dio en caminar de un lado a otro por la habitación.

Gastón, por su parte, continuaba sentado a la mesa, indiferente; de tanto en tanto bebía un sorbo de sidra, que paladeaba con satisfacción, mientras seguía con socarronería las evoluciones de Armand.

—Me estás mareando con tanto paseo... —murmuró Gastón mostrando los hoyuelos.

—Pues no me mires.

—Si no lo quieres hacer por mí, al menos hazlo por el suelo: si continúas así, terminarás por hacer un agujero —vaticinó sin perder la sonrisa.

—Y si tú continúas diciendo sandeces, terminarás sin lengua —lo amenazó sin demasiada convicción. No tenía ganas de pelea. Sólo quería que Camila regresara al comedor lo antes posible.

—¡Uy! Mi querido amigo, el amor, lejos de mejorar tu humor, te lo está agriando. Te has vuelto un tanto agresivo desde que...

—Gastón... estás agotando mi paciencia. Calla de una vez.

—Dejadlo, capitán Bonnet. ¿No veis que está sufriendo? —sugirió Juana. Y se acercó a la puerta—. Creo que oigo sus voces. Ya han salido del consultorio; no tardarán en subir.

Como si de una coreografía se tratase, Gastón se acomodó en la silla de una manera más elegante; Juana se arregló el pelo y alisó las arrugas de su delantal. Armand, sin saber qué hacer, se mantuvo de pie al lado de la ventana, con los oídos atentos a los pasos que ya subían por las escaleras.

La primera en entrar fue Camila. Traía los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado. A Armand se le estrujó el corazón al buscar los motivos de ese llanto. Ella

bajó la mirada y entró en el comedor sin mirar a nadie.

El señor Rodrigo la siguió; poniéndose a su lado, la tomó de la mano. Estaba muy serio, pero tranquilo y relajado. Aquello no pintaba bien. ¿Qué habría pasado mientras estaban solos? ¿Cuánto había sido? No lo sabía exactamente, pero a él le había resultado una eternidad. Demasiado rato para lo que dictaba el decoro.

«Mira quién se preocupa ahora por el decoro —se recriminó en silencio—. Eres un hipócrita».

—Quiero anunciar que Camila me ha pedido... anular el compromiso —dijo el viudo con voz clara y enérgica—. Hemos acordado no celebrar la boda. Pese a ello, si cambias de opinión... —sugirió mirando a la mujer.

—Gracias, pero mi decisión es firme —murmuró Camila. La voz enronquecida, aunque serena.

—En ese caso, os dejo. He de volver con mi familia. Si me disculpáis... —Con una inclinación de cabeza, el viudo se marchó.

Durante un rato nadie dijo nada; al momento estalló la algarabía.

Armand sintió que se le aflojaban las rodillas. ¡No habría boda! No sabía si creérselo. Quizá su mente le estaba jugando una mala pasada.

—¡Ay, señora! ¡Cuánto me alegro de que por fin hayáis entrado en razones! —exclamó Juana con las manos unidas en el pecho como si rezara—. Ya sabía yo que tarde o temprano comprenderíais que el señor Rodrigo no era para vos.

—Bueno, bueno. Precisamente... eso trataba de hacerte comprender, mi reticente amigo —aseguró Gastón. Y se levantó para palmear la espalda de Armand—. Creo que me debes una disculpa, *cher ami*.

—Aún no estoy seguro de si debo dejar que conserves tu lengua. No me provoques más —contestó, emocionado, sin apartar la vista de Camila.

—Vaya, qué tonta, tengo mucho que hacer en la cocina —arguyó Juana para salir corriendo del comedor—. Y vos, capitán Bonnet, ¿no teníais que...?

—Por supuesto, Juana. Precisamente... pensaba despedirme para ir a visitar a... —Tosió discretamente antes de inclinar la cabeza, y con un guiño salió tras Juana, silbando alegremente.

Les habían dejado solos a propósito, con las excusas más tontas. No sabía si reír o llorar. Se decidió por aprovechar el tiempo; se acercó a Camila, que continuaba parada en el mismo lugar con la cabeza gacha y las manos entrelazadas por delante.

—Camila... —empezó. Y tomó aire con fuerza—. *Mon Dieu, madame!* No te imaginas lo mal que lo he pasado. Debería sentirlo por Rodrigo, pero no puedo sino alegrarme, pues de esa manera estás libre para poder solicitar tu mano.

—No tienes por qué casarte conmigo, si tanta repulsa te causa —musitó Camila sin levantar la vista.

—*Dieu!* ¿Crees que te pedí matrimonio por obligación? —preguntó, consternado.

—Dijiste que habías jurado no volver a casarte; que no volverías a cometer el mismo error. El matrimonio, dijiste, es un despropósito y que yo te había obligado a

faltar a tu promesa —le recordó, mirándole de soslayo.

—*Diabla!* No estoy orgulloso de mis palabras. Fue una torpe elección de ellas y no expresaban lo que quería decir en realidad —se disculpó, avergonzado. La tomó por la barbilla para poder mirarla a los ojos mientras se confesaba—. Te amo. Deseo que seas mi esposa. Anhele pasar el resto de mi vida contigo. Ésa es la verdad.

—Pero tú dijiste...

—Fui un tonto que no supo expresarse bien —la cortó asíéndola por la parte superior de los brazos—. Olvida mis estúpidas palabras de esta mañana. No puedo vivir sin ti. Por favor, cástate conmigo. Permite que sea tu esposo y el padre de Samuel.

—No puedo tener hijos...

—Tenemos a Samuel y, si quieres, podemos adoptar más niños. Dios sabe que hay muchos necesitados.

—¿Los adoptarías por mí? —preguntó, incrédula.

—No sólo por ti, *chéri*. A mí también me gustan.

Lo decía en serio. Por supuesto que le hubiera gustado que sus hijos compartieran su sangre, pero si no podía ser de otra manera, pues se conformaría. Estaba seguro de que podría amarlos de igual modo.

—Tengo miedo de que cuando acabe la guerra... —empezó ella.

—Hace tiempo que quiero dejar el ejército —la cortó—. Ya te hablé de mi afición por la carpintería. Deseo dedicarme a eso y San Sebastián es tan buen lugar para establecerme como Auvernia. En cuanto tenga oportunidad hablaré con el duque de Berwick y le entregaré mi dimisión.

—¿Dejarías el ejército?

—*Bien sûr*. Tal vez quieras recapacitar tu decisión de casarte conmigo —sugirió con los dientes apretados—. No es lo mismo ser la esposa de un capitán que de un simple carpintero.

—¡No! Prefiero que seas carpintero a pasarme el tiempo separada de ti —aclaró ella con prontitud. Armand, más tranquilo, soltó el aire que retenía—. Me refería a si te dejarán abandonar el regimiento.

—No lo sé. Todo depende de que entre las naciones lleguen a un acuerdo y se acabe esta contienda.

Camila lo miraba con esos ojos melados, capaces de atraparlo para siempre. Su rostro, alzado hacia él. Los labios, entreabiertos, tentadores como fruta prohibida. Necesitaba besarla.

—Deberemos esperar para la boda. Don Pedro dio permiso para que Rodrigo y yo nos casáramos sin esperar a cumplir el año de duelo, pero legalmente debo hacerlo —anunció ella, cuando él estaba a punto de alcanzar su boca.

—¿Cuánto falta para eso? —rezongó, molesto.

—Un par de meses.

—¡Dos meses! Se me hará eterno —admitió antes de besarla con ternura. Sus

labios estaban salados por las lágrimas derramadas—. *Je t'aime*, Camila. Dime que sí, quiero oírtelo decir.

—Sí, me casaré contigo. Yo también te quiero.

Armand se sintió desfallecer de alivio. ¡Le había dicho que sí! Quería gritarlo a los cuatro vientos. La tomó en brazos y dieron unas vueltas por el comedor, como si bailaran alguna extraña danza. Estaba eufórico. Ebrio de dicha.

—*Oh, Dieu! Soy feliz* —aseguró, dejando de girar un momento—. Esperaré ese tiempo, *mon coeur*, pero ni un día más. Vamos a decírselo a los demás. ¡Juana! ¡Guido! ¡Samuel!

Samuel había cepillado el pelaje oscuro de *Ange Noir* hasta hacerlo brillar como la seda. Seguía enfadado con Camila y con el capitán. No les entendía. ¿Los mayores se volvían locos con la edad?

Creía que se amaban. Tenía que ser así; de lo contrario su madre nunca hubiera dejado que el capitán durmiera en su cama. Su madre no era de ésas. Entonces, si se querían, ¿por qué no podían casarse? ¿Por qué le había dicho que no?

Se lo había preguntado a Guido, pero él no supo qué contestarle. Juana, en cambio, le había dicho que tuviera paciencia, que el tiempo terminaría poniendo las cosas en su lugar.

No sabía qué quería decir con eso, pero la anciana era muy lista. Así que había decidido esperar. Sólo que no tenía mucha paciencia y detestaba que se demorasen mucho.

Luego, Guido y él construyeron un muñeco de nieve en el patio y se lanzaron bolas de nieve hasta que les dolieron las manos por el frío.

Ahora, en la cocina, trataban de calentárselas al fuego del hogar.

Juana había bajado un momento antes para contarles que Camila y el señor Rodrigo habían roto el compromiso. Eso era una buena noticia.

—Alégrate, muchacho —le dijo Juana—. Están solos en el comedor. Seguro que el capitán termina convenciendo a tu madre. Ya llevan mucho rato ahí. No tardaremos en tener noticias.

—¿Y si no la convence? —preguntó, desilusionado.

—Tienes que pensar que sí. De ese modo se cumplirá tu deseo.

Samuel no lo tenía muy claro, pero no perdía nada por intentarlo.

«Por favor, madre, di que sí —pensó mirando el fuego casi sin parpadear—. Cásate con el capitán Boudreaux».

Un rato más tarde oyeron que el capitán les llamaba.

Sin perder un solo instante, corrió por el pasillo, seguido de Guido y de Juana, que iban más despacio.

En el comedor, su madre y el capitán estaban abrazados y sonreían. Eso era buena señal, ¿no?

—Queremos anunciaros... —empezó su madre. Sus ojos brillaban como gotas de caramelo líquido—. Nos hemos prometido. En cuanto pase el período de luto, nos casaremos.

—¡Bien! —gritó Samuel. Juana le guiñó un ojo. Era evidente que esa mujer sabía muchísimo, pensó él. Sin poderlo evitar, comenzó a dar saltos por todo el comedor—. ¿Cuánto falta para eso? ¿Falta mucho?

—Dos meses, muchacho —dijo el galo—. ¿También a ti se te hará largo?

—¡Sí! —contestó sin dejar de dar saltos de alegría.

Se sentía feliz. Iba a tener todo lo que siempre había deseado. ¿No era el más afortunado del mundo? Sin duda, sí.

Estaba deseando contárselo a Martín y a María. Seguro que ella se alegraría tanto como él.

Esperaba que el señor Rodrigo no se hubiera tomado a mal que se hubiera roto el compromiso. No quería que sufriera. No era mal hombre. Trataba muy bien a sus hijos; también con él siempre había sido muy amable. Pero no era el capitán.

Paró un momento sus erráticos brincos para mirar a sus padres. Nunca hubiera podido desear unos mejores. Definitivamente, era un chico con mucha suerte.

Camila estaba feliz. Había dormido profundamente, sin tener pesadillas que le dejaran mal cuerpo. Era como si desde el compromiso con Armand, ocho días atrás, las hubiera exorcizado de sus sueños.

Samuel estaba más alegre y dicharachero que nunca. Sólo al recobrar los abrazos y los besos de su hijo comprendió Camila cuánto los había añorado. Realmente, el niño parecía tan feliz que su júbilo era contagioso.

Según Pierre, los hijos de Rodrigo también parecían alborozados al recibir la noticia.

«Como una nube que se retira para dejar pasar los rayos del sol», pensó Camila.

Una parte de ella había sentido pena por que esos niños no hubieran querido que ella fuera su madrastra; no obstante, comprendía que para ellos, que acababan de perder a su madre, debía de resultar muy chocante y difícil aceptar a otra en casa. Habría debido darse cuenta de que para ellos eso sería doloroso. Si no hubiera estado ella misma tan confusa con sus sentimientos, lo habría comprendido antes.

Se estiró perezosamente en la cama y acarició las sábanas, feliz. Era una pena que ya no estuvieran las que había compartido con Armand; añoraba su olor, su calor. Lo añoraba a él.

¿Se estaría convirtiendo en una mujer lasciva? ¿Era por eso que no dejaba de pensar en volver a estar entre los musculosos brazos del capitán? ¿En sentirle dentro de ella? Si era así, no le importaba. No veía el momento de casarse con él. La espera, contra lo que pensara al principio, se le haría eterna.

¡Por el amor de Dios! ¡Si ya estaba excitada!

Se levantó de la cama de un salto para asearse con el agua fría. Tal vez así bajara el calor que la consumía. Más le valía empezar a hacer las tareas para no seguir pensando en eso. No era decoroso. Ni siquiera para una novia a menos de dos meses para su boda. No, rotundamente debía dejar de imaginarse esas cosas.

Al abrir la ventana, el aire frío la hizo estremecer. Se arrojó con el chal, pero la sensación de frío persistió como un mal presagio. ¿Qué le pasaba?

—No te entiendo, Camila —apuntó Aurelio, malhumorado, sacudiendo la cabeza—. Te lo he repetido y, pese a todo, sigues sin hacerme caso. ¿Qué necesitas para darte cuenta de que cometes un error?

—No voy a cometer ningún error. Nos queremos y vamos a casarnos; ¿qué problema tienes con eso? —preguntó Camila.

Estaban en la buhardilla. Ella recogía los atados de plantas secas que colgaban de las vigas. Era un buen momento para guardarlas en los albarellos. Un trabajo que la

mantendría absorta y tranquila. Desde que se había levantado no podía quitarse ese frío del cuerpo y esa sensación de malestar.

—¡Es un asesino! ¿No tienes miedo de que te haga lo mismo que a su difunta esposa?

Camila suspiró; empezaba a perder la paciencia. Desde que se había anunciado el compromiso, su primo iba todos los días a tratar de convencerla para que lo anulase.

«Aurelio y su dichosa terquedad», pensó tocándose la sien ahí donde notó una leve punzada.

—¿Cómo tengo que decirte que él no asesinó a su esposa? Fue un accidente. Y no, no tengo miedo de que me haga nada malo. Sé que él no sería capaz —aseguró, convencida, dejando los ramitos sobre la mesa—. Me gustaría que te alegraras por mí y que dejaras de repetir esas calumnias. No quisiera que la gente empezara a darles pábulo. Los rumores pueden causar mucho daño.

—Te ha encandilado. Ya no atiendes a razones —masculló, enfadado, reanudando sus paseos por la buhardilla.

—Y a ti te han convencido con una mentira y te lo crees —contraatacó Camila con los brazos en jarras. Volvió a sentir el pinchazo en la sien—. Te ruego que no sigas insistiendo con eso. Sólo conseguirás que termine enfadándome contigo.

—Esto no va a quedar así, prima. Soy el único hombre de la familia; mi deber es velar por ti, por tus intereses y por tu bienestar. Te haré entrar en razones y terminarás por agradecérmelo. —Remarcó sus palabras apuntándola con el dedo.

—Aurelio, ¡por favor! Soy mayor que tú y viuda —declaró, indignada, apartando el dedo acusador de un golpe—. No necesito un tutor. No tienes que preocuparte por mí. Deja de insistir sobre ello. Soy dueña de mi vida y decido lo que quiero hacer. Siento mucho que mi decisión no te agrade, pero es la mía. Compréndelo.

Su primo la miró, consternado por su tozudez, y sacudió la cabeza.

—Camila, ¿no entiendes que busco lo mejor para ti? Debes creerme: él no es bueno —insistió.

Ella cerró los ojos, impotente ante la terquedad de Aurelio.

—¿Has tomado en cuenta la posibilidad de que quien te haya dicho esas cosas esté equivocado? —preguntó, buscando la manera de hacerle entrar en razones—. ¿De que Armand sea inocente?

—No —declaró—. Me lo ha dicho el primo de la difunta esposa del capitán. No puede estar equivocado. Él la conocía y sabía del trato que le daba su marido. Tengo miedo por ti, ¿no lo entiendes? —confesó, desolado—. No puedo consentir que te cases con un asesino.

No llovía, pero el cielo estaba plomizo y pesado, como si fuera a descargar de un momento a otro. En los últimos días la nieve se había deshecho, dejando el suelo embarrado. Armand y sus hombres estaban retirando los bloques de piedra junto con

los escombros, para reconstruir la estructura destruida por el fuego de los cañones. No le importaba hacer ese trabajo; le ayudaba a mantener la mente ocupada para no pensar otra vez en Camila. Y es que no se la podía quitar de la cabeza.

No es que quisiera, ésa era la verdad; sin embargo, su mero recuerdo le ponía en un estado de excitación total. No veía la hora de que estuvieran casados y poder dormir con ella todas las noches.

«¿A quién tratas de engañar con eso? —se recriminó—. Lo que de verdad quieres es estar dentro de ella cada noche, cada mañana...»

—¿No piensas parar? —La voz socarrona de Gastón le devolvió a la realidad; por un momento temió haber pensado en alto—. Si continúas así, no llegarás a casarte.

Afortunadamente, su amigo se refería a mover las piedras de un lado para otro.

—El ejercicio físico es bueno...

—No lo dudo, *mon ami*. Lo que pasa es que prefiero otro tipo de ejercicio. No sé si me explico. —Le guiñó un ojo.

—Estoy de acuerdo, aunque este trabajo hay que hacerlo. Deberías probar a echarnos una mano —le invitó Armand—. ¿Acaso temes que se te estropeen? —inquirió, puesto que su amigo no lo hacía.

—Por supuesto que no. Precisamente... estaba pensando en hacer algo para endurecer mis brazos. ¿Por qué no acarrear piedras de un lado a otro como una mula? —Gastón se quitó la capa y la casaca y las dejó colocadas encima de un arbusto para que no se manchasen. Después de enrollarse las mangas de la camisa por encima de los codos, se despojó de la espada y su cinto; no quería que le estorbaran—. Tú ganas. ¿Qué debo hacer?

—Estamos limpiando esta parte para poder empezar a reconstruir. Ten cuidado: algunas zonas están a punto de derrumbarse —advirtió Armand arqueando la espalda con las manos en la cintura para soltar los músculos agarrotados.

Los dos amigos, junto con el resto de hombres, siguieron trabajando un buen rato sin hablar. Se había levantado un poco de viento y debían tener cuidado para que no les cegara la arena que soltaban los grandes bloques.

—Cuánto me alegro de no haberme puesto mi mejor uniforme —suspiró Gastón al ver las manchas de barro en el pantalón y en la camisa.

—No sé de qué te preocupas. Tienes a una legión de mujeres que se pelearán por lavarte la ropa y que disfrutarán más cuanto más manchada esté.

—No tengo la culpa de que quieran facilitarme la vida —aseguró, los hoyuelos adornando su cara—. Yo les doy cariño y ellas me lavan la ropa. Es un buen trueque, ¿no crees?

—Un día de éstos te encontrarás con un marido enojado...

—Lo dudo, Armand. Siempre busco viudas necesitadas de amor —aclaró, repentinamente serio.

Volvieron a enfrascarse en el trabajo, ajenos al viento que arreciaba presagiando lluvia. Los soldados acarreaban las piedras sin que parecieran molestarles las

inclemencias del tiempo, atentos sólo a la estructura debilitada por la artillería que debían recomponer.

—No te lo había dicho, pero hace unos días mandé una nota a Claude para anunciarle tu boda —confesó Gastón un buen rato más tarde.

—¿Para qué has hecho semejante tontería? —preguntó Armand, enderezándose, molesto—. No tiene por qué saber nada de lo que yo haga o deje de hacer. No deberías habérselo dicho.

El suspiro de frustración de Gastón se oyó a pesar del gemido del viento.

—Una vez fuimos amigos inseparables, los tres. Creo que ya es hora de que os dejéis de niñerías y volvamos a ser lo que éramos —solicitó, muy serio—. Me duele veros así. Y más sabiendo que os peleáis por alguien que no merece vuestro enfrentamiento.

—Gastón, por favor, déjalo. No quiero seguir con ese tema. Ya intenté hablar con él y sabes que no conseguí nada —recordó con tristeza—. Deja de darle vueltas y presta atención a esta parte; no es muy estable y podría derrumbarse en cualquier momento.

La esperanza de que algún día pudieran arreglar las cosas había quedado atrás. Claude lo había puesto muy difícil con su insistencia en propagar mentiras. Lástima que Gastón no quisiera entenderlo y siguiera importunando con un posible arreglo.

Camila se tomó el último sorbo de la infusión tranquilizante que se había preparado. El malestar de esa mañana seguía presente, incluso más acusado con el paso del tiempo. La bola de nervios en el estómago no la dejaba tranquila, como si tuviera un mal presentimiento. Nunca se había sentido de ese modo, por lo que no sabía cómo interpretarlo. Esperaba que la infusión le hiciera efecto y, poco a poco, tranquilizara esa molestia.

Las punzadas en las sienes habían derivado en un persistente dolor de cabeza, agravado por molestias en la garganta.

Oyó la voz de su primo Aurelio en la cuadra.

«Otra vez, no», pensó, desilusionada por la insistencia.

Suspiró con resignación, esperando a que se reuniera con ella en la cocina para enfrentarse de nuevo a los prejuicios de su primo.

El joven no tardó mucho en entrar, con su habitual rictus severo. La apenaba que se comportara de un modo tan seco; estaba segura de que si fuera más sociable le irían mejor las cosas. Era cierto que el estigma de bastardía lo había señalado desde el momento de nacer, pero su actitud tan adusta espantaba a la gente y no daba pie a mayores confianzas.

En ese momento su semblante era más hosco que nunca; eso no presagiaba nada bueno: vendría con intención de redoblar sus esfuerzos para convencerla de que Armand era un asesino.

Por un momento Camila pensó en esconderse para librarse de él. Una pena que no fuera cobarde, pensó, magnánima.

—Buen día, Aurelio. Si has venido otra vez a decirme que no me case con el capitán, no te molestes —advirtió con los brazos en jarras—. Me voy a casar con él, digan lo que digan.

Estaban solos. Juana había salido; a Guido y a Samuel no se les veía por ninguna parte y Pierre estaba visitando a Juliana.

Aurelio, aparte de su seriedad, se mostraba inquieto y no dejaba de mirar de un lado para otro.

—No he venido para eso. Ha habido un derrumbe en el acueducto de Morlans y el capitán está atrapado... —anunció sin mirarla—. Es necesario que vayas a atenderlo.

Por un momento se quedó quieta, parpadeando como un búho, sin entender lo que estaba oyendo. Luego, como si al fin su cerebro comprendiera lo que había pasado, ahogó un gemido de temor y se dobló en dos, presa de las náuseas que le atacaban el estómago con saña.

—¡Dios mío! —musitó acongojada, comprendiendo, por fin, esa sensación premonitrice. ¡Armand!—. Déjame que coja mi cesta con los remedios y ahora mismo salgo para allá.

Casi voló por la escalera para rellenar su cesta con algunos ungüentos y tiras de tela para vendas. Regresó a la cocina con el corazón en un puño. Al ver el pizarrín de Samuel se le ocurrió dejar una nota para que la viera Juana.

—No hay tiempo para eso, Camila —aseguró su primo cuando adivinó sus intenciones—. Él estaba muy mal herido. Será mejor que vayamos rápido.

—Tienes razón, no sé qué hago —confesó, aún aturdida por la noticia—. ¿Has traído caballo?

—Sí, sí. Está en la cuadra —dijo. Y salió en esa dirección.

El nerviosismo de su primo sólo servía para confirmar los peores miedos de Camila: Armand estaba en peligro.

Quercus estuvo ensillado en muy poco tiempo. Cabalgaron hasta la Puerta de Tierra y, tras cruzar los distintos desniveles, por las marismas hasta llegar al acueducto. Se mantuvo con la mirada al frente para no ver pasar el suelo a toda velocidad bajo los cascos del caballo. Sabía que, si apartaba la mirada del horizonte se marearía casi al instante y no se lo podía permitir. Era primordial llegar cuanto antes para atenderlo.

No se encontraron con nadie. Lo cierto es que el tiempo no acompañaba; el viento era desagradable y las nubes amenazaban con descargar en cualquier momento.

«¡Por favor, Dios mío, no permitas que le suceda nada malo!»

Al avistar, más adelante, la estructura parcialmente derruida del acueducto, cayeron las primeras gotas de lluvia. Había oscurecido tanto que casi parecía de noche. Las ramas peladas de los árboles gemían con los embates del viento. Las gaviotas rezagadas chillaban en su ruta tierra adentro para protegerse de la tormenta

que se estaba gestando. *Quercus* se encabritó con el sonido de un trueno lejano. Lo dominó y, pese al vértigo, le obligó a cabalgar más rápido para llegar lo antes posible. No era el momento para caer en el pánico.

Los cascos del caballo se hundían en la arena; por fortuna, el agua del mar se había retirado de las marismas y ya no lamía la base de los arcos del acueducto. Más adelante, la arena daba paso a un terreno más firme.

Parpadeó varias veces. ¡Allí no había nadie! ¿Dónde estaban todos? ¿No era ése el lugar donde había ocurrido el derrumbe? Esperaba ver a los soldados que ayudaban en la reconstrucción. Miró a su primo, desconcertada, y se sorprendió al ver el cambio en su expresión: ya no era adusta, sino que expresaba una mezcla de determinación y tristeza.

—¿Qué... qué pasa? ¿Dónde está Armand? —preguntó, sobrecogida. Su premonición era más intensa; incluso llegó a imaginarlo atravesado por una espada. ¿Qué estaba pasando?—. ¿Adónde lo has llevado?

—A ningún sitio. No estaba aquí.

—¿No estaba aquí? Entonces, ¿por qué me has engañado? ¿Qué pretendes?

—Yo...

—*Bonjour*, doña Camila.

Ella se volvió hacia esa nueva voz. El capitán Claude Dubois había salido de entre los pilares del acueducto. Su rostro severo, de saltones ojos azules —un tanto desconcertantes, pues parecían querer salirse de la cara—, se complementaba con una mirada calculadora y un tanto enfermiza.

—¿Qué le habéis hecho a Armand?

—Aún nada, *madame* —entonó entre dientes—. Todavía nada. Pero no tardará en venir en vuestro rescate y...

En ese momento se abrieron los cielos y comenzó a llover de manera torrencial.

Camila sentía el corazón a todo galope. ¡La habían engañado! Debía escapar lo antes posible y advertir a Armand. Era una trampa para atraerlo. La imagen de él atravesado por una espada bailó ante sus ojos. ¡No!

Asustada instó al caballo a emprender la huida, pero su primo había desmontado y lo sujetaba por la brida para impedirselo. Forcejeó entonces, golpeándolo con la cesta de hierbas. Él era más fuerte y no tardó en derribarla. Una vez en el suelo comenzó a pelear como una posesa para escapar. La falda se le enredaba en las piernas, dificultándole los movimientos. No podía consentir que la apresaran. ¡Debía advertir a Armand!

Un golpe en la sien y todo se volvió negro a su alrededor. Lo último que vio fue la cesta de las hierbas, rodando hasta caer a la arena empapada.

Armand se enderezó para estirar los castigados músculos de la espalda. El tiempo había empeorado tanto que era necesario dejar el trabajo para otro día. Se acercaba el

mediodía, aunque por la oscuridad bien parecía que fuera media tarde. Su estómago empezó a protestar de hambre.

—¡Será mejor que lo dejemos! No tardará en llover y no podremos seguir — anunció entre el gemido del viento que se colaba por la brecha—. La muralla seguirá aquí mañana. Podéis marcharos.

Los soldados asintieron, recogieron sus cosas y emprendieron el camino de vuelta al cuartel.

—Temía que no lo dijeras nunca, *mon ami*. Tengo la espalda hecha polvo. Tendré que hacer una visita a una amiga que tiene unas manos... —Gastón se besó las puntas de los dedos para enfatizar sus palabras—. Son una delicia. Tengo algunos cortes en los dedos y he destrozado el uniforme —protestó, molesto.

—Eso es porque no estás acostumbrado al trabajo duro. Demasiada indolencia no es buena —aseguró Armand, sonriendo—. Yo iré al cuartel para lavarme todo este polvo. Disfruta de las manos de tu amiga —dijo con un guiño.

Se fijó en las olas que rompían con furia en la playa y chocaban contra el muro oriental de la ciudadela. El aire alborotó su pelo y se lo llevó a los ojos, cegándole por un momento; se lo apartó antes de encasquetarse el sombrero para sujetarlo. Se preparaba una buena y lo mejor era ponerse a cubierto.

—Nos vemos luego —se despidió Gastón. Sin terminar de abrocharse la casaca ni la capa, se marchó al interior de la ciudad, silbando alegremente.

—¿El capitán Boudreaux? —preguntó un chiquillo que corría hacia Armand.

—Soy yo, muchacho. ¿Qué quieres? —preguntó.

—Me han dicho que al mediodía os entregara esta nota. —Le dio una carta y salió corriendo al escuchar un trueno lejano.

—No te preocupes, *petit*, que la tormenta aún está lejos.

Armand desplegó el papel.

El cuerpo se le quedó sin sangre.

Tengo a doña Camila.

Te espero en el acueducto de Morlans.

C. D.

—*Cré nom de Dieu!* Maldito sea ese hombre —bramó Armand; el rostro congestionado por la furia—. Lo mataré.

Rápidamente recogió el cinto con la espada y corrió a buscar a *Ange Noir*, que estaba atado al otro lado de la muralla, por la parte de la ciudad. La casaca y la capa quedaron olvidadas, colgadas de la rama de un árbol, balanceándose con el viento.

No miró atrás. Espoleando al caballo, cabalgó como loco al encuentro de ese malnacido que tenía a Camila. La lluvia había comenzado con fuerza; las gotas eran gordas y frías. No las notaba, pese a tener la camisa empapada. La furia le impedía sentir otra cosa que la necesidad de rescatar a la joven de las manos de ese demente.

Habría debido aclarar las cosas con Claude mucho tiempo atrás, en lugar de aguantar tanto tiempo, sólo para que ahora todo se fuera de las manos. Si se había atrevido a hacerle algo a Camila... ¡No, mejor no pensar en ello!

Se cruzó con Aurelio de Gamboa, que cabalgaba hacia la ciudad como si le mordieran los talones, pero ni siquiera lo miró; se limitó a seguir espoleando a *Ange Noir* para llegar lo antes posible.

Al divisar los arcos del acueducto aceleró el paso. Junto a la parte derruida, sobre la estructura que aún se mantenía en pie, estaba Camila, sentada y amordazada. La lluvia le había aplastado los rizos contra la cabeza y los ojos destacaban en su pálido rostro. Armand suspiró, aliviado al ver que estaba viva y aparentemente sin heridas. Tenía que bajarla de allí antes de que una ráfaga de viento le hiciera perder el equilibrio y cayera a las rocas.

El capitán Dubois esperaba de pie en una ladera, a la orilla de la estructura. Le miraba con atención.

—Me alegra volver a verte, Boudreaux —saludó muy serio.

Quercus y el caballo del capitán pastaban atados a la rama baja de un árbol. No se veía a nadie más por allí.

—No puedo decir lo mismo, Dubois. ¿Qué pretendes hacer con Camila? Si querías retarme a duelo, no tenías más que decirlo —aseguró Armand, acercándose.

—Lo sé. Y lo hubiera hecho de no ser por Gastón. Pero ahora ya no puedo aguantar más. Me arrebataste a la mujer que yo quería. ¿Qué te parecería que te quitase a la tuya? Ojo por ojo.

—No te atrevas a hacerle daño —amenazó Armand—. Esto no tiene nada que ver con... —Se apeó del caballo.

—*Oui!* —le cortó—. Sé que te interesa; te vas a casar con ella, pese a que juraste no casarte nunca. Lo juraste, sí. Y el honorable capitán Boudreaux no falta a sus promesas —se mofó Claude—. Ella pagará por lo que me hiciste.

—¿Has perdido el juicio?

—No —declaró con frialdad—. Durante un tiempo lo creí. Pensé que me volvería loco de dolor, pero ya no. Ahora sólo busco venganza. Me quitaste a la mujer que amaba para luego asesinarla. No puedo perdonarte eso.

—Yo no te quité nada —aseguró Armand, impaciente—. Ella no te quería. Posiblemente, nunca quiso a nadie más que a sí misma. —Ya no había amargura en sus palabras.

Se fijó en que Camila seguía aguantando el embate del viento, que arreciaba por momentos. La lluvia ya la habría empapado. El frío era intenso. Corría peligro de pillar una pulmonía o algo peor. Sin más preámbulos desenvainó la espada y se acercó con la punta levantada, listo para el combate.

—Acabemos con esto de una vez por todas —siseó, asustado por la suerte que corría su prometida.

Los labios de Claude se estiraron en un remedo de sonrisa al sacar su espada.

—Como quieras —soltó, antes de lanzarse con una estocada—. Hace tiempo que debí arreglar esta situación.

Armand la paró, luego le devolvió otra, que fue rechazada por la destreza del capitán Dubois en el manejo de la espada. Tras años de prácticas, cada uno conocía los puntos débiles del otro. Eso le ponía en una situación peligrosa, puesto que a Claude le gustaba jugar sucio.

—Desde luego. Nunca debí dejar que contaras tantas mentiras —añadió Armand.

—¡No! No son mentiras. Tú la mataste y nada me hará cambiar de opinión. Gastón puede seguir confiando en ti; yo, desde luego, ya no lo hago.

Boudreaux se defendió con ahínco, pese al temor de que, si el viento continuaba arreciando, Camila terminara destrozada contra las piedras de la base del acueducto. Su contrincante no le daba tregua; él tampoco.

¿Cómo había dejado que llegaran las cosas tan lejos? Qué necesidad. ¿Y Claude? ¿Cómo podía ser tan obtuso? Por Dios bendito, ¿cómo podía creerle capaz de asesinar a su propia esposa?

En el cielo, a intervalos cada vez menos espaciados, se veían los rayos que en zigzag surcaban entre las nubes. La lluvia empapaba el suelo, formando a los pies de los combatientes un barrizal que les hacía resbalar, restando potencia a los mandobles que se asestaban el uno al otro. Los aceros soltaban chispas al chocar y salpicaban agua a diestra y siniestra.

Armand agradeció que el sombrero impidiera la entrada de lluvia o pelo en los ojos. Se concentró en evitar caerse o sentir el filo de la espada en cualquier zona de su cuerpo. No era tarea fácil, puesto que el barro arcilloso era muy traicionero. Como si quisieran recordárselo, trastabilló. A duras penas consiguió mantenerse en pie. Lo logró en el último momento, pero se le retorció el tobillo derecho. Tomando impulso consiguió salir de la zona resbaladiza y afianzarse en un lugar donde la tierra era más firme. Claude lo siguió como si de su sombra se tratara; buscaba la capitulación. Armand sospechaba que el fin de su contrincante no era sólo derrotarle, sino acabar con él definitivamente. El odio que le profesaba su antiguo amigo era visible en los ojos saltones y en la fuerza con que blandía la espada.

A Armand se lo estaba poniendo muy difícil, pero eso no le desanimaba. No podía permitirse el desaliento.

Un relámpago iluminó el cielo, oscurecido por las nubes. *Quercus*, que no estaba acostumbrado a esos sonidos, se encabritó y piafó asustado. *Ange Noir* y el caballo del capitán Dubois aguantaron con la entereza de los animales habituados a los campos de batalla.

Bajo la lluvia incesante, la lucha continuaba sin tregua. La camisa de Armand chorreaba agua por las mangas y la convertía en un peso muerto. Camila se preocupaba por él. Desconocía si era buen espadachín; daba por sentado que sí lo era,

pero comprendía que el capitán Dubois no era un inepto y que le estaba poniendo las cosas difíciles.

Dejó de observar a los contendientes para volver a tironear de las ligaduras que le ataban las muñecas a la espalda, con idéntico resultado que las veces anteriores. Su primo Aurelio se las había atado a conciencia. Con cuidado, miró alrededor por si lo veía, pero el muy cobarde ya no estaba por allí. Tras desmayarla de un golpe, la había cargado hasta lo alto del acueducto por la parte derrumbada. Allí la dejó, atada de pies y manos, a merced del viento y la lluvia. Aún recordaba las palabras que cruzaron cuando la despabiló, antes de amordazarla.

—¿Por qué haces esto? Desátame, por favor —había solicitado sin mirar abajo, una vez que tomó conciencia de dónde estaba.

—No me ha quedado más remedio...

—No te entiendo. Deja de comportarte como un loco y dime qué pretendes —le dijo, asustada por la determinación que veía en los ojos de su primo.

—¡No me llames loco! —gritó, enfurecido—. No lo estoy, ni mi madre tampoco. Sólo se pone triste de vez en cuando —aclaró con fanatismo—. Lo estoy haciendo por ti. Te previne contra el capitán Boudreaux, pero no me has hecho caso y ahora pretendes casarte con él. ¿No te das cuenta de que mató a su mujer y a su nonato? Es un asesino. ¿Acaso quieres correr la misma suerte que su difunta esposa?

—¡Él no les mató! Fue un accidente —aseguró Camila, convencida.

—¿Ves? Te ha metido en la cabeza que es inocente y no eres capaz de ver la verdad. Por eso he tenido que hacer esto. No me has dejado otra opción —añadió, negando con la cabeza.

—¿Cuál? ¿Qué vais a hacer? —preguntó, asustada.

—Él vendrá para rescatarte y... el capitán Dubois lo matará.

—¡Dios mío! ¿Qué has hecho? ¡Tienes que avisarle! —suplicó, tratando de soltar las cuerdas—. Debes advertirle...

—No.

—No quiero que le pase nada, ¿no lo entiendes? Le quiero —sollozó, angustiada por el miedo.

—No es bueno para ti, Camila.

—¿Qué sacas tú con todo esto? —preguntó, buscando una manera de convencerlo.

—El capitán me ha prometido un montón de dinero por traerte aquí. Es lo suficiente para poder vivir con comodidad o para marcharme donde nadie me conozca ni me señale como a un bastardo. No aguanto más. Conseguiré que la gente deje de tratarme como si fuera un leproso por el simple hecho de que mi madre no estuviera casada. Cuando sepan el dinero que poseo, terminarán respetándome. Dejaré de ser simplemente Aurelio, el bastardo, para ser don Aurelio. —Sus ojos, ilusionados, parecían los de un niño acariciando su sueño dorado—. Estoy cansado de tener que pasear con la cabeza baja como si debiera estar permanentemente

avergonzado de algo de lo que no tengo culpa —terminó, derrotado.

—Te entiendo. Aunque creo que si fueras menos arisco con los demás, te tratarían con más confianza y amabilidad.

—¿Eso crees? Entonces eres más tonta de lo que pensaba. Nadie me tratará mejor por que sea amable. Es mi nacimiento lo que les repele. ¡Como si yo tuviera la culpa!

—Hay otras personas nacidas fuera del matrimonio y no veo que se las aparte.

—Se acabó; no quiero hablar más de ello. Debo regresar a la ciudad; mi madre se pone nerviosa si no llego antes de que se haga de noche. —Miró al cielo con los brazos en jarras y los labios fruncidos, como si estuviera luchando con su conciencia—. Siento mucho todo esto. Te juro que no lo habría hecho de no ser estrictamente necesario —aseguró, con el rostro compungido por la pena, como si en verdad se condoliera por ella—. Si no hubieras insistido en casarte con ese capitán... Si me hubieras hecho caso... Pero bueno, ahora los dos ganaremos: tú continuarás con vida y yo dejaré de ser un muerto de hambre. Cuando el capitán acabe con tu prometido, te soltará y podrás regresar a tu casa. Me ha dicho que no te hará daño.

—Sabes que tengo miedo a las alturas. ¡Puedo caerme de aquí! —pronunció ella con temor.

—Lo sé; yo mismo le sugerí que éste era un buen lugar. De ese modo te estarías quieta y no tratarías de escapar.

—¡Por favor! No me dejes aquí. ¡Tienes que advertir a Armand!

—Lo siento; no puedo hacer nada. No tardará en acabar todo. Ten paciencia.

Después la amordazó con un pañuelo y, con una última mirada entristecida, se despidió de ella para regresar hasta los caballos.

No había vuelto a verlo; probablemente ya no andaba por allí.

Sorprendida como estaba por la reacción de su primo, no era capaz de comprender la solución desmedida a la que él había llegado para lograr respeto en la ciudad. Era demasiado absurda.

Sí, era cierto que muchas veces lo había oído protestar por el trato recibido, según su criterio, de los ciudadanos de San Sebastián, pero de ahí a vender... No; no lo comprendía. Su primo se había vuelto loco. No se le ocurría otra cosa que justificase esa reacción tan irracional. Tal vez, la convivencia con su madre le había vuelto tan trastornado como ella. ¿Cómo podía creer que Armand sería capaz de asesinarla?

Si en algún momento hubiera podido soltar los nudos de sus ligaduras, el agua lo había hecho imposible. Durante un rato estuvo protegida por la capa, pero ya estaba empapada y no le servía de nada. Empezó a tiritar. La mordaza impedía que los dientes le castañeteasen. Estornudó varias veces. Sentía la garganta como cristal molido.

Estaba arrodillada sobre el canal, que comenzaba a recoger el agua de lluvia para enviarla hasta la ciudad. Delante de ella, la parte derrumbada de la estructura de piedra; abajo los dos hombres, cruzando las espadas. No quería mirar, pues al hacerlo sentía que el suelo subía y bajaba como el diávolo de los saltimbanquis de la feria. Su

problema con las alturas estaba más agudizado que nunca. Agarrotaada por el frío, no podía evitar que su cuerpo temblara con violencia. Las gotas de lluvia eran como agujas en su cabeza descubierta.

Miró abajo, con cuidado de no caer. Los dos capitanes seguían luchando ajenos a la lluvia, al viento y a los rayos que cruzaban el cielo con su luz zigzagueante.

En ese momento Armand resbaló en el barro. Ella lo vio caer en el suelo. Antes de que pudiera levantarse, el capitán Dubois le tocó el cuello con la punta de su espada.

Camila gritó, asustada. La mordaza ahogó todo sonido. Se asomó más. Un golpe de viento estuvo a punto de mandarla de cabeza contra las rocas del suelo. Se enderezó como pudo y se agazapó, tiritando de frío y miedo. Cuando consiguió que los latidos de su corazón disminuyeran un tanto el ritmo, trató de mirar lo que sucedía, aguantando el terror a las alturas. Varias piedras sueltas cayeron al vacío, provocándole un vértigo indescriptible. Volvió a agazaparse en el hueco del canal, tratando de respirar despacio para calmarse. Tenía una mordaza y su estómago amenazaba con vaciarse en cualquier momento. Sólo de imaginarlo se le cubrió el cuerpo de sudor. Lloró de impotencia y miedo, rezando para que ocurriera un milagro y Armand saliera indemne de ese combate.

La imagen del capitán desangrándose cruzó como un relámpago por su mente.

Gastón se dispuso a salir por la Puerta de Tierra para regresar al cuartel. Nada lo retenía intramuros, pues la viuda no estaba en casa: se había ido de visita. Ya la vería en otro momento.

Había comenzado a llover con fuerza. Al dejar la protección de las murallas notó el embate del viento, que soplaba con fuerza. Una ráfaga le arrancó el sombrero y se lo llevó volando unos pasos, hasta dejarlo caer en la arena, meciéndose como una cuna.

—*Merde alors!* —masculló, obligando al caballo a girar en pos del sombrero. No quería perderlo.

Sin bajarse del caballo se agachó para recogerlo, pero el viento volvió a levantarlo y lo llevó rodando más allá. Instó al animal a que continuara para acercarse, pero el aire empezó a jugar con el tricornio como si quisiera burlarse del capitán, alejándolo en cuanto él se acercaba demasiado y estaba a punto de alcanzarlo.

Gastón rió por lo bajo; después, soltando una carcajada, desmontó del caballo. Las botas se le hundían en la arena húmeda, formando huellas que se llenaban con la lluvia. Cualquiera que le hubiera visto reír como un niño, persiguiendo un sombrero, lo habría creído loco de remate. Se sentía ridículo, pero en el fondo se estaba divirtiendo de lo lindo.

El aire que soplaba desde el oeste terminó por arrastrarlo hasta la brecha abierta en la muralla, donde habían estado trabajando esa tarde. Por fin el sombrero acabó su periplo enganchado en un matorral. Le sorprendió ver la casaca y la capa de Armand sujetas precariamente a esas mismas ramas. ¿Podía estar trabajando con ese tiempo? No, era una locura. Recogió las prendas; tras sacudir su sombrero para quitarle la arena pegada se lo encasquetó, antes de empezar a buscar a Armand. Las risas se habían acabado.

No se le veía por ninguna parte; no era propio de él dejar abandonada su ropa por ahí. Penetró por la brecha de la muralla, por si estuviera al otro lado. Al no encontrarlo, ni ver a *Ange Noir*, empezó a preocuparse de verdad. Volvió a salir y silbó a su caballo. El animal respondió, obediente. Tras atar la casaca y la capa en la silla, se dispuso, más preocupado que nunca, a buscar a su amigo. Algo había pasado para que desapareciera de ese modo.

Regresó a la Puerta de Tierra, escudriñando a cada lado por si lo veía. No había nadie por los arenales o por el Camino de Hernani. ¿Quién iba a salir con ese tiempo? Por eso le sorprendió ver al primo de doña Camila, ensimismado, paseando de un lado para otro ante las murallas. Tal vez él hubiera visto a su amigo.

Armand notó en su cuello el escozor del arañazo de la punta de la espada. Los ojos saltones de Claude parecían querer salirse de sus órbitas. Estaba tan absorto en la satisfacción de verle derrotado que casi no parpadeaba; algo que le daba el aspecto de una *mantis religiosa* a punto de devorar al macho.

—Al fin... te tengo... donde quería. —Se oyó la voz agotada de Claude, entre el bramido del viento—. Quiero que sepas que la mataré... Mataré a tu amada. Como tú mataste a mi prima.

—Estás enfermo —masculló Armand, intentando levantarse. El frío acero se clavó aún más en su cuello—. Si quieres matarme, hazlo de una vez. Acabemos con esto. Ella no tiene la culpa de nada. Déjala en paz.

—¡No! Ella morirá —ladró Dubois, vehemente. Su pecho subía y bajaba con cada inspiración—. La mataré cuando haya acabado contigo. Sólo quería que lo supieras.

Con rapidez viperina, asestó una fuerte estocada al vientre de Armand. Los extraordinarios reflejos del capitán Boudreaux evitaron que la espada le perforase el abdomen y ésta terminó atravesándole el costado derecho. Un dolor lacerante le hizo apretar los dientes; se llevó la mano a la herida, que sangraba con profusión. Dubois intentó arremeter otra vez, pero él consiguió deslizarse a un lado para eludir la afilada hoja. Su propia espada descansaba a poca distancia, donde había caído tras serle arrebatada por Claude. Intentó alcanzarla, pero su oponente fue más rápido y la envió más lejos de un puntapié.

El barro dificultaba sus movimientos y, sin espada, Armand no veía la manera de derrotarle para poder salvar a Camila. La lluvia le resbalaba por la cara y le obligaba a parpadear para ver. Se sujetó el costado herido. La sangre le empapó la mano y escurrió entre los dedos.

—Deja de intentar nada. No tienes opción. Esa herida... te matará —auguró Dubois, acezando—. Espero... que te haya atravesado las entrañas y...

—¡Armand! ¡Claude! —Los gritos de Gastón cortaron lo que iba a decir.

—*Merde!* ¿Qué querrá ese entrometido? —masculló Claude.

Gastón cabalgaba en medio de la lluvia y el viento como si le persiguiera una jauría de lobos. Desmontó del caballo casi antes de que éste tuviera tiempo de detenerse. Armand nunca se había alegrado tanto de ver a su amigo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde estábamos? —inquirió Claude, enfadado.

Gastón ignoró la pregunta.

—¿Qué está pasando aquí? Claude, ¿has perdido la cabeza? —inquirió al ver la herida de Armand—. ¿Desde cuándo eres un asesino?

—¡No lo soy! Pero no puedo dejar la muerte de Delphine sin venganza.

—Esto no lo solucionará.

—¿Solucionarse? ¿Acaso Delphine va a resucitar? —bramó Claude, abriendo aún más los ojos—. No te molestes, Gastón. No me conformaré con menos de lo que me

hizo a mí. Cuando se casó con ella sentí que me moría, pero lo acepté, creyendo que se amaban. Después, cada vez que Delphine me contaba el trato que él —señaló a Armand con rabia— le daba, me llevaban los demonios. Y luego él la mató. La asesinó vilmente. Estos años han sido un infierno para mí.

—Sigues idolatrando a una zorra sin escrúpulos —barbotó Gastón, agitando la cabeza, consternado.

—¡No te atrevas a llamarla así!

—¿Por qué, si lo era?

Armand, desde el suelo, los miró a uno y a otro, confuso. ¿Qué le pasaba a Gastón? Nunca le había oído criticar de esa manera a su difunta esposa. A decir verdad, nunca le había oído criticar a ninguna mujer.

—Ella no era así. Era una buena chica que cometió el error de casarse... con él. —Claude, tembloroso, volvió a señalar a Armand con la espada—. Y él la arrojó por la escalera para asesinarla y asesinar a su propio hijo. ¿Qué hombre sería capaz de hacer algo así? ¡Sólo un monstruo!

—Yo no la tiré por la escalera. Y no era hijo mío. Ella tenía un amante... —aseguró Armand, ante la consternación de Claude, que casi chilló de indignación—. Tal vez eras tú el padre...

—¡Mientes como el bellaco que eres!

—Estaba embarazada de cuatro o cinco meses. Yo no había regresado a mi casa en el último medio año; por lo tanto, el bebé no era mío. Tú lo sabes. Nuestras compañías estaban juntas. La visitaste en muchas ocasiones. Y jamás has ocultado que estabas enamorado de ella. ¿Quién mejor que tú para serlo? —preguntó, tratando de mantener la calma. Se sujetó en la herida del costado el pañuelo que Gastón le tendió—. *Merci*.

—¡Ella no tenía ningún amante! —gritó Claude, fuera de sí—. Mi prima era una buena mujer que no merecía terminar así: asesinada por su propio marido.

—Te repito que yo no la asesiné. Fue un accidente —reiteró Armand con los dientes apretados. Empezó a ponerse de pie, pero la punta del acero en su cuello le hizo desistir—. Está claro que ella tenía un amante. No podía embarazarse sola, ¿no crees? —preguntó a Claude, sarcástico—. Si no eras tú, alguien lo fue.

—No me provoques, si no quieres que te ensarte en mi espada —masculló entre dientes—. Me sigue costando creer que ella...

—¡Oh, *mon Dieu*! Claude, despierta ya —bramó Gastón, enfadado—. Era una mujer sin escrúpulos y sin conciencia.

—No te atrevas a decir eso —masculló Claude, fuera de sí, apuntando a Gastón con la punta de la espada—. Ella era una mujer virtuosa.

—Se acostó conmigo.

Durante un instante se hizo silencio en aquel claro. Incluso pareció que el fragor del viento no era tanto y que la lluvia ya no repiqueteaba con tanta fuerza en los bloques de piedra del acueducto.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Armand, su mirada pétrea.

—Fue una sola vez. —Gastón calló un instante, como si estuviera tratando de ordenar sus recuerdos. Luego miró a su amigo—. Había ido a tu casa para entregarte tus cartas. Me invitó a cenar y no dejó de contarme lo desgraciada que se sentía. Que estaba sola... Que tú no la querías... Mientras, no dejó de servirme coñac y yo lo bebía sin pensar en nada. Desde entonces he evitado esa bebida... —Avergonzado, agachó la cabeza—. Cuando se me pasó la borrachera estábamos en el sofá... medio desnudos.

—Eres un maldito bastardo libidinoso —ladró Claude, tan furioso que parecía que sus ojos estallarían como pompas de jabón—. ¿No tenías suficiente con cada mujer que nos encontrábamos, que tenías que acostarte con mi prima? —Le apuntó con la punta de la espada; la intención estaba clara: quería atravesarlo con ella—. Debería matarte por ello.

Gastón desenvainó la suya y paró la estocada. Claude volvió a asestar otra, ciego de ira.

—Claude, *diable!* No quiero luchar contigo —protestó.

—Deberías haberlo pensado antes de seducir a mi prima.

—Yo no la seduje —aseguró Gastón, atento a la contienda—. He pasado los últimos cuatro años intentando confesarlo, pero tú, Armand, tú nunca querías hablar de ella.

—Ella nunca hubiera faltado a los votos —consideró Claude, sin ceder.

—*Idiote!* Piensa lo que quieras —masculló Gastón; luego volvió a dirigirse a Armand—. A veces, me avergüenza admitirlo, pensaba que era mejor así, que si no te lo decía, jamás sabrías que te había traicionado... No obstante, necesitaba revelarlo para —detuvo otro mandoble sin esfuerzo— buscar tu perdón. Lo siento.

—*Bâtard du démon*, no es a él a quien debes pedir perdón —ladró Claude—. Ella era una...

—¿Era hijo tuyo? —cortó Armand, anonadado por la confesión de su amigo. Obviando la furia del otro, se sentó, apretando el pañuelo contra la herida. Escocía con saña. La tela ya estaba teñida de rojo.

—No lo sé. *Sacre Dieu!* No lo sé y me lo he preguntado muchas veces.

Era la primera vez que Armand veía a Gastón sin su habitual apostura. El pelo rubio le caía mojado por la cara; parecía un ángel caído y arrepentido. Le sorprendió no sentir ningún rencor hacia él.

—Tenía un amante —garantizó Armand con firmeza—. No te tortures con ello. Estoy seguro de que esa mañana se iba a reunir con él, antes de que yo llegara. Cuando la vi, en lo alto de las escaleras, llevaba puesta la capa y cargaba con un pequeño maletín. Sospecho que el bebé era de ese hombre desconocido.

—*Assassin!* La mataste por eso —afirmó Claude, parpadeando con violencia. Dejó la lucha con Gastón por un momento para mirarlo con furia—. Me contó tantas veces que no la tratabas bien... Debería haberle hecho caso. Me dijo que estaba

arrepentida de haberte elegido.

—Lo sé. Me lo recordaba cada vez que iba a casa de permiso —declaró Armand, cansado. Se pasó la mano por la cara para retirar parte del agua que le escurría sin parar—. Pero nunca la traté mal. Te mintió, si te dijo lo contrario.

—No lo creo. Ella era...

—*Mon Dieu!* Claude. No la defiendas más —rezongó Gastón, cansado—. Ella no lo merece.

Armand resopló para que la lluvia no se le colara por la nariz. Tenía la ropa pegada al cuerpo. Miró hacia lo alto del acueducto para comprobar que Camila siguiera allí. No era más que un oscuro bulto arrodillado, con las orillas de la capa flameando al viento como si fueran las alas de una enorme ave.

Parpadeó varias veces para cerciorarse de lo que estaba viendo. Era cierto. Alguien venía caminando por el acueducto desde la ciudad, desafiando al viento. A juzgar por el tamaño, era un hombre. Y a la luz de un rayo pudo ver el brillo de la daga que llevaba en la mano.

Camila empezaba a perder la consciencia. El frío la había insensibilizado y no conseguía mantenerse despierta. El viento la zarandeaba de un lado para el otro como si fuera una rama endeble, ayudado por la capa empapada, que tomaba el aire como una vela.

Estaba cansada y dudaba de que pudiera aguantar mucho tiempo más sin caerse de la estructura. No se atrevía a apoyarse en los costados del canal, pues las piedras no ofrecían ninguna seguridad; en aquella zona la mayoría estaban sueltas.

Había desistido de sujetar mejor la capa, ya que las ligaduras de las muñecas no le daban ningún margen para hacerlo. Sus dedos, entumecidos, tampoco eran de utilidad. Le punzaba la cabeza, allí donde su primo la había golpeado. Le costaba respirar y el pecho le dolía por el frío. Sería un milagro si después de eso no terminaba con una pulmonía.

Deseaba tumbarse para descansar, pero la estrechez del canal, sumada a que estaba de rodillas con las manos atadas a la espalda, la obligarían a hacerlo boca abajo, algo a lo que, con esa lluvia, no estaba dispuesta. Estornudó por enésima vez.

Abajo, los tres hombres seguían discutiendo en francés, aunque el fragor del viento se llevaba sus palabras sin que llegara a entender nada de lo que decían. Pese a que Armand estaba sangrando, tal y como ella lo había sentido, ahora se sentía más tranquila: la presencia de Gastón impediría que el capitán Dubois lo matara.

Alzó la vista y se sorprendió al ver a Aurelio, que venía caminando precariamente por el acueducto. ¿Era de verdad o se lo estaba imaginando? Seguramente era fruto de su cerebro agotado, que veía cosas donde no había nada. Como la daga que su primo llevaba en la mano. ¿Era real? No había duda de que era...

«Es verdad», pensó.

El joven llegó a su altura y se arrodilló a su lado. Lo miró, confusa, luchando por mantener los ojos abiertos; no tenía fuerza para mucho más. Él estaba pálido, con los ojos irritados. El agua se le escurría por la cara. Sintió que le quitaba la mordaza.

—Has... has vuelto... —La voz le salió arrastrada, en un murmullo casi ininteligible.

Armand se incorporó con dificultad, sin dejar de apretarse el pañuelo contra la herida, que continuaba sangrando con profusión. Su sombrero cayó al suelo y fue rodando por el barro hasta terminar en un charco. Se tambaleó con el viento mientras se quitaba la empapada camisa y se la ataba alrededor de la cintura, a modo de vendaje. La herida escocía y quemaba como demonios; además, él no tenía fuerza suficiente para lograr su objetivo. Las gotas de lluvia eran como dardos fríos en la piel.

Gastón y Claude continuaban discutiendo por Delphine. A él no le importaba nada de eso. Su principal interés estaba en lo alto de esa estructura, en peligro de caer de un momento a otro. Ahora podía reconocer al hombre: era Aurelio. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo había descubierto que Camila estaba allí arriba?

Recordó que se habían cruzado en el camino. ¿Era posible que él tuviera algo que ver con el secuestro de su prima?

—*Diable!* ¡Va a matarla! —gritó, furioso y acongojado a partes iguales.

—¿Qué estás diciendo? —indagó Gastón.

—Su primo... —Señaló a lo alto del acueducto.

—¡Ah! Parece que el muchacho ha decidido ahorrarme el trabajo, después de todo —dijo Claude con indiferencia.

—*Tu es fou!* ¡Estás loco! —gritó Gastón. De un puñetazo en la nariz le tiró al suelo—. ¿Qué hace doña Camila ahí arriba?

Claude se tocó la nariz, que sangraba a borbotones. Con una blasfemia, volvió a ponerse en pie para cargar contra Gastón con la espada en alto. Sin parar mientes en el sonido de los aceros, Armand trató de llegar a lo alto del acueducto, subiendo por la parte derruida.

La herida era un tormento y él estaba cansado, pero como el miedo que sentía por la suerte que pudiera correr Camila era más fuerte que todo eso, continuó ascendiendo con fiereza.

El viento era cada vez más intenso y silbaba con furia entre los arcos. El cabello, sin la sujeción del sombrero, se le metía en los ojos, cegándole por momentos. La lluvia seguía cayendo implacable sobre la zona, aunque menos copiosa que antes.

Sólo cuando estaba a punto de coronar la cima se percató de que no llevaba su espada; entonces se maldijo por ser tan impulsivo y haber reaccionado como un recluta inexperto. ¿Cómo la defendería sin un arma? Puesto que ya no podía volver abajo para recoger la espada, sólo quedaba rezar para que Aurelio no fuera muy

diestro en el manejo del cuchillo; así podría desarmarle con facilidad. Si bien él era más joven, Armand contaba con su experiencia de soldado.

—Lo siento, lo siento... no sé lo que me ha pasado... te suplico que me perdones —oyó que balbuceaba Aurelio, entre sollozos desgarradores—. Soy un necio.

Cuando Aurelio, después de cortar las ligaduras a su prima, intentó moverle los brazos y las piernas, ella emitió un quejido lastimero. Los tenía entumecidos por el frío y la falta de movimiento.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? Perdóname... perdóname... he perdido la cabeza. Mi... querida prima... —dijo, ahogado por las lágrimas. Intentó masajear los miembros doloridos para restablecer la circulación de la sangre.

—Has vuelto... —susurró Camila.

—Mi... mi conciencia no me permitía seguir con... con esta locura. No podía... dejarte aquí con esta tormenta. Si te pasaba algo, jamás me... lo perdonaría —aseguró Aurelio, sorbiendo por la nariz, sin fijarse en la presencia del capitán—. Prefiero... prefiero seguir siendo un bastardo... que un bastardo asesino.

Por lo visto el joven no tenía intención de hacerle daño, pensó Armand, aunque por lo oído era él quien la había puesto en ese lugar. Tranquilizado en parte, miró a Camila, que yacía sobre el canal, tiritando con violencia.

Sus ojos se encontraron. Ella esbozó una sonrisa.

Y perdió la conciencia.

—No te atrevas a morirme, ¿me has oído? —La zarandé, asustado por la palidez marmórea que presentaba su rostro. Sin molestarse en mirar a Aurelio, siseó con ferocidad—: Si ella muere... juro por Dios que te mataré de la peor forma posible.

Le asustó la frialdad de su piel; era necesario hacerla entrar en calor otra vez. Primero había que bajarla de allí. Miró al joven, que se santiguaba con frenesí y sin dejar de llorar como un niño, pidiendo perdón por lo que había hecho. Casi sintió pena por ese muchacho no mucho mayor que su propio hermano. Casi, porque el terror de que Camila pudiera perecer por el frío pasado durante ese tiempo no daba pie a la compasión.

—Tienes que ayudarme a bajarla de aquí; yo solo no puedo —le ordenó con fiereza.

—Sssss... sí. ¿Qué... qué tengo que hacer? —suplicó Aurelio, nervioso.

Armand se lo explicó y, durante el rato siguiente, los dos se aplicaron en bajar a la desvanecida Camila hasta el suelo.

Ya no llovía, aunque el viento continuaba sin visos de amainar. Una racha particularmente fuerte arrancó varias piedras del lugar donde había estado Camila y las lanzó al vacío. La estructura crujió, amenazando con derrumbarse de un momento a otro.

—¡Santo Dios! —se santiguó Aurelio. Y miró a su prima con arrepentimiento—. ¡Perdóname, prima!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gastón, acercándose. Claude le seguía arrastrando

los pies, con el brazo ensangrentado y sin la espada—. ¿No estará...?

—¡No! —gritó Armand, fuera de sí, con ella en brazos.

—Déjame que te ayude; estás herido... —solicitó Gastón. Al ver que Armand no cedía su preciosa carga, corrió a preparar los caballos para regresar a la ciudad en el menor tiempo posible—. Mira lo que has conseguido con tu locura, Claude. Todo por *une pute* sin escrúpulos. Debería denunciarte ante el duque de Berwick por lo que has hecho.

El capitán miró a la joven y, cuando pareció tomar conciencia de sus acciones, cayó de rodillas al suelo.

—*Cré nom de Dieu! Qu'est-ce que j'ai fait!* Qué he hecho —musitó, derrotado—. Yo no quería que le pasara nada. Sólo buscaba que él lo creyera. Pero... nunca tuve intención de hacerle daño. *Mon Dieu!* ¡Debéis creerme! ¡No quería que muriera!

—Pues será mejor que hagas algo para evitarlo. Ve a buscar a don Bernardo y llévalo a la casa de doña Camila lo antes posible —ordenó Gastón, mientras ayudaba a Armand a subir al caballo con la joven en brazos.

El brasero de cisco caldeaba la silenciosa habitación. En el lecho, Camila ardía en fiebre, sin que los que estaban alrededor pudieran hacer nada para atenuar aquella calentura que la estaba consumiendo.

Armand vio a don Bernardo guardar con parsimonia sus cosas en el maletín. Luego, cuando el médico le palmeó el hombro, mostrando piedad, supo que había perdido la esperanza de poder hacer algo para sanarla.

—Si hay algún cambio, mandad a Samuel... Iré a visitar a mis otros pacientes. Lo siento mucho, capitán Boudreaux. Espero, sinceramente, que se recupere. Cuidaos esa herida del costado: aún no está libre de que se le emponzoñe —dijo el galeno antes de marcharse, con una última mirada de tristeza a la enferma.

—Gracias, don Bernardo... —susurró Armand. Y se quedó allí, de pie, abrumado por el temor de que Camila pudiera perecer de un momento a otro.

En los tres días pasados, desde que la trajeran inconsciente del acueducto de Morlans, no había recuperado el conocimiento. La fiebre había ido en aumento nada más llegar a la casa y, pese a los consejos y cuidados del galeno, no había mejorado nada.

Respiraba aceleradamente. A veces deliraba y no paraba quieta en la cama, balbuceando incoherencias; mencionaba a su difunto esposo, a Samuel, incluso a don Arturo, y lloraba de miedo en medio del delirio.

Otras, en cambio, se quedaba tan quieta como si estuviera muerta y Armand, loco de temor, terminaba pegado a ella.

Ése era uno de esos momentos. Parecía tan quieta como una estatua. Su respiración era rápida y superficial; su piel estaba tan pálida que salvo por las pecas que la salpicaban, las pestañas y las cejas, podría haber estado tallada en alabastro. Un enorme hematoma destacaba en su sien izquierda.

Tomó asiento en la silla que había ocupado durante esos tres eternos y angustiosos días, para tomarla de la mano, helada y exánime. No sabía si en ese estado era capaz de oír o sentir algo pero, por si acaso, deseaba que notara su presencia. No se marcharía.

Al principio, Juana había intentado que saliera de la habitación, pues no era decoroso que un hombre permaneciera en el dormitorio de una mujer si no estaban casados. Por muy prometidos que estuvieran, no era suficiente. Pero él se negó en redondo a abandonar ese cuarto y amenazó con golpear a quien osara contradecirle. Al final hubieron de acceder a que se quedara para que se encargase de Camila. No tuvieron más remedio que aceptarlo así, pues él no se iba a marchar.

Recordó la angustia pasada desde que la bajaran del acueducto hasta que llegaron a la casa. Fue tanto el desasosiego que no había notado el frío, pese a estar desnudo

de cintura para arriba. Había sido un milagro que él no enfermara también y que la herida de la espada, en su costado, no se abriera más con el esfuerzo de cargar con Camila.

Gastón le había acompañado para ayudarle, mientras Claude, abochornado por su desmesurado rencor, galopaba en busca de don Bernardo. Aurelio, en cambio, se había quedado allí, junto al acueducto, como un alma perdida. Le dejaron a *Quercus* para que pudiera regresar a la ciudad, ya que había ido a rescatar a Camila andando. Si le hubieran preguntado, Armand no le habría dejado el caballo, pero era primordial que Camila recibiera los cuidados médicos a la menor brevedad y no quiso protestar.

Sabía que Aurelio había regresado sin problemas, pues había intentado visitar a la enferma en varias ocasiones. Al principio, Armand le negaba la entrada. No quería verlo por allí. Pero al final le dejó pasar.

Aurelio lloró, arrodillado junto a la cama, pidiendo perdón a su prima y suplicando a Dios que la curase. Luego rogó a Armand que le perdonara por haber creído las acusaciones del capitán Dubois. No había dejado de echarse la culpa por el estado de Camila.

«También es culpa tuya», se recordó Armand con amargura.

Si Claude no le hubiera tenido tanto rencor, Camila nunca habría pasado por eso. Si hubiera consentido en que se casase con el señor Rodrigo, tampoco.

«En realidad, he sido yo quien ha provocado todo este desgraciado incidente —pensó Armand—. Debería haber hablado con Claude mucho tiempo atrás. Tendría que haber escuchado a Gastón todas las veces que intentó confesarme su traición».

—*Dieu doux dans le ciel!* Sálvala. No dejes que muera. Por favor —imploró; los ojos anegados de lágrimas.

Se los limpió con el dorso de la mano, pues alguien llamaba a la puerta. Pierre entró en la habitación. Su cara mostraba la preocupación que lo aquejaba.

—¿Cómo está? Don Bernardo no tiene muchas esperanzas... —susurró, apenado. Y bajó la mirada—. ¿Hay algo que pueda hacer por ella?

—Gracias, pero no sé qué más se puede hacer. Sé que don Bernardo ha perdido la esperanza; no obstante, se va a curar. ¡Tiene que curarse! Ahora que la he encontrado no puedo perderla —aseguró Armand, vehemente. Luchando para no volver a llorar, puso tiernamente un paño con agua fría en la frente de Camila.

—Deja que me quede con ella y tú ve a descansar. Debes de estar agotado, después de tanto tiempo. Recuerda que tú también estás herido.

—Lo sé; sin embargo, me quedaré aquí —declaró Armand, reacio a abandonarla.

—No seas terco, *mon frère*. ¿Quieres que cuando ella despierte tenga que atenderte a ti? —vaticinó Pierre, tozudo—. Ve al menos a lavarte un poco y a comer algo. Juana no deja de murmurar que al final seréis dos los enfermos. Se quedará más tranquila si bajas y dejas que te alimente. Está muy angustiada.

Armand no podía abandonar a Camila. No se atrevía.

—No quiero alejarme de ella por si despierta...

—Si sucede eso, te avisaré enseguida. Por una vez, haz lo que te pido. Te prometo que la cuidaré bien. Recuerda que le debo mi vida.

Armand miró a su hermano, indeciso, pero algo en la mirada azul de Pierre le obligó a levantarse y consentir. Desde que se había prometido, a Pierre se le notaba más maduro. Ya no era el muchacho ávido de aventuras que llegara a San Sebastián, ni el joven asustado por la pérdida de una pierna. Ahora era un hombre seguro de sí, capaz de tomar decisiones importantes y de hablarle de tú a tú, sin acobardarse. Se alegraba mucho por él. Era un buen hombre y se merecía toda la felicidad del mundo.

—Está bien; me ausentaré el tiempo necesario para asearme y comer algo —consintió—. *Mon petit ange*, voy a bajar a comer, no tardaré en subir y me quedaré contigo —murmuró junto al oído de Camila; le dio un beso en la frente febril—. *Je t'aime*.

Se puso en pie y salió de la habitación arrastrando los pies, como si llevara sobre los hombros el peso del mundo.

Sentía un calor espantoso. Era como estar en el infierno. A veces pensaba que estaba allí, sobre todo cuando veía a Cosme con el pecho cosido a puñaladas y sonriendo con sarcasmo mientras la obligaba a compartir la cama con él.

—Vamos, ya es hora de que tenga un heredero —decía Cosme. Y la empujaba contra la cama.

Pero en lugar de sábanas había brasas que le quemaban el cuerpo. Quería salir de allí; a pesar de todo, cuanto más corría, más cerca estaba de su marido. Casi no podía respirar y le dolía el pecho al hacerlo.

Otras veces era su padre el que la acompañaba; en esos momentos el calor era más soportable y podía descansar de esa sensación torturante.

Notaba el cuerpo dolorido y abrasado; los latidos rápidos, como si hubiera corrido un largo trecho. A veces oía la voz de Armand, pidiéndole que despertase; ella quería agarrarse a aquella voz para salir de ese infierno, pero por más que lo intentaba no lograba hacerlo. Sentía en la cara la caricia de algo fresco y húmedo, que le dejaba un efecto placentero durante un rato.

¡Ya estaba allí otra vez!

Cosme volvía a atormentarla con sus requerimientos sexuales; ella trataba de huir y reparaba en que tenía los pies anclados en el suelo. El calor volvía a ser asfixiante; sentía los labios agrietados y resecos. Quería beber, pero nadie atendía esa necesidad. La risa demoníaca de Cosme resonaba en sus oídos. Mil lenguas de fuego lamían su piel, ampollándola sin clemencia. La sangre hervía en las venas y estallaba en el corazón como lava. ¿Estaba muerta? ¿Aquello era el infierno?

La frescura de una mano en su frente alivió el tormento, serenando su agotada mente. Como desde muy lejos, le pareció oír la llamada de Armand; quiso aferrarse a su voz para escapar del abismo que la consumía. Trató de escuchar sus palabras y

deseó sentir sus abrazos.

Fue en vano.

Allí estaban otra vez ese calor y el fragor de las llamas que aniquilaban todo a su paso.

No podía llorar; sus lágrimas se evaporaban con el calor y en su lugar dejaban cenizas y polvo. Los gritos, atascados en la garganta reseca y erosionada. Nadie podía oírla; nadie podía ayudarla.

Se retorció de dolor al pensar en Samuel. ¿Qué sería de su hijo? ¿Le guardaría rencor por haberlo abandonado como su verdadera madre o, por el contrario, comprendería que ella no quería hacerlo, que no había tenido opción?

¿Y Armand? Después de tanto negar su atracción por él, de rechazar su propuesta de matrimonio, de mentirse a sí misma al negar que estuviera enamorada de él; después de todo eso, cuando por fin podían estar juntos... ¡Oh, Señor!

Y ahora iba a morir. ¡Qué injusto!

—¿Sigue igual? —preguntó Gastón al entrar en el cuarto—. Han pasado tres días. ¿No debería empezar ya a mejorar?

Armand, sentado a los pies de la cama, se limitó a encogerse de hombros, impotente ante el estado de Camila, cada vez más preocupante.

Se había aseado y había comido un poco para alivio de Juana, que intentaba mantenerlo con fuerzas. Estuvo fuera de ese dormitorio el tiempo necesario para llevar a cabo esos menesteres: ni un instante más. Pierre la había acompañado durante esos momentos.

El estado de Camila seguía igual. Quería pensar que eso era bueno; al menos no había empeorado.

—Siéntate. Nunca te he dado las gracias por tu ayuda aquella tarde. Si no hubieras llegado tan a tiempo... Me he preguntado varias veces: ¿cómo supiste dónde encontrarnos? —indagó Armand.

Su amigo se sentó en una silla cerca del lecho, tal y como lo había hecho en los días anteriores cada vez que iba a visitarla.

—No fue complicado. La mujer que me iba a dar un buen masaje no estaba. Sus criados me dijeron que se había ido de visita —informó—. En aquel momento me molestó. Deseaba ese masaje más que nada. Bueno, tal vez después... —bromeó—. Ahora me alegro de que no estuviera —añadió más serio.

—Yo también.

—Lo imagino. Al salir de intramuros, un golpe de viento me arrebató el sombrero. Deberías haberme visto tras él. —Gastón sonrió al recordar—. Al final lo llevó en volandas hasta el arbusto donde tenías tu casaca y la capa —dijo, serio—. Rodeé aquella parte de la muralla por si andabas por allí y, al no verte, comencé a preocuparme. Por entonces llovía con fuerza y era imposible seguir las huellas que

hubieras dejado. Lo único que tenía seguro era que algo importante te habría ocurrido para que dejaras el uniforme a merced del aire.

—Fue una suerte que acertaras con el lugar...

—No fue suerte —le cortó—. Me encontré con el primo de doña Camila, que paseaba arriba y abajo cerca de la muralla sin ser consciente de la lluvia y el viento. Le pregunté si te había visto. Al principio lo negó, pero en vista de que no dejaba de mascullar como un poseso, volví a preguntarle. En esa ocasión me dijo que estabas en la parte derruida del acueducto de Morlans. Como ves, no fue complicado. Lo que no me dijo fue que tenían a doña Camila. Si lo hubiera sabido habría tratado de liberarla a ella primero... Quizá de ese modo no habría enfermado.

—Hiciste lo que estuvo en tu mano y te lo agradezco. Al final hasta tendré que darle las gracias a ese infeliz, también —masculló Armand, pasándose la mano por la cara.

—Creo que perdió la cabeza y luego se arrepintió. No seas tan severo con él. Podría haberle pasado a cualquiera de nosotros —le apaciguó Gastón—. Él creía que estaba protegiéndola de ti.

—Lo sé, pero es Camila quien está en peligro de morir y me cuesta perdonarlo. —Se levantó y empezó a pasear por la habitación con las manos a la espalda—. Tengo que encontrar la manera de bajar esa calentura...

—¿Has probado ya lo que ella utilizó en el caso de Pierre?

—No, desconozco las hierbas que usó en aquella ocasión —suspiró Armand, derrotado. ¿Habría debido preguntárselo aquel día? Cómo iba a pensar que lo necesitaría.

—Quizá tenga algún cuaderno donde apunte esos remedios. ¿Recuerdas qué más hizo con Pierre?

Armand intentó recordar aquellos días. Le venían retazos de sus encuentros; de sus peleas verbales; de la vez que terminó abrazándola después de despertarla para decirle que Pierre estaba mejor... Casi sonrió al recordarlo. *Mon Dieu!* No se podía permitir perderla. Ella era su vida.

«Deja de lamentarte y piensa».

—Una noche le envolvió con una sábana mojada en agua fría... —recordó, pasado un rato—. En otra ocasión le pasó paños humedecidos con agua y vinagre...

—¿Ya has probado con esos métodos? —le cortó Gastón.

—En realidad, he seguido lo dicho por don Bernardo —se excusó. Luego frunció el ceño al darse cuenta de que los remedios de Camila diferían de los del galeno. Quizá si los anotaba en algún cuaderno...

Con renovadas esperanzas, salió del cuarto y bajó a la cocina. Algo en su mirada fiera hizo que quienes estaban allí temieran lo peor. Juana lo miró espantada y se santiguó; sin duda imaginaba que venía a darles la mala nueva. Samuel guardó la compostura, pero sus ojos vidriosos evidenciaban el miedo.

—Sigue igual. —Los presentes ahogaron un suspiro de alivio. Todos pensaban

que, en las presentes condiciones, estar igual era mejor que empeorar—. Juana, ¿sabéis si Camila tiene un cuaderno con sus remedios?

—Creo que suele guardarlo en la consulta de don Arturo —se apresuró a contestar la anciana—. Iré a mirar.

—Os acompaño —se ofreció el capitán—. Cuanto antes lo encontremos, antes sabremos qué hacer.

Los tres bajaron a la consulta, dispuestos a buscarlo. Armand rezó para que Camila hubiera apuntado algo que les sirviera de referencia para tratarla.

«*Oh, Dieu!* Ayúdame a sanarla», suplicó en silencio.

Prendieron varios candiles y, angustiados, se pusieron a buscar en todos los armarios.

—¡Lo encontré! ¡Lo tengo, lo tengo! —gritó Samuel enseguida. Contra su pequeño cuerpo apretaba un cuaderno de tapas de cuero muy manoseado. Se lo tendió al galo casi con reverencia—. ¿Pone cómo curarla? ¿Lo pone?

—Espera, hijo, aún no lo he podido ver —articuló Armand buscando frenéticamente en las hojas manuscritas algo que tuviera relación con la enfermedad de Camila.

Lo encontró hacia la mitad del cuaderno.

—Enfermedad de los pulmones —leyó—: aplicar una bolsa de hilo llena de tierra muy caliente sobre el pecho y la espalda. —Miró a Juana.

—Ahora mismo la preparo con un almohadón, capitán —informó la anciana con premura—. Pero...

—Samuel, ve al patio y recoge tierra. La calentaremos en la chimenea —cortó Armand.

El niño se precipitó al patio, dejándolos solos en la consulta.

—Ay, capitán, pero... pero eso equivale a... ¡Desnudarla! Mirad, capitán... —empezó a protestar Juana.

—No me digáis que no es adecuado. ¿Queréis que viva? Pues en ese caso, dejaos de convencionalismos. —Le sujetó una mano y se la palmeó con afecto—. Me voy a casar con ella en cuanto esté lo suficientemente repuesta —añadió con ternura.

—Lo sé, capitán, no hagáis caso de esta pobre vieja. Ahora mismo os subo lo que necesitáis. —Se volvió con rapidez, pero no antes de que Armand pudiera ver que lloraba en silencio—. Salvad a mi pequeña, os lo ruego.

—Me pelearé con el mismísimo Dios para que no se la lleve —prometió con fiereza. No se lo pondría fácil.

Apagó los candiles y subió al dormitorio de Camila llevando el cuaderno. Seguiría leyéndolo, por si encontraba algún remedio más.

Antes de entrar oyó los pasos precipitados de Samuel: subía por la escalera. El niño lo tomó de la mano. Al sentirla, bajó la mirada hasta los ojos oscuros y húmedos del chiquillo.

—¿Puedo entrar a verla? —solicitó en un susurro.

—Claro que sí. Ven conmigo.

Agarrados, entraron en el cuarto; Gastón miraba por la ventana, absorto en el paisaje. Samuel se soltó y corrió a la cama para aferrarse a la mano de su madre. Mientras le hablaba en murmullos llorosos, le acarició la cara con tanta reverencia que partía el corazón.

—Madre, me he lavado todas las noches —oyó Armand que le decía—. Tengo las uñas tan limpias como la patena. Bueno, ahora no. Se me han manchado con la tierra. La he recogido para ti. El capitán dice que con eso te curarás. Anda, despierta para que me puedas ver. Por favor, madre...

Armand no podía apartar la vista de esa escena. Apretó los puños para no gritar, frustrado por las circunstancias, y dio unos pasos hacia la ventana.

—No me has dicho nada sobre lo que confesé la tarde en que... —comentó Gastón al notar a su lado la presencia de su amigo.

—No hay nada que decir, Gastón. —Miró hacia atrás; Samuel seguía concentrado en hablar a su madre—. No puedo decir que me alegre saber que te acostaste con Delphine. No obstante, ya ha pasado mucho tiempo de eso y no puedo guardarte rencor —aseguró Armand, sincero—. Sin embargo, te advierto que si te acercas a Camila...

—Pierde cuidado, *mon ami*: no tengo ninguna intención. Con un error es suficiente para aprender —añadió, cabizbajo—. Regreso al cuartel. Por el momento tu ausencia no está causando ningún problema. El comandante me ha asegurado que, al no haber hostilidades por esta zona, tienes permiso para permanecer con Camila el tiempo necesario. De paso me ha encargado advertirte que la próxima vez deberás solicitar permiso antes de tomarte ese derecho por tu cuenta. De lo contrario, te mandará arrestar por deserción. —Confuso, sacudió la cabeza—. No entiendo cómo no se te ocurrió pensar en el riesgo que corrías. Has tenido mucha suerte.

—Lo sé, pero la salud de Camila era más importante que todo lo demás. Sólo pensaba en ella. Tal vez no lo entiendas porque no estás enamorado... Algún día lo comprenderás.

—Ninguna mujer vale un consejo de guerra —sentenció Gastón, muy serio.

—Para mí, ella lo vale —apuntó Armand, convencido, mirando a la enferma. Luego se volvió a su amigo—. Agradece la autorización al comandante de mi parte y dile que volveré en cuanto Camila esté bien. Debo pedirte que te vayas; he de desnudarla para aplicarle el tratamiento.

—Por supuesto, *mon ami*. Espero que sea efectivo. —Le palmeó el hombro con afecto antes de salir.

—Samuel, mira a ver si Juana ya ha preparado lo que le he pedido, ¿quieres?

El niño cabeceó a modo de aceptación y miró a Armand con ojos llorosos.

—¿Se... se va a poner bien? —balbuceó, compungido.

—Eso espero, muchacho. Eso espero.

El nuevo remedio, si bien no consiguió bajar la fiebre por completo, contribuyó a paliarla en gran medida y, sobre todo, a que mejorase su respiración.

Todos los que vivían en la casa rezaban para que la calentura abandonara a Camila y empezara a restablecerse lo antes posible.

Armand seguía apostado junto a la cama, pese a los días transcurridos, sin ninguna intención de ceder su puesto. Era incapaz de alejarse por más tiempo del necesario para asearse o comer algo. Y eso, lo realizaba lo más rápido posible.

Se pasó la mano por la cara, con la intención de despejarse un poco, antes de levantarse de la silla para acercarse a la ventana. La había abierto un momento, pese a la recomendación de don Bernardo de mantenerla cerrada. Éste prefería que la habitación se mantuviera muy caliente y cerrada para evitar que la enferma se enfriase por cualquier motivo. A Armand, en cambio, le parecía absurdo aumentar más la temperatura de Camila y consideraba que era conveniente abrir de vez en cuando para refrescar y ventilar la estancia.

Empezaba a amanecer; el día prometía ser radiante. Allá sobre peñas de Aya, el sol despertaba, cubriendo todo el paisaje con sus rayos dorados. Varias gaviotas pasaron gritando por encima de los tejados hacia el norte, hacia el mar.

La temperatura era fresca y su aliento se condensaba en vapor, pero era vivificante sentir ese frío en la piel. Apoyó las manos en el marco, a cada lado del hueco de la ventana, y cerró los ojos para disfrutar de esos primeros rayos de sol. La piel se le erizó en contacto con el aire. La camisa que llevaba no era suficiente para combatir el relente de la mañana, pero no le importó.

Sobre los tejados brillaba la escarcha de la noche; blanca y limpia. Las chimeneas empezaban a lanzar humo, signo evidente de que las amas de casa trajinaban en los fogones. Como si fuera una señal, oyó a Juana en la cocina hablando con Guido, que acababa de ordeñar la vaca.

Regresó a la cama y se sentó en ella para estar más cerca aún de Camila. El pelo ensortijado de su prometida descansaba sobre la almohada. Sintió el deseo de peinárselo con los dedos para alejárselo de la cara. Verla tan desmejorada le encogía el corazón. La piel, otrora tan lozana, pese a la blancura marfileña, estaba reseca y tirante. Los labios, agrietados. Le pasó un lienzo con agua para refrescárselos y después se los untó con una pomada.

—*Mon ange*, tienes que recuperarte. Ahora no puedes abandonarme —susurró, recostándose en la cama junto a ella—. ¿Me has oído, *ma petite*? No me dejes, por favor. Ya no podría vivir sin ti.

Dejó caer el lienzo en la palangana. Más tarde se lo volvería a pasar, tal y como había estado haciendo durante la noche, pensó.

Estaba muy cansado. Se le cerraban los ojos.

Camila se aferraba al recuerdo de esa voz amada, que la llamaba con insistencia y

le impedía volver a perderse en ese abismo de fuego. No estaba muerta; al menos eso creía. Le dolía demasiado el cuerpo como para estarlo.

«¿Qué sé yo si duele o no estar muerta?», pensó con ironía.

Sólo sé que no lo estoy.

Poco a poco las pesadillas se evaporaron de su mente. Empezaba a despertarse. Trató de moverse, pero su cuerpo no le respondía; estaba tan cansada que no era capaz de hacer nada.

Continuó recordando la voz de Armand y dejó que se enroscara en su corazón, a la espera de tener más fuerza para despertar. Intentó, siquiera, mover los párpados, pesados como losas; nada: era imposible. El letargo era tan pesado que el mero hecho de respirar ya era agotador.

Notaba, a su alrededor, el aire fresco. ¿Estaría en el campo? No. Olía a humo de leña de las chimeneas y empezaba a oír otros sonidos: el canto de los gallos, el rebuzno del asno de la casa vecina, los gritos de las gaviotas...

«¿Por qué no me puedo mover? ¿Por qué estoy tan cansada?»

Le sorprendió sentirse desnuda bajo la sábana. ¿Dónde estaba su camisón? Trató de ordenar los recuerdos que asaltaban su mente. Recordaba haber estado atada en el acueducto. La lucha de Armand con el capitán Dubois. ¿Cómo habría terminado? Lo último que recordaba haber visto era a Armand tirado en el suelo, con la espada de su contrincante en el cuello.

Jadeó de miedo.

¿Era posible que hubiera muerto?

No; luego había llegado el capitán Bonnet.

Con esfuerzo logró agitar los párpados y consiguió abrirlos.

La luz del amanecer se colaba por la ventana abierta. A su lado, dormido como un bebé, estaba el objeto de su amor.

Intentó mover la mano para acariciar aquel cabello castaño, alborotado como si se lo hubiera mesado durante mucho rato; aún no tenía fuerza suficiente para hacerlo, pero se sentía feliz porque él estaba allí. No había muerto en el combate.

El frío que entraba por la ventana le erizó el vello de los brazos. Estornudó con fuerza.

Un instante después, Armand estaba levantado y buscaba su espada al costado, escudriñando cada rincón con aquellos ojos azules tan hermosos. Al verlo presto para atacar, Camila no pudo evitar sonreír por dentro. Sus años como soldado habían agudizado al máximo sus sentidos defensivos.

Le encontró desmejorado. Una sombra de barba oscurecía su mandíbula. Llevaba el pelo desgredado. Las ojeras, marcadas como si no hubiera descansado en mucho tiempo. Bajo la tela de su camisa se transparentaba un vendaje que le rodeaba el torso.

¡Estaba herido! ¿Sería peligrosa esa herida? Tal vez habría debido estar en cama; no allí, levantado.

—*Sacre Dieu! Mon coeur*, ¡estás despierta! —exclamó Armand sentándose en la cama con cuidado de no molestarla—. La fiebre ha desaparecido —declaró tras tocarle la frente—. *Merci, bon Dieu!*

Cuando Camila intentó hablar le salió un graznido, por lo que se limitó a asentir con la cabeza.

—Estaba tan preocupado... Pensé que no te recuperarías nunca. *Dieu!*, creí que morirías de un momento a otro. No vuelvas a hacerme pasar por algo así, ¿me has oído? No lo soportaría —declaró con vehemencia, abrazándola como si no quisiera volver a soltarla jamás.

Camila se sintió protegida y amada a partes iguales. Por primera vez en mucho tiempo, fue como estar a salvo de todo mal. Agradeció la oportunidad que le habían brindado de ser feliz y tomó la decisión de disfrutarla y repartirla.

—¿Quieres que avise a Samuel y a los demás? —Ante el asentimiento de ella, Armand continuó—: Me gustaría tenerte más tiempo para mí solo, pero comprendo que ellos también querrán estar contigo. —Le guiñó un ojo y le tomó la mano para besarle con ternura cada una de las puntas de los dedos—. Espérame, *ma petite*; no tardaré en subir.

Camila lo vio salir a grandes zancadas del dormitorio y le oyó bajar a la carrera por la escalera. Un instante después escuchó las voces en la cocina, que se fueron haciendo cada vez más nítidas conforme se acercaban a su habitación.

—¡Bendito sea Dios y bendita Su madre! Mi pequeña... —sollozó Juana al entrar en el cuarto—. Mi pobre niña, tan indefensa ahí, perdida en la cama.

La anciana, llorando, palmeó la mano de Camila sin dejar de limpiarse las lágrimas con la punta del delantal.

—No... no... llo... res —carraspeó Camila—. No llores, Juana, estoy bien. Muy cansada, pero bien. ¿Dónde está Samuel?

—¡Ay! El pobrecito está dormido. Bien sabe Dios que ha estado tan triste que partía el corazón.

—Será mejor que cierre la ventana. No debería haberla dejado tanto tiempo abierta —dijo Armand cerrándola después de que Camila volviera a estornudar—. Voy a despertar a Samuel. Le alegrará la buena nueva —aseguró. Salió del cuarto sin esperar un solo instante.

—Nos habéis tenido muy preocupados, señora. —Le colocó unos rizos detrás de las orejas, como cuando era niña—. La fiebre no se os iba y cada vez estabais peor. Don Bernardo ya no sabía qué hacer con vos. Si no hubiera sido por el capitán, que se negó a abandonaros... ¡Válgame el cielo! Han sido unos días espantosos —terminó la anciana, sacudiendo la cabeza.

—¡Madre, madre! —Los gritos de Samuel cortaron toda posibilidad de contestar a Juana.

Su hijo, con la camisa de dormir ondeando tras él y los pies descalzos, entró como una tromba en el dormitorio y se lanzó a la cama para abrazarla con fuerza. Olía a

sueño y tenía el pelo revuelto. Para ella era lo más tierno que existía en el mundo entero. Le acarició la cara, la espalda. Lo cubrió de besos.

—¿Ya estás bien? ¿Te vas a curar? ¿Cuándo te levantarás de la cama? —asaeteó el niño, incorporándose para mirarla a los ojos.

—Tranquilo, Samuel; todavía no está bien del todo. Han de pasar unos días hasta que se recupere bien —aclaró Armand con paciencia. La cama se hundió bajo su peso. Les abrazó a los dos—. Yo soy el principal interesado en que se recupere... Nos casaremos en cuanto sea capaz de llegar a la iglesia. ¿Tienes algo que objetar, *chérie*?

—Me parece que ya me voy sintiendo mejor. Tal vez en un par de días...

—¡No, señora! No saldréis hasta que estéis bien del todo. No quiero que volváis a recaer. Dios sabe que las recaídas son muy traicioneras —sentenció Juana con su habitual aplomo—. Dejemos que pasen unas semanas...

—¡Semanas! —graznó Armand—. ¿Acaso, señora, tratáis de matarme? —Alzó una ceja—. No creo que sea capaz de aguantar tanto.

—Podría ir en un carro... —sugirió Samuel con inocencia.

—No es mala idea... —compartió el capitán.

—¡Ah, no! Eso sí que no. Mi señora saldrá por su propio pie. Así haya que esperar más. Su padre no habría consentido algo tan bárbaro —asestó, indignada—. ¿Cómo se os puede ocurrir semejante disparate? No, no y no. Eso es... ¡Válgame el cielo! Sería la comidilla de toda la ciudad. Las novias van caminando a la iglesia.

—Tranquila, Juana. El capitán Boudreaux sólo está bromeando. Sabe que debemos esperar hasta que cumpla mi año de viuda.

—Sí, es cierto. Y se me hará eterno, pero esperaré lo que sea necesario.

Armand salió del despacho del coronel, contento de que no hubiera tomado represalias contra él por haber faltado tantos días. Su valía como soldado le había salvado de que le acusaran de desertión. Era algo de agradecer.

Deseaba abandonar el ejército, sí, pero no tras un consejo de guerra.

Le había dicho que estaba herido, aunque sin confesar que había sido por un duelo con otro capitán. No era conveniente que eso se conociera. Sin embargo, el comandante parecía estar al tanto del caso, pues había comentado lo extraño que le resultaba que dos capitanes estuvieran heridos al tiempo sin haber ninguna contienda por medio. Antes de darle permiso para salir, le recomendó que en lo sucesivo tuviera cuidado.

Cuando Armand se dirigía al patio para reunirse con sus hombres, se topó frente a frente con el mismísimo capitán Claude Dubois. Tenía varios moratones en la cara y el aspecto de no haber descansado mucho en los últimos días.

—Armand, quisiera hablar contigo —anunció, nervioso. Sus ojos saltones miraban a los lados, sin descanso—. Creo que te debo una disculpa...

—¿Crees? —masculló Armand con rabia. Ahora que sabía que Camila estaba

bien, no podía olvidar que todo había comenzado por la necesidad de su antiguo amigo.

—Te la debo —se apresuró a contestar Claude—. Siento haber dudado de ti todos estos años. Debes entender que yo confiaba en mi prima. Creía que decía la verdad cuando me contaba todas esas... mentiras sobre ti. ¿Cómo no crearle? Después de escuchar a Gastón... y saber lo que hicieron... comprendo que ella me mintió y... —Abochornado bajó la cabeza—. Lo siento, Armand. He sido un necio. No sé si me perdonarás alguna vez, pero quiero que sepas que me arrepiento profundamente de haber dudado de ti. De haberte calumniado ante todos. Por mi estupidez doña Camila ha estado a punto de morir. Nunca tuve intención de hacerle daño. Sólo quería que tú lo creyeras para hacerte sufrir. —Lo miró con ojos implorantes—. Acabo de venir de su casa. Su criada me ha dicho que está mejor. Esa mejoría hace creer que se recuperará, ¿no? No sabes cuánto me alegra...

—¿Ya lo habéis solucionado? —La voz de Gastón cortó las palabras de Claude. Venía caminando con su habitual indolencia. Los hoyuelos, flanqueando su sonrisa—. Me alegra veros sin espadas en la mano. ¿Todo arreglado, entonces?

—He venido a disculparme... No sé si llegará a perdonarme algún día —murmuró Claude.

—¡Pues claro que lo hará! ¿No es así? —inquirió Gastón mirando a Armand—. Hemos sido amigos toda la vida; no perdamos eso. ¿Le perdonas? —preguntó, pasándole el brazo por los hombros.

Aunque las palabras y los gestos de Gastón no lo evidenciaban, Armand pudo notar la preocupación de su amigo por que arreglasen las cosas de una vez por todas. Gastón le apretó el hombro, instándole a contestar.

—Supongo que tendré que hacerlo. Por fortuna, Camila está recuperándose —respondió al fin.

—Bueno, pues eso habría que celebrarlo —sugirió Gastón con su eterna sonrisa—. Precisamente... hoy he oído que han regresado las hijas de un tabernero que... —Se besó las puntas de los dedos para enfatizar lo que deseaba dar a entender.

Epílogo

San Sebastián, 25 de agosto de 1721

Tras la firma por el rey Felipe V de los tratados con cada una de las potencias de la Cuádruple Alianza, los casi dos mil soldados que habían permanecido durante esos dos años en la ciudad la abandonaban, marchando en perfecta formación y a golpe de tambores.

Los ciudadanos de San Sebastián contemplaban su partida casi sin inmutarse; la presencia de los galos se había tornado tan cotidiana como la de cualquier otro vecino de la plaza.

Algunos soldados, que habían formado familias durante ese tiempo, solicitaron permiso para abandonar el ejército y quedarse en la ciudad. Muchos lo habían conseguido y en ese momento observaban la partida hacia Francia de sus antiguos compañeros de cuartel.

Camila miró a su esposo, que llevaba en brazos a la pequeña Isabel, y suspiró de dicha al saber que ya no lo vería marchar: tenía la carta del mismísimo mariscal relevándole de su puesto como capitán.

—¿Seguro que no lo echarás de menos? —le preguntó con una sonrisa.

—Mis años como soldado ya terminaron, *chérie*. Ahora tengo cosas más importantes que hacer. Estáis tú, Samuel y esta pequeña dama. —Bajó la mirada al rostro angelical de su primogénita, que dormía apaciblemente en sus brazos—. Me están lloviendo los trabajos de carpintería. ¿Qué más puedo pedir?

—¿Otra muchachita? —sugirió Pierre. Y le palmeó la espalda con afecto.

—Si viene, la aceptaré gustoso —aclaró con convicción—. Ya veo que tú no estás perdiendo el tiempo. ¿Cuántos sobrinos piensas regalarme?

Juliana se ruborizó hasta la raíz del pelo y se tocó el voluminoso vientre.

—No te sonrojes, *mon coeur*, estás tan preciosa que cortas la respiración. —Pierre le guiñó un ojo a su mujer y acomodó mejor al inquieto Louis—. Me encantaría una niña tan guapa como su madre.

—Sí, desde luego eso es mejor a que se parezca al padre y termine con esa mata de pelo rojo —vaticinó Gastón, que se había acercado en ese momento.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar marchando? —indagó Armand.

—No podía irme sin despedirme de todos.

—Pero si ya te despediste ayer —recordó Camila parpadeando, sorprendida.

—Reconozco que ya os echaba en falta. —Miró a todos y se detuvo en Armand—. Ya no será lo mismo sin ti, *mon ami*.

—¿Tal vez deberías pensar en abandonar y establecerte aquí? Sería estupendo que formaras una familia cerca —sugirió el antiguo capitán.

—*Mon Dieu!* ¿Acaso piensas que estoy tan loco como para casarme? —preguntó Gastón, horrorizado—. No ha llegado el tiempo de que pierda la cabeza de ese modo.

—Eso es porque aún no has encontrado a la mujer adecuada —aseguró Armand. Y enlazó la cintura de su esposa con cariño.

—Procuraré estar alerta por si, llegado el caso, intenta echarme el lazo.

Con esas palabras volvió grupas y se alejó trotando hasta volver a su puesto.

—Es una pena, pero me gustaría estar presente cuando por fin conozca a esa mujer —suspiró Camila.

—Sí, sería bueno verlo perder la cabeza cuando eso ocurra —añadió Armand.

Al instante todos estallaron en carcajadas.

—Lo echaré de menos —murmuró Camila.

Luego, al sentir el beso tierno de su esposo en la sien, ella supo que tenía más de lo que nunca se hubiera atrevido a desear.

Nota de la autora

La feria de Santo Tomás no se implantó en San Sebastián hasta mediados del siglo XIX. Se sabe que los caseros bajaban de las tierras de labranza a pagar la renta a los propietarios, que vivían en la ciudad. La fecha de pago solía ser el día de San Martín, aunque acostumbraba retrasarse hasta Santo Tomás.

Aprovechaban el viaje para vender los mejores productos de sus caseríos y para adquirir otros que no existían en los comercios de los pueblos vecinos. De ese modo se hizo necesaria la celebración de una feria al estilo de la que se venía celebrando en Arrasate-Mondragón, Guipúzcoa, desde el siglo XIV.

Me he permitido la licencia de recrearla un siglo antes. Espero que sepan perdonarme.



PILAR CABERO (Donostia - San Sebastián, Guipúzcoa, País Vasco, España, 1967).
María Pilar Rodríguez Cabero.

Estudió en Rentería (San Sebastián, Guipúzcoa), dónde se casó y tuvo a sus dos hijos, aunque actualmente reside en otro pueblo costero de Guipúzcoa.

Logró publicar su primera novela en 2008 con *A través del tiempo*, y desde entonces ha continuado publicando novelas ambientadas en el San Sebastián del s. XVIII. Con *Algo inesperado* se estrenó con la novela contemporánea.

Entre las aficiones de Pilar se encuentra la pintura, en enero de 2012 fue la ganadora absoluta el 16.º Certamen de Pintura organizado por Pinturas Iztieta, por su obra *Entre luces*.

Notas

[1] Albarelos: antiguos tarros de farmacia para hierbas. <<